

# Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

Z. 466



VERANO 1984

II EPOCA

N.º 16

## MODERNIDAD Y REVOLUCIÓN Perry Anderson, Marshall Berman

POLÍTICA EXTERIOR  
ESPAÑOLA

Fernando Morán

UNA REFLEXIÓN SOBRE  
LAS AUTONOMÍAS

Joaquín Leguina

OCCIDENTE  
Y CENTROAMÉRICA

Miguel Ángel Martínez

LA DEMOCRACIA  
BLOQUEADA

Giancarlo Pasquini

ESTE - OESTE  
NORTE - SUR

Ángel Viñas

IZQUIERDA Y  
CRISIS ECONÓMICA

Ludolfo Paramio

EL TEBEO  
Felipe Hernández Cava

MARIO CAMUS  
Entrevista







# Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

---







Z. 466



MINISTERIO DE CULTURA  
BIBLIOTECA GENERAL

# INDICE

|   |     |
|---|-----|
| Presentación .....  | 5   |
| <b>ACTUALIDAD</b>   |     |
| FERNANDO MORÁN: <i>La política exterior española</i> .....  | 7   |
| JOAQUÍN LEGUINA: <i>Las autonomías: dos puntos de vista</i> .....   | 21  |
| PILAR BRABO, CARMEN ORTIZ: <i>Las elecciones autonómicas en Cataluña</i> .....                            | 35  |
| IGNACIO SOTELO: <i>Poder institucional y hegemonía social</i> .....                                       | 47  |
| MIGUEL ANGEL MARTÍNEZ: <i>Occidente y América Central</i> .....   | 57  |
| ANGEL VIÑAS: <i>Este-Oeste, Norte-Sur y Europa Occidental</i> .....                                       | 65  |
| GIANCARLO PASQUINI: <i>Italia: la democracia bloqueada</i> .....  | 81  |
| <b>ANALISIS Y DEBATE</b>  |     |
| PERRY ANDERSON: <i>Modernidad y revolución</i> .....  | 99  |
| MARSHALL BERMAN: <i>Las señales en la calle</i> .....   | 115 |
| LUDOLFO PARAMIO: <i>La izquierda y la crisis económica</i> .....  | 125 |
| ANGEL MERINO: <i>«Leviatán»: la búsqueda de una teoría</i> .....  | 133 |
| <b>ENTREVISTA</b>   |     |
| MARIO CAMUS .....   | 143 |
| <b>LITERATURA</b>   |     |
| FELIPE HERNÁNDEZ CAVA: <i>El tebeo, el «cómic» y Dios dirá</i> .....                                      | 157 |
| <b>LIBROS</b>   |     |
| MERCEDES CABRERA, MARIVÍ RODILLA, MIGUEL PORTA, MIGUEL ROMERO ESTEO, JESÚS MENÉNDEZ y BENICIA REYES ..... | 161 |



# Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

Fundada en 1934 por Luis Araquistain

**Director:**

Salvador Clotas

**Comité de Dirección:**

Antonio G. Santesmases  
Ludolfo Paramio  
M. Reyes Mate

Julio R. Aramberri  
Santiago Roldán  
Miguel Satrústegui

**Comité Asesor:**

Pedro Altares  
Joaquín Arango  
Carlos Barral  
Carlota Bustelo  
J. María Castellet  
Fernando Claudín  
Eliás Díaz  
M. A. Fernández Ordóñez

F. Fernández Santos  
Salvador Giner  
Enrique Gomáriz  
J. A. González Casanovas  
E. Haro Tecglen  
Francisco Laporta  
Marta Mata  
J. M. Reverte

X. Rubert de Ventós

**Coordinador:**

Manuel Ortuño Armas

**Secretaria de Redacción:**

Ana Inés López Accotto

**Editada por la Fundación Pablo Iglesias.**

---

**Las ideas vertidas en cada artículo son responsabilidad de sus autores. LEVIATAN no se identifica necesariamente con sus contenidos.**

---

Redacción y Administración: Monte Esquinza, 30, 3.º dcha.  
28010 Madrid. Tels. 410 28 39 - 410 24 55.

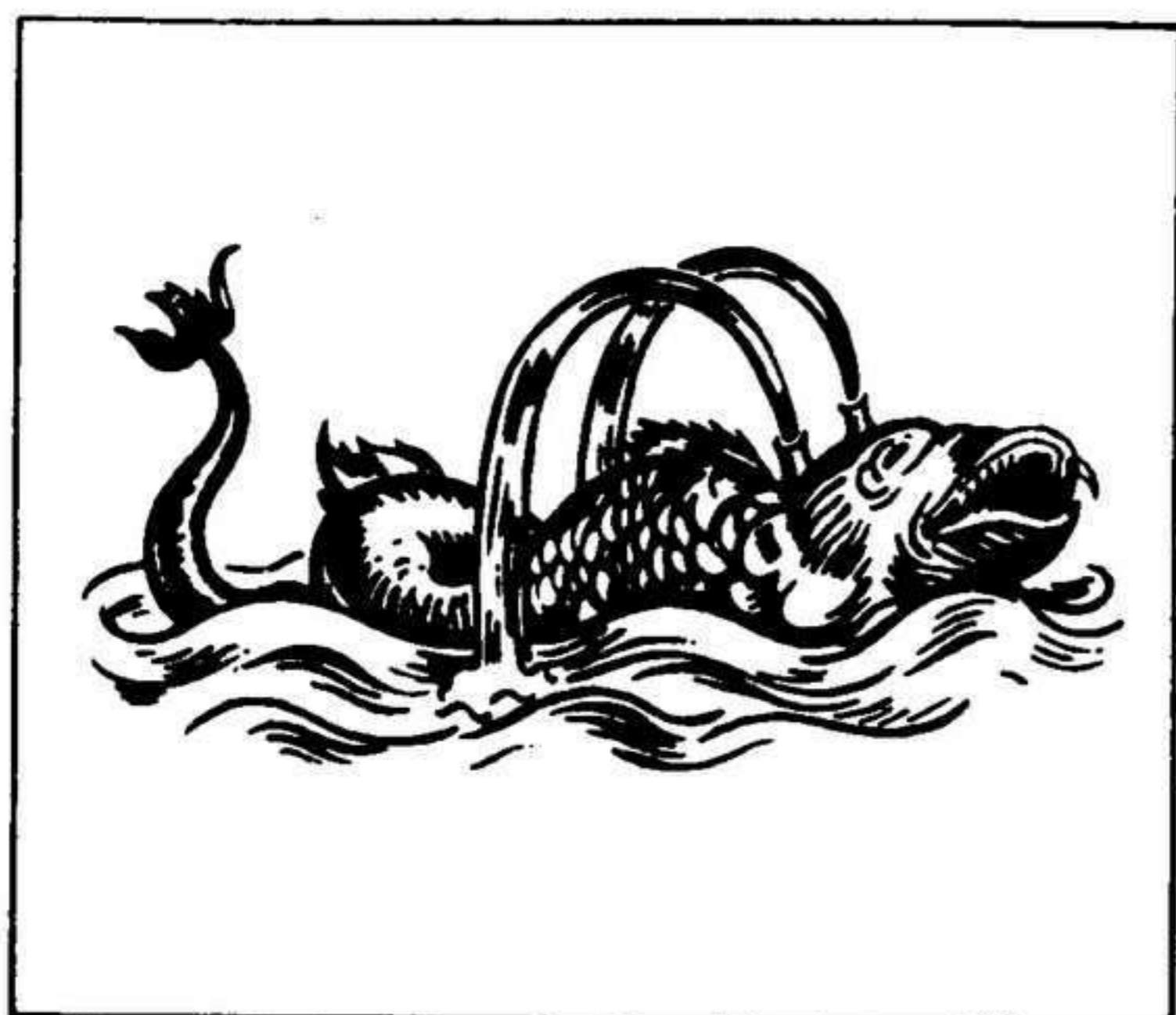
D. Legal: SE. 466-1978. I.S.S.N.: 0210-6337.

Distribuye: Distribuciones de Enlace, S. A. / Bruc 49. 08009 Barcelona.

Imprime: MARIARSA, Impresores - Tomás Bretón, 51 - 28045 Madrid.

Esta Revista es miembro de ASEI.





La sección *Actualidad* de este número dedica un amplio espacio al análisis de diversas cuestiones relacionadas con distintos ámbitos de la política internacional. *Fernando Morán*, en su trabajo, describe las consideraciones previas que se marcó el actual Gobierno español como base de su acción exterior, y entra a examinar los grandes principios inspiradores de la misma. Publicamos, asimismo, la ponencia de *Miguel Angel Martínez* sobre la Unión Soviética y Europa ante el Tercer Mundo, que sirvió como base para un debate posterior en el que intervino Henry Kissinger en torno a la crisis centroamericana, que tuvo lugar el mes de mayo en Suecia. *Angel Viñas*, por su parte, analiza cómo el conflicto Este-Oeste se sobrepone y redefine el eje Norte-Sur, destacando la persistencia de la situación de subdesarrollo en amplias zonas del planeta.

Centrándonos en nuestro país, *Joaquín Leguina* reflexiona sobre el actual proceso autonómico español desde dos puntos de vista, el de la administración central y el de las comunidades autónomas, incidiendo en las relaciones de tipo financiero y tributario entre las distintas administraciones. *Pilar Brabo* y *Carmen Ortiz* reali-

## PRESENTACION

zan un análisis detallado de los resultados de las pasadas elecciones autonómicas en Cataluña, siendo destacables las discrepancias que, en torno a los mismos, se producen según las fuentes consultadas. *Ignacio Sotelo* enfoca su trabajo en la situación actual del Partido Socialista en dos vertientes, como asociación civil y como detentador de un poder institucional sin precedentes, partiendo de la referencia del «Documento de Estrategia» elaborado por este partido en octubre de 1983.

Giancarlo Pasquini, por su parte, examina la compleja situación política italiana, sus partidos y sistema político, y apunta los elementos de reflexión que actualmente se manejan en ese país buscando una salida a lo que en su artículo denomina «democracia bloqueada».

En la sección *Análisis y Debate* publicamos un trabajo de *Perry Anderson* en torno a las nociones «modernidad» y «revolución» y la posibilidad de una teoría capaz de conjugar ambas ideas, un debate que, en su opinión, el libro de Marshall Berman, *All that is solid melts into air* (que próximamente se publicará en nuestro país), reabre con fuerza y al cual dedica su artículo. El trabajo de *Marshall Berman*, elaborado con posterioridad, responde a la argumentación de Perry Anderson y amplía el esquema planteado en su libro. *Ludolfo Paramio* analiza los problemas de identidad que tiene planteados la izquierda europea derivados de las estrategias frente a la crisis económica, y apunta la necesidad de plantearse nuevamente el contenido económico de una estrategia socialista. *Angel Merino*, con motivo de cumplirse 50 años de la publicación del primer número de *Leviatán* en su I época, y los 25 años de la muerte de su Director Luis Araquistain, estudia lo que fueron los dos años anteriores a la guerra civil, y el papel que *Leviatán* jugó como instrumento de debate en el seno de la izquierda.



La *Entrevista* de este número está dedicada al director de cine *Mario Camus* quien, pese a contar con una amplia filmografía en su haber, ha tenido un tardío reconocimiento público, que finalmente se ha plasmado en sus últimas películas al haber obtenido en dos ocasiones el «Oso de Oro de Berlín», con «Los días del pasado» y «La colmena», y el premio a la interpretación masculina en el Festival de Cannes a los actores principales de «Los santos inocentes».

Por primera vez *Leviatán* se adentra en el mundo del tebeo, en esta ocasión centrándose en el panorama español, publicando un trabajo de *Felipe Hernández Cava* que, partiendo de una descripción de los antecedentes inmediatos de este medio en nuestro país, nos descubre las posibilidades que se abren de cara al futuro.

La habitual sección dedicada al comentario y recensiones de libros cierra este número de *Leviatán* correspondiente al Verano.



---

# PRINCIPIOS DE LA POLÍTICA EXTERIOR ESPAÑOLA

**Fernando Morán**

---



---

El Gobierno del que formo parte se planteó desde el primer momento la necesidad de realizar una política exterior nueva que respondiera a las necesidades y a los objetivos de proyección de la democracia española a partir de 1982. Una política exterior que, sin ignorar las grandes constantes de la acción exterior del Estado —que derivan de los factores de fondo que conforman la estructura fundamental del Estado—, intente aprovechar mejor una serie de bazas internacionales que acaso nuestro país no había utilizado suficientemente hasta ahora; y que oriente sus esfuerzos en direcciones nuevas, poco exploradas por los Gobiernos anteriores.

Realizar una política nueva es algo que siempre supone riesgos, sobre todo en el caso de la política exterior, en el que la credibilidad del Estado ante los demás países está en juego. Por este motivo, la política exterior del Gobierno socialista

debía partir de tres consideraciones previas fundamentales:

1. Una serie de principios y de objetivos políticos claros.
2. Una evaluación de la capacidad



real de nuestro país para perseguir esos objetivos.

3. Una afirmación de la voluntad política de alcanzarlos.

Los principios de la política exterior española son el objeto central de estas líneas y a ellos irá dedicada la mayor parte de esta reflexión. Estos principios derivan de una serie de planteamientos valorativos que en una sociedad democrática evidentemente no son compartidos por todos. Pero, en mi opinión, uno de los fenómenos más saludables de la fase de consolidación de la democracia en España ha sido la elevación de la intensidad y de la calidad del debate sobre temas de política exterior que ha tenido lugar en los últimos años. Las relaciones internacionales han dejado de ser la «pariente pobre» de la cultura política de la democracia española, donde durante algún tiempo permanecieron relegadas a círculos reducidos de políticos y de especialistas. Ello resulta paradójico, por la estrecha relación que existe entre política exterior y política interna, y por la propia aportación de la transición española a la cultura política de muchos países del mundo. La ampliación del debate y del número de personas capaces de intervenir en él constituye un fenómeno de profundo carácter democratizador y permite un mayor control por parte de los ciudadanos sobre las decisiones políticas. Decisiones que se inspiran en unos principios de acción claros que obedecen a la defensa de los intereses nacionales.

Para definir la política exterior de un Estado es necesario partir de una evaluación de sus capacidades reales de acción. España es una potencia media en el sistema internacional, aunque en el plano regional pueda ser una potencia de cierta consideración. Las potencias medias no tienen la misma capacidad de acción exterior que las superpotencias, pero en cambio poseen una flexibilidad y una serie de posibilidades de las que éstas

**Las relaciones internacionales han dejado de ser la «pariente pobre» de la cultura política de la democracia española.**

carecen. Podemos mencionar algunas de estas posibilidades:

1.º Buscar formas de superar parcialmente la dialéctica de los bloques. Las

relaciones internacionales actuales no configuran un sistema bipolar rígido, pese a las tendencias disciplinadoras y militarizadoras propias de los períodos de tensión Este-Oeste. Zbigniew Brzezinski definió el actual sistema internacional como un modelo en el que existían dos superpotencias y media (China), más tres incógnitas (Europa Occidental, Japón y el Tercer Mundo). En la medida en la que la bipolaridad no es rígida, existen formas de afirmar los propios intereses y prioridades frente a los de las superpotencias. Una potencia media está en una situación favorable para explorar esos caminos que pueden permitir superaciones parciales de la dialéctica de los bloques. Un ejemplo lo constituyen las relaciones comerciales y culturales entre algunos países de Europa Occidental y Oriental.

2.º Ejercer una influencia moderadora de las tensiones entre las superpotencias. Esta influencia será tanto más eficaz cuanto menos marginal sea el papel de esa potencia media en el contexto de los conflictos Este-Oeste y cuanto mayor sea el margen de autonomía de su política exterior. Lo que sucede, naturalmente, es que cuanto más central es el papel de esa potencia media en el conflicto Este-Oeste, más difícil es que mantenga dicho margen. Por eso tienen un interés especial esfuerzos como la *Ostpolitik* del canciller Brandt, mediante la cual la RFA llegó a alcanzar un significado grado de autonomía en su política exterior.

3.º Articular nuevas ideas hacia determinadas cuestiones, frente a las que las superpotencias repiten a veces los mismos enfoques carentes de imaginación, con una enorme rigidez al cambio. Derechos humanos, relaciones Norte-Sur o —en mucha menor medida— desarme, pueden constituir ejemplos de temas en los que las nuevas soluciones impulsadas



por las potencias medias no siempre se queden en un plano meramente testimonial.

El tercer elemento previo al que me refería al principio es la voluntad política de llevar una determinada línea de acción exterior. Voluntad que, en último término, se apoya sobre la confianza en sí misma de una comunidad política. Si la política exterior del Gobierno socialista quiere ser más activa y más amplia en sus objetivos y perspectivas es porque desea que también en este plano se materialice la autoconfianza y el fortalecimiento interno de la España democrática. Cuanto más sólida es una comunidad, más sólida es también su proyección hacia el exterior. Los españoles nos hemos dejado llevar demasiados años por una cierta tendencia al pesimismo histórico, y necesitamos ahora ser plenamente conscientes de las posibilidades reales de nuestra acción internacional: sólo de esa forma nos decidiremos a aprovecharlas a fondo.

Estos tres factores —claridad de objetivos, conciencia de la propia capacidad y también de nuestras limitaciones, voluntad política de seguir una línea decidida de acción exterior— son necesarios si queremos aprovechar plenamente nuestras posibilidades en el plano internacional. Por diferentes motivos, España posee una política exterior con un contenido potencial mucho más rico que el de otros países de dimensiones semejantes y que va más allá de lo que los meros datos socio-económicos podrían sugerir inicialmente. España desempeña un papel importante en tres áreas tan centrales para las relaciones internacionales contemporáneas como son Europa Occidental, el Mediterráneo e Iberoamérica, y tiene verdaderas responsabilidades globales en el plano cultural. No se trata, desde luego, de sobrevalorar nuestras posibilidades sino de tomar plena conciencia de ellas y de utilizarlas a fondo. Sin embargo, para ello hacen falta unos medios materiales

mínimos, de los que actualmente no siempre disponemos.

De forma sintética, podríamos decir que existen tres grandes principios inspiradores de nuestra acción exterior:

1.º La definición de un nuevo papel de España en un mundo de bipolaridad incompleta, que corresponda a las nuevas posibilidades y a la nueva voluntad política de la España democrática.

Quizá este término de bipolaridad incompleta exija una breve definición. En mi opinión, el mundo no se caracteriza por la bipolaridad ni en el terreno cultural, ni en el terreno de los modelos políticos, ni en el terreno económico. En el terreno cultural, después del magno acontecimiento de la descolonización, se ha instalado aquel principio que los antropólogos reclamaban en los años veinte y treinta de que cada cultura fuese juzgada conforme a sus mismas pautas y tendencias y no conforme a la proximidad, o congruencia, respecto de una cultura central. Este es el gran impulso previo a la descolonización, y hoy vivimos en un mundo en que todos los países han pasado a ser sujetos culturales, con culturas más o menos desarrolladas, pero que reclaman el juicio desde sus propios valores. En el plano económico todos los estudios de prospectiva nos pintan a fines de siglo un mundo no concentrado en dos grandes bloques económicos sino diversificado en otros muy importantes: la traslación de la innovación y del desarrollo económico al Pacífico, por ejemplo, al Japón y a los países de la ASEAN, un centro impulsor también de lo que Prebisch y otros llaman el capitalismo periférico en Latinoamérica; otro centro, tal vez, de resultar con éxito el proyecto europeo, en Europa. No existe, pues, una bipolaridad económica. No existen tampoco, y esto alimentó el Movimiento de No Alineados, unos modelos simples de

**El mundo no se caracteriza por la bipolaridad ni en el terreno cultural, ni en el de los modelos políticos, ni en el económico.**



sociedad, de socialismo centralizado o de capitalismo «compensado» a lo Galbraith, sino que existen distintas formas híbridas, y cabe decir que vivimos en un mundo de múltiples modelos o, por expresarlo de una manera más simple y más concreta, en un mundo en que no hay modelos con vigencia universal. Solamente en un plano que es no ya el defensivo sino el defensivo-nuclear existe algo parecido a una bipolaridad. Por lo tanto, el primer punto de los principios sería la definición de un nuevo papel de España en un mundo de bipolaridad aproximada o imperfecta que corresponda a las nuevas posibilidades y a la nueva voluntad política de la España democrática.

2.º La profundización en las dimensiones naturales específicas de la política exterior española, utilizando plenamente nuestro margen de autonomía.

3.º Un compromiso con las causas que puedan ayudar a crear un orden internacional más seguro y más justo, contribuyendo así a la cultura política de la restauración democrática.

### *España en un mundo de bipolaridad incompleta*

En el sistema internacional que aparece con la segunda postguerra mundial España se había ido adaptando de forma pasiva y fatalista a la división del mundo en bloques. Durante la era de Franco ello no es difícil de entender, pero la realidad cambió desde el establecimiento del régimen democrático. Hasta diciembre de 1982 la necesidad de alineamiento rígido se justificaba o bien en nombre de una necesidad de homologación con otros países occidentales, o bien apelando a un reduccionismo simplificador que afirmaba la necesidad de una «coherencia» en nuestra política exterior. Como si pertenecer al mundo occidental consis-

tiera en aceptar totalmente un paquete de actitudes internacionales, algunas más atractivas que otras, pero todas igualmente exigidas para ser plenamente recibidos en ese club. Sólo quienes desconfían de sí mismos pueden desear acogerse a la protección de un tercero que los ampare en su seno y les confirme que, efectivamente, ellos también pertenecen al «club occidental».

El nuevo papel de España en este mundo de bipolaridad imperfecta responde a la conciencia de que la España actual ha superado una serie de etapas en su consolidación interna y que, por lo tanto, se siente capaz de desplegar una acción exterior más firme, más ambiciosa y con un mayor grado de autonomía.

Estas nuevas posibilidades se apoyan en una serie de ideas fundamentales.

**Sólo quienes desconfían de sí mismos pueden desear que se les confirme que ellos también pertenecen al «club occidental».**

En primer lugar, España afirma claramente su pertenencia al mundo occidental, algo que deriva de su trayectoria histórica, de su tejido social, de sus idea-

les colectivos y de sus responsabilidades en el mundo. Ahora bien, la forma en la que el término ha sido interpretado en el pasado obliga a preguntarse: ¿Qué es Occidente? Occidente es una comunidad de intereses fundada en una comunidad de principios. Principios que hacen posible la existencia de sociedades abiertas, en las que se respetan las libertades democráticas; que hacen posible también una constante creación de riqueza, que hay que seguir esforzándose para ir repartiéndola cada vez mejor. Principios que, en la medida en que son realmente aceptados, implican la voluntad de defensa de esas sociedades democráticas frente a cualquier agresión exterior.

España se siente parte de esa comunidad de intereses y de principios, pero es consciente de que unos y otros pueden perseguirse de formas muy diferentes: no existe un modelo único de ortodoxia



occidental al que todos deben atenerse. Por eso nuestro objetivo es articular la forma concreta de integración en la comunidad occidental que mejor corresponda a nuestros intereses nacionales.

**Nuestro objetivo  
es articular la forma concreta  
de integración en la comunidad  
occidental que mejor corresponda a  
nuestros intereses nacionales.**

En segundo lugar, un objetivo constante de la política del Gobierno es ampliar el margen de autonomía de nuestra política exterior. No es posible la independencia absoluta en un mundo interdependiente. Pero una potencia media, como España, con la complejidad y riqueza de escenarios potenciales de su acción exterior, necesita reforzar y ampliar ese margen de autonomía evitando los alineamientos mecánicos, las tendencias satelizadoras o las imposiciones de todo tipo. Somos una joven democracia y nada hay peor para una joven democracia que la presentación de la realidad en términos de «blanco o negro».

En tercer lugar, España debe contribuir a mejorar el clima que existe en las relaciones internacionales de los últimos años, evitando introducir elementos desestabilizadores adicionales. Esta idea general conduce a la necesidad de apoyar la distensión. La distensión constituye un proceso que nació debido a una serie de necesidades objetivas de ambos bloques. Esas necesidades subsisten en lo esencial por lo que la distensión sigue siendo tan necesaria ahora como a principios de los años setenta. No todos sus aspectos han sido totalmente positivos, por lo que puede ser necesario matizar mejor algunos de ellos, pero lo fundamental es que el proceso iniciado hace quince años debe continuar y que a todos nos interesa mantener ese marco general de relaciones que proporciona, entre otras cosas, un canal constante de comunicación, un colchón de seguridad en casos de crisis y una mínima estructura de intereses —comerciales, políticos e incluso militares— compartidos. Por este motivo resultan tan peligrosos los períodos de tensión Este-

Oeste como el que actualmente atravesamos, y por eso España desea participar en cuantas iniciativas permitan un verdadero relanzamiento del diálogo y de la

cooperación Este-Oeste, un relanzamiento cuyo propósito inicial sea el de ponerse a hablar seriamente sobre temas específicos y cuyo objetivo a medio plazo sea ir fortaleciendo la débil dosis de confianza mutua que actualmente existe en el mundo.

Como ya señalé al principio, es éste un terreno en el que las potencias medias, especialmente las europeas, tienen un margen de maniobra y de flexibilidad de acción mucho mayores. Su interés por impulsar la distensión es también especial, puesto que una atmósfera de tensión aumenta las tendencias disciplinadoras y militarizadoras en las relaciones internacionales. En este sentido, la profundización de la distensión constituye una condición necesaria para el pleno despliegue de los objetivos del Gobierno, tanto en lo que se refiere a la política exterior como en el plano interno. España, que durante la reunión de Madrid de la CSCE intervino de forma sustancial para hacer posible el acuerdo final, continúa en esta línea en el seno de la Conferencia de Desarme en Europa que se celebra actualmente en Estocolmo. Como se demostró en Madrid, actuar en estas Conferencias desde dentro del grupo de países occidentales no tiene necesariamente que coartar nuestra libertad de movimientos y, al mismo tiempo, permite mantener nuestra credibilidad no sólo entre los países occidentales, sino ante los otros. En último término, lo realmente decisivo para que un país contribuya de forma sustancial a la distensión es su voluntad de hacerlo y su capacidad para encontrar las formas más efectivas de hacer oír su voz.

En un momento de tensión Este-Oeste también resulta deseable para un país occidental contribuir a que el término «Oc-



cidente» no tenga la connotación agresiva y de confrontación que a veces se le da, no viendo en él nada más que uno de los elementos polarizados y enfrentados en una rivalidad global. El término «Occidente» hace referencia a cosas demasiado importantes para que lo convirtamos en un arma arrojadiza, una más de las que hoy desgraciadamente son moneda corriente en la escena internacional. Lo que define esencialmente a Occidente, como vimos antes, son una serie de principios de libertad y de diálogo: si deseamos el diálogo y el respeto al adversario político en el interior de nuestras sociedades, tenemos que aplicarlos también a nuestras relaciones exteriores, evitando demonizar al contrario o plantear el diálogo en términos que resulten inaceptables para la otra parte.

Finalmente, y dentro de este contexto, el Gobierno tuvo que hacer frente en un momento determinado a la forma precipitada en la que se había producido el ingreso de España a la Alianza Atlántica.

Las líneas básicas de la posición española fueron expuestas ya en el Consejo Atlántico que tuvo lugar en diciembre de 1982 y es conocida sobradamente la posición que mantiene el Gobierno.

Sobre este tema conviene que entre todos evitemos que la cuestión se convierta en un intercambio acalorado de simplificaciones maniqueístas o de palabras que pierdan su valor conceptual y susceptible de crítica y se conviertan en amuletos capaces de representar todo el bien o todo el mal, según el punto de vista. En lugar de utilizar términos altisonantes con los que creemos poder decir todo, intentaré desgranar los elementos básicos que deben orientar la postura española en este tema:

— España desea mantener una relación de colaboración leal y sólida con los demás países occidentales, pero sin renun-

ciar a defender opiniones o intereses propios.

— Esta relación de colaboración con otros países occidentales puede articularse de muchas formas, tanto multilaterales como bilaterales. A su vez, los vínculos multilaterales pueden ser de tipos muy diversos. En el caso de la Alianza, por ejemplo, no es lo mismo integrarse plenamente en la misma que eludir la incorporación a la estructura militar, mantener la desnuclearización del territorio español y emplear cualquier foro para defender los puntos de vista propios, ayudando a suavizar la dialéctica de bloques. No se trata simplemente de estar o no estar en un sitio sino de los objetivos que en él se persiguen y de la voluntad de mantenerse fiel a los mismos.

Otra relación multilateral importante

**El término «Occidente»  
hace referencia a cosas demasiado  
importantes para que  
lo convirtamos  
en un arma arrojadiza.**

para nosotros es la de una posible defensa europea. España sigue de cerca las diversas propuestas que han surgido en el seno de la Comunidad para incorporar

a sus tareas los temas de defensa. La idea de una defensa europea no puede ser de momento un sustitutivo de la Alianza Atlántica, pero constituye la única esperanza para que a largo plazo la defensa de Europa Occidental sea concebida y controlada por Europa Occidental.

Es también necesario que la forma en que España contribuya a la defensa occidental sea sólida y que goce de apoyo por parte de la opinión pública. Esto resulta fundamental tanto para el Gobierno como para nuestros actuales aliados. Es necesario que nos planteemos la necesidad de buscar formas flexibles e imaginativas de articular esa contribución y que sean susceptibles de obtener ese apoyo.

— Finalmente, no podemos olvidar que España contribuye ya de forma importante a la seguridad occidental a través de su relación con los EE.UU. y tam-



bién con el propio proceso de la consolidación de la estabilidad en nuestro país. De ahí que los ajustes que hayan de realizarse en nuestra política de alianzas deban llevarse a cabo con mesura, sin bandazos y con atención a los condicionamientos que supone la estructura de la sociedad española y sus percepciones históricas.

### *Dimensiones de la política exterior española*

El segundo gran principio consistía en la profundización de las dimensiones naturales y específicas de nuestra política exterior. La nueva actitud española en este contexto implica también una voluntad decidida de avanzar en ello. Son dimensiones naturales porque ningún Gobierno español puede, responsablemente, dejar de considerarlas como prioridades permanentes de nuestra política exterior, y son específicas porque responden a esa peculiar riqueza de contenido de nuestra presencia en el mundo, que es en último término una decantación de lo que los españoles han sido en su historia y que, por lo tanto, nunca España podrá renunciar a desplegar. Nuestra presencia en el mundo occidental puede y debe ser compatible con la búsqueda de nuestros objetivos nacionales, potenciando estas dimensiones diferenciales que pueden no siempre coincidir plenamente con las de algún país concreto.

Podemos referirnos fundamentalmente a tres dimensiones: Europa Occidental, Iberoamérica y el mundo Mediterráneo.

#### *Europa Occidental*

En nuestras relaciones con Europa Occidental podemos distinguir el plano multilateral del bilateral.

En el plano multilateral el tema más importante es, sin duda, nuestro proceso

de adhesión a las Comunidades Europeas. Tras la cumbre de Fontainebleau el único obstáculo en el camino es la terminación de las negociaciones. Esperamos poder concluir las en la fecha prevista, pero en la Comunidad saben muy bien que España no aceptará un Tratado de adhesión poco favorable para sus intereses nacionales y que, si es necesario, se prolongarán las negociaciones hasta conseguir un Tratado equitativo. España desea que los problemas pendientes se enfoquen de forma global, de manera que ambas partes puedan realizarse concesiones recíprocas en el marco de un acuerdo globalmente satisfactorio para ambas partes.

Sin embargo, la adhesión de España a las Comunidades constituye un hecho histórico tanto para nuestro país como para la propia Europa. Cuando ingrese en ellas, España está firmemente resuelta a favorecer pasos cada vez más decididos hacia una mayor integración europea, una integración política, un camino que hasta hace poco parecía bloqueado pero que la Cumbre de Fontainebleau del mes de junio parece haber vuelto a abrir.

En el plano bilateral, el Gobierno socialista juzgó desde el primer momento que una serie de temas clave de nuestra política exterior exigían llegar a unos acuerdos básicos con Francia, para lo cual había que transformar totalmente el clima de las relaciones bilaterales. Afir-  
mar esta necesidad puede que no siempre sea popular en España y tropezábamos con el obstáculo adicional del alto grado de desconocimiento de la realidad española que a veces existe en el país vecino. Pese a que no han desaparecido totalmente los momentos difíciles en nuestras relaciones, hoy existe una estructura permanente de contactos y unos canales de

comunicación constantemente abiertos. Los resultados no pueden ser ignorados: desde el definitivo impulso a nuestro proceso de adhesión a las Comunidades

**Tras la cumbre de Fontainebleau el único obstáculo en el camino a las Comunidades Europeas es la terminación de las negociaciones.**



hasta el cambio de actitud francesa ante el problema del terrorismo en el País Vasco. Estos dos cambios merecen ser subrayados tanto por las amplias conse-

**España quiere respetar los intereses de la población de Gibraltar, estableciendo al mismo tiempo un diálogo con el Reino Unido sobre el tema del territorio.**

cuencias que pueden tener en dos aspectos fundamentales de la política exterior española como por el hecho de que para que se produjeran ha sido necesario un cambio en la percepción de estos problemas por parte de Francia. Desde hace mucho tiempo la diplomacia española comprendió la necesidad de ese cambio y orientó sus esfuerzos para conseguirlo por encima de las dificultades e incomprendiones mutuas en momentos concretos. Ahora, cuando las perspectivas parecen haberse modificado decisivamente, creo que podemos decir que ambas partes, franceses y españoles, vamos a ganar y que podrían abrirse nuevos y ambiciosos caminos en nuestras relaciones.

En cuanto a Portugal, el objetivo del Gobierno es el de invertir la tendencia secular de portugueses y españoles a vivir los unos de espaldas a los otros, con una profunda ignorancia mutua. No pretendemos decir que ello sea fácil porque existen dos problemas estructurales en nuestras relaciones económicas: la pesca y el déficit comercial portugués. Sin embargo, el próximo ingreso de ambos países en la CEE puede crear una situación nueva en la que podría ser posible avanzar hacia la creación de un área económica más integrada en la Península Ibérica. Nuestro objetivo sigue siendo no sólo la creación de un clima nuevo sino el establecimiento de una base más ancha y más dinámica en nuestros contactos políticos y económicos.

Quiero también referirme, en este marco europeo, a nuestras relaciones con Gran Bretaña, globalmente buenas, pero que tropiezan con el anacrónico problema de Gibraltar. España desea aplicar de forma equilibrada y global la Declaración de Lisboa y empezar a hablar sobre todos

los aspectos del tema, incluido naturalmente el de la soberanía. España quiere respetar los intereses de la población de Gibraltar, estableciendo al mismo tiempo un diálogo con el Reino Unido sobre el tema del territorio. Mientras tanto, conviene intensificar el proceso de ósmosis entre las poblaciones del Peñón y el área circundante, adoptando al mismo tiempo las medidas necesarias para proteger los intereses económicos del Campo de Gibraltar.

### *Iberoamérica*

Dentro de nuestras dimensiones diferenciadoras ocupa un lugar destacado la iberoamericana. Las ideas básicas que han guiado la política española en Iberoamérica han sido las siguientes:

Evitar planteamientos retóricos y vacíos de contenido, cuando no paternalistas. España debe ser consciente de que sus recursos son limitados y, en consecuencia, no puede plantearse objetivos inalcanzables, que de nuevo nos llevarían al círculo vicioso de retórica-frustración-folklorismo-retórica-frustración tan familiar en el pasado.

Al mismo tiempo, España es un país con una capacidad de influencia considerable en Iberoamérica, lo que le da también una grave responsabilidad en los asuntos que afectan a ese continente, responsabilidad a la que debe hacer frente. A este fin se orientan los esfuerzos de nuestra diplomacia, que ha conseguido que en los últimos años la presencia de España en Iberoamérica se haya intensificado en todos los planos. Ello obedece a varias razones, entre las que se encuentran la transición política española, el prestigio personal de S. M. el Rey y el prestigio del Presidente del Gobierno. El modelo de sociedad industrial y democrática existente en España ejerce una verdadera atracción



en Iberoamérica con lo que, como recientemente dijera en Harvard S. M. el Rey, sus habitantes no ven en España el símbolo de un pasado difícil sino el de un futuro mejor. Por otro lado, los países de la región no desean caer en una excesiva gravitación política en torno a su poderoso vecino del Norte, y en este sentido la España democrática constituye una forma de acceder a los demás países e instituciones de Europa Occidental.

España desea seguir intensificando en todos los órdenes su presencia en Iberoamérica, traduciéndola en acciones de solidaridad concretas, como las que pueden ayudar en estos momentos a los países de la región con una fuerte deuda exterior. Quizá sea posible incluso ir pensando en formas de institucionalizar esos múltiples lazos mediante el establecimiento de una Comunidad Iberoamericana de Naciones que les dé expresión política en el plano internacional, teniendo en cuenta la próxima celebración del V Centenario del Descubrimiento.

Podemos hacer una referencia a dos problemas concretos existentes en esta zona: el conflicto centroamericano y los procesos de democratización en algunos países, sobre todo en el Cono Sur.

La política española en Centroamérica tiene unos principios claros:

— El fondo del problema lo constituye la situación de injusticia social existente en estos países, derivada de unas determinadas estructuras internas y externas. La verdadera solución no puede venir de una mayor militarización del conflicto, sino de la solución de esos factores de fondo.

— El Gobierno español considera que los problemas de esta región deben ser resueltos por los propios países de la zona, sin injerencias extranjeras. Por eso apoya decididamente el proceso de Con-

tadora, cuyo éxito abriría un nuevo camino en el subsistema de relaciones internacionales iberoamericano, potenciando decisivamente el papel diplomático de los países de la región.

— España apoya soluciones democráticas para estos países, en los que sea posible un diálogo genuino entre todas las fuerzas políticas.

En cuanto a los procesos de democratización en el continente, en los últimos años han tenido lugar una serie de cambios favorables en este plano y en este momento una proporción muy alta de los Estados de la región tienen regímenes democráticos. España es consciente de que sus relaciones con Latinoamérica representan vínculos profundos que están muy por encima de la existencia de tal o cual Gobierno en un determinado país, aunque naturalmente esas relaciones pue-

---

**El éxito de Contadora abriría un nuevo camino en el subsistema de relaciones internacionales iberoamericano, potenciando decisivamente el papel diplomático de los países de la región.**

---

den ser más fluidas con los Estados democráticos. El papel que desempeña hoy España en Iberoamérica le confiere una especial responsabilidad que le impide permanecer callada ante casos de violaciones repetidas y flagrantes de los derechos más elementales de la dignidad humana y que la obligan, al mismo tiempo, a apoyar decididamente los procesos de democratización en los países de la región.

### *El Mediterráneo*

El Mediterráneo es otra de las dimensiones naturales de nuestra política exterior. Hoy por hoy, el Mediterráneo no constituye una entidad geopolítica, debido a las profundas diferencias existentes entre los intereses y las trayectorias de los países de la región. Sin embargo, todos tienen intereses comunes. Uno de ellos es el de evitar la globalización y la militarización de los conflictos locales en el área, impidiendo que sean resueltos por las superpotencias en función de sus in-



tereses globales y no de los intereses de los Estados de la zona. Nuestro punto de vista es que resulta posible profundizar a partir de ahí y crear una mínima dinámica de intereses comunes en la región mediterránea.

Me referiré brevemente ahora a la actitud española ante dos cuestiones concretas: la región del Magreb y el conflicto de Oriente Medio:

La región del Magreb tiene una importancia estratégica y política enorme para Europa Occidental. Su cercanía histórica y geográfica a Europa justifica nuestro interés por los procesos políticos de la región. La política española en la zona persigue los siguientes objetivos:

1.º Reforzar la relación histórica entre el Magreb y Europa Occidental, estableciendo mecanismos de cooperación política y económica con esos países que les permitan impulsar su desarrollo económico. Ello ha de ser compatible con la presencia de un nacionalismo magrebí que lógicamente se define por oposición a la identidad nacional de otros Estados vecinos y, en particular, de las ex potencias coloniales. Es necesario aceptar ese nacionalismo, evitando al tiempo que se convierta en irredentismo. Para ello son útiles los mecanismos de cooperación que demuestren las ventajas mutuas que pueden derivarse de la existencia de intereses complementarios: este es el caso, por ejemplo, del acuerdo pesquero con Marruecos, que al tener una duración de cuatro años ha permitido introducir una estabilidad desconocida hasta ahora en nuestras relaciones económicas y políticas con dicho país y que constituyen uno de los elementos más importantes de la relación global entre Europa Occidental y el Magreb. Sin duda, las relaciones fluidas y francas con Marruecos son uno de los objetivos permanentes de la política española. Si queremos reforzar esta relación

**El acuerdo pesquero con Marruecos permite introducir una estabilidad desconocida hasta ahora en nuestras relaciones con dicho país.**

global, debemos mostrar nuestra solidaridad real con los problemas de los países magrebíes. Así, por ejemplo, es necesario que entre todos busquemos fórmulas que den solución a las dificultades que para los mismos pueda suponer la entrada de España y Portugal en la CEE.

2.º Apoyar la estabilidad en la región y el entendimiento entre los Estados que la integran. Este es un objetivo básico de nuestra política en la zona y para hacerlo posible es necesario encontrar una solución al problema del Sahara que salvaguarde los intereses esenciales de todas las partes del conflicto. El Gobierno español desea que se lleven a la práctica las resoluciones sobre el tema adoptadas por la ONU y por la OUA y que se pueda ejercer libremente el derecho a la autodeterminación de los saharauis.

3.º Reemplazar la anterior política de compensación con gestos alternativos a los distintos países de la región por una política global que favorezca la estabilidad de la zona es un principio de nuestra política exterior. Por este motivo, España desea firmemente resolver sus negociaciones con Argelia sobre la cuestión del gas de forma que resulte mínimamente satisfactoria para ambas partes y espera que el problema no afecte al conjunto de las buenas relaciones políticas y económicas que en los últimos años han ido poco a poco creándose con este país vecino.

En lo que se refiere al problema de Oriente Medio, los hechos han demostrado que no puede llegarse a una solución sin tomar en cuenta a todas las partes afectadas (en concreto, sin reconocer los derechos legítimos del pueblo palestino) y sin respetar los intereses

vitales de todos los Estados de la región, incluido, naturalmente, el Estado de Israel.

En el conjunto de la zona resulta especial-



mente grave la guerra irano-irakí, que está a punto de iniciar su quinto año de duración. En estos años el derramamiento de sangre, doloroso e inútil, ha alcanzado

niveles difíciles de aceptar. España está dispuesta a contribuir a todos los esfuerzos destinados a poner fin a esta guerra.

### *Un orden internacional más justo y seguro*

El tercer gran principio que guía la política exterior del Gobierno socialista es el de favorecer las causas que puedan contribuir a crear un sistema de relaciones internacionales más justo y más seguro. Un Estado democrático que luche por el respeto a las libertades fundamentales y la consecución de un bienestar económico mínimo para sus habitantes no puede permanecer indiferente cuando quienes sufren las consecuencias de violaciones de los derechos humanos y de situaciones de miseria son ciudadanos de otros países. Tampoco puede quedarse indiferente frente a la carrera de armamentos que tiene cogido al mundo en una espiral costosísima y potencialmente suicida. Uno de los objetivos del Gobierno es intensificar la acción exterior española para hacer frente a estos problemas internacionales, con un doble objetivo: asumir nuestra cuota de responsabilidad en los intentos para construir un orden internacional más seguro y más justo, objetivos no siempre fáciles de compaginar; y sensibilizar cada vez más sobre estos temas a la opinión pública española, contribuyendo de este modo a enriquecer la cultura política de la restauración democrática, estimulando las energías sociales de todo tipo que en España puedan movilizarse en favor de estos objetivos, de los que es necesario mencionar tres: el diálogo Norte-Sur, la defensa de los derechos humanos y el desarme.

El Gobierno tiene el objetivo de aumentar los fondos de asistencia al desarrollo.

### **En el tema del desarme las potencias medias tienen una capacidad de influencia limitada pero no nula.**

La ayuda oficial española alcanza hoy únicamente el 0,1 % del PIB. Resulta difícil concebir que aumente rápidamente hasta el 0,7 %, como proponen una serie de resoluciones de Naciones Unidas, pero un primer objetivo podría ser el de llegar a un 0,3 %, que constituye la media de los países de la OCDE. Para ello se está preparando una nueva Ley de Cooperación para el Desarrollo, si bien la crisis económica y el déficit público no crean el ambiente más propicio para la realización inmediata de estos proyectos. Pero es necesario desplegar una voluntad política real a tal fin y el pueblo español es consciente de que tenemos un compromiso moral en este sentido. Además, una España integrada en la CEE podría contribuir a que una Europa especialmente cercana y sensible a los problemas económicos del Tercer Mundo articule en torno a las instituciones comunitarias una versión del diálogo Norte-Sur diferente de la que hasta ahora han aplicado otras potencias económicas occidentales y no occidentales.

En este contexto hay que enfocar la ayuda española a Guinea Ecuatorial, que no debe interpretarse desde criterios de estricta rentabilidad económica, puesto que se trata antes que nada de un esfuerzo para apoyar el desarrollo económico de una nación hermana. En los últimos meses se han estabilizado las relaciones con Guinea, aunque es necesario profundizar y mejorar el funcionamiento de la cooperación española. Deseamos asentar definitivamente nuestras relaciones con Guinea Ecuatorial y hacer posible que este país se convierta en un foco de proyección hispánica hacia el resto del continente africano. Y sobre todo, aparte de esta vocación hispánica, que se manifestó en el último Congreso de Cultura Euroafricana en Bata, que este país comience por sí mismo su fase de despegue económico.



El compromiso español en defensa de los derechos humanos se ha puesto de manifiesto repetidamente en los últimos años, y en particular tras la elección de España como miembro de pleno derecho de la Comisión de Derechos Humanos de Ginebra. Los Estados democráticos no pueden ignorar las violaciones de los derechos más elementales de la persona humana, aunque se produzcan más allá de sus fronteras. Estas violaciones son igualmente injustificables sea cual sea el color político del Gobierno que las realice, pero nuestras especiales relaciones con Iberoamérica nos crean especial sensibilidad frente a los atentados contra los derechos humanos que allí puedan cometerse. En el Ministerio de Asuntos Exteriores se ha creado una Oficina de Derechos Humanos para coordinar y potenciar la labor de la Administración en esta cuestión fundamental.

En el tema del desarme las potencias medias tienen una capacidad de influencia limitada, pero no nula. Es necesario que todos apoyemos en la medida de nuestras posibilidades los esfuerzos para eliminar la carrera de armamentos y para reorientar los recursos que en ella se desperdician hacia el desarrollo del Tercer Mundo y la supresión de la crisis económica. No se podrá poner fin a esta carrera armamentista hasta que las dos superpotencias acepten la existencia de una paridad militar global entre ellas y estén dispuestas a adaptar su comportamiento a este hecho. Ello podría conducir a una estabilización y a una racionalización del equilibrio militar en el mundo, eliminando los miedos súbitos de una y otra parte a tal o cual vulnerabilidad concreta y renunciando a la introducción de nuevos sistemas de armas con profundos efectos desestabilizadores. Esa racionalización habría de partir de datos como los apuntados por Carl Sagan y un grupo de científicos, para los

cuales el uso de una parte mínima de los arsenales nucleares de las dos superpotencias bastaría para eliminar la vida de la faz de la tierra. Estos arsenales tienen un exceso de capacidad de matar y están tan grotescamente sobredimensionados por lo que parece existir un margen de maniobra suficiente para realizar disminuciones sustanciales que lleven a un debilitamiento de la disuasión mutua. Ello sólo sería posible si EE.UU. y la URSS empiezan a aplicar una política de seguridad basada no sólo en el hecho de que la paridad existe, sino de que su existencia es deseable porque tiene efectos estabilizadores y si de esta forma se va creando un mínimo de confianza en los objetivos de seguridad en una y otra parte.

España está resuelta a defender estas ideas, compartidas por otros países europeos, en los foros internacionales apropiados.

**Los Estados europeos occidentales deben tener la posibilidad de ejercer un control real sobre el nivel de los armamentos existentes en su suelo.**

En último término a lo que hay que tender es a que los Estados europeos occidentales tengan la posibilidad de ejercer un control real sobre el nivel de los

armamentos existentes en su suelo. Y para ello, todos los esfuerzos son pocos. No podemos caer, es evidente, en utopismos ni en fáciles formulaciones de carácter demagógico, pero debemos recoger e impulsar el ansia de paz de todos los españoles y especialmente de los jóvenes. Hay un hontanar de buena disposición en estos. Hay una juventud que no encuentra en los modelos políticos concretos la fuerza de su entusiasmo. Hay que transformar, incluso por razones de ética y de sanidad de cada sociedad, las causas internacionales en modelos de comportamiento y de entusiasmo.

Tales son los principios esenciales que inspiran nuestra acción exterior. Creo, sinceramente, que se corresponden con las necesidades de esa España nueva,



superadora del pesimismo histórico que tanto la limitó, y también de esa vieja y continua tensión entre las tendencias casticistas y las europeístas que tanto nos debilitaron y desconcertaron en el pasado.

Tales son, en suma, los principios rectores de una política exterior realista y vitalista, por decirlo así, vitalizadora de un país que quiere para sí y para el resto del mundo paz, libertad y bienestar.

---



Z O  
N A

El nacionalismo  
español

José María Jover  
Sisinio Pérez Garzón

Maneras de  
hacer historia

José Álvarez Junco

Sobre Rawls  
y Habermas

Rafael del Aguila  
Fernando Vallespín

Giddens  
sobre Marx

Erik O. Wright

31

Zona Abierta 31 - Abril-junio 1984

Información: Apartado 3.070. Madrid.



---

---

# UNA REFLEXIÓN SOBRE LAS AUTONOMÍAS

## Joaquín Leguina



El 29 Congreso del PSOE, en su resolución de Política Autonómica decía, entre otras cosas, lo siguiente:

*«Frente al gradualismo de la UCD preveíamos el establecimiento de un calendario de transferencias lo más homogéneo posible, celebrado en Madrid en octubre de 1981, hecho en función de la capacidad de las Comunidades para asumir servicios y del Estado para transferirlos y de acuerdo con unas prioridades claramente diseñadas en cuatro fases. Frente al nuevo posibilismo ucedista y como consecuencia de*

*nuestra concepción política de la Autonomía, garantizábamos la configuración de Asambleas Legislativas, Consejos de Gobierno y Tribunales Superiores de Justicia en todas las Comunidades Autónomas, como una exigencia funcional del Estado de las autonomías y asegurando así el que todos los pueblos de España puedan llegar a los mismos techos autonómicos sin que quepa tipo alguno de discriminación.*



*Rechazábamos expresamente la tesis ucedista de las leyes competenciales horizontales o sectoriales a través de lo que se pretendía desvirtuar la distinción constitucional entre la vía del artículo 151 y del artículo 143, entendiendo que los Estatutos de Autonomía operan directamente el reparto de competencias entre el Estado y la Comunidad, y que repartida la competencia no queda sino traspasar los servicios que realicen materialmente esas competencias. Finalmente, por lo que hace a la autonomía financiera, nos manifestábamos partidarios de la participación local y autonómica en la gestión del sistema tributario.*

La posición socialista cerraba la exposición del proyecto autonómico de los socialistas con las siguientes palabras: «*El Estado de las Autonomías previsto en la Constitución de 1978 se concretará en una forma de organización del Estado más próxima a un Estado federal que a otros posibles modelos. Se propugna por tanto una autonomía política armónicamente homogénea, generalizada y en la que todas las Comunidades puedan alcanzar los mismos niveles de autogobierno con garantías en el ejercicio de la solidaridad y sin privilegios de ningún tipo*».

Esta resolución recoge el modelo que antes y después del citado Congreso ha venido manteniendo el PSOE y que respondía a dos principios:

1) Bondad política del Estado de las Autonomías, en la perspectiva futura de un Estado de corte federal, partiendo de los hechos diferenciales históricos y reconociendo el derecho de todas las Comunidades Autónomas a alcanzar los mismos techos competenciales, es decir, los conocidos principios de igualdad y solidaridad.

2) Afirmación de que cada Comunidad Autónoma podrá incrementar el nivel competencial de su Estatuto, sobre todo

**La sentencia del Tribunal Constitucional sobre la LOAPA supone la desaparición de la vía jurídica para un modelo político racional y dinámico.**

las de régimen general (art. 143 de la Constitución), en función de su voluntad política y de su capacidad de asumir competencias, sin merma de la eficacia de los servicios, hasta alcanzar los mismos techos.

Este modelo autonómico se había concretado de forma especialmente clara en los Acuerdos Autonómicos del 31 de julio de 1981, suscritos entre el Gobierno de la Nación (UCD) y el PSOE, y en el Proyecto de LOAPA, que buscaron racionalizar y homogeneizar el proceso. En aquéllos se prevé expresamente que las Comunidades Autónomas podrán ampliar las competencias que exceden del ámbito del artículo 148 de la Constitución, entre otros procedimientos, mediante delegación o transferencia que «podrá iniciarse en los primeros tres años contados a partir de la entrada en vigor del Estatuto mediante, en su caso, leyes sectoriales. Además, caso de ser necesario, se podrá utilizar la previsión contenida en el art. 150.1 de la Constitución» (Acuerdos Político-Administrativos.—3. Competencias). Este párrafo muestra con suficiente claridad cómo se entendía y aceptaba políticamente adecuado que las diferentes Comunidades Autónomas de régimen general iban a aumentar sus techos competenciales iniciales, durante los tres primeros años de vida estatutaria, a través de leyes orgánicas del artículo 151.2 y sin esperar al transcurso de cinco años.

*Del dicho al hecho...*

Desde esas fechas de 1981 han pasado algunas cosas, entre ellas que el PSOE ganó las elecciones generales en octubre de 1982 y que en el verano de 1983 el Tribunal Constitucional dictó Sentencia sobre la LOAPA. La Sentencia del Tribunal Constitucional núm. 76/1983, de 5 de agosto, declarando inconstitucionales una serie de aspectos sustanciales del proyecto



de la LOAPA, ha supuesto la desaparición de la vía jurídica por la que se quería desarrollar un modelo político a la vez racionalizado y dinámico. Fundamentalmente la consideración de que el proceso de desarrollo autonómico forma parte de un proceso constituyente pactado, incluidos los formalmente Reales-Decretos de traspaso de servicios, ha tenido una gran incidencia en los propios responsables del Gobierno, por lo que puede suponer de reconocimiento de la necesidad objetiva que se mantengan o, incluso, renazcan las tensiones que lleva unido todo proceso constituyente. En todo caso, interesa recordar que ya los Acuerdos Autonómicos de 31 de julio de 1981 consideraban que «su desarrollo (del título VIII de la Constitución) es, por lo tanto, una prolongación natural del proceso constituyente», por lo que no parece claro que ahora nadie se sorprenda de las consecuencias en este sentido de la Sentencia sobre la LOAPA.

La llegada del PSOE al Gobierno dio, en un primer momento, un fuerte impulso a las transformaciones estatutarias, pero a la vez se han ido generando «reticencias» hacia el proceso, lo que lleva a que, entre pasillos, se empiece a hablar incluso de «error histórico». En este sentido reaparece el viejo argumento de «artificiosidad» según el cual hubiera bastado con dos (o tres) Autonomías, dejando el resto bajo el sistema común. Por otro lado, el hecho autonómico visto desde el Gobierno nacional:

— Dificulta las políticas sectoriales (vivienda, agricultura, etc.) y, en todo caso, exige acuerdos con las Comunidades Autónomas para su puesta en práctica.

— En momentos como el actual, en que el déficit de las Administraciones Públicas

es una auténtica y necesaria obsesión, se perciben las Autonomías como generadoras de «gasto público». El despliegue de alguna prensa contra la generación de su-

**La llegada del PSOE  
al Gobierno dio,  
en un primer momento,  
un fuerte impulso a las  
transferencias estatutarias.**

puestos déficits o contra el «boato» autonómico va en línea con ideas que son moneda corriente dentro de la Administración Central.

— El tercer punto de vista se refiere a la necesidad de *ir suavizando las tensiones* generales del momento político. Las dificultades económicas y políticas de la transición son especialmente manifiestas en las reivindicaciones autonómicas. Los problemas vasco y del resto de las comunidades «históricas», los agravios comparativos nacidos de la desigualdad de trato, sobre todo desde el referéndum andaluz, han generado unas tensiones que se consideran puramente artificiales. Suprimir tensiones innecesarias, estabilizar la situación, significan ralentizar el proceso autonómico.

#### *El argumento de «artificiosidad»*

El citado argumento puede expresarse, en términos coloquiales, así:

*«Autonomías de verdad sólo deben ser las históricas, las demás son artificiales.»*

Es bien conocido el fuerte arraigo que suelen tener las ideas simples y lo difícil que es oponerse a ellas; sin embargo, el uso de la razón no debe despreciarse cuando se hace política y ésta pretende ser de izquierdas. No está, por lo tanto, de más, dedicar algunas palabras a rebatir tal argumento.

No hay nada natural en las cosas sociales de los humanos. Podría decirse que la fisiología o la geología son naturales, pero en política todo es convenio y acuerdo o fuerza bruta. Nadie que se reclame de la civilización está por la política de la fuerza sino por la fuerza política de la razón; y esto hace el caso porque, si los compo-

nentes centralistas del Estado liberal han de ser transformados, la solución más viable, a finales del siglo XX, era, y es, un Estado de corte federal.



Sin embargo, esta constatación no ha impedido que se buscasen soluciones intermedias cuyo máximo exponente lo constituye el Estado regional. Fue primero en nuestra propia Historia, en concreto en la Constitución de 1931. Y más tarde en la Constitución italiana de 1947, en la que se articula el Estado regional, con dos tipos de entes autónomos: aquellos dotados de una capacidad legislativa de autonormación y autogobierno, especialmente amplia, y aquellos territorios cuyas competencias en este terreno son más limitadas.

El caso español no es similar; en primer lugar plantea la duda acerca de la definición del propio Estado, lo que origina copiosa literatura jurídica sobre los caracteres que en él concurren para poder llegar a una definición. De ahí que se hable de Estado unitario regionalizable, Estado compuesto, Estado Federo-Regional, Estado de las Autonomías, etcétera...

En segundo lugar, en la configuración del Estado descentralizado nuestra Constitución establece un principio dispositivo en el sentido de no señalar el mapa autonómico, si bien imprime dos limitaciones: una, que se trate de provincias limítrofes con características históricas, culturales y económicas comunes, y provincias con entidad regional histórica, y en segundo lugar, la posibilidad de sustituir la iniciativa autonómica en los supuestos del artículo 144. Principio éste que no se da en la Constitución italiana de 1947. Por último, la diferencia de contenido material entre los dos tipos de CC.AA. (las reguladas por el artículo 151 y Disposición Transitoria Segunda, y las contempladas en el artículo 143 del texto constitucional) es transitoria, ya que según lo establecido en el artículo 148.2 cuando transcurren cinco años y mediante la reforma del Estatuto podrán ampliar sus competencias dentro

del marco establecido en el artículo 149.1, lo que significa que será entonces cuando se equiparen sus techos competenciales.

Por ello, no es frívolo afirmar que nuestro modelo o forma de Estado es más próximo al esquema federal que a cualquier otro tipo de Estado.

Un Estado de esta textura no se construye arrancando trozos de poder político al precedente Estado centralista, sino que debe hacerse mediante un diseño federal desde el propio Estado. Ello no pudo o no quiso hacerse en la Constitución, cuyo título VIII posibilita diversas soluciones, pero es hoy perfectamente posible y, lo que es tan importante, viable.

Sin embargo, debido a la presiones, a las resistencias y quizá a la falta de coraje político, el proceso se inició desigualmente y se siguió con ritmos erráticos donde la

desconfianza, el agravio y la vindicación hicieron fortuna, unidos a aceleraciones y frenos descompensadores de cualquier mecanismo.

**En la configuración del Estado descentralizado nuestra Constitución establece un principio dispositivo en el sentido de no señalar el mapa autonómico.**

Se dijo entonces, por quien tenía razones para ello, que «el tiempo histórico no coincidía con el tiempo lógico».

Mala cosa, porque es obligación de todo político que sea la razón, la lógica, quien imponga su ley a la Historia. Cualquiera que se hubiera detenido algún tiempo en la, no siempre fácil, labor de la reflexión hubiera llegado, entonces como ahora, a una doble conclusión o, si se quiere, a dos conclusiones concatenadas.

Primera: Una situación en que unas nacionalidades o regiones tuvieran acceso al autogobierno y otras no es inestable por esencia.

Segunda: Una vez generalizado el proceso a todo el territorio nacional, los te-



chos de autogobierno en las distintas CC.AA. tienden inexorablemente a igualarse.

A la primera conclusión, alcanzada con las elecciones autonómicas que tuvieron lugar el 8 de mayo de 1983, no se llega porque se hayan provocado agravios comparativos de profundidad y signo diversos, sino porque una situación desigual en donde unas regiones tuvieran autogobierno y otras no va directamente contra la esencia misma de la democracia, en cuyo emblema sigue estando el principio de igualdad.

Al menos dos artículos de nuestra Constitución recogen ese elemental principio democrático:

*«Los españoles son iguales ante la Ley, sin que pueda prevalecer discriminación alguna por razón de nacimiento, raza, sexo, religión, opinión o cualquier otra condición o circunstancia personal o social»* (artículo 14).

*«Las diferencias entre los Estatutos de las distintas Comunidades Autónomas no podrán implicar, en ningún caso, privilegios económicos o sociales»* (artículo 138, apartado 2).

A mayor abundamiento se puede citar el apartado 1 del artículo 139 del texto constitucional, que dice:

*«Todos los españoles tienen los mismos derechos y obligaciones en cualquier parte del territorio del Estado.»*

Ante textos tan claros no se debe aplicar, por la vía de hecho, aquello atribuido a Romanones que reza: «Déjales que hagan ellos las Leyes que yo haré los Reglamentos».

Apelando al texto constitucional y al sentido común quedan en entredicho todas las reticencias que se han hecho a la

**Una vez generalizado el proceso a todo el territorio nacional, los techos de autogobierno en las distintas CC.AA. tienden inexorablemente a igualarse.**

generalización del proceso autonómico, proceso generalizador al que se ha denominado, peyorativamente, «café para todos». Término seguramente ideado por

quienes querían el café para ellos y la achicoria para los demás.

En este sentido, los acuerdos de julio de 1981 entre el entonces gobierno de UCD y el PSOE representaron un avance innegable, un serio intento para que la razón fuera por delante de las tensiones políticas, para evitarlas o para llevarlas al puerto de lo razonable.

Nadie podrá negar, con los datos en la mano, que el gobierno salido de las urnas en el otoño de 1982 ha impulsado el proceso de las transferencias tal y como se había prometido. Sin embargo, la situación actual, y el Estado que diseñan los distintos Estatutos de Autonomía, es una situación caracterizada por la desigualdad.

Veamos:

a) Comunidades Autónomas cuyo acceso a la autonomía ha sido el previsto en el artículo 151 en relación con la Disposición Transitoria 2.<sup>a</sup> de la Constitución denominadas por la doctrina «Comunidades de Primer Grado» o de «Autonomía plena», y Comunidades de segundo grado o autonomía menos plena cuyo acceso a la autonomía se produce de acuerdo con lo establecido en los artículos 143 y 146 del Texto Constitucional.

b) Comunidades Autónomas con sistema de financiación mediante cupo y Comunidades Autónomas cuya financiación se realiza de acuerdo con lo previsto en la Ley Orgánica de Financiación de las Comunidades Autónomas, conocida popularmente como LOFCA, de sistema financiero general.

c) Comunidades Autónomas de autonomía menos plena o de segundo



grado cuyo acceso a la autonomía ha sido el artículo 143 pero que disponen de Leyes orgánicas de delegación contempladas en el artículo 150.2 de la Constitución española —Valencia y Canarias—, y Comunidades Autónomas previstas en el artículo 143 sin leyes orgánicas de delegación del artículo 150.2.

d) Comunidades Autónomas uniprovinciales, es decir, sin Diputaciones y Comunidades pluriprovinciales.

Cada una de estas cuatro variables discrimina en el sentido estadístico y en el sentido político del término. La aplicación de estas cuatro variables sobre el mapa de España nos lleva a seis clases de Comunidades Autónomas:

1) Comunidades de autonomía plena o de primer grado, es decir, las comprendidas en el artículo 151, Disposición Transitoria 2.<sup>a</sup> de la Constitución, pluriprovinciales con sistema de financiación mediante cupo: País Vasco.

2) Comunidades Autónomas pluriprovinciales comprendidas en el artículo 151, Disposición Transitoria 2.<sup>a</sup>, de la Constitución: Andalucía, Cataluña y Galicia.

3) Comunidad asimilada a las previstas en el artículo 143 de autonomía menos plena uniprovincial y con sistema de financiación por cupo: Navarra.

4) Comunidades Autónomas de autonomía menos plena o de segundo grado descritas en el artículo 143 de la Constitución, pluriprovinciales y con leyes orgánicas de delegación previstas en el artículo 150.2: Canarias y Valencia.

5) Comunidades uniprovinciales de autonomía menos plena o de segundo grado previstas en el artículo 143 de la Constitución: Asturias, Baleares, Cantabria, Madrid, Murcia y Rioja.

6) Comunidades pluriprovinciales de autonomía menos plena o de segundo grado previstas en el artículo 143 de la Constitución: Aragón, Castilla-La Mancha, Castilla-León y Extremadura.

Aparte de la específica situación de Ceuta y Melilla habría más variables discriminantes que introducir como, por ejemplo, la distribución de inversiones que hace el ya aplicado *ante-legem* FCI, o la posibilidad o no de acceder a la cesión de tributos. Pero antes conviene volver al *café para todos* que, como se ha podido comprobar, es todavía un café con distintas cantidades de agua en la mixtura.

Nadie niega que hay, al menos, una variable cultural claramente identificable que es la lengua: catalán, gallego y vascuence, cuya presencia oculta algunas otras cosas de difícil identificación, que reclaman la «diferencia». Pero el derecho

**Apelando a la Constitución  
y al sentido común quedan  
en entredicho todas las reticencias  
que se han hecho a la generalización  
del proceso autonómico.**

a la diferencia no puede ocultar el derecho a la igualdad: ambos derechos son compatibles. Se trata precisamente de hacerlos compatibles.

En una democracia, el hecho, aparentemente simple, de introducir una papeleta en la urna es fundamental. Toda la legitimación política nace de ahí, pero no sólo es la legitimación sino, lo que es más importante, el derecho a elegir entre opciones diversas es a través de las urnas como se delega y ordena en y a otros durante un tiempo para que se gestione «la cosa pública».

Los habitantes de un pueblo, de un municipio, delegan y ordenan mediante el voto a otros vecinos para que se gestione en nombre de los votantes una serie de *asuntos públicos* que la Ley señala como propios de la autonomía municipal. Los habitantes del conjunto de pueblos que componen una región mandatan mediante su voto a otros ciudadanos de su región para que gestionen los asuntos propios de la autonomía regional. En fin, los habi-



tantes de la Nación eligen a las Cortes e indirectamente al Gobierno para que se ocupe de los asuntos propios del más alto nivel de decisión política.

Imaginemos, como es el caso español en la hora presente, que hay regiones y nacionalidades con un nivel de competencias según las cuales la autonomía gestiona, por ejemplo, la *salud pública*, mientras que hay otras regiones donde ese nivel competencial es menor y es el Gobierno nacional quien gestiona allí la *salud*. Sea por ejemplo *Andalucía*, Comunidad del 151 a donde se ha transferido el INSA-LUD, y por otro *Castilla-León*, que no tiene esa competencia.

Un habitante de Andalucía «ordena» con su voto la forma como se ha de llevar a cabo la salud en Andalucía al votar en las elecciones autonómicas, mientras que no le ocurre lo mismo a un castellano-leonés. Tal situación desigual lleva a que el voto del andaluz tenga más poder de decisión, *valga más* que el voto de un castellano.

La desigualdad en las competencias autonómicas genera desigualdad en los derechos de los ciudadanos. Un ejemplo más, por lo obvio, puede ser ilustrativo: es bien sabido que en Cataluña funciona un canal de televisión dependiente de la Generalidad, y es público que un conocido club de fútbol ha suscrito un acuerdo económico con dicho canal. Al poco tiempo, el presidente de otro club, con ubicación fuera de territorios con canales autonómicos, se llamaba «a la parte» diciendo simplemente que a él también le vendría bien suscribir un acuerdo semejante. En una sociedad democrática esta situación es necesariamente inestable precisamente por ser injusta. No hay agravio comparativo. Sí puede haber discriminación.

En definitiva, no existen infinitos modelos de distribución territorial del poder político. Hay, fundamentalmente, dos: el modelo unitario que significó un avance

**El derecho a la diferencia  
no puede ocultar  
el derecho a la igualdad:  
ambos derechos  
son compatibles.**

decisivo en la construcción del Estado moderno, y el Estado de corte federal que parece aquí, en España y ahora en el último tramo del siglo XX, el más adecuado.

### *Algunas «leyes generales»*

Al viejo argumento de la «artificiosidad» se han venido a unir, como se ha indicado, aquéllos que en el Estado central han rondado la cabeza de los gobernantes, al menos desde que se redactó el título VIII de la Constitución. Dado que en los argumentos que se van a analizar hay una parte de verdad, es preciso señalar algunas *leyes generales* que se dan en todo proceso de descentralización administrativa y en todo proceso de reparto territorial del poder político.

1) Toda descentralización administrativa genera graves resistencias en la administración destinada a «ser descentralizada». No es de extrañar que los mensajes emitidos hacia el poder central, que emanan de sus propios funcionarios y de los cargos políticos intermedios, sean negativos respecto al proceso descentralizador. Esos mensajes acaban por crear un caldo de cultivo contrario a la descentralización de indudables repercusiones políticas.

2) Toda descentralización administrativa correctamente realizada exige el correspondiente «desmantelamiento» de los aparatos centrales y la creación más pequeña posible de aparatos descentralizados. Las resistencias en contra son de tal fuerza en ambos casos que lo más probable es que tal proceso descentralizador acabe por generar más gasto público de tipo burocrático.

3) Un correcto reparto territorial de poder político exige una gran capacidad de diálogo y convenio tanto por parte del poder central como del territorial. Suele ocurrir, sin embargo, que el poder central tiende a aplicar la vieja máxima: «Todo se



legítima si actúo yo, nada fuera de mi actuación». El territorial suele caer en la irresponsabilidad: «La culpa de todo la tiene Madrid».

---

---

**La desigualdad  
en las competencias autonómicas  
genera desigualdad  
en los derechos  
de los ciudadanos.**

---

---

4) El poder emergente debiera atemperar sus mensajes y sus presencias en la vida pública al ritmo de las disponibilidades de su fuerza política real. Ejemplos de que ocurre normalmente lo contrario son infinitos y ello porque el nuevo poder territorial responde: a) al añoso principio burocrático que consiste en reclamar el máximo de competencias para ejercerlas al mínimo, y b) al principio político tan desgraciadamente en boga de la «imagen pública» y otras artes periodístico-publicitarias en el que tienden a caer los políticos de toda laya, ideología e intención.

Si a estas «leyes generales» se une una situación económica de profunda crisis, con las administraciones públicas burocráticamente mal organizadas y generando un déficit enorme, se tendrá idea de la magnitud del problema. Pero lo peor que puede ocurrir, ante tal dificultad, es querer dar marcha atrás, desentenderse del susodicho problema o *echarle toda la culpa al otro* (el gobierno nacional a las autonomías y las autonomías al gobierno nacional).

Marcar las vías de solución exige plantear el (o los) problema (s) sobre sus bases reales.

### *El problema de la funcionalidad*

Cualquier proceso de descentralización administrativa que pretenda contener el gasto funcional exige una movilidad geográfica adecuada de los funcionarios y un «limpio» traspaso de servicios. Hasta ahora tales objetivos están encontrando dificultades muy serias, por ejemplo:

— Resistencia de los funcionarios centrales a ser transferidos fuera de Madrid.

— Problemas generados en la movilidad de ciertos funcionarios (caso de la educación) por el efecto distorsionador que provoca la existencia de distintas clases de CC.AA.

— Traspaso de servicios en situación irregular (por ejemplo, en las delegaciones de Industria hay personal que sigue cobrando tasas directamente del público), o confusa (el número de contratados laborales transferibles crea un auténtico bosque laboral que acabará costando «caro» a las CC.AA. que asumen dichos servicios).

Quizá las prisas en las transferencias de funcionarios a las administraciones autonómicas no sean demasiado aconsejables y ello requiera un ritmo adecuado, lo que exige, como condición previa, que en el *interin* la administración central y las CC.AA. congelen sus efectivos laborales al máximo. En lo que respecta a ciertos servicios irregulares o confusamente dotados hay que decir que el llamado «método del coste efectivo», tal y como se aplica, suele ser ruinoso para las CC.AA. que lo soportan y quieren dar un servicio que pueda llamarse tal. La administración central no debiera olvidar que en un Estado descentralizado el peso de los servicios con «demanda infinita» (bienestar social, reinserción, infraestructuras, salud, educación, etc.) tienden a ser gestionados por los niveles más próximos al ciudadano, es decir, ayuntamientos y CC.AA., lo cual, unido a la mala organización pre-existente en estos servicios, acaba por generar problemas laborales y déficits.

Desde el punto de vista de la administración central no son estos problemas los que más preocupan sino aquéllos que se derivan de la dificultad que la existencia de autonomías genera para las políticas sectoriales. En efecto: un plan nacional de vivienda o de cultivos choca con las



sacrosantas «competencias exclusivas». Este problema es, sin duda, grave y requiere una solución sobre dos principios:

1. El necesario diálogo entre las distintas administraciones públicas.

2. La concreción real y efectiva del principio constitucional que señala que son competencia exclusiva del Estado las «bases y coordinación de la planificación general de la actividad económica».

Parece claro que este grave problema debe dejar de ser «de fondo» para pasar a ser «de rodaje».

### *El problema financiero*

El modelo de financiación de las CC.AA. viene recogido en la Ley Orgánica de Financiación de

las CC.AA. (LOFCA), desarrollada posteriormente por la Ley del Fondo de Compensación Interterritorial (LFCI). Este modelo ha entrado en crisis o, con más precisión, ha entrado *parcialmente* en crisis al estar cuestionado desde los dos puntos de vista que aquí se están contemplando, el punto de vista del Gobierno y el de las CC.AA.

El esquema de funcionamiento puede ser descrito brevemente de la siguiente manera. Las CC.AA. reciben sus transferencias con sus servicios (tanto centrales como periféricos) *valorados*. Este coste efectivo, en forma de gastos corrientes, se cubre mediante el mecanismo de la cesión de los tributos previstos en los Estatutos. Caso de que el coste efectivo sea mayor que el rendimiento de los tributos, la diferencia se calcula en forma de porcentaje sobre los impuestos no cedibles del Estado. En caso de que el coste efectivo de los servicios transferidos a una Comunidad no alcance el valor de los tributos cedibles, el total del coste efectivo se calcula

como porcentaje sobre los citados impuestos no cedibles.

Este mecanismo, dado el sistema de cálculo, genera los llamados *efectos financieros* que son del todo indeseables desde el punto de vista del Gobierno. Este punto de vista se resume así:

### *Comunidad a la que no se ceden tributos*

Si en el período N (en este momento 1983) el coste efectivo de los servicios transferidos a una Comunidad (en nuestro caso los correspondientes a todos los Decretos aprobados hasta el 8 de febrero de 1984) es inferior a la recaudación de los tributos susceptibles de cesión a la Comunidad Autónoma en dicho ejercicio, no se ceden la gestión y el rendimiento de los mismos a la Comunidad en el período siguiente. N más 1 (en nuestro caso 1984).

En este caso, el coste efectivo de los servicios transferidos en el período N se expresan como un porcentaje de los ingresos del Estado no susceptibles de cesión en el

año base (para el que se toma 1983 según acuerdo del Consejo de Política Fiscal y Financiera).

Dicho porcentaje se aplica a los ingresos del Estado no susceptibles de cesión en el período siguiente (1984), y el resultado es lo que recibe la Comunidad como financiación en dicho ejercicio.

*La sobrefinanciación que recibe la Comunidad es la diferencia entre el porcentaje con el que crecen los costes de los servicios transferidos (básicamente el 6,5 % para los gastos de personal y el 8 % para el resto), y el porcentaje con el que se incrementan los ingresos del Estado en los que participa (del orden del 30 % en el paso de 1983 a 1984). A esta sobrefinanciación, por encima de la actualización de costes, se le denomina «efecto financiero de tipo A».*



## Comunidad con tributos cedidos

Cuando el coste efectivo de los servicios transferidos a una Comunidad en período N (1983) es mayor que la recaudación en ese período de los tributos susceptibles de cesión, la Comunidad recibe en el período siguiente N más 1 (1984) la gestión y recaudación de los mismos.

*La diferencia entre el coste efectivo en el período N y la recaudación de los tributos susceptibles de cesión en dicho ejercicio se expresa como un porcentaje de los ingresos del Estado no susceptibles de cesión en el año base (1983).*

*En el período siguiente N más 1 (1984) la Comunidad se financia por dos vías:*

1. *La recaudación de los tributos cedidos, que si bien crecen menos que los ingresos del Estado crecen más que los costes de los servicios transferidos. Ello origina una sobrefinanciación que contribuye a lo que se denomina «efecto financiero». Para distinguirlo del que se origina vía porcentaje, lo denominaremos efecto financiero de «clase B».*

2. *Una transferencia del Estado, resultado de aplicar el porcentaje de participación a la recaudación de los tributos del Estado no susceptibles de cesión en 1984. A la sobrefinanciación que ello produce se denomina, como ya se ha dicho, «efecto financiero de clase A».*

En consecuencia, una Comunidad que entra en el régimen de cesión de tributos percibe dos efectos financieros de distinta cuantía:

1. El originado por el incremento de recaudación que es normalmente porcentualmente mayor que el incremento de coste de los servicios (efecto financiero de «clase B»).

2. El originado por la indicación vía

**El modelo de financiación de las CC.AA., recogido en la LOFCA y desarrollado posteriormente por la LFCI, ha entrado parcialmente en crisis.**

porcentaje de los ingresos de la Comunidad sobre los ingresos del Estado (efecto financiero de «clase A»).

Según fuentes de la Administración Central, para 1984 *la diferencia entre el coste efectivo actualizado* incluyendo derivas y desviaciones elevadas a cómputo anual por decisiones no imputables a las Comunidades y no incorporadas totalmente en el coste efectivo establecido en los Decretos de Transferencias, *y la financiación que recibirán las Comunidades por el sistema LOFCA, es de unos 51.000 millones de pesetas.*

Además, en 1984 se producirá la cobertura de algunas insuficiencias financieras hasta el 31 de diciembre de 1983, para lo cual el Estado deberá aportar 53.000 millones de pesetas mediante un crédito extraordinario (39.000 a Cataluña, 11.854 a Galicia, entre 2.000 y 3.000 a Andalucía y Asturias, 955 a Cantabria).

Finalmente, y siempre desde el punto de vista del Gobierno, es preciso tomar en consideración la *duplicación de coste producida por la no transferencia física de funcionarios* de los servicios centrales, cuyo coste está incluido en el coste efectivo de los Decretos que se computan en la base de cálculo del porcentaje de 1983. La duplicación de coste prevista por este concepto en la situación actual se estima en *5.500 millones de pesetas.*

Lo expuesto muestra que, según cálculos del Gobierno y sin contar el efecto financiero del *tipo B*, se produce un aumento de gasto del orden de los 110.000 millones de pesetas en 1984.

Esta cantidad, lógicamente, preocupa al Gobierno, pero parece preocuparle aún

más el hecho de que una parte de ella (el efecto financiero de tipo A) se establezca como porcentaje «perpetuo» sobre los ingresos del Estado. Entiende el Gobierno



que una parte del esfuerzo fiscal futuro destinado a cubrir sus déficits, en buena parte generados por las cargas financieras de todo tipo generadas por los déficits pa-

---

**El modelo propuesto  
hasta ahora por el PSOE llevará  
a una única diferenciación  
que introduce  
el sistema de cupo.**

---

nanciero de *tipo A* serviría casi exclusivamente para tapar el «agujero» que la recaudación *real* de los tributos cedidos provocará en sus presupuestos. Dicho en

sados y presentes, vaya a pasar a las CC.AA. que no tienen sobre sí la citada carga financiera. Detrás del argumento está, también, el temor de que estos excedentes a favor de las CC.AA. acaben, en el peor caso, generando gastos corrientes (personal y compra de bienes o servicios) en las CC.AA., o en el mejor supuesto, endeudamientos para financiar nuevas inversiones. En definitiva, mayor gasto público.

otras palabras, las CC.AA. que tienen impuestos cedidos consideran excesivamente optimistas las previsiones que el Gobierno hace sobre la capacidad recaudatoria de los tributos que se han cedido.

Estos argumentos, a menudo esgrimidos por miembros del Gobierno, y aún siendo preocupantes, parece excesivamente pesimistas y con toda probabilidad exagerados cuantitativamente en su valoración futura.

En el momento que las transferencias estatutarias se completen y haya cesión de tributos a todas las CC.AA.<sup>1</sup> el efecto financiero de tipo A tendrá obviamente menor importancia, afectando casi exclusivamente de forma significativa a aquellas CC.AA. con gran nivel de competencias y poca capacidad recaudatoria (cuyo ejemplo más llamativo es Andalucía).

Antes de pasar a indicar el punto de vista de las CC.AA. sobre este problema conviene recoger la distribución del «mayor gasto» de 1984 según las CC.AA. no sujetas al peculiar sistema del «cupo» (País Vasco y Navarra): los resultados se recogen en el *cuadro 1*. La extraordinaria varianza de la financiación suplementaria por habitante (ver la última columna del cuadro) provoca tales agravios que resulta difícilmente presentable y, en todo caso, insostenible en años venideros.

Siempre desde el punto de vista de las CC.AA., el efecto financiero total se contempla, por lo dicho, como un margen de maniobra en torno a sus gastos corrientes o de funcionamiento que les permite asumir unos servicios que, de no tener este margen, se deteriorarían. En efecto, en el cálculo de los costes efectivos del capítulo 2 (gastos corrientes) que se transfieren a las CC.AA. no se contemplan aspectos tan relevantes para el funcionamiento de los servicios como «estudios», «proyectos», «asistencia técnica», etc. que se han quedado, no se sabe muy bien por qué razón, en la Administración Central.

#### *El punto de vista de las CC.AA.*

Desde la óptica de las CC.AA. el problema financiero se ve de otra forma. En primer lugar, las CC.AA. afectadas no están de acuerdo en la valoración que del efecto financiero de tipo B hacen los Presupuestos Generales del Estado, argumentando que los ingresos previstos para los tributos cedidos es, cuando menos, optimista, lo que, siempre según esta óptica, llevaría a la conclusión de que el efecto fi-

#### *El Fondo de Compensación Interterritorial*

El «excedente» típico que la LOFCA ideó para las CC.AA. es el FCI destinado a inversiones nuevas de carácter real cuyo reparto se hace según la «particular» fórmula de la LFCI<sup>2</sup> (ver cuadro 2).

La «filosofía» del Fondo es doble; por un lado, se pretende reequilibrar rentas en forma de infraestructuras y servicios bási-



cos; de otro, se pretende impulsar el desarrollo de áreas tradicionalmente subdesarrolladas. Todo ello mediante la distribución de inversiones «nuevas» a realizar por las propias Comunidades Autónomas.

En países en donde existen fondos de este tipo nunca se ha utilizado esta técnica, en primer lugar porque la «compensación» debe formar parte de la política del Gobierno de la Nación (Gobierno Federal en su caso), y en segundo lugar porque la distribución óptima de los, siempre escasos, recursos públicos difícilmente puede alcanzarse mediante complicadas fórmulas y sí mediante el análisis a nivel nacional de proyectos concretos.

Es más que razonable pensar que el FCI no va a conseguir ninguno de los objetivos que pretende; eso sí, reduce sensiblemente la capacidad económica de algunas Comunidades, como Madrid o Cataluña, en donde la inmigración ha creado y crea demandas elementales que pueden cubrirse más eficazmente en una zona urbana que en una rural<sup>3</sup>.

Independientemente de estas consideraciones generales el FCI provoca serios problemas a la política general del Gobierno y a algunas CC.AA.

### *La visión del Gobierno*

Si las CC.AA. deciden libremente sobre las inversiones en las competencias que les son propias (algunos Estatutos hablan de «competencias exclusivas», término a todas luces excesivo) es obvio que en asuntos tales como vivienda y agricultura, por citar los más llamativos, es prácticamente imposible realizar una programación medianamente razonable a nivel nacional. La LFCI dota al Gobierno de ciertos mecanismos de «concertación», pero éstos resultan, con toda probabilidad, insuficientes.

Vistas así las cosas, se hace imprescindible la creación de un mecanismo de concertación capaz de generar una programación económica conjunta. El proceso que permita llegar a ello no puede ser exclusivamente legal; dicho en otras palabras, se hace necesario un diálogo profundo entre el Gobierno y las CC.AA, con el fin de alcanzar un acuerdo sobre el «método de trabajo». Este acuerdo es urgente en los momentos actuales de crisis, pero la propia crisis financiera de las administraciones públicas en su conjunto, paradójicamente, lo puede propiciar y favorecer.

### *El punto de vista de las CC.AA.*

En torno al FCI parece difícil pensar en un solo punto de vista de las CC.AA. ya que algunas resultan «favorecidas» mientras que otras salen «perjudicadas»; sin embargo, dado el carácter de las inversiones que el Fondo distribuye, es fácilmente imaginable lo siguiente: las CC.AA. «favorecidas» comprobarán inmediatamente que, por mucho que sea su cuidado a la hora de seleccionar nuevas inversiones, éstas acaban siempre por generar gastos corrientes en una proporción difícilmente variable y ello influirá negativamente, más temprano que tarde, en sus gastos corrientes.

Una visión global de las inversiones, incluidas las inversiones financieras, puede a la postre resultar imprescindible también desde la óptica de las CC.AA. incluso en aquéllas «favorecidas» por el FCI.

### *Algunas conclusiones*

De lo expuesto pueden obtenerse algunas conclusiones iniciales:

**Es necesario que el Estado se dote de mecanismos que hagan necesaria la concertación entre todas las CC.AA. dotando al Gobierno de capacidad de arbitraje.**

1. Es insostenible que la abigarrada solución actual (seis categorías al menos de CC.AA.) pueda sostenerse como modelo final.



El modelo propuesto hasta ahora por el PSOE, y recogido en las primeras líneas de este escrito, sigue siendo el más racional y viable y llevará a una única diferenciación que introduce el sistema del cupo.

Llegar a dicho modelo requerirá no sólo algún tiempo <sup>4</sup> sino un diálogo razonable entre el Gobierno y las CC.AA. afectadas. Es obvio que los partidos de ámbito nacional tienen un papel básico moderador e impulsor.

Esta solución encuentra dos dificultades políticas: a) la delimitación de los «hechos diferenciales», especialmente el Vasco y el Catalán, y b) la resistencia de los poderes políticos legitimados nacionalmente dentro de los grandes partidos (PSOE, AP, etc.) que lógicamente se resisten a las legitimaciones «territoriales» de sus propias estructuras internas.

2. La solución de funcionalidad que pretendía la LOAPA es preciso que sea alcanzada mediante el acuerdo entre el Gobierno y las CC.AA. Tal cosa no puede lograrse sobre la «tensión», sino sobre bases políticas «de Estado», o, con más pre-

cisión, con la visión de quienes están construyendo un nuevo Estado. La óptica «funcionaria», en el Gobierno, y la prisa, en las CC.AA., no ayudarán a resolver el problema.

3. La crisis parcial del modelo LOFCA exige también un acuerdo, más que sobre cifras concretas, sobre el «método».

Se trata de conseguir unos objetivos generales y no sólo el loable de *reducir* el gasto público a toda costa. En primer lugar, es preciso que el artículo 149, apartado 13, de la Constitución: «*El Estado tiene competencia exclusiva sobre las bases y coordinación general de la actividad económica*», sea algo más que una declaración formal, para lo cual es necesario que el Estado se dote de mecanismos que hagan necesaria la concertación entre todas las CC.AA. dotando al Gobierno de la capacidad de arbitraje que resulta imprescindible. En este sentido, parece sobrar tanto el carácter restrictivo de las dotaciones del FCI que sólo abarca a las inversiones *reales nuevas* en su formulación actual, como el sistema *mecánico* de su distribución.

<sup>1</sup> Al menos hay un caso, el de Madrid, que de no tener competencias por encima de las estrictamente estatutarias no tendrá nunca acceso a los tributos cedidos por su Estatuto.

<sup>2</sup> La LFCI ha sido aprobada en 1984, si bien su «fórmula» se aplica desde 1982. Dicha Ley prevé el reparto del 40 % de inversión nueva real entre las CC.AA.

<sup>3</sup> Dotar de abastecimiento de agua a cien familias en el campo con hábitat disperso es, obviamente, mucho más oneroso que en hábitat urbano, lo mismo ocurre con la inmensa mayoría de las infraestructuras. Intentar igualar, en este sentido, al campo con la ciudad es tarea que, de aplicarse en sentido es-

tricto, provoca un despilfarro de proporciones incalculables.

<sup>4</sup> En este sentido se expresaba el Ministro de Administración Territorial, Tomás de la Quadra, en su comparecencia ante el Congreso el 24 de febrero de 1983 cuando decía: «Con respecto a las materias cubiertas por el artículo 150.2 o por el transcurso de cinco años (la idea del Gobierno es) utilizar el recurso del artículo 150.2 una vez transcurrido el período primero de las transferencias que están asumidas estatutariamente, *salvo que en alguna Comunidad fuese necesario para hacer posible la asunción de tributos por parte de la Comunidad, porque con el nivel de los servicios asumidos no lleguen a cubrir el importe de la recaudación que correspondería por la Ley de Cesión de Tributos.*»



Cuadro n.º 1

**CUADRO RESUMEN DE FINANCIACION EXTRAORDINARIA DE LAS COMUNIDADES AUTONOMAS**  
(según datos del Ministerio de Economía y Hacienda)

| <i>COMUNIDAD</i>         | <i>A</i>      | <i>B</i>      | <i>EFFECTO FINANCIERO TOTAL</i> | <i>Valoración insuficiencias financieras hasta 31-12-83</i> | <i>Financiación extraordinaria total</i> | <i>Financiación extraordinaria en pesetas por habitante</i> |
|--------------------------|---------------|---------------|---------------------------------|---|--|---|
| Andalucía .....          | 8.557         | 5.298         | 13.855                          | 1.151 (1)   | 15.006                                   | 2.329   |
| Aragón .....             | 43            | 6.936         | 6.979                           | —   | 6.979                                    | 5.753   |
| Asturias .....           | 466           | —             | 466                             | 40 (1)  | 506                                      | 449   |
| Baleares .....           | 208           | —             | 208                             | —   | 208                                      | 304   |
| Canarias .....           | 3.495         | 1.427         | 4.922                           | —   | 4.922                                    | 3.406   |
| Cantabria .....          | 510           | —             | 510                             | 955   | 1.465                                    | 2.866   |
| Castilla-León .....      | 1.668         | —             | 1.668                           | —   | 1.668                                    | 647   |
| Castilla-La Mancha ..... | 1.053         | —             | 1.053                           | —   | 1.053                                    | 647   |
| Cataluña .....           | 1.733         | 3.685         | 5.418                           | 39.000  | 44.418                                   | 7.455   |
| Extremadura .....        | 265           | 661           | 926                             | —   | 926                                      | 882   |
| Galicia .....            | 4.536         | 2.223         | 6.759                           | 11.854  | 18.613                                   | 6.759   |
| Madrid .....             | 315           | —             | 315                             | —   | 315                                      | 67  |
| Murcia .....             | 372           | —             | 372                             | —   | 372                                      | 388   |
| La Rioja .....           | 235           | —             | 235                             | —   | 235                                      | 929   |
| Valencia .....           | 659           | 6.941         | 7.600                           | —   | 7.600                                    | 2.084   |
| <b>TOTAL ....</b>        | <b>24.115</b> | <b>27.171</b> | <b>51.286</b>                   | <b>53.000</b>   | <b>104.286</b>                           | <b>2.982</b>  |

(1) Cifra estimada en función de la participación en el coste efectivo total.  
NOTA.—El efecto financiero *A* es el debido al porcentaje de participación.  
El efecto financiero *B* es el atribuible a los tributos cedidos.

Cuadro n.º 2

**DISTRIBUCION DEL FONDO DE COMPENSACION INTERTERRITORIAL EN 1984**

| <i>CONCEPTOS COMUNIDADES</i> | <i>F.C.I. millones</i> | <i>Ptas/hab. 1984</i> |
|------------------------------|------------------------|-----------------------|
| Andalucía .....              | 57.676,3               | 8.953                 |
| Aragón .....                 | 5.179,6                | 4.270                 |
| Asturias .....               | 4.499,8                | 3.993                 |
| Baleares .....               | 2.214,8                | 3.233                 |
| Canarias .....               | 11.077,8               | 7.668                 |
| Cantabria .....              | 1.705,6                | 3.339                 |
| Castilla-León .....          | 19.116,2               | 7.418                 |
| Castilla-La Mancha .....     | 15.241,3               | 9.362                 |
| Cataluña .....               | 17.331,3               | 2.909                 |
| Ceuta .....                  | 490,5                  | 6.918                 |
| Extremadura .....            | 15.961,3               | 15.200                |
| Galicia .....                | 21.194,7               | 7.697                 |
| Madrid .....                 | 11.299,2               | 2.390                 |
| Melilla .....                | 479,7                  | 8.076                 |
| Murcia .....                 | 4.407,2                | 4.601                 |
| Navarra .....                | 1.369,2                | 2.698                 |
| País Vasco .....             | 6.647,5                | 3.114                 |
| Rioja (La) .....             | 687,6                  | 2.715                 |
| Valencia .....               | 12.420,4               | 3.406                 |
| <b>TOTAL .....</b>           | <b>209.000,0</b>       | <b>5.537</b>          |



---

# LAS ELECCIONES AUTONÓMICAS EN CATALUÑA

## Pilar Brabo y Carmen Ortiz



# 3

---

Si bien los resultados globales de las elecciones autonómicas del 29 de abril de 1984 en Cataluña son suficientemente conocidos en todos los ámbitos de nuestro país, y la valoración política que de ellas han hecho los diferentes partidos es también del dominio público, existen problemas a la hora de intentar un análisis detallado de sus resultados.

Estos problemas provienen de las discrepancias de datos según las fuentes consultadas. Por ejemplo, los censos publicados por *La Vanguardia* y *El País* para toda Cataluña y cada una de sus circunscripciones no coinciden con los de las Juntas Provinciales, aunque son idénticos a las cifras aportadas por el Ministerio del

Interior. Sin embargo, cuando las autoras de este estudio han sumado los propios datos del Ministerio del Interior, municipio a municipio, han encontrado que la cifra global del censo no coincide con la que aporta el propio Ministerio. Lo mismo ocurre con la cifra del total de votantes. Por su parte, el Ministerio del Interior



incluye, en su propia publicación, los datos de las Juntas Provinciales en cada circunscripción (no a nivel de cada municipio), que nunca coinciden con los suyos.

**CiU ha crecido más allí donde menos tenía, ralentizando su crecimiento en Gerona, donde siempre ha tenido su bastión fundamental.**

del 75,4 % sobre los votos logrados por este partido en las generales de 1982, y de un 78,3 % sobre los obtenidos en las autonómicas de 1980.

Las discrepancias registradas no alteran los resultados finales de los partidos, a lo sumo podrían modificar alguna décima, pero sí resultan extraordinariamente molestas cuando se intenta un seguimiento en detalle de las variaciones de votos de los partidos, o de la abstención, a cualquier nivel.

Las autoras de este trabajo hemos optado por utilizar como base de los datos los del Ministerio del Interior, modificando los censos y el número total de votos emitidos con arreglo a las sumas efectuadas por nosotras. Este método era necesario porque los datos de las elecciones autonómicas de 1980 y de las generales de 1982 están extraídos también del Ministerio del Interior.

También queremos señalar que, para no incidir en una interpretación globalizadora de las elecciones autonómicas catalanas, hemos preferido presentar al lector aspectos inéditos de las mismas: las pérdidas y ganancias de cada partido en los municipios mayores de 15.000 habitantes, las posibles procedencias de los votos ganados por CiU, el destino de los votos perdidos por el PSC-PSOE y otros aspectos análogos.

#### *CiU: Un estudio de la procedencia de sus votos*

Convergencia i Unió ha logrado el triunfo más espectacular de toda su trayectoria, conquistando setenta y dos escaños, el 52,9 % del total, y el 45,9 % de los votos emitidos. Los 1.345.867 votos conseguidos por CiU suponen un incremento

Por circunscripciones electorales, donde los votos de CiU crecieron más fue en Tarragona, donde obtuvo un incremento del 98,7 % sobre los votos absolutos de 1982. En Lérida el incremento fue del 81,5 %, en Barcelona del 75,7 % y en Gerona del 56,3 %. Se observa fácilmente que CiU ha crecido más allí donde menos fuerza tenía, ralentizándose su crecimiento en Gerona, donde siempre ha tenido su bastión fundamental.

Al escribir este artículo, en una fecha ya tardía por las razones que apuntábamos al principio, y al haberse realizado ya todo tipo de análisis sobre las elecciones del 29 de abril último, hemos optado por centrar este artículo en algunas peculiaridades de los trasvases de votos. Este apartado lo centraremos en el estudio de la procedencia de votos de CiU, según el siguiente método: hemos sumado, para los diferentes niveles, los votos perdidos entre 1982 y 1984 por todos los partidos del centro-derecha (es decir, UCD, AP y CDS en 1982, AP en 1984) y los votos perdidos por Esquerra (ERC) también entre ambas fechas. Cuando esta suma es superior a los votos ganados por CiU podemos tranquilamente suponer que no ha tenido por qué haber un trasvase de votos del PSC-PSOE a CiU. En caso contrario, es altamente probable que dicho trasvase se haya producido, siendo su tope máximo el de la diferencia entre los votos que CiU ha ganado y los que los partidos de centro-derecha, más ERC, han perdido. Este supuesto implica que todo el incremento del censo se ha ido a la abstención, pero aún con ello consideramos que, a falta de haberse publicado encuestas postelectorales, es un método válido de aproximación a la realidad.



Si aplicamos este método a lo ocurrido en toda Cataluña (Cuadro 1) observamos que los votos ganados por CiU superan en 155.117 votos los perdidos por el centro-derecha y Esquerra. Por tanto, esa podría ser la cifra aproximada del trasvase global de votos en toda Cataluña del PSC-PSOE a CiU. Esa cifra supone el 22,3 % del total de votos perdidos por los socialistas catalanes. El 77,7 % restante habría ido a parar a la abstención y a incrementar los escasos votos del PSUC.

Si aplicamos ahora ese mismo método a cada una de las circunscripciones catalanas (Cuadro 2) encontramos que la circunscripción donde había habido, según el supuesto que contemplamos, un mayor trasvase del PSC-PSOE a CiU habría sido Gerona: el 58,9 % de los votos perdidos por el PSC-PSOE entre 1982 y 1984 podría haber tenido como destinatario a CiU. En Lérida ese porcentaje bajaría al 38,1 %, en Tarragona al 24,1 % y en Barcelona es donde el trasvase ha sido menor: tan sólo el 18,7 % de los votos perdidos por el PSC-PSOE han podido ir a las arcas de CiU.

Hemos juzgado de interés aplicar este método a los municipios mayores y menores de 15.000 habitantes de toda Cataluña, considerando que ésta puede ser la barrera entre municipios rurales y urbanos, aunque no siempre sea así. Para ello hemos elaborado un cuadro en el que para toda Cataluña hemos clasificado las pérdidas y ganancias de votos, entre generales de 1982 y autonómicas de 1984, en los cuarenta y seis municipios mayores de 15.000 habitantes por un lado, y en los 893 municipios menores de 15.000 por otro (Cuadro 3).

De este Cuadro se deduce que 83.683 votos del PSOE en los municipios mayores de 15.000 habitantes, *el 15,1 % de sus votos perdidos*, han ido a parar a CiU,

**En la Cataluña rural más de la mitad de los votos perdidos por el PSC-PSOE han podido trasvasarse hacia CiU.**

mientras que en los municipios menores de 15.000 habitantes el trasvase ha sido mayor, 71.434 votos socialistas; *el 50,5 % de los votos perdidos por el PSC-PSOE en estos municipios* han podido ir a parar a CiU. Por tanto, en la Cataluña que pudiéramos llamar rural más de la mitad de los votos perdidos por el PSC-PSOE han podido trasvasarse hacia CiU, mientras que en la Cataluña urbana esa proporción baja al 15 %.

Tiene interés también analizar el comportamiento en los municipios mayores y menores de 15.000 habitantes dentro de cada circunscripción electoral. Empecemos por el caso de Barcelona. Aquí hemos dividido la circunscripción en tres apartados: el municipio de Barcelona, los restantes treinta y tres municipios mayores de 15.000 habitantes y los municipios menores de 15.000 habitantes de la circunscripción barcelonesa. Recogemos las pérdidas y ganancias de votos entre 1982 y 1984 en el Cuadro 4.

Según este Cuadro observamos que en el conjunto de Barcelona, y según el supuesto que estamos contemplando ha habido un trasvase de votos del PSC-PSOE a CiU equivalente al 17,3 % del total de sus votos perdidos. En los restantes municipios mayores de 15.000 habitantes el trasvase es del 14,4 %, y en los menores de 15.000 habitantes es mucho mayor: del 39,3 %. Curiosamente, por tanto, en el municipio de Barcelona ha habido un posible trasvase de votos socialistas hacia CiU mayor que en la media de estos grandes municipios *de toda Cataluña*.

*En Gerona* la división de votos entre los seis municipios mayores de 15.000 habitantes y los municipios menores de esa cifra ofrece los resultados señalados en el Cuadro 5, en cuanto a pérdidas y ganancias.

Del Cuadro se deduce que en los seis



municipios mayores de 15.000 habitantes de Gerona las pérdidas sufridas por el centro-derecha y ERC (14.106 votos) rebasan a los votos ganados por CiU. Por tanto, en estos seis municipios no ha tenido por qué haber un trasvase del PSC-PSOE hacia CiU: según este supuesto todos los votos perdidos por los socialistas en estos grandes municipios habrían ido a parar a la abstención.

En los municipios menores de 15.000 habitantes de Gerona la situación es exactamente la contraria: CiU ha ganado 23.864 votos más que todos los perdidos por el centro-derecha (hemos supuesto, para que los datos cuadren, que los 731 votos ganados por ERC en estos municipios proceden también de los votos perdidos por el centro-derecha). Como el PSC-PSOE ha perdido 15.406 votos es obvio que, según el supuesto contemplado, todos estos votos han ido a parar a CiU. Luego, por tanto, existe una alta probabilidad de que todos los votos que el PSC-PSOE ha perdido en los municipios rurales de Gerona entre 1982 y 1984 hayan tenido como destinatario a CiU.

Confeccionando ahora un cuadro similar correspondiente a Lérida (Cuadro 6) observamos que en el único municipio mayor de 15.000 habitantes de la circunscripción leridana, Lérida capital, los votos perdidos por AP, UCD, CDS y ERC (10.545) rebasan los ganados por CiU. Por tanto, no ha tenido por qué producirse trasvase del PSC-PSOE a CiU: los votos socialistas han podido ir a parar a la abstención.

En los municipios menores de 15.000 habitantes, al aplicar este supuesto, encontramos que ha podido haber un trasvase de los votos socialistas hacia CiU equivalente al 62,7 % de los votos totales perdidos por el PSC-PSOE en este tipo de municipios.

En Tarragona la división entre los cinco municipios mayores de 15.000 habitantes y todos los restantes ofrece los resultados del Cuadro 7.

Cuadro del que deducimos que en los cinco municipios mayores de 15.000 habitantes de Tarragona sí que ha existido un trasvase de votos socialistas hacia CiU, pero de muy pequeña cuantía: tan sólo el 3,5 % de los votos perdidos por el PSC-PSOE han podido ir a pasar a CiU. En los municipios menores de 15.000 habitantes, y suponiendo también que los votos ganados por ERC proceden de los perdidos por el centro-derecha, el trasvase de votos socialistas hacia CiU equivale al 44,2 % de todos los votos perdidos en estos municipios por el PSC-PSOE.

Por tanto, y resumiendo esta situación, vemos que *dentro de todos los municipios*

**Dentro de todos los municipios rurales, aquellos en los que ha habido un posible trasvase mayor de votos socialistas hacia el CiU han sido los de Gerona.**

*rurales de Cataluña, aquellos en los que ha habido un posible trasvase mayor de votos socialistas hacia CiU han sido los de Gerona: todos los votos perdidos por el*

PSC-PSOE en ellos han podido ir a parar al partido de Pujol. En los municipios rurales de Lérida, un 62,7 de los votos perdidos por el PSC-PSOE han podido pasar a CiU. La proporción baja al 44,2 % en Tarragona y el 39,3 % en Barcelona.

En los *municipios urbanos, es decir, mayores de 15.000 habitantes*, el resumen de la situación de toda Cataluña es el siguiente: en Gerona y Lérida no ha tenido por qué haber trasvase de votos socialistas hacia CiU en este tipo de municipios. En Tarragona el trasvase es mínimo: el 3,5 % de los votos perdidos por el PSC-PSOE. *Y donde ha podido producirse un trasvase mayor es en los grandes municipios de Barcelona: en la capital, del 17,3 %, y en los otros grandes municipios del 14,4 %.*



Como dato curioso podríamos decir que, si en los grandes municipios de la circunscripción de Barcelona no se hubiera producido este trasvase hacia CiU, es de-

**Si las pérdidas del PSC hubieran obedecido sólo a la abstención, el panorama político de Cataluña hubiera resultado notablemente distinto al actual.**

decir, si en ellos hubiera ocurrido lo mismo que en los grandes municipios de Lérida y Gerona: que todos los votos perdidos por los socialistas han podido ir a la abstención o a incrementar los del PSUC, CiU hubiera obtenido en toda Cataluña 76.600 votos menos, lo que en porcentaje (y considerando que esos 76.600 habrían ido a la abstención) supondría un 44,3 % de los votos válidos, inferior al 45,9 % que realmente ha obtenido CiU en toda Cataluña, el PSOE hubiera tenido un 30,2 %. Si el PSC-PSOE hubiera podido retener esos 76.600 votos que ha cedido a CiU en esos grandes municipios de Barcelona, el porcentaje de CiU en toda Cataluña hubiera sido del 43,2 %, y el del PSC-PSOE del 32 %.

Al mismo tiempo es interesante señalar que esos 76.600 votos, que posiblemente han pasado de las filas del PSC a las de CiU en Barcelona capital y en los grandes municipios de la circunscripción barcelonesa, suponen el 49,4 % de todos los votos posibles trasvasados de las filas socialistas a las convergentes en toda Cataluña.

Si continuamos haciendo «política-ficción» obtendríamos que si esos 155.117 votos escapados de los socialistas a CiU se hubieran ido a la abstención, CiU hubiera tenido un porcentaje global en Cataluña del 42,7 %, y el PSC-PSOE del 31,1 %. Y si esos 155.117 votos hubieran permanecido en las filas socialistas, el porcentaje de CiU en toda Cataluña hubiera sido del 40,5 % y el de PSC-PSOE del 34,7 %.

Por tanto, los votos trasvasados, según el supuesto que contemplamos, de los socialistas a los convergentes han tenido una

influencia decisiva en la configuración de la correlación final de fuerzas. O, dicho de otro modo: si las pérdidas del PSC-PSOE hubieran obedecido sólo a la abs-

tención, el panorama político de Cataluña resultante de la jornada electoral del 29 de abril hubiera sido notablemente distinto al actual.

### *El PSC-PSOE*

Los resultados obtenidos por los socialistas en Cataluña, en las pasadas elecciones al Parlamento Autónomo, no han sido nada alentadores para el partido que ostenta el Gobierno de la Nación.

El mismo partido ha asumido el resultado de la votación como una derrota electoral en el conjunto de la Comunidad. Pero, evidentemente, se pueden hacer dos tipos de lecturas sobre la votación socialista del 29 de abril de 1984; la primera se haría comparando los resultados de las autonómicas de 1984 con las anteriores elecciones legislativas de 1982; la segunda, de menor importancia, haciendo la comparación entre las elecciones autonómicas de 1984 y las correspondientes realizadas en 1980.

La pérdida de representatividad en 1984 con respecto a las legislativas de 1982, en cuanto a representación parlamentaria se refiere, es de veintitrés puntos, pues pasaron de tener el 53,2 % de los escaños correspondientes a Cataluña en las legislativas de 1982, a un 30,4 % de representantes autonómicos en 1984.

El resultado es más ventajoso en la comparación entre las autonómicas de 1980 y las de 1984; en este caso se ha producido un aumento en la proporción de escaños obtenidos en 1984 con respecto a los de 1980, han pasado de treinta y tres a cuarenta y un parlamentarios catalanes,



es decir, del 24,4 % al 30,4 % de los escaños del Parlamento Catalán.

Otro tanto ha ocurrido si se establece la comparación sobre los votos o porcentajes obtenidos. En 1984 el PSOE ha perdido 694.828 votos, lo que supone el 44,5 % de los hombres que le habían otorgado su confianza en las legislativas de 1982; la pérdida en porcentaje fue de 15,7 puntos. En la comparación respecto de las autonómicas de 1980 las ganancias fueron de 257.458 votantes, lo que supuso un incremento de un 42,3 % de su electorado de 1980; en porcentajes, la subida ha sido de 7,2 puntos.

Por circunscripciones, las pérdidas de votos más importantes respecto de 1982 se han producido en Lérida, Tarragona y Barcelona, con devaluaciones electorales superiores al 44 %; en el caso de Gerona dejaron de votar al PSC un 40,7 % de los electores que habían optado por este partido en las legislativas de 1982.

En la comparación de las autonómicas de 1980-1984, sobre votos absolutos, los incrementos mayores del PSC aparecieron en las circunscripciones de: Barcelona, con un aumento de un 45,9 % de los votos de 1980, y Tarragona, donde el incremento correspondiente fue de un 44,1 %. En los territorios de Gerona y Lérida los aumentos, en el número de votos, fueron bastante inferiores a los ya señalados de las otras dos provincias, correspondiendo un 21,4 % a la circunscripción de Gerona y un 13,9 % a Lérida.

Veamos lo que ha ocurrido en el conjunto de municipios mayores de 15.000 habitantes, donde habita el 74,6 % de la población residente catalana y que, por tanto, son decisivos en las consultas electorales para las distintas formaciones políticas en competencia. Así, nos encontramos con unas pérdidas del PSC tan consi-

derables o mayores que a nivel provincial en el conjunto de estos municipios cuando comparamos los resultados de 1984 con los de 1982. En cuanto a valores relativos, los descensos son del siguiente orden: en las cuarenta y seis localidades de toda Cataluña apareció un descenso de 15,4 puntos; en el grupo de los treinta y cuatro municipios barceloneses son 15,7 los puntos de pérdida para la candidatura del PSC; a Lérida le han correspondido 16,6 puntos, y al grupo de Tarragona 13,3 puntos; como se puede apreciar, es el descenso menor comparado con el que experimentan los mayores de 15.000 de las otras tres circunscripciones.

Las pérdidas sobre el total de votos obtenidos por el PSC en las elecciones autonómicas de 1984 respecto de las elecciones legislativas de 1982 son de las siguientes magnitudes: en el grupo de municipios mayores de 15.000 habitantes de Cataluña le han correspondido 552.416 votos, luego pierden un 44,3 %; esta proporción es casi idéntica a la correspondiente de todos los municipios catalanes.

En Barcelona los 491.406 votos perdidos suponen un 44,1 %; también esta proporción es similar a la obtenida para todos los municipios de la circunscripción. En Gerona perdieron un 46 % de los votos, en la proporción fue de un 51,1 %. En Tarragona los 27.100 votos perdidos, en los cinco municipios, suponía el 43,3 %, proporción ligeramente inferior a la correspondiente provincial (45,3 %).

Existen varias hipótesis para intentar comprender mínimamente este cambio espectacular en las tendencias electorales del PSC-PSOE: 1.ª) los efectos negativos de algunas decisiones tomadas por el Gobier-

**Los votos trasvasados de los socialistas a los convergentes han tenido una influencia decisiva en la configuración de la correlación final de fuerzas.**

no de la Nación, salido del PSOE, como pueden ser: la política de reconversión industrial y la política autonómica, etc..., que no termina de convencer al Ejecutivo



Autónomo ni es comprendida claramente por amplios sectores de la ciudadanía catalana. Estos elementos se convirtieron en un arma arrojada contra los socialistas catalanes, utilizada por todas las formaciones políticas rivales, y el PSC no supo contrarrestarlos adecuadamente; 2.<sup>a</sup>) los efectos del aumento de la abstención, que pasó del 19,8 % en 1982 al 33,2 % en 1984, lo que suponía en términos absolutos un incremento de 602.948 electores. Pero sería una justificación bastante simplista decir que toda la pérdida de votos del PSC ha ido a parar a la abstención, aunque esto se ha podido producir en una proporción importante. Como no disponemos de encuestas postelectorales es imposible justificar o rechazar categóricamente esta segunda hipótesis.

### *Esquerra Republicana de Catalunya*

Esta formación política catalanista, que cosechó sus mejores éxitos con ocasión de las primeras elecciones al Parlamento Autónomo de Catalunya va perdiendo espacio electoral paulatinamente, es de suponer que a favor de CiU y, en una pequeña medida, de algún partido de izquierda.

Veamos cuales han sido las pérdidas entre las elecciones autonómicas de 1980 y las de 1984. A nivel de toda la Comunidad son 114.564 (un 47,5 %) los votos perdidos entre los dos momentos electorales. En los municipios mayores de 15.000 habitantes, el descenso correspondiente fue de 122.790 (un 60 %) votos, lo que significa que existe un avance importante en los municipios pequeños para que se pueda producir un descenso menor en el conjunto de Catalunya. La evolución en cifras relativas, en este mismo paso electoral, ha supuesto un descenso de 5,8 puntos en el conjunto de Catalunya, y de 6,3 puntos pa-

ra el bloque de municipios mayores de 15.000 habitantes, quedándose situado este partido en un 3,9 % en Catalunya en las autonómicas de 1984. Esto supondría que si en lugar de elecciones autonómicas, en las que ha obtenido cinco escaños en la Asamblea catalana, hubiesen sido elecciones legislativas, ERC muy probablemente hubiese quedado como partido extraparlamentario.

Observando cada una de las cuatro circunscripciones de la Comunidad, los descensos electorales de ERC en éstas son tan importantes como para el conjunto de Catalunya, así las pérdidas porcentuales entre 1980 y 1984 son de: 4,2 puntos en Barcelona, 4,4 puntos en Gerona, 6,6 puntos en Lérida y 5,8 puntos en la provincia de Tarragona.

Las pérdidas de votos absolutos de ERC se repartieron de la siguiente manera: 84.287 (un 48,4 %) para Barcelona, 8.875 (un 36,5 %) en Gerona, 9.434 (un 48,2 %) en Lérida y 11.968 (un 51,4 %) en Tarragona. Lo que puede indicarnos un

---

**Los socialistas han experimentado un aumento en la proporción de escaños obtenidos en 1984 con respecto a los de 1980.**

---

descenso proporcional, para Esquerra, de magnitudes mayores en las dos provincias catalanas más desarrolladas.

En el conjunto de municipios mayores de 15.000 habitantes, de las cuatro circunscripciones electorales, las pérdidas porcentuales han sido de: 4,3 puntos en los de Barcelona, 4 puntos para los de Gerona, en Lérida fueron 5 puntos y en Tarragona la pérdida porcentual es superior a las anteriores, con una magnitud de 7,6 puntos.

Si comparando las elecciones de 1980 y 1984 se aprecia un importante retroceso electoral para ERC, otro tanto ocurre si se establece la comparación entre las legislativas de 1982 y autonómicas de 1984,



aunque la magnitud del retroceso electoral (en votos absolutos), en este paso, sea ligeramente inferior al de 1980-1984. Y en el caso de los valores relativos pueden aparecer algunas décimas de ganancias (en ningún caso llegaron a un punto). Este proceso se dio por igual en los tres niveles territoriales utilizados anteriormente.

### *Algunas consideraciones sobre el PSUC*

El PSUC ha perdido entre las elecciones autonómicas de 1980 y las de 1984 345.732 votos (el 67,8 % de los que obtuvo en aquella fecha), reduciendo su porcentaje en Cataluña del 18,6 % en 1980 al 5,6 % en 1984. Es obvio que entre ambas fechas media toda la crisis del PCE-PSUC, pero parece evidente que, como el PCE, el PSUC tampoco ha superado la crisis.

Este hecho se ve aún más claramente si analizamos que, entre las elecciones generales de 1982 y las autonómicas de 1984, el PSUC sólo ha ganado 6.232 votos, pasando de un porcentaje del 4,6 % a otro del 5,6 %. Esta «recuperación», ya de por sí pequeña, lo es aún más si consideramos que para el PSUC las elecciones autonómicas de 1980 fueron su mejor momento y podría haberse esperado que ahora ocurriera lo mismo. Además las inmensas pérdidas del PSC-PSOE apenas han beneficiado al partido de los comunistas catalanes.

El PSUC, reducido a cinco diputados en el Parlamento catalán, en contraste con los veinticinco que tenía anteriormente, ha pasado a ser una fuerza marginal, cuya incidencia en el futuro político de Cataluña no tiene visos de aumentar.

De los cuadros incluidos en el apartado sobre CiU se deduce que los 6.232 votos

**Sería una justificación bastante simplista decir que todas las pérdidas de votos del PSC han ido a parar a la abstención.**

ganados en toda Cataluña por el PSUC, respecto a las elecciones generales de 1982, se traducen en 7.612 votos ganados en la circunscripción de Barcelona, y en

pérdidas de algunos centenares de votos en las otras tres circunscripciones. Dentro de la circunscripción de Barcelona las mayores ganancias de votos del PSUC se producen en el grupo de municipios mayores de 15.000 habitantes, con excepción de la capital, donde el PSUC gana, respecto a 1982, 10.695 votos. Tanto en Barcelona capital como en los municipios menores de 15.000 habitantes el PSUC pierde votos absolutos.

Es lógico que el PSUC haya recuperado votos en los grandes municipios de Barcelona en los que, con excepción de la capital, siempre ha tenido su bastión fundamental y en los que aún hoy detentan algunas alcaldías importantes. Sin embargo, la recuperación es muy pequeña.

Si comparamos con los votos que obtuvo en estos grandes municipios, con excepción del municipio de Barcelona, en las autonómicas de 1980, el PSUC ha perdido 174.383 votos. Si la comparación la hacemos con las municipales de 1983, son 214.887 los votos perdidos. Por tanto, la notable recuperación del PSUC en las elecciones municipales del pasado año en los grandes municipios del cinturón industrial de Barcelona no le sirvió de nada en las últimas elecciones autonómicas.

### *Las pérdidas de AP*

Los resultados de AP, que en las elecciones generales de 1982 no fueron en Cataluña nada negativos, se han esfumado en las recientes elecciones autonómicas. AP ha perdido 275.312 votos en toda Cataluña respecto a las generales y ha pasado de un porcentaje del 14,4 % a otro del 7,6 %. Pero, además, ha hecho peor pa-



pel en estas elecciones autonómicas que el que hizo UCD en las autonómicas de 1980, en las que los centristas consiguieron el 10,5 % de los votos. Sea por la pésima campaña realizada, sea por la atracción que CiU haya podido ejercer sobre una parte de sus votantes, sea porque el partido de Fraga también se está desgastando desde 1982, lo cierto es que AP «ha pinchado» en las elecciones del 29 de abril, obteniendo unos resultados muy por debajo de los previstos.

Por circunscripciones electorales, las pérdidas de AP han sido máximas en Gerona, donde perdió el 59,8 % de los votos que obtuvo en 1982; le sigue Barcelona, donde perdió el 56,3 %; Tarragona, el 50,6 % y Lérida el 44,6 %.

En todos los municipios mayores de 15.000 habitantes de Cataluña AP perdió el 53,6 % de los votos que obtuvo en las generales de 1982. En los menores de 15.000 habitantes, el 60,4 %.

Dentro de la circunscripción de Barcelona, AP perdió el 32,7 % de los votos que obtuvo en las generales de 1982 en el municipio de Barcelona, el 59,5 % en los otros municipios mayores de 15.000 habitantes y el 59,5 % en los municipios menores de 15.000. En Gerona AP perdió el 59,6 % de sus votos de las generales de 1982 en los municipios mayores de 15.000 habitantes, y el 60 % en los menores de 15.000. En Lérida, el 50,7 % en los mayores de 15.000 y el 40,3 % en los menores. Y en Tarragona, el 55,3 % en los mayores de 15.000 y 45,5 % en los menores.

#### CUADRO 1

##### Pérdidas y ganancias de votos entre generales de 1982 y autonómicas de 1984 (toda Cataluña)

|            |           |
|------------|-----------|
| CiU .....  | + 578.962 |
| PSOE ..... | -694.828  |
| AP .....   | -275.312  |
| PSUC ..... | + 6.232   |
| ERC .....  | - 10.596  |
| UCD .....  | - 69.982  |
| CDS .....  | - 67.955  |

#### CUADRO 2

##### Pérdidas y ganancias por circunscripciones entre generales de 1982 y autonómicas de 1984

|            | <i>Barcelona</i> | <i>Gerona</i> | <i>Lérida</i> | <i>Tarragona</i> |
|------------|------------------|---------------|---------------|------------------|
| CiU .....  | + 420.315        | + 54.160      | + 45.739      | + 58.748         |
| PSC .....  | -566.614         | -37.347       | -36.143       | -54.724          |
| AP .....   | -215.790         | -21.086       | -12.658       | -25.778          |
| ERC .....  | - 9.165          | + 295         | - 1.590       | - 136            |
| UCD .....  | - 39.809         | - 6.027       | -11.469       | -12.677          |
| CDS .....  | - 49.368         | - 5.328       | - 6.265       | - 6.994          |
| PSUC ..... | + 7.612          | - 498         | - 544         | - 338            |

#### CUADRO 3

##### Pérdidas y ganancias de votos entre G-1982 y A-1984 en los municipios mayores y menores de 15.000 habitantes en toda Cataluña

|                | <i>Mayores de 15.000</i> | <i>Menores de 15.000</i> |
|----------------|--------------------------|--------------------------|
| CiU .....      | + 384.775                | + 194.187                |
| PSC-PSOE ..... | -553.416                 | -141.412                 |
| AP .....       | -199.162                 | - 76.150                 |
| ERC .....      | - 9.596                  | - 1.000                  |
| PSUC .....     | + 8.479                  | - 2.247                  |
| UCD .....      | - 40.956                 | - 29.026                 |
| CDS .....      | - 51.378                 | - 16.577                 |



CUADRO 4

Pérdidas y ganancias de votos en los diferentes tipos de municipios entre G-1982 y A-1984 en Barcelona

|                | <i>Rest. municipios<br/>Municipio<br/>de Barcelona</i> | <i>Municipios<br/>mayores<br/>de 15.000 hab.</i> | <i>Menores<br/>de 15.000 hab.</i> |
|----------------|--|--|-----------------------------------|
| CiU .....      | + 189.496  | + 150.441  | + 80.378                          |
| PSC-PSOE ..... | -201.138   | -290.268   | -75.208                           |
| AP .....       | -105.357   | - 73.930   | -36.503                           |
| ERC .....      | - 6.705  | - 1.311  | - 1.149                           |
| PSUC .....     | - 1.594  | + 10.695   | - 1.489                           |
| UCD .....      | - 17.328   | - 14.963   | - 7.518                           |
| CDS .....      | - 25.301   | - 18.442   | - 5.625                           |

CUADRO 5

Pérdidas y ganancias de votos en los diferentes tipos de municipios entre G-1982 y A-1984 en Gerona

|                | <i>Mayores<br/>de 15.000 hab.</i> | <i>Menores<br/>de 15.000 hab.</i> |
|----------------|-----------------------------------|-----------------------------------|
| CiU .....      | + 12.256                          | + 41.904                          |
| PSC-PSOE ..... | -21.941                           | -15.406                           |
| AP .....       | - 9.381                           | -11.705                           |
| ERC .....      | - 436                             | + 731                             |
| PSUC .....     | - 590                             | + 92                              |
| UCD .....      | - 2.123                           | - 3.904                           |
| CDS .....      | - 2.166                           | - 3.162                           |

CUADRO 6

Pérdidas y ganancias de votos en los diferentes tipos de municipios entre G-1982 y A-1984 en Lérida

|                | <i>Mayores<br/>de 15.000 hab.<br/>(sólo Lérida capital)</i> | <i>Menores<br/>de 15.000 hab.</i> |
|----------------|---|-----------------------------------|
| CiU .....      | + 10.400  | + 35.339                          |
| PSC-PSOE ..... | -13.969   | -22.174                           |
| AP .....       | - 5.964   | - 6.694                           |
| ERC .....      | - 89  | - 1.501                           |
| PSUC .....     | + 5   | - 549                             |
| UCD .....      | - 2.346   | - 9.123                           |
| CDS .....      | - 2.146   | - 4.119                           |

CUADRO 7

Pérdidas y ganancias de votos en los diferentes tipos de municipios entre G-1982 y A-1984 en Tarragona

|                | <i>Mayores<br/>de 15.000 hab.</i> | <i>Menores<br/>de 15.000 hab.</i> |
|----------------|-----------------------------------|-----------------------------------|
| CiU .....      | + 24.182                          | + 34.566                          |
| PSC-PSOE ..... | -27.100                           | -27.624                           |
| AP .....       | -14.533                           | -11.245                           |
| ERC .....      | - 1.168                           | + 1.032                           |
| PSUC .....     | - 37                              | - 301                             |
| UCD .....      | - 4.196                           | - 8.481                           |
| CDS .....      | - 3.323                           | - 3.671                           |



**CATALUÑA**  
**Elecciones autonómicas de 1980**

|                      | Barcelona | %    | Gerona  | %    | Lérida  | %    | Tarragona | %    | Cataluña  | %    |
|----------------------|-----------|------|---------|------|---------|------|-----------|------|-----------|------|
| Censo .....          | 3.404.304 |      | 236.298 |      | 265.083 |      | 379.475   |      | 4.385.160 |      |
| Votos emitidos ..... | 2.111.752 |      | 228.941 |      | 160.662 |      | 225.233   |      | 2.726.588 |      |
| Abstención .....     | 1.292.552 | 37,9 | 107.357 | 31,9 | 104.421 | 39,4 | 154.242   | 40,6 | 1.658.572 | 37,8 |
| PSOE .....           | 486.747   | 23,0 | 44.735  | 19,5 | 30.812  | 18,8 | 45.898    | 20,4 | 608.192   | 22,3 |
| CiU .....            | 572.318   | 27,1 | 84.501  | 36,9 | 45.162  | 28,1 | 52.732    | 23,4 | 754.713   | 27,6 |
| PSUC .....           | 437.482   | 20,7 | 21.248  | 9,3  | 16.969  | 10,6 | 33.759    | 15,0 | 509.458   | 18,6 |
| PSA .....            | 63.826    | 3,0  | 2.992   | 1,3  | 1.062   | 0,7  | 4.345     | 1,9  | 72.225    | 2,6  |
| Esquerra .....       | 174.125   | 8,2  | 24.301  | 10,6 | 19.563  | 12,2 | 23.293    | 10,3 | 241.282   | 8,8  |
| UCD .....            | 171.399   | 8,1  | 34.482  | 15,1 | 37.405  | 23,3 | 44.104    | 19,6 | 287.390   | 10,5 |

**CATALUÑA**  
**Elecciones generales de 1982**

|                      | Barcelona | %    | Gerona  | %    | Lérida  | %    | Tarragona | %    | Cataluña  | %    |
|----------------------|-----------|------|---------|------|---------|------|-----------|------|-----------|------|
| Censo .....          | 3.334.101 |      | 332.538 |      | 268.205 |      | 372.329   |      | 4.307.173 |      |
| Votos emitidos ..... | 2.680.214 | 80,4 | 272.436 | 81,9 | 203.610 | 75,9 | 292.825   | 78,6 | 3.449.085 | 80,1 |
| Abstención .....     | 652.489   | 19,6 | 60.102  | 18,1 | 64.595  | 24,1 | 79.504    | 21,4 | 855.088   | 19,8 |
| PSOE .....           | 1.276.702 | 47,6 | 91.647  | 33,6 | 71.245  | 35,0 | 120.884   | 41,3 | 1.560.478 | 45,1 |
| CiU .....            | 555.081   | 20,7 | 96.205  | 35,3 | 56.095  | 27,5 | 59.524    | 20,3 | 766.905   | 22,2 |
| AP .....             | 383.330   | 14,3 | 35.262  | 12,9 | 28.382  | 13,9 | 50.992    | 17,4 | 497.966   | 14,4 |
| PSUC .....           | 130.131   | 4,8  | 8.442   | 3,1  | 5.534   | 2,7  | 13.387    | 4,6  | 157.494   | 4,6  |
| ERC .....            | 99.003    | 3,7  | 15.131  | 5,5  | 11.719  | 5,7  | 11.461    | 3,9  | 137.314   | 4,0  |
| UCD .....            | 39.809    | 1,5  | 6.027   | 2,2  | 11.469  | 5,6  | 12.677    | 4,3  | 69.982    | 2,0  |
| CDS .....            | 49.368    | 1,8  | 5.328   | 1,9  | 6.265   | 3,1  | 6.994     | 2,4  | 67.955    | 2,0  |

**CATALUÑA**  
**Elecciones autonómicas de 1984**

|                     | Barcelona | %    | Gerona  | %    | Lérida  | %    | Tarragona | %    | Cataluña  | %    |
|---------------------|-----------|------|---------|------|---------|------|-----------|------|-----------|------|
| Censo .....         | 3.372.562 |      | 356.595 |      | 276.791 |      | 391.098   |      | 4.397.046 |      |
| Votos totales ..... | 2.249.519 |      | 260.342 |      | 182.313 |      | 246.833   |      | 2.939.007 |      |
| Abstención .....    | 1.123.043 | 33,3 | 96.253  | 27,0 | 99.478  | 34,1 | 144.265   | 36,9 | 1.458.036 | 33,2 |
| CiU .....           | 975.396   | 43,4 | 150.365 | 60,5 | 101.834 | 55,9 | 118.272   | 47,3 | 1.345.867 | 45,9 |
| PSOE .....          | 710.088   | 31,6 | 54.300  | 21,8 | 35.102  | 19,3 | 66.160    | 26,5 | 865.650   | 29,5 |
| AP .....            | 167.540   | 7,4  | 14.176  | 5,7  | 15.724  | 8,6  | 25.214    | 10,1 | 222.554   | 7,6  |
| PSUC .....          | 137.743   | 6,1  | 7.944   | 3,2  | 4.990   | 2,7  | 13.049    | 5,2  | 163.726   | 5,6  |
| ERC .....           | 89.838    | 4,0  | 15.426  | 6,2  | 10.129  | 5,6  | 11.325    | 4,5  | 126.718   | 4,3  |
| PCC .....           | 61.064    | 2,7  | 2.535   | 1,0  | 2.145   | 1,2  | 3.459     | 1,4  | 69.203    | 2,4  |



## FONDO DOCUMENTAL

La Biblioteca de la Fundación Pablo Iglesias cuenta con las siguientes secciones:

### BIBLIOTECA

Estamos especializados en materiales de tema social y político. Gracias a una labor constante de adquisición y a las donaciones del país y del extranjero, nuestros fondos se ven incrementados constantemente. Contamos con más de 11.000 títulos.

### HEMEROTECA

Tenemos importantes fondos de prensa ideológica y de partido o sindical, anterior a 1939, así como la prensa del exilio republicano y clandestina. Más de 1.500 revistas y periódicos.

### ARCHIVO

Hemos reunido la documentación histórica de las organizaciones obreras españolas, procedente de fondos dispersos por todo el mundo, recopilados, sistematizados y conservados. Más de 50.000 documentos.

- SALA DE LECTURA
- SERVICIO DE FOTOCOPIAS
- PROXIMAMENTE MICROFILM

HORARIO:

Mañanas, de 10 a 2

Tardes, de 4 a 8 Lunes a Viernes

MONTE ESQUINZA, 30, 3.º Dcha.

MADRID-4 - TEL. 410 28 39

Hacemos una invitación a todas las personas que tienen algún tipo de material relacionado con la historia del socialismo y del movimiento obrero, en general, a colaborar con la Fundación Pablo Iglesias, donándolo o dejándolo en depósito, y contribuyendo así a la recuperación más completa de nuestra historia. Gracias.

# Fundación Pablo Iglesias



---

# PODER INSTITUCIONAL Y HEGEMONÍA SOCIAL

Ignacio Sotelo

---



---

**El *Documento de Estrategia*, firmado por la Comisión Ejecutiva Federal del PSOE con fecha de octubre de 1983, exige se le preste alguna atención. Se trata del primer escrito de política general que publica el PSOE desde que ha llegado al Gobierno; importa, por tanto, no sólo a afiliados y simpatizantes sino a cualquier ciudadano políticamente consciente.**

No ha acabado nunca de convencerme la noción de «discusión interna», es decir, a puerta cerrada, que delata un tufillo conspiratorio que debiera haber desaparecido con la legalización de los partidos. Los partidos políticos son parte sustantiva de una sociedad libremente organizada; en consecuencia, actuación y debates deben contar con la máxima transparen-

cia. El deber de transparencia que asignamos a los cargos públicos hemos de realizarlo en mucha mayor medida en el interior del partido.

El 28 de octubre de 1982 empezó una nueva etapa en la historia de la democracia española, así como en la del Partido Socialista. Si fijamos la mirada en este



último, en tanto que «asociación civil», se comprueba con asombro que prácticamente se ha evaporado en el primer año de Gobierno socialista. Los socialistas

están presentes en la vida política española casi exclusivamente por su primacía en las instituciones, Gobierno, Parlamento, Gobierno y Parlamentos autonómicos, Ayuntamientos. Pareciera que el partido constase tan sólo de cargos públicos y hubiera reducido su actividad a la meramente institucional. El PSOE cuenta en España por su enorme peso en las instituciones del Estado; infinitamente menos por su presencia social. El Gobierno mantiene un apoyo social mayoritario gracias a su propia actuación y sobre todo a la falta de alternativas coherentes y viables, pero este consenso apenas proviene de la mediación del partido. De poco vale definir la primera tarea del partido en esta nueva etapa como «el sostenimiento y defensa de la acción del gobierno», si luego no se reúnen los requisitos mínimos para llevarla a cabo. Basta que la acción institucional encuentre críticas, y hasta oposición abierta, en un sector determinado para que se revele todo el alcance de la falta de presencia social del partido; allí donde se necesitaría es justamente donde no está.

1.

Ha saltado al ruedo el problema capital que tenemos planteado en la actual etapa: la *enorme distancia entre poder institucional y presencia social*. Formularlo con alguna precisión exige dilucidar, al menos, tres cuestiones previas: a) qué significa para una política socialista esta divergencia entre poder institucional y presencia social; b) cuáles son las causas que han conducido a esta situación; c) qué medios se consideran apropiados para cambiarla.

Ponerse de acuerdo sobre la significación parece lo más fácil: una política

---

**La acción del Gobierno  
tiene que moverse  
dentro de unos  
estrechos  
márgenes.**

---

*socialista* de democratización del Estado y de la sociedad resulta impensable sin un apoyo social inequívoco y mayoritario. Si a la derecha le basta para gobernar

una buena relación con los grupos de poder, un líder popular y una demagogia eficaz, sin desestimar por completo estos elementos, un gobierno socialista que quiera permanecer fiel a sí mismo precisa, además, de la mediación de un partido arraigado en la sociedad. Un gobierno de izquierda que no cuente con un amplio apoyo social, que no sepa movilizar a la sociedad a la vez que ser dinamizado por ella, muestra pronto síntomas de desgaste y acelera su sustitución; de ahí la urgencia de incardinar al partido en la sociedad como única forma de revitalizar la acción institucional. Si el partido no logra echar raíces profundas en la sociedad, difícilmente el Gobierno podrá llevar a buen término su actual programa de modernización y mucho menos sentar las bases para una «democracia avanzada». El proyecto socialista depende, en fin de cuentas, de la capacidad que el partido adquiera para *penertrar, articular y movilizar* a la sociedad, tres momentos distintos y complementarios que convendrá distinguir y combinar a la hora de poner en práctica una política de transformación social.

En el partido existe hoy un acuerdo, ampliamente mayoritario, en lo que se refiere al objetivo estratégico: la democratización a largo plazo de la sociedad y del Estado, lo que supone, como condición básica indispensable, una aproximación creciente entre poder institucional y presencia social. El ritmo y profundidad de las reformas dependen de esta correspondencia. Al dejar constancia de la enorme divergencia entre el poder institucional y la escasa presencia social, estamos a la vez marcando los estrechos márgenes dentro de los cuales tiene que moverse la acción del Gobierno. El que el partido no haya sabido transmitir a la opinión pública



más crítica y exigente los límites impuestos por los condicionamientos reales, así como por su débil instalación social, me parece un reproche justificado. Las reformas realizadas en este primer año y las proyectadas para el futuro inmediato no pueden sino ir rellenando el hueco ya existente entre el grado de desarrollo alcanzado por la sociedad española y la reducida, en algunas esferas incluso nula, eficacia de la acción institucional.

Conviene en este punto poner énfasis en una cuestión básica. Esta labor imprescindible de «aggiornamento» conlleva, por un lado, una carga conflictiva considerable para la que hay que estar preparado; por otra, es todo menos neutral, en cuanto a la dirección que se dé al proceso: a la larga consolidación de los poderes sociales establecidos o su debilitamiento, abriendo caminos para ulteriores acciones democratizadoras. Se suele de-

signar a esta etapa de puesta a punto del aparato del Estado «modernización», pero no basta para modernizar —aquí radica una diferencia esencial con las demás corrientes liberales modernizadoras— sino que hay que hacerlo desde una perspectiva de más democracia. Enderezar la acción modernizadora a este objetivo de ampliación y profundización de la democracia exige desde ya una presencia social que los socialistas están muy lejos de haber conseguido.

En cuanto a las causas de la exigua presencia social del partido, lo menos que hay que decir es que los análisis que se manejan resultan insuficientes. Se cometería un error grave si esta diferencia abismal entre poder institucional y arraigo social se interpretase como mero fenómeno coyuntural, debido, en último término, a la absorción de los cuadros y militantes más valiosos para las tareas de gobierno. Ciertamente que el ritmo vertiginoso, y sobre todo las condiciones de la transición, han llevado consigo una fijación continua de los recursos humanos dispo-

nibles en funciones institucionales. Fue ya una hazaña el haber confeccionado las listas en las primeras elecciones municipales. Nadie puede olvidar a estas alturas que en el último congreso del exilio, celebrado en Suresnes en 1974, estaban tan sólo representados cuatro mil afiliados, la mitad viviendo fuera de España. Una desproporción ingente entre las tareas que impone el momento histórico y el número de militantes ha sido una constante a lo largo de esta última década, pero la falta de presencia social, la evaporación del partido como «asociación civil», que este último año ha puesto de manifiesto, no tiene como causa única, y pienso que ni siquiera principal, la tan cacareada desproporción. Lo problemático no es su existencia, patente desde un primer momento y harto explicable por causas bien conocidas, sino que no haya hecho más que crecer, hasta el punto que el acceso al gobierno

haya coincidido con la práctica desaparición del partido como «asociación civil».

**No basta con modernizar sino que hay que hacerlo desde una perspectiva de más democracia.**

El partido ha crecido en la última década a buen ritmo,

multiplicando por 40 el número de afiliados. Ahora bien, además de organizar a las personas con mayor grado de conciencia y de vocación políticas, el impulso principal de estos últimos años ha sido la urgencia de cubrir una buena cantidad de cargos públicos: no faltaron ni faltarán en el futuro candidatos suficientes. Pero una vez cubierto el cupo —de cada tres militantes uno ocupa un cargo público— el reto consiste en hacer atractivo el partido para aquellos ciudadanos políticamente comprometidos, empeñados en cambiar su entorno social, pero que no aspiran a convertirse en políticos profesionales. Aunque lo hemos mencionado repetidas veces, no parecemos muy dispuestos a hincar el diente al problema principal: identificar los factores que convergen en el hecho de que el militante de base se siente superfluo o manipulado. Problema que está



estrechamente vinculado con otro no menos decisivo: «el partido sigue sin resolver con claridad cuál es el trabajo de los militantes en relación con la sociedad» (pág. 53), cuestión, por lo demás, clave para un partido socialista que basa su estrategia a largo plazo en la correlación y mutuo apoyo de la acción institucional y la social.

Para encontrar soluciones adecuadas a estos intrincados problemas de nada sirven las declaraciones de buenas intenciones por parte de la dirección del partido y de muy poco las especulaciones que cada uno podríamos tejer a nuestro antojo. Necesitamos un estudio científico serio que adelante algunas hipótesis de trabajo, en base a una información suficiente, tanto de los problemas internos como de los sectores sociales a los que preferentemente habría que dedicar la mayor atención; por lo menos una cosa debería estar clara: no se puede penetrar en el «tejido social», dirigiéndose globalmente a la «sociedad», con las técnicas propias de la campaña electoral. Desgraciadamente, la única «sociología del socialismo español» que conozco, la de José Félix Tezanos, ha conseguido el milagro de recopilar una buena cantidad de datos sobre los afiliados y los cuadros del partido sin plantear un solo problema real y significativo. Si este es el modelo de «sociología empírica» —parece más bien la caricatura— se comprende la crisis profunda por la que pasa esta disciplina.

Sin averiguar las causas de la limitadísima presencia social difícilmente pueden detectarse los remedios. Propio de la acción política, sin embargo, es que hay que tomar decisiones —lo peor es siempre la paralización acogidos a la duda— aún cuando no dispongamos de la información pertinente. Desde un primer momento, el partido ha tenido conciencia de esta divergencia —resulta demasiado obvia para poder ignorarla—, pero impotente para remediarla, hemos quedado sobrecogidos

**Hay que identificar los factores que convergen en el hecho de que el militante de base se sienta superfluo o manipulado.**

ante su alcance: el poder institucional ha ido en aumento hasta alcanzar la cúspide, mientras la penetración social se ha ido congelando en un pío deseo. Y no es que no se haya discutido el tema en todos los niveles de la organización, ni hayan faltado esfuerzos para darle una respuesta. Dos, cuanto menos, conviene mencionar.

La primera consistió en intentar restablecer la tradición de las «casas del pueblo». En la etapa que precedió a la guerra civil el partido estaba profundamente enraizado en la clase obrera por medio de una extensa red de «casas del pueblo»; pero la España de la segunda mitad de los setenta tenía ya muy poco que ver con la España de los años treinta: otra es la estructura social y muy diferentes las formas de vida, la cultura propia, de las nuevas clases, obreras y media, que han surgido en el proceso de industrialización de las dos últimas décadas del franquismo. La base social del partido rompe con una noción estricta y sociológicamente desfasada de clase obrera, aunque, en un sentido restringido, aporte todavía el 36 % de los afiliados. La «casa del pueblo», producto original de una cultura obrera hoy desaparecida, estaba desde un principio condenada al fracaso como instrumento de penetración social.

La segunda respuesta, mucho más acorde con el grado de desarrollo alcanzado por la sociedad española, puede designarse con el término de «acción sectorial». Supuesto básico, que sigue siendo válido, es que la acción del partido tiene que diversificarse, acoplándose a las condiciones específicas de cada destinatario. Ciertamente, estos grupos no son muchos ni especialmente combativos: la sociedad española muestra una muy limitada disposición a organizarse autónomamente. Además, los pocos que existen se caracterizan, bien por su cerrazón, vinculados a inte-



reses muy particulares, difíciles de articular en una política global, bien por su exclusivismo, subrayando un solo punto de vista que, siendo de interés general,

**Existe relación  
entre el número de afiliados  
y la presencia social,  
pero no una directa  
y sin mediaciones.**

han hipertrofiado como el único prioritario. Nada tan difícil pero también tan necesario como la acción sectorial que parece, sin embargo, haberse agotado en la creación de «secretarías de acción sectorial», de las que en muy pocos años se ha pasado de esperar demasiado de ellas a no tomarlas apenas en consideración. Urge indagar las causas de su aparente fracaso, debido, sin duda, a las dificultades que ofrecen los grupos sociales que han conseguido cierta entidad, pero también a la poca flexibilidad de la organización para cumplir estas tareas.

2.

Ocioso buscar respuestas adecuadas cuando los problemas no se formulan con un mínimo de precisión. Y, justamente, lo que distingue a este tipo de documentos, confeccionados con retazos de muy distinta calidad, no es sólo la falta de rigor, sino el afán subyacente de encubrir tanto o más que lo que se quiere manifestar. Aunque se espere del gobierno y cual compete al partido. Ciertamente encubrir tanto o más que lo que se quiere manifestar. Aunque se espere del gobierno que «diga la verdad, aún cuando las cosas vayan mal para los intereses políticos del gobierno» (pág. 14), tampoco se trata de regodearse en una autocrítica corrosiva que parezca más bien autoflagelación. El deber de llamar a las cosas por su nombre es propio del oficio intelectual y no del político. La misión de este último no es *decir*, sino *hacer* bien las cosas; a veces para poder hacerlas conviene no mencionarlas o mencionarlas de través. Nadie pretende medir con el mismo rasero un documento de partido y en ensayo político, pero ello no significa que un partido que ha asumido la responsabilidad de go-

bernar puede presentarse a la opinión pública con un texto escrito con tanta negligencia y precipitación. Saltan a la vista omisiones importantes, repeticiones inne-

cesarias, incoherencias, ambigüedades, hasta su buena dosis de ingenuidades. Reprimiendo mi vocación de maestrillo, no voy a caer en la tentación de señalarlas con el puntero; sin demasiado esfuerzo el lector atento sabrá descubrirlas por sí mismo.

Aparte de llamativas deficiencias formales, el documento arrastra una confusión básica que afecta esencialmente al contenido: no logra deslindar, en cada uno de los temas tratados, qué labor se espera del gobierno y cual compete al partido. Ciertamente que a través de todas sus páginas subyace el principio elemental de que la primera obligación de un partido en el gobierno es gobernar de acuerdo con sus programas, sabiendo además que con la acción gubernamental no se agotan las tareas de un partido socialista, pero los distintos autores de los diferentes capítulos —escritos cada uno sin conocimiento de los demás— resuelven o evitan la cuestión cada cual a su aire. Los hay que centran su atención exclusivamente en la acción del gobierno, como si en este campo el partido no tuviera nada que hacer ni que decir («La lucha contra la crisis económica y el paro»), mientras que otros («La política internacional», «La política cultural») se ocupan tan sólo de la acción del partido, sin mencionar, siquiera de paso, la del gobierno. ¿Cabe tal vez detectar en este silencio una crítica implícita? Se llega así a la paradoja de establecer como objetivo el conseguir una mayor «homogeneización» (pág. 55), proponiendo como medio adecuado la explicación —que no discusión— de un documento que lo es todo menos «homogéneo».

A modo de ilustración volvamos la mirada a la cuestión clave planteada anteriormente: divergencia creciente entre



poder institucional y presencia social. El documento presenta dos versiones al respecto. Para los autores de la «introducción» el problema es de orden «interno» y se reduce a «la desproporción existente entre el poder institucional acumulado por el partido y su nivel de desarrollo orgánico» (pág. 7). Si el problema consiste en que el partido se ha quedado pequeño para cumplir las tareas impuestas por el momento histórico, el remedio es obvio, «lograr un incremento sustancial y ordenado de la afiliación». Los autores del último capítulo, «El PSOE como asociación civil», en cambio, son ya conscientes que las cosas pueden ser un pelín más complicadas y lo inscriben en una perspectiva realista, la del incremento de la presencia del partido en la sociedad hasta conseguir la «hegemonía social». Aumentar la militancia, qué duda cabe, es un problema interno, pero en el sentido de

que hay que hacer atractivo al partido, no como instancia de poder, en esta dirección ya se ha llegado a la cúspide, sino como instrumento de transformación so-

cial; para aumentar el número de afiliados hay que saber previamente para qué se necesitan, cuáles sus tareas, y no simplemente sus derechos y deberes estatutarios. Pero también uno externo, en cuanto implica el modo de relacionarse el partido con la sociedad más allá de la acción institucional. Existe, desde luego, relación entre el número de afiliados y la presencia social, pero no una directa y sin mediaciones: puede aumentar el número de afiliados y disminuir la presencia social; así en el caso de que la organización se mantuviera cerrada en sí mismo, sin otra preocupación en sus militantes que desempeñar tareas institucionales.

La relación partido-sociedad es mucho más compleja que lo que el documento insinúa en estas dos versiones. Al faltar un análisis medianamente serio, no ha de sorprender que las soluciones ofrecidas se distinguen por su «sancta simplicitas».

Con la mentalidad del buen comerciante, se proponen repetidas y continuadas campañas de publicidad. Es fácil barruntar que las técnicas que sirven para vender coca-cola no sean las más apropiadas para que un partido político adquiriera la «hegemonía social», pero por lo menos ocuparán a la organización en confeccionar y repartir (?) folletos y harán su agosto las imprentas y los técnicos de publicidad. Se añade además un cándido deseo: el que «todo militante participe en un movimiento social autónomo» (pág. 56), sin entrar a considerar no ya sólo si resulta factible sino incluso operativo en las actuales condiciones. Quizá habría que vencer algunas dificultades previas para que pudiera funcionar.

Algunos más sabidos, que ya han tirado al desván de los trastos viejos cualquier idea de socialismo que conlleve una

---

**La mayoría  
de los nuevos afiliados  
se irán reclutando  
entre los funcionarios  
públicos.**

---

alternativa al orden social establecido, sonreirán para sus adentros convencidos de que la única «hegemonía social» posible consiste justamente en la primacía

institucional. Desenmascarar así la pretendida complementariedad de la acción social e institucional como parte de un discurso ya desfasado, característico de aquellos lejanos tiempos en que se estaba a muchas leguas del poder. En el fondo, es la perspectiva propia del político profesional que no concibe ni aspira a otra acción que la institucional: la acción social, cuando no consiste en la simple adhesión acrítica a lo que se hace desde las instituciones, son ganas de alborotar el gallinero, y bastantes son ya las fuentes de desorden y los problemas a los que hay que dar una solución. Cuando el partido no cuente más que con políticos profesionales y aspirantes a serlo, se habrá diluido la peliaguda cuestión de las relaciones, en el interior, de los políticos profesionales con los ciudadanos comprometidos, así como la genérica de la acción institucional y lo social. En esta misma lógica, se pasará a denunciar la



retórica del cambio, aduciendo que ya se ha hecho desde las instituciones mucho más que lo que reclama y puede encajar la sociedad. Si hay que criticar un defecto, únicamente el ritmo demasiado acelerado de las reformas emprendidas. Pero entonces también el término de socialista habrá quedado degradado a una simple marca comercial para designar una política liberal, modernizadora en la escasa medida que lo tolere el orden social constituido.

3.

Plantear la cuestión de la afiliación insuficiente comporta otra mucho más compleja, la de la relación del partido con la sociedad que a su vez, refiriéndose a un partido que ha asumido la responsabilidad de gobierno, supone diferenciar nítidamente la acción institucional de la social. Ambas han de ser, desde luego, complementarias, en cuanto provienen de un mismo partido con un mismo objetivo, pero de ningún modo puede reducirse la segunda a la mera proyección entusiasta de todo lo que se haga desde las instituciones, porque pierde así, en la sociedad, toda relevancia y credibilidad, sin atraer a otro tipo de militante que aquel que pretende hacer méritos para pasar un día a tareas institucionales. Ni que decir tiene que, en estas condiciones, la mayoría de los nuevos afiliados se irán reclutando entre los funcionarios públicos, como ha ocurrido en otros partidos europeos que han detentado largo tiempo el poder. No hace falta insistir en las perturbaciones graves que conlleva esta politización partidista de la Administración, máxime en España, donde la neutralidad política del funcionario es un valor recién adquirido y está todavía muy a flor de

piel la confusión franquista de mezclar lo administrativo con lo político, el servicio público con la adhesión política. Mientras no se planteen esta serie de

---

**Una estrategia que no se monte en el vacío tiene que empezar por un análisis conciso de la situación del país.**

---

cuestiones con un mínimo de rigor, la organización permanecerá encerrada en sí misma, sin la menor presencia social por grande que sea la institucional, semejando cada vez más al partido de cuadros tradicional, que lo es todo mientras está en el poder y nada cuando pierde la posibilidad de recuperarlo. Sin una presencia social significativa, el Partido Socialista no podrá llevar a cabo su proyecto de transformación social, no ya en sus aspectos realmente democratizadores, sino ni siquiera en los modernizadores más modestos. Los socialistas, abocados a las urgencias diarias de la acción de gobierno, no pueden perder de vista su responsabilidad histórica, tanto respecto a un pasado que obliga como, sobre todo, a un futuro lejano y si se quiere utópico. Una política que merezca el título de socialista no puede tener el presente como única referencia.

El documento reconoce al final implícitamente el papel del partido como vanguardia social que articula las necesidades mayoritariamente sentidas, dándolas forma política para una acción futura. «El partido tiene que ir por delante del gobierno en la tarea de diseñar el futuro y preverlo. No puede ir por detrás. El día que se produzca una situación tal significará que el partido ha sido absorbido por la acción del gobierno y ha quedado anulada su capacidad de renovación del proyecto socialista» (págs. 62-63). Palabras atinadas que no tenemos más que aplicar al documento para enjuiciarlo cabalmente. En efecto, si lo juzgamos en base a este criterio, tendremos que admitir que lamentablemente ese día nefasto ya ha llegado. Insistiendo en la necesidad de una perspectiva futura y llamando al documento nada menos que de estrategia, o bien se reproduce la acción del gobierno, definida ya, en sus líneas generales,

en documentos anteriores, con pocas menciones aunque muy significativas a los problemas que hayan podido surgir en su aplicación, o bien, se consignan los pro-



pósitos puntuales de algunas secretarías, que más que en un documento de estrategia encajarían en un informe de gestión.

**Para unos el socialismo se agota en el actual programa de modernización; para los otros supone algo más.**

del Estado de las Autonomías, y se cuida mucho, con la sola excepción del tema, altamente conflictivo, de la reconversión industrial, de mencionar un solo con-

Una estrategia que no se monte en el vacío tiene que empezar por un análisis conciso de la situación del país, identificando los problemas principales y el modo de su interconexión. Establecidas las prioridades en base a este análisis, hay que clasificarlas en un orden temporal: unas son de la máxima urgencia, otras actuales, otras a corto, mediano o largo plazo. Evidentemente, no se puede hacer todo a la vez, ni hacer unas cosas sin haber hecho otras previamente. Pero es imprescindible mencionarlas en un orden de prelación para que sepamos a qué atenernos y no tengamos la impresión que se ha tirado la carga más valiosa por la borda. Además, una estrategia no sólo define objetivos en un orden cronológico sino que considera también las dificultades, conflictos, apoyos y oposición que implica su articulación en una acción política. No hay política que pueda levantar un consenso unitario. Una vez definidas las prioridades y detectados los posibles conflictos, cabe diferenciar las tareas que competen a las instituciones de aquellas, más conflictivas o que no cuentan todavía con un apoyo mayoritario, que recaen sobre el partido, en cuanto asociación civil, determinando el tipo de ayuda que debe prestar a las instituciones en los conflictos previstos.

Pues bien, el documento en cuestión, por vez primera en este tipo de documentos, renuncia a un análisis de la situación global del país sustituyéndolo por el del partido en esta coyuntura histórica; comprime el necesario análisis de la situación política a unas consideraciones sobre los partidos políticos, que no son más que parte de la articulación política de la sociedad española; no roza ni siquiera la cuestión del nacionalismo periférico, supuestamente resuelta con la construcción

flicto posible en la realización de los objetivos previstos: llama especialmente la atención este silencio al tratar de la reforma administrativa.

Faltos de los análisis más elementales donde extraer los criterios básicos para definir prioridades, en un verdadero maremágnum de confusión se superponen «los objetivos que están pendientes en España desde hace siglos (?) y que podemos sintetizar en tres: a) la consolidación definitiva del régimen democrático; b) la modernización de las estructuras sociales, comenzando por el propio aparato administrativo (sic); c) la culminación de la construcción del Estado de las Autonomías» (pág. 1); los que se denominan «los grandes retos que se nos presentan en la presente etapa», que incluyen «a los grandes problemas de la nación española», entre ellos de nuevo dos de los «objetivos pendientes desde hace siglos», «la reforma de la Administración y la construcción del Estado de las Autonomías» (pág. 10), y por último los llamados «objetivos estratégicos» (págs. 8 y 9) que se revelan estrechamente «orgánicos».

No puede sorprender esta reducción del horizonte a los aspectos meramente orgánicos al haberse sustituido el análisis de la situación del país por el de la situación del partido. Los «objetivos estratégicos» no provienen de un análisis inexistente de la situación de España: ésta impone simplemente «retos» y «objetivos históricos» que al parecer no necesitarían de más precisa consideración. Ciertamente en el documento ya se advierte que el PSOE «es un partido todavía excesivamente cerrado en el que la mayor parte de la actividad del militante es in-



terna y orgánica» (pág. 53), pero algunos no sospechábamos que la cerrazón llegara a este punto. A la hora de redactar un «documento de estrategia» el partido se mira al ombligo y no da de sí más que una perspectiva «orgánica».

4.

«El partido debe ser capaz de mantener sus zonas de acción autónoma con respecto al gobierno y sobre todo debe tener la capacidad de diseñar el futuro y renovar el proyecto socialista» (pág. 62). Quedan así patentes las deficiencias intrínsecas del documento medidas por sus propios criterios: ni se especifica, en cada campo, las zonas de acción autónomas más allá de la mera gestión orgánica ni, desde luego, se diseña el futuro ni mucho menos se renueva el proyecto socialista. Criterios que lo son tan sólo de los redactores del último capítulo, sin que hayan incidido o hayan sido tomados en consideración por los redactores de las demás partes; incluso, cabe detectar diferencias sustantivas entre la opinión de los redactores de la «introducción», para los que el «socialismo democrático» se reduce a una «política de progreso y modernización», y los de la última parte que aspiran a una hegemonía social «que se corresponda con la hegemonía pública conseguida». «Esta hegemonía la ejerce porque presenta su ideología y su proyecto como programa intelectual ante la clase o clases que son su ámbito de movilización y a las que por ello aspira a representar» (pág. 52).

Como «proyecto intelectual», el documento enciende los carrillos de cualquier socialista; su interés consiste en que pone de manifiesto dos posiciones nítidamente diferenciables en el interior del partido: para unos el socialismo se agota en el actual programa de modernización; para

**El reto que tienen planteado los socialistas es llevar adelante una política prudentemente estabilizadora sin desnaturalizar el proyecto socialista.**

los otros supone algo más, por confuso y titubeante que se presente. Las contiendas internas que rebasen el marco de lo meramente personal se librarán en lo sucesivo entre los «modernizadores», para los que la sociedad capitalista resulta el único modelo concebible, y los que aferrados a la idea del «socialismo democrático», como un proceso permanente de democratización de la sociedad y del Estado, se atreven a mantener una dimensión utópica que rompe con los actuales perfiles de las instituciones políticas y sociales. Sólo para estos últimos tiene sentido la dura faena de diseñar un futuro diferente, que comienza con el análisis estricto de las circunstancias dadas y pasa por una presencia creciente de los socialistas en los sectores sociales con mayor dinamismo y capacidad de transformación.

Estas diferencias quedan aminoradas por un mismo empeño que unifica no sólo a todos los socialistas sino a éstos con la inmensa mayoría de los españoles: consolidar la democracia. Es este el primer objetivo, indiscutido y primordial, de una estrategia socialista. Todos los demás, dar una salida a la crisis económica, reforma de la Administración, puesta en funcionamiento del Estado de las Autonomías, etc., se justifican en cuanto resultan imprescindibles para afianzar la democracia. En una democracia todavía prendida con alfileres, los socialistas tienen un margen estrechísimo de acción entre dos peligros igualmente graves: contribuir involuntariamente a la desestabilización, al rozar, por poco que se descuiden, alguna de las estructuras establecidas de poder; desnaturalizarse por completo, convirtiendo la necesaria política de estabilización democrática en una puramente conservadora. El reto que tienen planteado los socialistas españoles es llevar adelante, con buen tino, una política prudentemente estabilizadora sin desnaturalizar el proyecto



socialista. Empeñados todos en un mismo esfuerzo por la consolidación de la democracia —lo que impide, por lo pronto, cuestionar frontalmente el orden socio-económico existente—, la manzana de la discordia, sin embargo, se presenta hoy entre los que aceptan sin reserva la lógica

del sistema capitalista, como si fuera la última expresión de la razón económica, y los que, barajando posibles alternativas, pretenden una salida innovadora de la crisis que empiece por repartir mejor las cargas y abrir algunos resquicios para una futura acción democratizadora del sistema.

---



---

# OCCIDENTE Y AMÉRICA CENTRAL

## Miguel Angel Martínez

---



# 5

En una situación de confrontación de bloques, como la que actualmente vive el mundo, parece lógico que la URSS tenga interés en avanzar y en ganar posiciones en lo que «a priori» se considera como zona de influencia del adversario. Ese interés será, evidentemente, mayor si la zona en cuestión presenta un valor estratégico tan importante para los Estados Unidos como el de la región que se ha dado en llamar Centroamérica y el Caribe.

Sin embargo, el reconocer que a la URSS le interesaría ganar influencia en esta región no puede llevarnos a exagerar la incidencia que hasta el momento haya alcanzado en ella. Ni puede llevarnos a ver cuanto allí suceda bajo la obsesión del peligro de la penetración soviética.

Ni puede tampoco llevarnos a orientar nuestras actuaciones —ni menos aún a justificar cualquiera de ellas— fundamentalmente en función de dicho peligro. Ni puede, a fin de cuentas, esgrimirse ese peligro para ocultar y proteger otro tipo de intereses que los abiertamente proclamados.



Para empezar, parece poco discutible el que ni en la Geografía, ni en la Historia, ni en la tradición cultural de los distintos pueblos y países que integran Centroamérica haya algo que seriamente favorezca, prepare o contribuya a facilitar la penetración o la influencia de la URSS —ni aún la del marxismo-leninismo— en esa región.

Conviene entonces analizar, aún de forma muy esquemática, los rasgos definitorios de la situación que viven los países centroamericanos, para ver si acaso en las condiciones políticas, económicas y sociales de dichos países sea donde aparezcan elementos que pudieran tender a facilitar la entrada de la URSS en la región que nos ocupa.

Sin duda, el subdesarrollo es la principal característica de la sociedad en que se articulan los países de Centroamérica y el Caribe. El subdesarrollo, en toda su dimensión de miseria, de analfabetismo, de desempleo, de enfermedad. Pero un subdesarrollo que, además, institucionaliza la injusticia social en sistemas en los que la explotación, la represión y la corrupción encajan entre sí, llegando a producir un funcionamiento aparentemente estable y operativo en el mantenimiento de su propio *status quo*. En sociedades de este tipo resulta difícil implantar regímenes en los que se respeten los derechos humanos y las libertades fundamentales. Como es asimismo grande su resistencia al juego real de la democracia y al Estado de derecho. Ello no hace sino más meritorios los casos excepcionales en que tales empresas han tenido éxito. Pero, por desgracia, la norma es que el poder lo tengan en sus manos las oligarquías que detentan todos los privilegios a costa de negar todos los derechos a sus respectivos pueblos. Importa menos el esquema que sirve de apoyatura formal al ejercicio de dicho poder: dictadura personal, dictadura del estamento militar

**Las reivindicaciones de los pueblos centroamericanos se corresponden rigurosamente con las carencias que vienen padeciendo.**

como tal, o incluso farsa parlamentaria con la que algunas conciencias podrán sentirse más tranquilas, pero que a menudo resultan incluso más peligrosas que

las dictaduras declaradas que, por lo menos, no introducen elementos de confusión ni comprometen el futuro de la verdadera democracia.

Otro dato significativo, común al pasado reciente y al presente de la generalidad de los países de Centroamérica, es la abrumadora presencia en ellos de intereses económicos cuyo centro está en Estados Unidos. Estos intereses han sabido conjugarse con los de las minorías dominantes en el poder, y apoyándose a su vez en ellas para obtener márgenes máximos de beneficios. Probablemente es en la defensa de estos intereses económicos de tipo privado —y mucho antes de que entraran a valorarse otros elementos de juicio— donde se inicia la política tradicional de los Estados Unidos que hacen a éstos considerar a Centroamérica como el patio de su rancho.

Si atendemos a la situación aquí descrita —aún con planteamientos deliberadamente simplificados— en que viven los pueblos de América Central, no es difícil hacer el inventario de las aspiraciones de dichos pueblos. Bastaría por otra parte con pasar revista a lo que ha sido su historia en lo que va de siglo— y empezando incluso por el propio México—, desde bastante antes, por lo demás, de que ni siquiera el nombre de la URSS se hubiera oído por esas latitudes.

Las reivindicaciones de los pueblos centroamericanos se corresponden rigurosamente con las carencias que vienen padeciendo, precisamente con aquello que se les ha venido negando: progreso y justicia social; libertad y derechos democráticos, y dignidad nacional.

¿Acaso se puede afirmar que las aspiraciones que se plantean en Centro-



américa y el Caribe no responden a situaciones objetivamente comprobadas de privación injustificable de lo que se exige?

¿Acaso se puede explicar la movilización en favor de estas exigencias sola o fundamentalmente por la posible —y aún probable— labor de agitación que la URSS pueda estar realizando en el área?

¿Acaso se pueden identificar las reivindicaciones planteadas, tal y como nosotros acabamos de definir las, con el comunismo, el marxismo-leninismo o el sovietismo?

Más correcto parece afirmar que existen razones tan profundas como genuinas para que los pueblos centroamericanos se nieguen a aceptar lo que ha sido hasta el momento su condición, y ello sin necesidad de que les empuje la URSS ni el mismísimo diablo.

Como parece más correcto el reconocer la conciencia de las reivindicaciones centroamericanas, no con el leninismo,

sino con los principios que pasarán a la Historia de la Humanidad como los de la gran Democracia Americana de George Washington y de Abraham Lincoln.

Y, sin embargo, se aprecia en la política de los Estados Unidos respecto de Centroamérica, y apenas con diferencias de matices, a lo largo de las diferentes administraciones que se han sucedido en la Casa Blanca, una línea constante de enfrentamientos con las reivindicaciones que acabamos de enunciar.

A la hora de valorar esa línea hay que reconocer que ha sido y es claramente contradictoria con los principios sobre los que se sustenta el mundo occidental, al subordinarse por sistema el respeto de dichos principios a la defensa de los intereses económicos, políticos y estratégicos norteamericanos.

Y esa línea ha sido, también, en todo caso, contraproducente en sus consecuencias: por una parte, está poniendo en entredicho la consistencia misma de aquellos valores y la confianza que en ellos debieran tener los pueblos de Centroamérica; por otra, ha contribuido a propiciar el que la Unión Soviética entre a jugar en la zona un papel que le hubiera sido difícil alcanzar en base a sus propios méritos.

De hecho, el análisis de la actuación de los Estados Unidos en Centroamérica demuestra que, con ella, se han perseguido dos objetivos: por un lado impedir que en aquella región se iniciase un proceso que antes o después, inevitablemente, iba a chocar con intereses económicos privados norteamericanos que operan allí; por otro lado, abortar un proceso que asimismo iba a caracterizarse necesariamente por una mayor independencia de

los países en cuestión respecto del gran vecino del Norte.

Hasta los años cuarenta esta política no necesitaba ni más explicación ni más

justificación: parecía legítimo y hasta respetable el que un país poderoso protegiera intereses de sus nacionales aún a costa de los intereses de otros países y pueblos. Pero poco después iba a cerrarse aparentemente en el mundo la era de los grandes imperios coloniales. Ello no significó, sin embargo, que los Estados Unidos variasen sustancialmente su actuación en Centroamérica. Apenas si tratarían de hacerla más presentable, justificándola, de paradoja en paradoja, como defensa de la libertad frente al avance del comunismo, y como defensa de Occidente y de la propia seguridad norteamericana ante la penetración y la amenaza de la Unión Soviética.

De esta manera, y hasta hoy, algo que es un claro exponente del conflicto. Norte-Sur se presenta como parte del conflicto Este-Oeste. Y se presenta así, con tanta

**Algo que es un claro exponente del conflicto Norte-Sur se presenta como parte del conflicto Este-Oeste.**



aplicación y con tanta insistencia, que aún manteniendo sus características fundamentales han llegado, efectivamente, a contar también, y a veces de forma particularmente peligrosa, en la confrontación que enfrenta a ambos bloques.

Esa presentación del problema tiene para los Estados Unidos la ventaja de difuminar la responsabilidad que como Norte tiene en la crisis en que ha entrado la región. Y además tiende a comprometer al resto de Occidente junto a sus aliados norteamericanos, y frente al adversario del Este, y, en realidad, frente a las aspiraciones legítimas de los pueblos de Centroamérica.

En esas circunstancias, con la zona estallada en varios frentes de verdadera guerra sin paliativos, y convertida Centroamérica en uno de los principales puntos calientes de la tensión mundial, constituye una grave responsabilidad para todos nosotros, y más concretamente para Europa —y tal vez aún más para España—, el movilizar todo tipo de esfuerzos con vistas, primero, a la pacificación y distensión de la zona, y luego a encauzarla hacia la solución de sus problemas.

Eso requiere ante todo desenmascarar el conflicto poniendo en evidencia su naturaleza real, y buscarle fórmulas superadoras que no aspiren sencillamente a mantener privilegios tan injustos como trasnochados, ni a combatir fantasmas que pudieran llegar a ser reales a fuerza de invocarlos una y otra vez.

Así, las preocupaciones que en Occidente sentimos respecto de Centroamérica y del Caribe deben llevarnos a proponer alternativas realistas en las que destaquen la solidaridad, el respeto al derecho que cada pueblo tiene para elegir su propio camino, y la responsabilidad que a todos nos incumbe en la defensa de la paz.

Desgraciadamente, no parece que las actuaciones de la actual Administración norteamericana se orienten de acuerdo con estos planteamientos. Por el contrario, desde Washington se siguen obstinando en entender —y, desde luego, en presentar— cuanta exigencia libertaria y nacionalista aparece en Centroamérica como una expresión directa de la penetración soviética y, por lo tanto, como una amenaza inmediata a la seguridad misma de los Estados Unidos. Aquí entra en juego el principio, simétricamente compartido por ambas superpotencias, de que existen áreas de interés vital para su propia seguridad, lo que les autoriza a controlar en función de sus estimaciones cuanto acaece en dichas áreas.

En lo que a nuestro caso preciso se refiere, esto se traduce por una movilización y presencia —tan desproporcionada como injustificada— de efectivos militares estadounidenses de todo tipo en Centroamérica y el Caribe, como avanzada de una política abierta y declaradamente intervencionista que les lleva al hostigamiento permanente de Nicaragua, a la total instrumentalización de Honduras, con la consiguiente debilitación de sus instituciones y puesta en entredicho de su soberanía al convertir su territorio en base pública y notoria de las operaciones antisandinistas, y a una implicación cada vez más comprometedora en El Salvador (a este respecto uno no puede sino preguntarse si han servido de algo los dramáticos errores que en su día se cometieron en el Vietnam). Toda esta política queda particularmente puesta en evidencia por la invasión de la pequeña isla de Granada que, aún sin mayores comentarios, a todos nos hace recordar episodios de tiempos pasados y que, al parecer ingenuamente, creíamos enterrados para siempre.

---

**EE.UU. entiende cuanta exigencia libertaria y nacionalista aparece en Centroamérica como una expresión directa de la penetración soviética.**

---

Tampoco deja lugar para mucha esperanza ni abre perspectivas serias de soluciones a la crisis de Centroamérica el



Informe de la Comisión Kissinger ni las alternativas que en el mismo se perfilan. Dicha Comisión bipartidista, nombrada por la Casa Blanca para diseñar una política consensuada a medio y largo plazo para Centroamérica, no se ha separado, en lo esencial, de los grandes planteamientos que sobre aquella región se hace la propia Administración Reagan. De ese modo, por más que en su Informe se aprecien algunos elementos de análisis que, cuando menos, reconocen ciertas circunstancias objetivas que se dan en la zona, lo evidente es que, tanto a la hora de estudiar los problemas como a la hora de definir las soluciones, se vuelve a caer en diagnosticar la crisis como un fenómeno de la confrontación Este-Oeste, y ni siquiera se llega a identificar con claridad la evidente dimensión de conflicto Norte-Sur que tiene la situación de Centroamérica.

La parcialidad con que se aprecia la problemática actual aparece aún más cuando se pretende achacar el subdesarrollo de la región a las raíces de su historia colonial, ignorándose en cambio lo que han sido y son los mecanismos de explotación que han operado de modo colonial y hasta la fecha, en lo que va de siglo. La obsesión en explicar la situación como parte del conflicto Este-Oeste distorsiona el espíritu mismo del Informe Kissinger y le hace caer en contradicciones difíciles de refutar. Así, el subdesarrollo de la zona no se siente tanto por la miseria y la injusticia que supone para los hombres y mujeres de Centroamérica y el Caribe. Preocupa, sobre todo, por el caldo de cultivo que pueda significar todo ello para el avance de las ideas comunistas y para la penetración de la influencia soviética en la zona.

Y así, aún reconociendo la necesidad de la paz en la región y de sistemas democráticos de gobierno en los distintos países como condiciones indispensables

---

**Un dato significativo del Informe Kissinger es el recelo con que en el mismo se considera el papel que Europa pueda jugar en la solución de la crisis centroamericana.**

---

para vencer el subdesarrollo, el acento en las soluciones propuestas se pone en la cooperación y el refuerzo de las estructuras militares, de modo que éstas sean capaces en cada país de oponerse a la «subversión» en el plano interno, y a la «agresión» en el plano exterior. No parece precisamente muy coherente que, fijándose como objetivo la paz, esté propiciando la escalada militar, ni que se contribuya al establecimiento de regímenes democráticos reforzando a estamentos militares cuya trayectoria en la región, si acaso, se destaca por su carácter golpista y antidemocrático. Pero es que, además, las opciones propuestas para superar el subdesarrollo de la región no sólo son unilateral y políticamente discriminatorias, sino que además parecen articularse en un proceso de norteamericanización de Centroamérica y del Caribe, defendiéndose a menudo intereses y esquemas contrarios a lo que serían las exigencias de desarrollo racional y equilibrado de cada uno de los países concernidos. Si la solución que se pretende realmente es la proliferación de Puertos Ricos en Centroamérica y el Caribe, tal vez sería más honesto proclamarlo abiertamente; el problema puede estar en lo que los pueblos de la región piensen respecto a tal proyecto. Y en lo que piense asimismo el resto de la comunidad internacional.

Un dato significativo que puede servir para caracterizar el informe de la Comisión Kissinger es el recelo con que en el mismo se considera el papel que Europa pueda jugar en la solución de la crisis centroamericana, llegando a interpretarse positivamente el hecho de que en los últimos tiempos, a juicio de los redactores del documento, «se hayan apagado» las declaraciones europeas sobre la situación de Centroamérica. Parece como si aquí se cayera otra vez en la vieja pretensión antes ya recordada del «patio de mi rancho».



Con eso y todo, dentro de los Estados Unidos va apareciendo una creciente preocupación por la crisis que se da en Centroamérica así como una gran inquietud por el papel que la Administración Reagan está haciendo jugar a su país en dicha crisis. La propia opinión pública, los círculos universitarios e intelectuales, los sindicatos, pero sobre todo los medios políticos, piden mayor información, debaten, y en muchos casos marcan sus distancias respecto de una política cuyas consecuencias son, cuando menos, imprevisibles. El tema está adquiriendo un protagonismo destacado en la actual campaña presidencial y, en todo caso, el cuestionamiento de la actuación desarrollada hasta el momento está dando lugar a reflexión y propuesta de alternativas realistas, razonables y progresistas que, por fin, ofrecen alguna perspectiva de optimismo para la solución de la crisis centroamericana.

Las preocupaciones y reacciones que en esta materia aparecen en los Estados Unidos no hacen sino coincidir con las inquietudes y apoyar las iniciativas que desde el propio entorno latinoamericano han surgido para poner coto a la actual situación de tensión y de sufrimientos que se dan en Centroamérica y el Caribe. En concreto es admirable que los gobiernos de Panamá, México, Colombia y Venezuela, haciendo frente a todo un complejo entramado de presiones, hayan tenido el enorme coraje político necesario para dar vida a la operación que se conoce con el nombre de la isla de Contadora, donde esa actuación empezó a tomar cuerpo.

Las propuestas del Grupo Contadora se han ido precisando en una serie de documentos con los que se han llegado a definir con claridad los principios en los que deben basarse la paz y la convivencia en el área hoy afectada por mayores tensiones, así como los objetivos que han

de alcanzarse para garantizar que la distensión y el progreso de la región se consoliden y en adelante se mantengan sin obstáculos ni interferencias.

Tan correcto, tan honesto, tan inatacable es el proyecto presentado por el Grupo de Contadora que prácticamente nadie se ha atrevido a criticarlo ni a oponerse a él de manera frontal. Por el contrario, con mayor o menor esperanza, con mayor o menor entusiasmo, con más o menos buena fe, los gobiernos y la generalidad de las fuerzas políticas de los países de la región han aceptado seguir los cauces que el plan de Contadora ofrece para superar la crisis de Centroamérica.

Naturalmente que la iniciativa del Grupo de Contadora ha tenido serios y poderosos detractores, fundamentalmente aquellos que actúan defendiendo intereses incompatibles con el progreso social, político y económico de Centroamérica. Ante la imposibilidad de atacar al proyecto desde posiciones de alguna decencia, los esfuerzos de estos sectores se han centrado en una acción subterránea, diversificada en sus objetivos pero coincidente en buscar el agotamiento de Contadora.

Ha habido presiones y aún operaciones desestabilizadoras, realizadas contra los gobiernos del Grupo, como recordándonos la sola relativa consolidación de sus instituciones, en algún caso, y la grave situación económica de sus países, en otros.

Y ha habido resistencia a caminar con la franqueza y celeridad que sería deseable por parte de los países de la región en que gobiernan fuerzas más conservadoras; y ha habido también una auténtica campaña desarrollada con el resto de América Latina y en Europa para que las manifestaciones de apoyo a Contadora

**Dentro de los EE.UU. va apareciendo una gran inquietud por el papel que la Administración Reagan está haciendo jugar a su país en la crisis centroamericana.**



queden reducidas a meras declaraciones retóricas, sin mayor compromiso de acción por parte de nadie.

En definitiva, se ha tratado de deva-luar, de vaciar de contenido, las propuestas del Grupo Contadora, frenando a sus promotores, bloqueando la puesta en marcha de las medidas sugeridas y aislando el proyecto de la solidaridad y el compromiso internacionales.

Frente a todas estas maniobras es importante resaltar que la iniciativa de Contadora sigue vigente, y que es en realidad el único proyecto razonable, y que haya suscitado el consenso y el apoyo necesarios para conducir a la solución de la grave crisis que están convulsionando a Centroamérica y el Caribe y amenazando la paz en la región y aún en el mundo.

Europa, como parte esencial de Occidente, tiene en toda esta materia un papel destacado que jugar, pese a quien pese, al menos a dos niveles distintos pero complementarios, y siempre coordinando sus esfuerzos con nuestros interlocutores latinoamericanos dentro de las propuestas y estrategias definidas por el Grupo Contadora.

Por un lado, Europa debe dejar bien claro al aliado que son los Estados Unidos que precisamente esa alianza nos da derecho a exigir coherencia con los principios democráticos que nos unen, en las actuaciones de todos y, en particular, en las suyas respecto de Centroamérica. Conveniría hacer tomar conciencia a los Estados

---

---

**Ha existido una campaña en América Latina y Europa para que las manifestaciones de apoyo a Contadora queden en unas declaraciones retóricas.**

---

---

Unidos de que interesa a todos —a los centroamericanos, por supuesto, pero también a Europa, e incluso a ellos mismos— el llegar a establecer un sistema de relaciones basado en la amistad y en la lealtad con el que se superen funcionamientos de tipo satélite, actualmente aún vigentes y explosivos a medio plazo.

Por otra parte, Europa, atendiendo a las prioridades fijadas por los propios países afectados, debería iniciar proyectos concretos, buscando en ellos la participación más amplia posible, y mediante los cuales, sin demora, con imaginación, con generosidad y poniendo los medios necesarios, se marquen ya las pautas de lo que vaya a ser la cooperación para el desarrollo que necesita Centroamérica y el Caribe; y ello sin exclusiones ni discriminaciones; en la evidencia de que ese desarrollo no sólo redundará en el progreso de los centroamericanos, sino que además será un factor sustantivo en la independencia real de los respectivos países y en la paz de la región.

Y probablemente, sin pensar directamente en ello, y, desde luego, sin que ello constituya el motor de nuestra actuación, con ese tipo de programas, con esa conducta solidaria y —por su misma coherencia— revalorizadora de nuestros propios principios, estaremos contribuyendo eficazmente a que la URSS y el marxismo-leninismo pierdan la influencia, limitada a nuestro juicio, que hasta el momento han podido conquistar en la zona fundamentalmente a base de aprovechar torpezas y egoísmos de sus adversarios.



# Por una cultura viva y plural

## Los Cuadernos del Norte

Literatura · Arte · Cine · Poesía  
Pensamiento  
Diálogo · Asturias · Inéditos · Música  
Teatro · Actualidad...

Director: Juan Cueto Alas



Revista Cultural de la Caja de Ahorros de Asturias



Redacción, Suscripciones y Administración:  
Plaza de La Escandiera, 2 · Oviedo-3 · España  
Apartado, 54 · Teléfono 985/22 14 94.



---

# ESTE-OESTE, NORTE-SUR Y EUROPA OCCIDENTAL

Angel Viñas

---



---

**Dos son los fenómenos globales que caracterizan la escena internacional de nuestros días: el recrudecimiento de las tensiones ligadas al conflicto Este-Oeste hasta niveles desconocidos en los últimos veinte años y la persistencia de la situación de subdesarrollo de amplias zonas del planeta.**

No son fenómenos recientes: la política internacional se ha visto dominada por ellos desde finales de la Segunda Guerra Mundial. Su configuración actual tiene tras de sí la experiencia de la denominada «guerra fría», una descolonización que ha multiplicado el número de unidades políticas nominalmente independientes, la distensión de los años setenta que disminuyó el nivel de fricción entre los países

industrializados del Este y del Oeste y una redistribución importante del poder económico que ha permitido erosionar posiciones otrora hegemónicas (la de los Estados Unidos, por ejemplo, pero también la de los países europeos occidentales en el marco de las transferencias de recursos en favor de los países productores de petróleo derivadas de las crisis energéticas).



Estas experiencias han generado un debilitamiento de la estructura de poder relativo cristalizada en la guerra fría y una tendencia a la acentuación de las dimensiones nacionalistas en la política internacional. En ello la capacidad de configuración del sistema global por parte de las superpotencias se ha visto limitada y, en algunos casos, contrariada.

Con la erosión de la distensión, el conflicto Este-Oeste ha vuelto a superponerse al eje Norte-Sur, lo ha redefinido y lo ha preterido. Ahora bien, la plasmación histórica concreta que dicho conflicto ha adquirido en los años ochenta difiere en aspectos sustanciales de la que recibió en el período de la guerra fría: se ha abierto una crisis trasatlántica, se duda de la adecuación de la estrategia occidental a condiciones políticas y militares modificadas, se rechazan muchas de las consecuencias de las pretensiones hegemónicas de las superpotencias y se ha perdido una porción de solidaridad en la lucha contra la crisis económica.

### *El renovado conflicto Este-Oeste*

En los años de la distensión los países europeos occidentales pudieron influir en la posibilidad de determinar el tono y nivel de las relaciones Este-Oeste. Al tiempo, algunos de los países de la Europa Oriental ampliaron su papel y proyección en la política internacional. Hoy, el recrudecimiento de las tensiones entre las superpotencias relega —mal que bien— a los países ligados a cada una de ellas hacia posturas menos activas, aunque tal modificación se haya producido en cada caso de forma muy diferente.

Desde el punto de vista de los Estados Unidos son dos los fenómenos que más han contribuido al endurecimiento de posiciones: por un lado, la noción de que la Unión Soviética se sirvió de los años de distensión para avanzar sus peones en el

## **Con la erosión de la distensión el conflicto Este-Oeste ha vuelto a superponerse al eje Norte-Sur, lo ha redefinido y lo ha preterido.**

Tercer Mundo y, por otro, la consecución de la paridad en armas nucleares estratégicas por parte del Kremlin<sup>1</sup>. Aunque la erosión de la distensión venía gestándose en los años setenta, corresponde a la Administración Reagan haberla recogido y, sobre todo, operativizado.

Numerosos analistas han puesto de manifiesto las grandes interpretaciones que guían en ello la nueva postura norteamericana:

1.º El conflicto Este-Oeste ha vuelto a contemplarse desde la óptica de la política de fuerza. El Kremlin ha de ser contenido desde una postura de firmeza, fortaleza y, en lo posible, de superioridad.

2.º El medio más adecuado para contener las tendencias expansionistas que se atribuyen a la Unión Soviética radica en una actualización y expansión de la potencia militar. De aquí que la prioridad absoluta de la Administración Reagan haya basculado hacia planes de rearme que no tienen paralelo en épocas de paz.

3.º La URSS ha de ser «castigada» en razón de su mal comportamiento durante la distensión. En consecuencia, los contactos intersociales y los acuerdos de cooperación entre las superpotencias se han visto reducidos o anulados<sup>2</sup>.

4.º La fortaleza económica ha jugado de nuevo un papel predominante en la pañoia de mecanismos puestos en funcionamiento para conseguir tales objetivos. La URSS debería ver restringido su acceso a los productos, tecnologías, capital y *know-how* occidentales, y encarar la posibilidad de tener que sostener una costosa pulsación armamentística continuada cuyas repercusiones internas potenciarían los efectos negativos sobre la capacidad de crecimiento económico y las posibilidades de consumo de la población.



La noción de que los Estados Unidos se deslizaban hacia una postura de «inferioridad» relativa está firmemente anclada en las conceptualizaciones de la Administración Reagan. Recientemente un distinguido analista norteamericano afirmaba que, en la opinión de la mayoría de sus colegas, los Estados Unidos no sólo habían perdido la superioridad sobre la Unión Soviética en potencia nuclear estratégica sino que, si continuaban las tendencias adversas en dicho ámbito, entrarían en un período de peligro máximo hacia la mitad de los años ochenta<sup>3</sup>. La lectura del último informe del Pentágono sobre el poderío militar soviético<sup>4</sup>, dado a conocer en abril de este año, no permite sino pensar que tal interpretación continúa gozando del favor oficial.

Desde el punto de vista soviético, la erosión de la distensión aparece como un problema estrictamente occidental y en el que no se reconoce ninguna responsabilidad propia. Esto puede parecer —y es— un tanto absurdo, pero en la interpretación del Kremlin la distensión era una «necesidad objetiva» de la época, la forma que en un momento determinado adquiriría la confrontación entre los dos sistemas contrapuestos y que no implicaba en modo alguno la reconciliación de las ideologías. Si en la distensión, vista desde la URSS, se daba siempre una mezcla de cooperación y conflicto, y actuaba en beneficio mutuo, difícilmente los dirigentes del Kremlin cambiarían su política para adaptarla a las nociones norteamericanas sobre el comportamiento correcto en la escena internacional.

Los soviéticos ligan el debilitamiento de la distensión a la adopción de una línea agresiva y confrontacional por parte de los dirigentes norteamericanos, consecuencia de transformaciones internas al capitalismo. Y, al rechazar la nueva política de «contención» *washingtoniana*, la Unión Soviética trata de salvar, en la ma-

yor medida posible, las redes de cooperación establecidas con los países europeos occidentales, de las que se promete inyecciones tecnológicas y de capital que deberían continuar dinamizando el esclerotizado aparato productivo de que dispone.

El intenso recrudecimiento de las tensiones entre las superpotencias se deriva, en mi opinión, del choque de dos pretensiones hegemónicas contrapuestas, de la búsqueda de superioridades (siquiera parciales), del afán de neutralizar eventuales actuaciones alternativas de otros Estados y de la ambición de preservar el modelo económico y social en los vacíos que ha creado la descolonización o incluso de proyectar el propio sobre la esfera de influencia del contrario. Este último rasgo caracteriza en particular el comportamiento soviético, ya que el convertirse en una nueva potencia imperial no es alcanzable sin poner en cuestión el *statu quo*

**Aunque la erosión de la distensión venía gestándose en los años setenta, corresponde a la Administración Reagan haberla recogido y, sobre todo, operativizado.**

internacional y sin afectar a intereses occidentales ya establecidos.

La búsqueda renovada de la preeminencia por parte de las superpotencias recorta el margen de maniobra de los demás países. En el marco de una nueva confrontación global, los intereses particulares y locales corren el riesgo de ser subordinados a las necesidades de aquella pugna gigantesca. Los países europeos, que creían haberse abierto un nicho en la dinámica de bloques, comprueban hoy que han de moverse en un entorno sumamente enrarecido en el cual sus intereses chocan, por ejemplo, con los de la que es potencia líder en el plano militar, aunque esté fuertemente debilitada en su capacidad económica relativa. La crisis trasatlántica hunde, en parte, sus raíces en esta antinomia.

La polarización en que ha desembocado el conflicto Este-Oeste ha proyectado, además, sobre el tapete los problemas ligados a la racionalidad de la política de disuasión tal y como se ha puesto en práctica en los últimos veinte años<sup>5</sup>.



En la medida en que la mera disuasión vuelve a alumbrar la relación entre las superpotencias, las paradojas implícitas en tal estrategia se agudizan nuevamente. Dos son los efectos que deben destacarse.

En primer lugar, está el hecho de que el impacto sobre la seguridad internacional de las medidas de disuasión depende no sólo de la modernización de los dispositivos militares sino también, y de forma determinante, de cómo el contrario las interprete. Dado que la tecnología difumina hoy la distinción entre sistemas ofensivos y defensivos, la adecuación de los aparatos militares comprende elementos que el adversario percibe como aquel carácter y que, por consiguiente, le impulsan a realizar esfuerzos para compensarlos.

En segundo lugar, como quiera que la disuasión es sólo creíble si se materializa en opciones operativas realistas y realizables para el supuesto de que fracase, la puesta a punto de las mismas amenaza al contrario y le estimula a no quedarse atrás en la carrera de preparación hacia un conflicto «ganable».

Si se combinan estas dos consecuencias de la disuasión con la distinta posición geoestratégica relativa en que se encuentran las superpotencias, el resultado es difícilmente armónico. La asimetría estructural que en ello aflora las lleva a no querer realizar concesiones que pudieran representar un autodebilitamiento.

Estas dificultades quedaban más o menos veladas en la época en que los Estados Unidos contaban con la superioridad nuclear. Al conseguir la Unión Soviética la paridad estratégica, el dilema de la seguridad europea quedó expuesto de forma evidente.

Los europeos aspiran a que la disuasión funcione en el sentido de que haga ver a los soviéticos que, en el caso de que fracasa-

sara, el conflicto no podría reducirse a Europa sino que adquiriría dimensiones globales. Los norteamericanos —y los soviéticos—, por el contrario, han de estar interesados en limitar en lo posible un conflicto a escenarios fuera de sus propias fronteras. Este dilema no es fácilmente soluble pero ha alcanzado amplia notoriedad cuando la evolución tecnológica permitió diseñar opciones restringidas, parciales, que eventualmente confinarían a un ámbito geográfico delimitado los efectos de un eventual fallo de la disuasión.

La implantación de misiles SS-20 aumentó, por ejemplo, la posibilidad soviética para, llegado el caso, mantener opciones en un caso de conflicto por debajo del nivel global. La respuesta en forma de Pershing II ha dotado a los Estados Unidos de la capacidad de disponer de un arma que amplía la totalidad del arsenal instalado en Europa bajo control norteamericano.

Muchos europeos creen, con razón o sin ella, que tal evolución no aumenta su nivel de seguridad. En cualquier caso, el debate sobre la mejor forma de hacer frente a la estrategia confrontacional de las superpotencias ha puesto de relieve tres fenómenos de importancia:

A) En primer lugar, la opinión pública, la comunidad de analistas y los diversos partidos se han dividido en lo que se refiere a ubicar en la escala de prioridades la conveniencia de mantener la estrategia de equilibrio militar en el conflicto Este-Oeste o a promover, por el contrario, el control efectivo de armamentos, aunque ello implique dar pasos que pudieran erosionar temporalmente dicho equilibrio.

En este ámbito la derecha, representada por los actuales Gobiernos norteamericano y británico, afirma que es absolutamente vital conservar tal equilibrio y que la Unión Soviética sólo entrará

**La búsqueda renovada de la preeminencia por parte de las superpotencias recorta el margen de maniobra de los demás países.**



en negociaciones significativas en materia de reducción armamentística cuando compruebe que no puede llegar a una posición de superioridad, por mucha intransigencia que muestre.

La izquierda, por el contrario (en el partido socialdemócrata alemán o en el *Labour party* británico), ha enfatizado y enfatiza que sólo el reforzamiento de las tendencias en favor de la conciliación y de la comprensión mutua puede favorecer una disminución de los niveles de sobresaturación de armas.

Fácilmente se observan aquí las consecuencias de un diagnóstico muy diferente de las causas de tensión. Para unos, el desequilibrio militar promueve modificaciones en el esquema disuasor que aumentan la posibilidad de conflicto. Para otros, es la propia dinámica de la continuada pulsación armamentística la que genera dicho riesgo.

B) En segundo lugar, en la crisis trasatlántica han florecido y florecen diferencias de intereses nacionales, sólo suavemente veladas por el éxito relativo que en los últimos tiempos ha supuesto para la OTAN la realización de los primeros pasos para ejecutar la «doble decisión».

De cara a la redefinición de los componentes acomodantes en la estrategia occidental (que todavía sigue basada en la «doble columna» del Informe Harmel de 1967: capacidad de defensa más distensión), la República Federal de Alemania (país clave en el debate de la seguridad europea) empuja los procesos de diálogo, contacto y cooperación con el Este. Francia y la Gran Bretaña, con arsenales nucleares propios y quizá menos expuestos sociológicamente a la vecindad con aquél, tienen posturas menos conciliantes. Ciertamente ambos se negaron a que sus arsenales fueran computados en las negociaciones, ya fracasadas, de Ginebra.

---

**La política exterior de EE.UU. ha subordinado el cambio político y social de numerosos países a los requerimientos globales de la rivalidad con la URSS.**

---

C) En tercer lugar, hay discrepancias crecientes sobre cuál debe ser el papel de los países europeos occidentales en la determinación de las relaciones con el

Tercer Mundo. Hace algunos años esto se subsumía en un mini-debate sobre la eventual intervención de la OTAN fuera de su zona geográfica.

En la actualidad dicha controversia ha amainado, pero no las diferencias en lo que se refiere a mantener las condiciones de seguridad fuera de tal demarcación. Los Estados Unidos, que contemplan su pugna con la Unión Soviética en términos globales, argumentan que la seguridad europea es indisociable de la seguridad general y que, por consiguiente, esta última es indivisible. Los europeos, por su parte, no tienen demasiado interés en intervenir en conflictos regionales, complejos y peculiares, que en numerosas ocasiones diagnostican como problemas locales y no excesivamente configurados por la dinámica Este-Oeste <sup>6</sup>.

Al *fiasco* de las experiencias en el Líbano ha venido a unirse en diversos ámbitos un continuado malestar por la intervención norteamericana en Centroamérica, en donde la Administración Reagan parece olvidar las especificidades locales en favor de una transposición de la pugna con el «foco del mal» que radica en y se expande desde el Este <sup>7</sup>.

La superposición de las pautas de tal conflicto a las condiciones que concurren en gran parte del Tercer Mundo ha tenido, desde luego, para éste consecuencias de suma gravedad. Uno de los aspectos más controvertidos de la política exterior norteamericana ha estribado en subordinar el cambio político y social de numerosos países a los requerimientos globales de la rivalidad con la Unión Soviética. La guerra de Vietnam fue un ejemplo destacado de esta estrategia que cristaliza, habitualmente, en el apoyo a regímenes conser-



vadores, favorecedores del *statu quo*, en la ayuda a dictaduras anticomunistas y en la contribución al aplastamiento de unas ambiciones revolucionarias alimentadas por el subdesarrollo, la injusticia y la desigualdad.

En ello se olvida que los intentos soviéticos de penetración se ven favorecidos por el no estar asociados con las consecuencias de un pasado de explotación colonial, más o menos disfrazada; porque la represión generalizada que introducen las dictaduras ha inducido a los movimientos revolucionarios a demandar apoyo externo en el campo contrario y porque, en último término, la asociación con intereses norteamericanos de las oligarquías dominantes en muchos países desacredita no sólo a los Estados Unidos sino también a los valores que éstos proclaman defender.

### *La escena económica*

Si hubo un tiempo en que los problemas de seguridad y la configuración de las relaciones Este-Oeste en la guerra fría estuvieron relativamente protegidos de los efectos de la marcha de la economía, bien puede afirmarse que tal época ha pasado ya.

En efecto, la crisis económica ha ralentizado el crecimiento y exacerbado los problemas inherentes a la elección entre programas de defensa y otras asignaciones de fondos públicos. En la medida en que la disuasión descansa sobre una continuada y renovada apelación a la modernización de los aparatos militares, los costes de oportunidad de la misma se han disparado. Una opinión pública afectada por la inseguridad económica y el paro vota a Gobiernos confrontados con todas las angustias de la distribución de recursos escasos entre fines que compiten entre sí en un contexto de débil capacidad de reparto de los frutos de un crecimiento drásticamente recortado.

En definitiva, ha aumentado la necesidad de que las asignaciones con fines de defensa resulten plausibles ante una opinión pública en la que, al menos en ciertos países, parece haberse erosionado gravemente el consenso que existía hasta hace pocos años<sup>8</sup>. La crisis económica puede afectar, en ciertas condiciones, a los esquemas dentro de los cuales se ha dirimido hasta el momento el conflicto entre los requerimientos de la disuasión y las exigencias del «Estado de bienestar», duramente criticado desde la derecha.

La crisis ha puesto de manifiesto las rigideces y problemas estructurales en que se debaten las economías. En los países industrializados occidentales suelen proceder del descenso de la rentabilidad y de la competitividad internacional de su producción, de la excesiva protección a industrias y sectores que han visto cambiadas radicalmente sus ventajas comparativas y de las resistencias a los des-

**La crisis económica ha ralentizado el crecimiento y exacerbado los problemas inherentes a la elección entre programas de defensa y otras asignaciones de fondos públicos.**

plazamientos de los factores de la producción. Los países de economía de dirección centralizada no han escapado a las consecuencias de la crisis, que ha ex-

acerbado las tendencias endógenas al mantenimiento de tasas reducidas de productividad en la difícil transición de las pautas de crecimiento extensivo a las del intensivo y en la «desjerarquización» del proceso de adopción de decisiones.

Finalmente, los países en desarrollo se han enfrentado no sólo a deficiencias endógenas que han agarrotado su crecimiento sino a un contexto altamente desfavorable en el que la reducción de los precios de los bienes objeto de comercio internacional, la contracción de la relación de intercambio, altas tasas de interés reales y tipos de cambio muy fluctuantes, se han combinado para dificultar los esfuerzos de adaptación a un entorno en rápido cambio.

La explosión del endeudamiento exterior ha estimulado medidas de austeri-



dad que no han dejado de tener importantes efectos internos. En cualquier caso, el contexto se ha hecho más inseguro y demostrado hasta la saciedad las limitaciones que encorsetan el funcionamiento de las economías nacionales. La independencia política encuentra en la jerarquización y dependencia económica su reverso. Hoy, más que nunca, los países en desarrollo se enfrentan al crudo dilema de la imprescindibilidad de aumentar su ritmo de crecimiento económico (no en último término para dar salida al agudísimo problema del paro) y, a la par, combatir la inflación con el fin de contenerla dentro de límites manejables y reducir el desequilibrio externo.

La crisis económica internacional ha intensificado las contradicciones que existen entre la interdependencia económica —hoy rasgo fundamental de una economía auténticamente mundializada— y el sentimiento creciente de inseguridad en el ámbito nacional.

Como han señalado numerosos analistas, dicha mundialización de la economía invita a la comparación de los costes y ventajas relativos de tres estrategias alternativas (y en parte complementarias) para lidiar con sus efectos:

a) La de contracción de la participación en tal proceso, por ejemplo, mediante una elevación de las barreras a que se verían sometidas las transacciones exteriores.

b) La de reconciliación con la internacionalización, a través de la introducción de mecanismos de ajuste más fluido y automático a las variaciones del entorno.

c) La de promoción de la coordinación y cooperación internacionales entre las políticas económicas con el fin de reducir los efectos internos de las modificaciones del contexto <sup>9</sup>.

La experiencia muestra que en la lucha contra la crisis económica se han utilizado elementos propios de cada una de estas tres estrategias: intervenciones neoproteccionistas de naturaleza selectiva han tratado de establecer un ámbito protegido para los sectores e industrias en que han cristalizado las dificultades del ajuste; se han aplicado diversos instrumentos con el fin de combinar los deseos (y necesidades) políticos internos y la actuación de poderosas fuerzas económicas internacionales; y no han dejado, por último, de exaltarse las virtudes inherentes a una cierta coordinación de políticas. Con todo, sería absurdo negar que la solidaridad económica no se ha resquebrajado. Una porción importante del comercio internacional se realiza hoy en condiciones de obstaculización no arancelaria. La Administración Reagan ha mantenido contra viento y marea una política monetaria que ha dificultado la recuperación europea y ha puesto en práctica restricciones proteccionistas sin precedentes desde la segunda postguerra mundial. Incluso la oposición demócrata se ha subido a tal carro, declarándose en favor de una política industrial que, a pesar de evocar la experiencia japonesa, va en dirección opuesta, en cuanto que trata de mantener una estructura productiva que ha perdido sus ventajas comparativas, en todo o en parte.

En Europa los ajustes no se han visto menos dificultados. Naturalmente siempre puede afirmarse que, a los diez años de la crisis, la economía mundial no se ha despeñado en la miríada de guerras económicas que puntearon la década de los treinta y que, bien que mal y con dificultades, se han preservado elementos esenciales del marco neoliberal que permitió, y facilitó en buena medida, la trans-

misión internacional del crecimiento económico en los años cincuenta y sesenta.

En este marco no se han producido

**La crisis económica internacional ha intensificado las contradicciones que existen entre la interdependencia económica y el sentimiento creciente de inseguridad en el ámbito nacional.**



transformaciones estructurales demandadas por los proponentes del «Nuevo Orden Económico Internacional» (NOEI) a mitad de la década de los setenta. De hecho, el antiguo orden apenas si ha sufrido modificaciones profundas <sup>10</sup>.

La pugna por el establecimiento del NOEI se planteó desde el primer momento en el contexto de una estrategia preconizadora de una reconstrucción radical del sistema económico internacional: una estrategia, se ha recordado, que trataba no sólo de alterar sustancialmente la distribución de la renta y de la riqueza a escala mundial sino también las reglas del juego y cambiar incluso a quienes las determinaban <sup>11</sup>. Lo curioso es que tal estrategia se diseñó desde el Sur cuando éste carecía de los medios y de los recursos para imponerla o para negociarla con eficacia. Por lo demás, todos los países deseosos de mantener el *statu quo* aprovecharon la fragilidad técnica y política de muchos de los argumentos esgrimidos para poner en cuestión tales pretensiones.

El Norte, en efecto, nunca quedó convencido de que los males de los países en desarrollo dimanasen estructuralmente del reparto asimétrico de los resultados del funcionamiento del sistema económico internacional: a los deseos de transformación radical opuso una actitud pasiva y de limitación de daños, aceptando sólo pequeñas reformas y concesiones.

Al final, el ojo del huracán se ha desplazado. No ha sido ajeno a ello el recrudecimiento de las tensiones Este-Oeste y su desbordamiento (contenido por un lado, impulsado por otro) hacia un Tercer Mundo heterogéneo sumido en vínculos de fuerte dependencia y enfrentado con obstáculos estructurales internos que recortan drásticamente su margen de maniobra en la reconfiguración del sistema de relaciones económicas internacionales.

---

---

**Las dimensiones militares en el conflicto Este-Oeste han sido terreno fértil para la disensión y el debate en la Alianza Atlántica.**

---

---

Europa ha innovado en las relaciones Norte-Sur: el ejemplo de la Convención de Lomé, que ahora se aproxima a su tercera versión, ha mostrado un camino

regional posible, a pesar de todas sus limitaciones. Ciertamente, esta experiencia es mejor que la que ofrecen negociaciones globales que no terminan de materializarse o unos códigos de conducta globales no vinculantes y que no terminan de despegar.

De aquí que algunos analistas hayan podido plantearse legítimamente la cuestión de si merece la pena todavía salvar el «diálogo Norte-Sur», y no duden en ofrecer una respuesta negativa si no se abordan reformas factibles, parciales, basadas en la coincidencia de intereses, en la movilización de la voluntad política y en la eficiencia del diagnóstico sobre el que verse la búsqueda de soluciones. La marcha hacia la utopía es algo que ha pagado caro el Sur, sobre todo cuando ha carecido de la posibilidad de sustraerse a la succión que sobre él ejercen múltiples canales conectados a los diversificados intereses del Norte.

### *Problemas de seguridad europeos*

En una de las más recientes revisiones históricas de las relaciones euronorteamericanas en materia de política de seguridad se ha subrayado cómo las dimensiones militares en el conflicto Este-Oeste han constituido un terreno fértil para la disensión y el debate en el seno de la Alianza Atlántica <sup>12</sup>. En gran parte, dichas controversias están ligadas a la dependencia que siente Europa Occidental con respecto a los Estados Unidos desde el punto de vista de su protección frente a la amenaza del Este: la credibilidad del «paraguas nuclear» norteamericano es el tema central en tal aspecto.



Lo que es bastante novedoso en la actual situación son dos fenómenos: 1) La vehemencia con que desde parte de la opinión pública europea se ha criticado la ortodoxia reinante —la estrategia de la «respuesta flexible»—, y 2) la ruptura del consenso básico que ha parecido presidir la política de seguridad occidental hasta finales de los setenta, a pesar de las bien conocidas críticas de que siempre ha sido objeto.

Dejemos de lado como motivo de explicación la manipulación soviética de la protesta antinuclear en diversos países europeos. Que el Kremlin ha tratado de llevar en ello el agua a su molino es, sin duda, evidente. También lo es, al menos para mí, que el no profundizar en factores más permanentes lleva a un diagnóstico muy errado de los orígenes de los actuales problemas de seguridad en Europa y, quizá, a una contra-manipulación desde el *establishment*, indigna de regímenes democráticos.

En mi opinión, son esencialmente tres los factores permanentes que es preciso invocar para hacer un diagnóstico preciso de la crisis por la que ha atravesado —y atraviesa— la ortodoxia de la política de seguridad en Europa.

A) En primer lugar, está lo que cabría caracterizar como «crisis de la disuasión» y que no es, ni más ni menos, que la opinión pública europea se ha dado cuenta por fin de que las condiciones de mantenimiento del «paraguas nuclear» norteamericano discurren hoy bien sea por un rearme convencional (que implica el riesgo de guerra de tal carácter, pero de efectos totales en Europa), o por el despliegue de sistemas nucleares de alcance intermedio capaces de inducir destrucciones de tal índole en territorio soviético, con los riesgos de represalia o de medidas preventivas que ello conlleva para los europeos occidentales.

Hay razones para pensar que los temores que surgen en tal contexto derivan del hecho de que, por primera vez en los últimos cuarenta años de amenaza nuclear, las doctrinas de empleo operativo del arsenal de esta naturaleza han penetrado en el pueblo llano y han roto la ambigüedad que caracterizaba la situación anterior. En ésta se pasó de una estrategia de represalias masivas (en la que poco a poco se había dejado de creer) a otra —la actual— que ha terminado siendo operativizada gracias a los avances tecnológicos. Estos, en realidad, la han posibilitado no sólo en la teoría sino también en la práctica.

Pero el que la guerra nuclear se haya convertido de nuevo en pensable (lo que ha llevado a Pierre Lellouche a establecer el teorema de que en la época de la paridad estratégica y de los modernos sistemas de armas nucleares el grado de «aceptabilidad» social de la disuasión es inversamente proporcional al de su credibilidad operativa)<sup>13</sup> es condición necesaria, no suficiente, para explicar los temores de seguridad europeos.

En segundo lugar, hay que mencionar entre los factores permanentes la erosión en la confianza con que se contempla en Europa el uso que los norteamericanos hacen de su inmenso poderío militar. Y en tercer lugar, es preciso aludir a la crisis de la distensión.

B) En lo que se refiere al segundo factor, resulta hoy difícil recordar vívidamente algunas de las experiencias que han incidido en el pasado en la relación europea con los Estados Unidos: el apoyo a la lucha contra los regímenes nazi-fascistas, las ayudas a la reconstrucción de las economías nacionales, las acciones emprendidas para hacer frente a las sucesivas crisis de Berlín, la contención del petróleo en 1973, etc. El empleo de la potencia militar —o la velada amenaza

**Es bastante novedosa la ruptura del consenso básico que ha parecido presidir la política de seguridad occidental hasta finales de los setenta.**



de su uso— lo percibió una gran parte de la población de Europa Occidental como desarrollado en defensa de los comunes intereses occidentales. Probablemente esto contribuyó más a tranquilizar a los europeos que las medidas norteamericanas para no quedarse atrás en la carrera por el mantenimiento de la superioridad estratégica nuclear (en la que hasta los años setenta Washington fue siempre por delante). Y, como ha afirmado recientemente un agudo observador alemán, en la medida en que el paraguas estadounidense evitó a los países europeos el establecer sistemas autónomos de defensa, removi6 simultáneamente una de las causas que más habían favorecido en el pasado los conflictos interestatales en Europa <sup>14</sup>.

No quiere esto decir que la aplicación del poder militar norteamericano contara en todo momento con la aprobación de los europeos: los casos de Vietnam y Cambodia dan buena prueba de lo contrario. Ello no obstante, llama la atención que en raras ocasiones haya mostrado Europa Occidental graves preocupaciones por el equilibrio estratégico y que, desde luego, no hiciera presión sobre los Estados Unidos para que modernizara sus arsenales de este carácter: no hay, por ejemplo, versión europea del temor al *misil gap* de finales de los cincuenta (que se evaporó como el humo poco después) o a las «ventanas de vulnerabilidad», que puntearon la ascensión del Presidente Reagan. Lo que sí produjo una enorme repercusión fue la intervención en Vietnam, que se combinó con dudas acerca de los fines de la política de Washington. Añádase a ello el efecto ulterior sobre unas generaciones que apenas si tienen experiencia directa de lo que significó la cooperación euronorteamericana durante el segundo conflicto mundial y la postguerra.

C) Con todo, si la cohesión trasatlántica no se resquebrajó antes (fuera de ciertos círculos de expertos y, desde luego,

**La cohesión trasatlántica  
no se resquebrajó antes porque  
la distensión empezó  
a celebrar triunfos notorios  
en los años setenta.**

en el caso señero del General De Gaulle), se debió, sin duda, a que cuando tal fallo hubiera podido producirse, la distensión empezó a celebrar triunfos notorios en los años setenta.

Los europeos pudieron creer entonces, y creyeron en parte, que se avecinaba una nueva época en las relaciones entre las superpotencias en el marco de las cuales podrían hacer valer intereses complementarios frente al Kremlin. La larga crisis de la distensión (punteada por los zarrazos soviéticos en el Tercer Mundo, la continuada pulsación armamentística del Kremlin, la invasión de Afganistán, la no ratificación del tratado SALT II y la reacción norteamericana ante éstos y otros fenómenos, o en último lugar ante el establecimiento de una paridad aproximada en las fuerzas nucleares estratégicas) inquietó a los europeos y abonó el terreno para que prendiese en ellos un renovado temor a la guerra. En esto, ciertamente, la retórica de la Administración Reagan sobre la posibilidad de «ganar» un conflicto nuclear «limitado», que a su vez intensificaba tendencias anteriores, no hizo nada por aliviarlo <sup>15</sup>.

Tras la crisis de la distensión —tercero de los factores permanentes que quisiera aquí subrayar— aletean dos preocupaciones centrales, ligadas al debate a que ha dado origen la «doble decisión» <sup>16</sup>:

En primer término, está el hecho que la instalación de sistemas norteamericanos de alcance medio (Pershing II y misiles de crucero) en territorio europeo lo contempla una parte de la opinión pública en Europa Occidental como medidas provocadoras de la Unión Soviética y como objetivos rentables para un eventual ataque preventivo por parte de ésta.

Una inmensa literatura ha explorado tal conexión <sup>17</sup>.

En segundo término, ha que mencionar el dato de que se ha extendido la



creencia de que con tal instalación se acrecienta el riesgo de una guerra nuclear limitada a Europa. Esto no carece de cierta base pues, al fin y al cabo, la ortodoxia reinante justifica el despliegue previsto en la «doble decisión» —y también otros anteriores— por la mayor probabilidad de que, llegado el caso, Washington los utilizaría en defensa de Europa Occidental, si ésta se viera atacada, que si se encontrasen en territorio estadounidense. Y, sin embargo, es posible para un amplio segmento de la opinión pública creer que los Estados Unidos también podrían utilizar dichos nuevos sistemas (de gran precisión) para batir objetivos en territorio soviético *en acciones no conectadas con la defensa directa del viejo continente*.

En esta situación el temor a un debilitamiento del «paraguas nuclear» norteamericano —el eventual «desenganche»— no deja de incidir sobre el futuro de los esfuerzos de distensión por parte de los miembros europeos de la Alianza, sobre su cooperación con el Este e incluso sobre sus relaciones con el Tercer Mundo allí donde surjan focos de conflicto (Africa, Oriente Medio, Centroamérica). Todo ello determina un estrechamiento del margen de maniobra internacional de tales países que no ha dejado de conmover a la opinión pública, e incluso a ciertas élites, despechadas por la retórica —y en parte por las acciones— de la Administración Reagan.

La ortodoxia que, desde numerosas posiciones, ha sido sometida a crítica (particularmente desde la izquierda y en los movimientos pacifistas) se basa en tres hipótesis fundamentales:

a) Europa Occidental no está en condiciones de protegerse por sí sola a sí misma.

b) Se requiere una integración militar estrecha con los Estados Unidos, lo que

**Un rasgo común a quienes combaten la ortodoxia reinante en la política de seguridad es la necesidad de cambio que divisan en la forma de pensar esta última.**

implica la presencia de fuerzas norteamericanas en el territorio de ciertos países europeos.

c) La estabilidad en el plano de la seguridad depende, esencialmente, del equilibrio militar entre las dos alianzas <sup>18</sup>.

La experiencia del debate que ha precedido al comienzo del despliegue de sistemas de alcance intermedio en Europa Occidental ha mostrado que, si bien éste ha sido un éxito político para la ortodoxia, el precio resulta elevado en términos de credibilidad pública y de mantenimiento futuro del consenso. Ello ha aflorado espectacularmente en la República Federal de Alemania, país clave para la seguridad europea, y con menor cobertura pero no menos significación en Holanda y Dinamarca.

Dicho debate ha alumbrado numerosas propuestas para salir del *impasse* al que han llevado la paralización de las negociaciones de Ginebra (tanto en la vertiente INF como en la dimensión START), la rigidez de la postura soviética y el fracaso de las incitaciones a la reanudación del diálogo entre las superpotencias pero con una participación europea más intensa.

Tales sugerencias pueden ubicarse en un espectro limitado por extremos en los que se sitúan las que cabría caracterizar de propuestas «pragmáticas» y las «alternativas» más o menos radicales.

Las primeras tratan de mejorar los defectos de la situación actual y de contrarrestar los factores de erosión del consenso público en la política de seguridad. Las segundas, escasamente apadrinadas por los Gobiernos e incluso por los partidos políticos establecidos, surgen y proliferan en la comunidad de analistas, en la Universidad y en los «*think tanks*» que suministran argumentos a los más variados movimientos pacifistas, denominación por otra parte escasamente unívoca <sup>19</sup>.



En el extremo «pragmático» del espectro destacan cuatro categorías:

a) Aumento y mejora de los niveles de defensa convencional, para rebajar la extrema dependencia del eventual recurso a las armas nucleares, cualesquiera que sean las formas en que ello se materialice.

b) Incidencia sobre el futuro despliegue de los sistemas de alcance intermedio previstos en la «doble decisión», con el fin de mantenerlos reducidos al mínimo necesario para garantizar la continuada credibilidad del «paraguas nuclear» norteamericano.

c) Incremento de la influencia europea sobre la configuración de las relaciones entre las superpotencias.

d) Intensificación de la presión europea en materia de esfuerzos de reducción de armamentos.

Al otro lado del espectro las sugerencias se distribuyen según tres criterios fundamentales: papel y función de las armas nucleares, críticas al componente convencional de la ortodoxia reinante e innovación en el plano de la cooperación.

Con arreglo al primer criterio, suelen manejarse sugerencias que enfatizan la necesidad de una congelación de los arsenales («freeze»), que preconizan la introducción de zonas libres de armas nucleares, que defienden la adopción de una estructura de fuerza basada en las consecuencias operativas de un no primer recurso al empleo de sistemas nucleares («non-first use»), y que llegan incluso a sugerir un desarme nuclear unilateral.

A tenor del segundo criterio, se recomienda, por ejemplo, la renuncia a la defensa avanzada, la adopción de una defensa estrictamente convencional de ca-

rácter territorial o la introducción de esquemas radicales de «defensa social» o de «defensa popular».

Por último, según el tercer criterio, se preconiza una defensa europea sin apoyo en los Estados Unidos ni en la OTAN o, modernamente, la creación de un «orden europeo de defensa» que abarque a los propios países del Este.

Un rasgo común a quienes combaten la ortodoxia reinante en la política de seguridad es la necesidad de cambio que divisan en la forma de pensar esta última: en ello la renuncia a la búsqueda de ventajas militares, la definición de una «security partnership» entre los bloques, el mayor énfasis en la capacidad de practicar represalias eventuales que en la disuasión y la exploración de vías y métodos para intensificar la colaboración entre adversarios son planteamientos muy extendidos.

**Una reconceptualización de la seguridad como nexo bilateral llevaría a enfatizar la seguridad en común: la seguridad de una parte es, también, la seguridad que sienta la otra.**

En tal sentido se ha indicado (muy destacadamente, por ejemplo, por Egon Bahr) que la disuasión es un concepto unilateral a tenor del cual cada parte determina autónomamente lo que necesita para hacer frente a las amenazas o riesgos que percibe. Y, claro está, la respuesta que a ello dé no dejará de influir en el adversario. Por el contrario, una reconceptualización de la seguridad como nexo bilateral llevaría a enfatizar la seguridad en común, es decir, la noción de que en la época del «overkill» carece de sentido la guerra nuclear, que difícilmente podrían ser limitados los conflictos (tras la instalación de sistemas de alcance intermedio al Este y al Oeste un eventual conflicto posiblemente habría de dirimirse a este nivel, con consecuencias catastróficas para Europa) y que la seguridad de una parte es, también, la seguridad que sienta la otra.

En definitiva, el mundo «simple» de los años sesenta y setenta se ha tornado complejo: la renovación de los arsenales



y la intensísima pulsación tecnológica (que ya aborda la militarización del espacio) <sup>20</sup> generan sentimientos de inseguridad y de desconcierto. En la medida en que la acumulación de sistemas de avanzada tecnología sea el parámetro por el que se juzgue la adecuación de los mecanismos de la disuasión, la jerarquización militar continuará traducéndose en jerarquización política, aunque en un horizonte para muchos cada vez más inseguro.

¿Qué hacer? Recetas como las preconizadas por algunos analistas (impedir la introducción de nuevos sistemas de exóticos niveles cualitativos, obstaculizar la modernización de los arsenales existentes, reducir éstos y desarrollar planes de desnuclearizaciones parciales) tropiezan con una dinámica de las superpotencias que resulta hoy difícil flexionar o suavizar. Indudablemente, hay una responsabilidad que comparten ambas en esta situación, pero, ¿pueden hacer algo los países europeos para que el mundo salga de ella?

En estos momentos los documentos oficiales más autorizados no permiten pensar en que la disuasión vaya a fallar <sup>21</sup>. Frente a la histeria colectiva que en 1983 pareció haberse adueñado de la opinión pública en ciertos países, el riesgo de conflicto en Europa es remoto, si no despreciable. Y, sin embargo, la tensión entre las superpotencias ha llegado a cotas alarmantes. De este diagnóstico, y de la peculiar situación del viejo continente, se derivan algunas guías para la reflexión.

#### *Sugerencias para configurar un futuro inmediato menos inseguro*

Si las razones que subyacen a la confrontación entre las superpotencias son esencialmente políticas, será en este terreno en el que deban buscarse las respuestas más apropiadas.

**La renovación de los arsenales y la intensísima pulsación tecnológica generan sentimientos de inseguridad y desconcierto.**

La reducción del conflicto Este-Oeste a términos estrictamente militares ha puesto en el primer plano de la atención las dimensiones tecnológicas de la búsqueda de superioridades parciales y temporales (el adversario termina cerrando, mal que bien, el bache) y ha preterido la innovación política.

En este último plano conviene a los países europeos:

a) Incrementar la cooperación entre sí en todos los órdenes y, singularmente, en el de defensa pero sin que ello se traduzca en una reducción de la garantía norteamericana, hoy por hoy difícilmente renunciable. No hay sino que pensar en los planteamientos oficiales en la República Federal de Alemania, Gran Bretaña o Francia para percatarse de ello.

b) Ampliar su capacidad y posibilidades de incidir con más fuerza en la interacción entre las superpotencias, con el fin de contrarrestar las tendencias al desequilibramiento de la misma. La experiencia muestra que esto es posible: en la memoria de todos está, por ejemplo, el caso del gaseoducto y las negociaciones INF, en las que la presión de los aliados llevó a Estados Unidos a revisar sus posturas iniciales. Naturalmente, es más difícil influir en la postura del Kremlin, pero parece evidente que esto será menos fácil de lograr si cada país europeo occidental va por su lado.

c) Desempeñar un papel más intenso en la política de control y de reducción de armamentos. La desazón que provoca en la opinión pública la continuada ronda de pulsaciones armamentísticas es posible que no sea un fenómeno pasajero. En cualquier caso, *¿cómo no lamentar la constante acumulación de arsenales cuyo único uso razonable es su no empleo?*

Si se aceptan, siquiera a efectos dialécticos, estas sugerencias, en sí nada re-



volucionarias ni desestabilizadoras, tendríamos que:

1) Las medidas que tiendan a aumentar la dependencia europea del «paraguas nuclear» norteamericano o a crear incertidumbres respecto a su eficacia fomentarán los temores y los dilemas que hasta el momento han caracterizado el debate trasatlántico: una necesidad europea de protección pero que no resulte provocadora para el Kremlin, el mantenimiento del «umbral nuclear» a un nivel que no sea demasiado elevado (miedo europeo al «desenganche») ni demasiado bajo (pavor ante un eventual fallo de la disuasión), la oposición europea a escenarios de «guerras limitadas» que puedan dirimirse en el viejo continente, etc.

2) El incremento de los niveles de defensa convencional no contribuirá a acallar el miedo a un posible estallido de un conflicto armado. Dada la inmensa potencia mortífera de los nuevos armamentos convencionales, una conflagración que se basara en los mismos bastaría para ocasionar destrucciones más intensas que las sufridas en la Segunda Guerra Mundial. No es ésta una perspectiva que ilusione a Europa.

El que dicho incremento parezca, no obstante, necesario a muchos analistas se debe, esencialmente, a dos razones: a) a la conveniencia de reducir la posibilidad de que la Unión Soviética pueda ejercer presión sobre los países europeos occidentales si la distensión entre éstos y aquélla (que todavía subsiste) llegara a morir; b) porque tanto el Norte como el flanco Sur carecen de la inmensa concentración de fuerzas que caracteriza el frente central. De aquí que una eventual conflagración que se desbordase por los flancos llevaría —según han puesto de relieve numerosos autores— a tener que echar mano de los arsenales nucleares.

**En estos momentos  
los documentos oficiales  
más autorizados no permiten  
pensar en que la disuasión  
vaya a fallar.**

En cualquier caso, es bastante verosímil que en el corto plazo los incrementos de niveles de defensa convencional choquen con una clara hostilidad por parte de la opinión pública europea. Se trata de una operación costosa que habría de realizarse en momentos en que han sido comprometidas sumas inmensas en la modernización de las estructuras de fuerza y cuando las demandas sociales (envejecimiento de la población, reconversión industrial, etc.) están alcanzando cotas muy elevadas.

En los últimos meses se han acumulado las propuestas tendentes a hacer operativa la primera sugerencia: Francia recomienda revitalizar la Unión Europea Occidental, otros han evocado la posibilidad de que la Comunidad Económica Europea asuma responsabilidades en materia de defensa<sup>22</sup>, no falta quien enfatice la necesidad de ampliar a la República Federal la política de santuarización del territorio tan cara a la disuasión francesa<sup>23</sup>, por mencionar sólo unas cuantas. De aquí se derivarían consecuencias sobre las dos sugerencias restantes, que no carecen de proyectos propios.

Todo esto hace prever que, verosímelmente, en el medio plazo el debate de la seguridad en Europa se enriquezca con nuevas consideraciones. Lo que la experiencia ha puesto de manifiesto en los últimos años es que no innovar en aquel ámbito equivale a condenar a Europa a un papel de comparsa en las relaciones internacionales y, por ende, a que renuncie a configurar un futuro menos incierto no sólo para los países europeos sino para ese Tercer Mundo sobre el cual se desborda la pugna entre las superpotencias.

No innovar es, en definitiva, dejar el terreno libre a los «halcones» y permitir que la militarización siga haciendo estragos en el pensamiento político. Es, en último término, una abdicación.



<sup>1</sup> Así, por ejemplo, en la *United States Military Posture for FY 81*, Washington D.C., 1980, p. iii, el presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor reconocía ya que el ímpetu soviético había llevado al Kremlin «de una posición de clara inferioridad a su actual postura de por lo menos igualdad estratégica con los Estados Unidos». Las tendencias de futuro parecían adversas.

Los ejemplos podrían multiplicarse.

<sup>2</sup> De aquí que políticos norteamericanos de impecables credenciales hayan levantado su voz en contra. Véase un reciente ejemplo en Charles McC. Mathias, Jr., «Habitual Hatred-Unsound Policy», *Foreign Affairs*, verano de 1983.

<sup>3</sup> Coronel William O. Staudenmaier, «Conceptos estratégicos para los años ochenta», parte II, *Military Review*, septiembre de 1982, pág. 58.

<sup>4</sup> Department of Defense, *Soviet Military Power*, 1984, Washington, 1984; véase, en particular, el cap. VII.

<sup>5</sup> Un ejemplo espectacular bien reciente es el caso de Robert S. McNamara, «The Military Role of Nuclear Weapons». *Foreign Affairs*, otoño de 1983.

<sup>6</sup> Para una brillante exposición de las fuentes de la crisis trasatlántica véase Hedley Bull, «European Self-reliance and the Reform of NATO», *Foreign Affairs*, primavera de 1983.

<sup>7</sup> Richard H. Ullman, «At War with Nicaragua», *Foreign Affairs*, otoño de 1983. La caracterización procede del conocido discurso del Presidente Reagan de marzo de 1983 ante la National Association of Evangelicals.

<sup>8</sup> Estas no son valoraciones de la izquierda sino de un político democristiano. Véase Kurt Biedenkopf, «Domestic Consensus, Security and the Western Alliance», en *Adelphi Papers*, n.º 182, *Deende and Consensus: The Domestic Aspects of Western Security*, parte I, IISS, Londres, verano de 1983.

<sup>9</sup> Véase Assar Lindbeck, «Economic Dependence and Interdependence in the Industrialized World», en *From Marshall Plan to Global Interdependence*, OCDE, París, 1978.

<sup>10</sup> Lance Taylor, «Back to Basics Theory for the Rhetoric in the North-South Round», *World Development*, abril de 1982.

<sup>11</sup> Robert L. Rothstein, «Is the North-South Dialogue Worth Saving?», *Third World Quarterly*, enero de 1984.

<sup>12</sup> Véase David N. Schwartz, *NATO's Nuclear Dilemmas*, The Brookings Institution. Washington D. C., 1983.

<sup>13</sup> Introducción a la obra colectiva *Pacifisme et dissuasion*, Institut Français des Relations Internationales, París, 1983, pág. 35.

<sup>14</sup> Josef Joffe, «Europe's American Pacifier», *Foreign Policy*, primavera de 1984.

<sup>15</sup> Véanse, por ejemplo, Alfred Mechttersheimer y Peter Barth (eds.), *Den Atomkrieg führbar und gewinnbar machen?*, Rororo aktuell, Hamburgo, 1983; Karl D. Bredthauer (ed.), *Sage niemand, er habe es nicht wissen können*, Pahl-Rugenstein, Colonia, n.º 3, 1983. Y, del lado norteamericano, la ya clásica obra de Robert Scheer, *With Enough Shovels. Reagan, Bush & Nuclear War*, Random House, Nueva York, 1982.

<sup>16</sup> Véase, para una visión rápida que me exime de detenerme aquí en ello, Angel Viñas, «El debate de la seguridad en Europa. (Una reflexión sobre sus antecedentes históricos)», *Revista de Estudios Internacionales*, octubre-diciembre de 1983. Desde otras perspectivas, y entre la escasa literatura generada por autores españoles, destaca el trabajo de Pere Vilanova, «Diciembre de 1983 o el epicentro de la crisis», *Afers Internacionals*, n.º 2, primavera de 1984.

<sup>17</sup> Véase, para esto, entre la literatura española el excelente artículo de Carlos Alonso Zaldívar «El día después del despliegue», *ibid.*

<sup>18</sup> Véase Wilhelm Bruns, «Thesen zur europäischen Sicherheitspolitik», en Wilhelm Bruns, Christian Krause y Eckhard Lübckemeier, *Sicherheit durch Abrüstung. Orientierende Beiträge zum Imperativ unserer Zeit*, Verlag. Neue Gesellschaft, Bonn, 1984.

<sup>19</sup> Luis Lemkow, *La protesta antinuclear*, Mezquita, Madrid, 1984.

<sup>20</sup> Véanse, por ejemplo, Colin S. Gray, «Space is Not a Sanctuary» y Stephen M. Meyer, «Soviet Military Programmes and the "New High Ground"», en *Survival*, septiembre-octubre de 1983.

<sup>21</sup> Véase, al efecto, el *Weissbuch 1983. Zur Sicherheit der Bundesrepublik Deutschland*, Bonn, 1983.

<sup>22</sup> Karl Kaiser, Cesare Merlini, Thierry de Montbrial, William Wallace y Edmond Wallestein, *La Comunidad europea, ¿declive o renovación?*, INCI, Madrid, 1983.

<sup>23</sup> René Foch, «Pour une "sanctuarisation" élargie», *Le Monde*, 11 de abril de 1984.








# T I E M P O D E



## SUMARIO Verano 84

N.º  
**3**

|   |   |     |
|---|---|-----|
|  | <b>Presentacion</b>                                     | 2   |
|  | <b>La nueva convergencia europea</b>                    | 4   |
|   | Paz y derechos humanos la superacion de Yalta           | 6   |
|   | Las dos caras de Yalta                                  | 12  |
|  | <b>Estrategias nucleares norteamericanas</b>            | 22  |
|   | El papel militar de las armas nucleares                 | 24  |
|   | La victoria es posible                                  | 37  |
|   | <b>DEBATE OTAN</b>                                      | 46  |
|   | Discusion entre Peter Art y M. Euzkadi                  |     |
|   | El informe Kissinger y la historia y Centroamerica      |     |
|   | Armamento y propaganda                                  |     |
|  | <b>Sobre los nuevos movimientos sociales</b>            | 72  |
|   | Monotematicos versus Alternativos                       | 74  |
|   | La funcion de los movimientos sociales                  | 80  |
|   | Una nueva forma de internacionalizar                    | 83  |
|   | El movimiento por la paz en Suecia                      | 88  |
|   | <b>Greenpeace en Espana</b>                             | 94  |
|   | <b>Notas</b>  | 101 |
|   | Perugia 84 END: balance y perspectivas                  |     |
|   | El informe Kissinger: la historia y Centroamerica       |     |
|   | Armamento y propaganda                                  |     |
|  | <b>Cultura</b>  | 113 |
|   | Una pedagogia para la crisis                            |     |
|   | Noam Chomsky los intelectuales y la segunda guerra fria |     |
|   | Por una comunidad cientifica que escriba sobre paz      |     |
|   | <b>Cronica</b>  | 135 |
|   | <b>Cronologia</b>                                       | 140 |

Suscripciones: (1.300 Anual) - Apartado 59.014 - Tel. 766 39 49 - MADRID



---

# ITALIA: LA DEMOCRACIA BLOQUEADA

## Giancarlo Pasquini

---



---

**Vistas desde fuera, las vicisitudes de la política italiana presentan más de un aspecto paradójico, si no incomprensible. A primera vista, podría parecer que Italia está hoy gobernada por los socialistas, como sucede en Francia, España, Grecia y Portugal.**

Desde hace casi seis años, en efecto, el presidente de la República es el viejo socialista Sandro Pertini, el hombre político más popular y más querido en Italia. Según una encuesta del semanario *L'Espresso*, el 59 % de los italianos querría seguir teniéndolo como presidente durante otros siete años, no obstante su edad avanzada (86 años). Desde hace

poco más de diez meses, el jefe del gobierno es Bettino Craxi, secretario del Partido Socialista Italiano (PSI). Con el 11,5 % de los votos, obtenidos en las últimas elecciones políticas de junio de 1983, el PSI ocupa, pues, los máximos cargos del Estado. Pero sería un error pensar que el poder está en manos de los socialistas o que los socialistas tienen un



papel predominante de guía o de dirección en el interior de la coalición de gobierno.

En Italia, como lo ha escrito Kissinger, el jefe del gobierno ha sido en estos últimos años un «punto de equilibrio momentáneo» entre los partidos, o bien una «instancia de mediación», casi nunca un centro de autoridad y de decisión como en las democracias más estables y en funcionamiento de Occidente. El sistema político italiano está bloqueado desde hace tiempo, sin recambio y sin alternancia. Ningún partido está en condiciones de ejercer una verdadera «hegemonía», ni posee la representatividad necesaria para formar gobiernos estables. La duración media de los gobiernos desde la postguerra en adelante ha sido de nueve meses y, cuatro veces seguidas, la legislatura ha sido interrumpida antes de completar su período por la comprobada imposibilidad de las sucesivas coaliciones para gobernar. El poder está «disperso», parcelado, fragmentado entre partidos, sindicatos, corporaciones, *lobbies*, poderes económicos e intereses particulares, cada uno de los cuales está en condiciones de ejercer un derecho de veto e impedir a los gobiernos que gobiernen y a las instituciones del Estado que funcionen.

Durante 38 años el sostén de este sistema ha sido la Democracia Cristiana, partido complejo y con muchos seguidores, que ha garantizado hasta la mitad de los años 60 la gobernabilidad del país. Pero con la declinación de la DC y la lenta pérdida de los consensos logrados desde 1976 en adelante, la «centralidad» del partido católico se ha empañado, sin que ningún otro partido, empero, lo haya sustituido como eje central del sistema político italiano.

Agotada la experiencia del centro-izquierda, o sea la alianza entre católicos, socialistas y partidos laicos, que ha dominado la escena política durante los años

---

**El sistema político italiano  
está bloqueado desde hace  
tiempo, sin recambio  
y sin  
alternativa.**

---

60, ningún proyecto político nuevo ha logrado surgir e imponerse. Mientras la sociedad sufría rápidas y profundas transformaciones, incluso bajo el impulso de los movimientos colectivos nacidos de las grandes luchas obreras y estudiantiles de 1968 y 1969, la clase política se mantenía firme e impermeable a lo nuevo y se mostraba incapaz de elaborar un proyecto de cambio para adecuar las estructuras del Estado y de la política a las variadas exigencias de una sociedad industrial avanzada y en vías de modernización.

La única respuesta de un cierto respiro estratégico llegó en los años 70, del Partido Comunista, con el proyecto del «compromiso histórico» que, de algún modo, reanudaba la estrategia del líder democristiano Aldo Moro, quien pensaba que, para dar por «cumplida» la democracia en Italia, era necesario iniciar una «tercera fase» (después de la centrista y del centro-izquierda) para extender el «área democrática» al Partido Comunista que, durante 30 años, había estado aislado y relegado —incluso por sus responsabilidades y las demoras en su proceso revisionista— a un papel de estéril oposición. Esta convergencia entre DC y PCI se concretó entre 1976 y 1979 en los gobiernos de «solidaridad nacional», una especie de «gran coalición» con la participación o el apoyo de los seis partidos del llamado «arco constitucional», comprendido el PCI. Por razones que examinaremos más adelante, esta tentativa de dar vida en Italia a una «democracia asociativa» también falló, y la gran alianza, hostigada entre otras cosas por el ataque terrorista de las Brigadas Rojas y por la violencia dispersa de los movimientos autónomos de ultraizquierda, naufragó sin producir modificaciones sustanciales en la sociedad, en la economía, en las instituciones del Estado. El secuestro (y después el asesinato) de Aldo Moro por parte de las BR el mismo día —16 de marzo de 1978— de la investidura del



gobierno Andreotti, apoyado por el PCI, marcó emblemáticamente el final de una alianza nacida bajo la bandera de la «emergencia», regida por la vieja praxis del «transformismo», y que muchos consideraban una alianza «contra natura»<sup>1</sup>.

La legislatura que se abre con las elecciones anticipadas de 1979, después de que se retiraran los comunistas de la «mayoría programática» que sostenía al gobierno Andreotti, es la más cadavérica de todas. El electorado, que en 1976 había dado un signo claro de cambio, al llevar al PCI con el 34 % de los votos a debilitar la supremacía de la DC (35 %), parece arrepentido y desilusionado y reconfirma, con pequeñas modificaciones, las relaciones de fuerza previas a 1976 (DC 38 % [+ 3 %], PCI 30 [— 4 %], PSI 10 [+ 0,4 %]). Frente a esa sustancial estaticidad y al desgaste de todas las fórmulas políticas, no hay otro camino que reasumir el viejo centro-izquierda, revisado y corregido con la cláusula de la «pareja dignidad» impuesta por los socialistas como condición para participar en el gobierno. Convertido en fiel de la balanza, el «nuevo» PSI de Craxi comienza a practicar una política de movimiento para remover las aguas estancadas de la política italiana y para romper el bipolarismo paralizante DC-PCI. Con la cláusula de la «pareja dignidad», los socialistas logran arrancar a una DC en crisis dos compromisos: que el jefe del gobierno no necesariamente debe ser un democristiano, y que el gobierno debe estar formado por mitad de ministros democristianos y por la otra mitad de representantes de los otros partidos de la coalición. A falta de una alternancia real entre una verdadera mayoría y una verdadera oposición se recurre a una fórmula sustitutiva, y el PSI confía de este modo en escapar a la «subalternancia» que había caracterizado (y desgastado) la función de los socialistas en los gobiernos de centro-izquierda de los años 60.

---

**Agotada la experiencia  
de centro-izquierda ningún  
proyecto político  
nuevo ha logrado surgir  
e imponerse.**

---

Pero estos recursos, más que mejorar la gobernabilidad, acentúan la precariedad y la inconsistencia del ejecutivo. En cuatro años se suceden seis gobiernos el primer gobierno, presidido por Francesco Cossiga, de la DC, dura poco más de siete meses (agosto de 1979-mayo de 1980); el segundo gobierno Cossiga, seis meses (abril-septiembre de 1980); el siguiente gobierno, presidido por Arnaldo Forlani (DC), llega a mantenerse alrededor de ocho meses (noviembre de 1980-junio de 1981); el primer gobierno dirigido por un no democristiano en la historia de la República, el del republicano Giovanni Spadolini, dura más de un año (junio de 1981-julio de 1982), pero el segundo mandato de Spadolini no va más allá de cuatro meses (agosto-noviembre de 1982); cierra la serie un gobierno Fanfani (DC) aún más efímero que, asumido en diciembre de 1982, agota su mandato en abril de 1983, cuando el PSI abre la crisis que llevará a nuevas elecciones anticipadas.

No muy diferentes entre sí en cuanto al espacio político (que varía del centro-derecha al centro-izquierda) y a los grupos sociales a los que se dirigen, los partidos de las coaliciones de gobierno, aun disponiendo en el Parlamento de amplias mayorías (55-60 % de los escaños), no logran dar vida a gobiernos estables ni a mayorías homogéneas. Por razones de rivalidad electoral, de ambición, de sutiles disputas políticas y personales, los *partners* de las coaliciones están continuamente en pugna entre sí, siempre listos para las «emboscadas» (el fenómeno de los «francotiradores» es una especialidad totalmente italiana), y a «hacerse humo», divididos a veces en cosas esenciales, en las opciones de fondo de la política y de la economía; más a menudo en cosas marginales o de puro reparto del poder.

El resultado es la prevalencia de los vetos cruzados, la debilidad y la inestabilidad de los gobiernos, la parálisis de las decisiones, el inmovilismo, que han produ-



cido, como reflejo, el creciente extrañamiento de la opinión pública, el «desencanto» con respecto a la política, acompañada de fenómenos degenerativos alarmantes como la propagación de los escándalos financiero-administrativos, la explosión sin precedentes de la criminalidad organizada como la mafia y la camorra, y el surgimiento, en el vacío creado por la debilidad del Estado y de sus aparatos, de «poderes paralelos» como la logia masónica P-2.

### *La sociedad sumergida*

En panorama semejante, que los periódicos definen como de «ruina», y que según muchos observadores preludia el fin de la Primera República, se pueden registrar dos fenómenos positivos: uno en el nivel de la sociedad civil, el otro en la esfera política.

Los años 70 han sido los más oscuros y dramáticos de la reciente historia italiana. Muchas de las contradicciones acumuladas en el curso de las décadas precedentes (el rápido y desordenado crecimiento económico, el paso de una economía agrícola con *enclaves* industriales a una economía industrial con residuos agrícolas, las transformaciones sociales y culturales resultantes de estos procesos), han estallado en estos años sacando a la luz la fragilidad del desarrollo económico, las debilidades del Estado, las insuficiencias patológicas del sistema político e institucional. La economía sufre los efectos combinados de la crisis internacional, de los factores distorsionadores propios del desarrollo italiano (la limitación de la base productiva, las marcadas desigualdades sociales y de la renta, la diferencia entre Norte y Sur), y del recrudecimiento de las reivindicaciones sindicales que hacen elevar los costos económicos de las empresas y los déficits públicos, lo que ha llevado a que la infla-

ción italiana alcance niveles muy superiores a la media europea.

Son los años de los grandes entusiasmos ideológicos. Mientras en el resto de Europa se afirma la cultura de la austeridad y se busca reformar las estructuras del Estado asistencial, en Italia perdura el mito de las «expectativas crecientes» sin productividad creciente, se afirma una cultura utópica e igualitaria que contamina no sólo los movimientos juveniles, sino también los sindicatos y los partidos de izquierda, y que la vocación «providencialista» de la Democracia Cristiana alimenta y favorece. Esta cultura se manifiesta en la contestación permanente, en el estallido de una conflictividad sindical y corporativa que no tiene igual en Europa, en el absentismo laboral favorecido por los excesos que garantiza el Estatuto de los Trabajadores y a veces en el rechazo del trabajo y de la organización del tra-

---

### **Convertido en fiel de la balanza, el PSI de Craxi comienza a practicar una política para romper el bipolarismo paralizante DC-PCI.**

---

bajo. Los sindicatos proclaman que el salario es una «variable independiente» separada de la productividad, y que favorece el crecimiento de la demanda más allá de los recursos reales. Se lanzan reformas demagógicas y populistas, como la reforma de la sanidad y de la previsión, sin una preventiva acumulación de recursos. La vieja escuela, desde la enseñanza media superior a la universidad, es demolida en sus fundamentos, sin sustituirla con métodos y estructuras más modernas. A la conflictividad obrera y estudiantil se agrega, pues, en estos años, la rebelión de las masas pequeño-burguesas estatales y paraestatales ya sindicalizadas, y se crea un círculo vicioso sin fin <sup>2</sup>.

El déficit del Estado se vuelve incontrolable, la espiral precios-salarios, que se alimenta a través del mecanismo de indexación generalizado (escala móvil), reduce la competitividad de la industria italiana. El absentismo, la fuga de los capitales, la rigidez de la mano de obra



defendida a ultranza por los sindicatos, la recuperación indiscriminada de empresas fuera de mercado para evitar los despidos y las necesarias reestructuraciones,

debilitan el sistema productivo, lo que determina un estancamiento prolongado del desarrollo. Nacen así las «dos sociedades»: la de los empleados y protegidos, y la de los parados, sin garantías y sin perspectivas de futuro, mientras otros sectores (comerciantes, profesionales, especuladores) se enriquecen gracias a la inflación, el reparto de los recursos estatales y la evasión fiscal.

De la mezcla de estos elementos (delirio ideológico, estancamiento del desarrollo, exageradas y ofensivas injusticias sociales) se forma el germen explosivo que dará vida al terrorismo de las Brigadas Rojas y al más disperso de los movimientos autónomos de ultraizquierda, que proporciona a las primeras el caldo de cultivo y la base de reclutamiento para su estrategia de ataque al «corazón del Estado». De 1975 a 1980 Italia vive en una situación de «guerra civil subrepticia y simulada», con un «partido armado» que apunta a desquiciar el sistema y a derribar la democracia. Con una estrategia combinada que une la acción armada, la intimidación y la violencia con una calibrada acción política tendente a dividir a las fuerzas políticas y a debilitar aún más las instituciones, los cerebros de las Brigadas Rojas aspiran a crear una situación pre-insurreccional, una resquebrajadora del país de modo tal de obligar al Estado o a ceder al chantaje armado o a una respuesta represiva «fuerte» que abriría las puertas a un sistema autoritario<sup>3</sup>.

Nada de esto sucede. Frente al peligro concreto de desintegración la sociedad italiana reacciona y comienza lentamente a remontar la pendiente. El terrorismo es, primero, aislado políticamente, y después derrotado militarmente, sin atacar

**La sociedad italiana  
ha superado la prueba y la  
democracia ha respondido al embate  
del terrorismo sin sacrificar  
sus principios.**

en esencia las reglas de la convivencia democrática. Salvo pequeños núcleos marginales, el repudio del terrorismo, de sus métodos sanguinarios, que han pro-

vocado centenares de muertos, es total y sin apelación. Al comienzo de los años 80 el fenómeno terrorista puede considerarse agotado y vencido y, gracias a una ingeniosa aunque discutible ley sobre los «arrepentidos», ha sido posible comprobar la responsabilidad de muchos hechos de sangre, los complots, las conexiones, las relaciones entre las diferentes centrales del terrorismo interno e internacional que, ahora, los tribunales de diversas ciudades italianas están discutiendo y juzgando. En conjunto, se puede decir que la sociedad italiana ha superado la prueba y que la democracia ha respondido al embate del terrorismo sin sacrificar sus principios.

Pero también en otro nivel, el económico y social, se ha iniciado una lenta y progresiva recuperación. Mientras el país parecía hundirse bajo el peso de la inestabilidad política y del no-gobierno, de la violencia política y común, de los escándalos y del terrorismo, la sociedad italiana segregaba de su seno los anticuerpos que le permitían reaccionar y hacer frente a las propias enfermedades. Según el CENSIS (un instituto de investigaciones sociológicas que cada año publica un *Informe sobre la situación social del país*), Italia ha tenido en los años 70 un segundo milagro económico: han surgido 300.000 nuevas unidades productivas, de pequeñas dimensiones pero tecnológicamente avanzadas; regiones enteras del país han cambiado de rostro (de Venecia a toda la faja costera del Adriático), y representan el impulso de un nuevo desarrollo. En gran parte se trata de una «economía sumergida» que escapa a las cargas tributarias, al control sindical y a menudo inclusive al fisco, a las normas previsionales y asistenciales, utilizando el «trabajo negro» y que, según las es-



timaciones del CENSIS, produce el 20 % de la riqueza nacional que no figura en las estadísticas oficiales.

De este modo, la economía italiana ha logrado mantenerse a flote sin hundirse, y preservando un alto nivel de consumo. Pero las apariencias no pueden engañar y, aunque alguno ha hablado de un «nuevo renacimiento», exaltando las cualidades ocultas del pueblo italiano, que sabe adaptarse y reaccionar ante las circunstancias adversas desarrollando sus innatas dotes artísticas e inventivas, certificadas por el éxito obtenido en el exterior por el *made in Italy*, no hay duda de que el país se ha empobrecido en su conjunto y se ha debilitado la economía. Aunque sin subestimar la importancia de lo «sumergido», más significativo se muestra el cambio presente en las relaciones industriales y en los comportamientos de las partes sociales. La mayoría del movi-

miento sindical, con la UIL a la cabeza (el sindicato socialista), la CISL (el sindicato católico) y una parte de la CGIL (de mayoría comunista pero con un fuerte

componente socialista), ha abandonado la estrategia de la conflictividad permanente, de la defensa a ultranza de discutibles conquistas, como la «escala móvil» (que ha sido, entre otras cosas, factor de achatamiento de los salarios y de la profesionalidad), y ha tomado el camino de reivindicaciones más realistas. El sindicato, que ha sufrido una profunda pérdida de credibilidad en estos años, ha debido, en esencia, echar cuentas con las compatibilidades generales del sistema, expurgando de su seno las tentaciones ideológicas y pansindicalistas, y accediendo a una más moderna y correcta visión de las relaciones industriales.

### *El nuevo curso socialista*

El segundo elemento novedoso se registra en la esfera política. Frente al

*impasse* bipolar entre una DC gastada y declinante aunque siempre mayoritaria, y un PCI incierto y oscilante que ha abandonado precipitadamente la estrategia del «compromiso histórico» para abrazar, sin demasiada convicción, la hipótesis de la «alternativa democrática» a la DC, se presenta un tercer interlocutor hasta ahora reducido a una posición subalterna con respecto a la DC o al PCI: el Partido Socialista que, bajo la guía de Bettino Craxi, cambia de piel (los críticos, malignamente, dicen que sufre una «mutación genética») y adquiere un nuevo protagonismo. Marginado del abrazo entre DC y PCI durante el gobierno de «solidaridad nacional», el PSI, entre 1979 (Congreso de Turín) y 1981 (Congreso de Palermo), decide cerrar las cuentas con la herencia maximalista que lo condicionó durante casi toda su historia, y renovarse a sí mismo, su cultura política, su imagen. Reconectándose con el filón reformista

---

**La mayoría del movimiento sindical ha abandonado la estrategia de la conflictividad permanente.**

---

del socialismo italiano, el PSI advierte la necesidad de obrar desvinculado y autónomo, siendo ya portador de un proyecto de reformas y de modernización de la sociedad italiana que requiere más energías, más fuerza para el partido, e impone enfrentamientos tanto con la DC como con los comunistas.

En los años anteriores a la secretaría de Craxi, el PSI había estado prisionero de una autodefinición que lo llevaba a considerarse una fuerza de complemento de una estrategia que tenía como protagonista al Partido Comunista, es decir, su más directo rival de izquierda, y había terminado por aceptar el papel de «partido de servicio». Estando en el gobierno junto con la DC, los socialistas trabajaban por «equilibrios más avanzados», o sea por la legitimación y la inserción de los comunistas en el área de gobierno. Y, en efecto, mientras el PCI daba grandes saltos hacia adelante, el PSI retrocedía hasta tocar, en 1976, su mínimo histórico. Además, el PSI había aceptado,



sin oponer resistencia, la colonización ideológica marxista-leninista, renunciando de hecho a una propia, original y autónoma visión política. «Todo esto proporcionaba al PSI un singular estatuto político-ideológico: no era ni un partido reformista ni un partido revolucionario. Era sólo un partido confuso que irradiaba a su alrededor confusión»<sup>4</sup>. Fue en este punto, bajo la amenaza de una decadencia que a muchos les parecía imparable, cuando el PSI reaccionó con energía y, a través de un amplio debate, se redefinió a sí mismo y reencontró su vocación originaria, pragmática y reformista, ajena a las ideologías totalizadoras. La gran intuición de Craxi y de la corriente «autonomista» que asumió la conducción del partido a finales de los 70 fue la de comprender que, para sobrevivir, el PSI debía reivindicar con fuerza su autonomía y debía darse una nueva cultura política a la altura de una sociedad industrial moderna.

Dos son los objetivos que el PSI persigue con determinación, aunque con éxito alterno: desbloquear el sistema político a través de una «gran reforma» de las instituciones (como veremos más adelante); remodelar la representación política y el sistema de los consensos, tanto a través de un *reequilibrio a la izquierda* (erosionando el área electoral del PCI), como a través de una *expansión al centro*, sustrayéndole consensos a la DC. En el análisis socialista, la DC y el PCI, aunque muy diferentes en el plano ideológico, tienen muchas cosas en común. Son dos partidos-iglesia, con un vasto arraigo social basado, empero, en formas de representación obsoletas, con una cultura política premoderna, que viven de los réditos de las fracturas sociales del pasado pero son incapaces para acoger las grandes modificaciones producidas en la sociedad italiana. Un encuentro suyo, a través del «compromiso histórico» (según los socialistas), no habría desbloqueado

el sistema político, pero lo habría congelado por un largo período, cerrando toda posibilidad de dialéctica democrática y de innovación y relegando al PSI a un papel cada vez más marginal y superfluo. Por esto era necesario hacer naufragar aquel acuerdo, dar mayor fuerza política y electoral al Partido Socialista, y prepararse para una áspera confrontación con los dos «gigantes» de la política italiana, al fin del cual habría salido vencedor el partido que hubiese demostrado saber arriesgar más y saber interpretar y canalizar las exigencias de renovación presentes en la sociedad italiana<sup>5</sup>.

Para dar cuerpo a su estrategia el PSI ha buscado recortarse un espacio social propio, individualizando en los «sectores emergentes» y en las nuevas figuras profesionales, producidas por la revolución tecnológica, los sujetos que puedan expresar una «demanda de socialismo» y que puedan actuar para una transformación en este sentido. Según los dirigentes socialistas, el paso a a sociedad post-industrial conlleva no sólo la declinación cuantitativa de la clase obrera sino también su fragmentación y diferenciación, de tal modo de no hacerla ya «clase general» en condiciones de asumir en sí misma la tarea de la transformación. En su puesto hay una proliferación de figuras socio-profesionales: algunas avanzadas, que es necesario premiar porque son factores de innovación; otras, en cambio, abandonadas y dejadas detrás del proceso productivo, en rápida transformación, que hace falta proteger. A estos sectores el Partido Socialista debe dirigirse con una estrategia diferenciada de los «méritos y de las necesidades»: que, por una parte, recompense y valore la profesionalidad contra la igualdad retributiva creada por la rigidez del sindicato y, por la otra,

**Para sobrevivir el PSI debía reivindicar con fuerza su autonomía y darse una nueva cultura política a la altura de una sociedad industrial moderna.**

dé garantías y proteja a los portadores de las nuevas necesidades: los jóvenes, los ancianos, las mujeres, aquellos que han sido expulsados y marginados de la



innovación tecnológica. A estos grupos individuales va dirigido el mensaje socialista y a ellos apunta la cúpula del PSI para remodelar la representación política.

En el curso de estos años el PSI persigue con despreocupación este doble objetivo: redimensionar la DC a nivel nacional, entrando en estrecha competencia con ella, y acosar al PCI a nivel ideológico (polemizando sobre los retrasos y las contradicciones de su proceso revisionista y de sus lazos residuales con la ideología marxista y con la URSS), y, a nivel de poder local, reivindicando la libertad de los socialistas para escoger de vez en cuando las alianzas más aptas para gobernar las administraciones regionales y municipales, sin ninguna preferencia preconcebida a favor de las «juntas rojas». En ambos casos el esfuerzo tendería a conseguir una *centralidad socialista*, a demostrar al electorado la indispensabilidad del PSI para la construcción de gobiernos estables y reformadores.

Pero esta operación, lograda en Francia con Mitterrand y en España con González, se revela en Italia, empero, más difícil y compleja. No obstante la vitalidad, el dinamismo, las «provocaciones» políticas e intelectuales que lanza a ritmo apremiante en la vida política italiana, el PSI no logra progresar electoralmente y adquirir consensos proporcionales a su peso político. En las elecciones de junio de 1983 —que los socialistas provocaron confiando en un fuerte avance electoral— su incremento es modesto, sólo del 1,5 %, muy por debajo de las expectativas.

Muchos elementos confluyen para explicar este fracaso parcial. Aludiremos sólo a algunos. Único entre los partidos socialistas europeos, el PSI se encuentra combatiendo en dos frentes y debe rendir cuentas a su izquierda con el partido comunista más fuerte de Europa Occidental,

**El PSI ha buscado un espacio social propio individualizando en los «sectores emergentes» y en las nuevas figuras profesionales los sujetos que puedan expresar una «demanda de socialismo».**

sólidamente inserto en la clase obrera, y a su derecha con la Democracia Cristiana, igualmente inserta, y de manera estable, entre los sectores medios. Por

lo anticuadas, las formas de inserción político-organizativa de los dos mayores partidos no han podido ser afectadas, y el mensaje socialista no ha logrado hasta ahora abrir una brecha en las estructuras consolidadas de los dos partidos. Esto ha ocurrido también porque, después de un primer momento de dispersión, tanto el PCI como la DC han percibido la peligrosidad del desafío socialista y se han preparado para enfrentarlo.

Para el grupo dirigente comunista, y en especial para su secretario Enrico Berlinguer, el «craxismo» se ha vuelto el peligro número uno, la nueva encarnación del enemigo de clase, al que es necesario exorcizar y vencer. La separación se remonta a los tiempos de la «unidad nacional», cuando el PCI demostraba que prefería el diálogo con la DC antes que con los socialistas, pero se ha acentuado después de finalizada esa experiencia cuando, frente al imprevisto vuelco comunista del «compromiso histórico» a la «alternativa democrática», los socialistas declaran que no existen las condiciones políticas y electorales para dar vida en Italia a una alternativa de izquierda. En el documento del Comité Central del PCI (noviembre de 1981), que sanciona tal vuelco, se afirma que la alternativa se debe construir «con las mejores energías de la democracia italiana, con hombres capaces y honestos de los diferentes partidos y también fuera de ellos». En ese documento el PSI no es siquiera mencionado y, entre los dos partidos, parece dominar más la incompreensión que la conflictividad. En la mayoría del grupo dirigente del PCI (a excepción, quizá, de la corriente que encabeza Giorgio Napolitano) hay un exceso de desconfianza prejudicial hacia el PSI, considerado un partido oportunista, listo para mon-



tarse en cualquier ocasión para exhibirse y conquistar posiciones de poder. Hay un juicio moralista sobre el «craxismo», acusado de los peores vicios y pintado como un fenómeno de bases frágiles, de corto aliento y destinado al fracaso. En lugar de confrontarse con la cultura reformista del PSI, los dirigentes comunistas dan de ella un juicio expeditivo y la liquidan como un trámite más, para justificar un presunto vuelco a la derecha del partido que habría abandonado sus tradicionales posiciones de izquierda para converger en el centro, junto a las fuerzas moderadas.

Pero en el fondo del conflicto, además de las profundas diferencias culturales y políticas, hay un temor real de los comunistas por la carga de competitividad del PSI, por su reencontrada autonomía y unidad, por su rechazo a continuar siendo un partido «gregario». Esto ha llevado al partido de Berlinguer a cerrar filas, a hacer un llamamiento a las razones de su «diversidad» y a desarrollar una peligrosa carga de hostilidad e intolerancia hacia el PSI, la cual, a menudo, desemboca en el sectarismo.

También la DC ha reaccionado a su modo frente al desafío socialista, y la elección de Ciriaco De Mita en la secretaría debía servir para «desmitificar» a Craxi. El partido católico, en efecto, después de haber perdido a su estrategia con la muerte de Aldo Moro, el hombre de las grandes prudencias pero también de las grandes visiones proyectuales, parecía replegado en sí mismo, sin más capacidad de iniciativa y de propuesta. Con la elección de De Mita —un hombre de la «tercera generación» DC— y el recambio del personal dirigente la Democracia Cristiana persigue dos objetivos: la propia renovación interna y la recuperación de una posición de supremacía, seriamente comprometida por los acontecimientos de los últimos años. En efecto, la vieja estructura del partido (el partido-

Estado, el partido como instrumento de la ocupación del poder, el partido de la mediación y del compromiso) había entrado irremediablemente en crisis. El nuevo grupo dirigente se da cuenta de que si quiere detener la tendencia a la declinación debe romper la cristalización de las viejas clientelas, de las corrientes y de los notables, y abrir el partido hacia el exterior. Pero lo debe hacer con un proyecto político creíble y que compita con el perseguido por los socialistas.

Por eso, la operación De Mita se contraponen a la que están realizando los socialistas y se dirige a contrarrestar la tentativa de Craxi de abrir una brecha entre los sectores medios urbanos y de disputar a la DC la representación de intereses decisivos de la formación empresarial. Esta maniobra se despliega en dos niveles. En el plano político, De Mita se introduce con una teoría suya del sistema político

---

**El PSI persigue redimensionar la DC a nivel nacional, entrando en estrecha competencia con ella, y acosar ideológicamente al PCI.**

---

italiano, sosteniendo que éste gira alrededor de dos polos representados por la DC y por el PCI, que están en alternancia el uno con respecto al otro (por lo tanto destinados a no gobernar juntos), y que un «tercer polo laico-socialista, como el auspiciado por el PSI, no existe «ni cultural, ni numérica, ni políticamente». Por lo tanto, estas fuerzas deberán abandonar toda veleidad y resignarse a funcionar como partidos-filtro, escogiendo aliarse a uno u otro de los dos grandes partidos de masas. En el plano económico-social la DC —partido del asistencialismo desenfrenado, protector de los sectores parasitarios nutridos con los recursos públicos— declara agotado el Estado asistencial y agita con De Mita la bandera del «rigor» económico, de la productividad, de la modernización, defendiendo las tesis monetarias y neoliberales en boga. De este modo, la DC busca presentarse como un moderno partido conservador capaz de guiar, a través de un renovado acuerdo con los sectores modernos del capitalismo italiano, una



nueva fase de expansión productiva, con el explícito fin de *preservar su centralidad* y de conservar el consenso de un bloque social amplio y compuesto como el que ha sostenido al partido en su larga historia de gestión del poder. Es evidente, en todo esto, la tentativa de frenar las ambiciones del PSI y poner una valla a las incursiones socialistas en su área de representación.

Pero el sueño de De Mita se enfrenta con la lógica férrea de las cosas. En las elecciones de junio de 1983, la DC pierde más del 5 % de los votos, alcanzando con el 32,8 % de los votos su mínimo histórico. Después de la derrota electoral, el secretario de la DC es objeto de fuertes críticas y se somete su línea política a acusación. El viejo partido de las clientelas y de las corrientes, apenas deshojado por el viento de la renovación, resurge prepotente e impone un seco alto a los propósitos de refundación por parte del secretario. Aunque reelegido en la conducción del partido en el reciente Congreso de Roma (febrero de 1984), De Mita, condicionado de cerca por los jefes de las corrientes de su partido, ha debido guardar en el cajón muchas de sus buenas intenciones para dejar el puesto a una gestión descolorida y renunciante que sólo de vez en cuando reencuentra chispazos de vitalidad.

Pero los fracasos electorales del PSI no derivan sólo del comportamiento ajeno, de las maniobras defensivas y ofensivas de los otros partidos, de los «complots» verdaderos o presuntos urdidos para detener la marcha triunfal del PSI. Deriva también de los propios errores, de los comportamientos «esquizofrénicos» del partido en el centro y en la periferia, de las contradicciones entre lo que dice y lo que hace. Así, por ejemplo, la dirección socialista, en la tentativa de derribar a la DC de su posición de centralidad, ha tratado de sustituir a ésta como

interlocutor de los grupos y de las clientelas sobre las que se funda gran parte del poder democristiano, y ha sido obligada a bajar al terreno del «loteo»<sup>6</sup> y del reparto de los recursos estatales. Los muchos casos de complicidad de representantes socialistas, sobre todo en la periferia, en fenómenos de «loteo», corrupción y ocupación del poder, además de dañar la imagen del partido han alejado precisamente a aquellos grupos (las nuevas figuras profesionales, los técnicos, los trabajadores del sector de servicios más avanzados) a los que se quería atraer. En la práctica, el PSI ha dado la impresión de ser poco sensible a la «cuestión moral» y mucho más aferrado al poder, del cual retiene, en el centro y en la periferia, una tajada desproporcionada con un peso electoral.

Esto ha ocurrido porque ha faltado una verdadera renovación de la forma-partido, de su funcionamiento y de su aparato. El PSI se ha renovado en la cúpula, dándose una inédita estructura de liderazgo carismático centrada en la incontrovertible preeminencia del secretario (que ha provocado, en el exterior del partido, fuertes críticas y valoraciones contradictorias), pero no se ha renovado en sus estructuras de base. El PSI sigue siendo un partido viejo que debe realizar una política nueva, pero ésta está obstaculizada por comportamientos incoherentes con respecto al proyecto general. La nueva política reformista se sostiene en un cuerpo frágil y el partido no ha sabido crear los antídotos para prevenir las infecciones internas, y ha dado espacio a personajes y grupos «trepadores» que han aprovechado sus posiciones de poder para ilícitos fines personales o de grupo. «El resultado —escribe Salvatore Sechi en *Mondoperaio*— es que el PSI sigue

**Unico entre los partidos socialistas europeos, el PSI se encuentra combatiendo en dos frentes y debe rendir cuentas a su izquierda y a su derecha.**

siendo un partido «segundo» en estructura electoral y totalidad de aparato, con una contradicción lacerante entre la cultura de gobierno de la élite central y



las prácticas subalternas o agresivamente divisorias de sus articulaciones subnacionales»<sup>7</sup>.

Aunque el mismo Craxi ha reconocido que la organización del partido es el eslabón débil del nuevo curso socialista, la reforma del partido continúa siendo aplazada. El reciente congreso de Verona (mayo de 1984), que debía centrarse precisamente en este tema, ha sido absorbido por las cuestiones políticas contingentes y ha dado a luz, solamente, la creación de una pletórica Asamblea nacional, abierta a los «de fuera» del área socialista, en el puesto del viejo Comité central, que aparece más bien como una operación cosmética para comprometer en el *appeal* simbólico del partido a intelectuales y personajes de relieve. Pero no obstante estos y otros defectos, escribe un politólogo no sospechoso de simpatías socialistas: «la estrategia del PSI y las modalidades con las cuales se explica son completamente nuevas con respecto al pasado. Jamás tan unido en su interior, jamás tan agresivo y visible, el PSI de Craxi representa una novedad en la escena política italiana»<sup>8</sup>.

### *El gobierno Craxi*

Después de las elecciones políticas del 26 de junio de 1983 y el «gran derrumbe» de la DC (DC -5 % [32,8]; PCI -0,3 [29,7 %]; PSI +1,5 % [11,5]; PRI +2 [5 %]), las fuerzas del pentapartido deben dirigirse a Craxi para formar un gobierno. La cesión de la presidencia del gobierno a un socialista no es una benévola concesión del mayor partido a su aliado más inquieto e incómodo, sino la comprobación de un cambio en las relaciones de fuerza, políticas antes inclusive que electorales. El PSI no ha llegado a trastornar los datos cuantitativos, pero ha impuesto su presencia política y, aprovechándose de su posición de «fiel de la balanza», se ha presentado como candidato a la guía

## **El PSI se ha renovado en la cúpula pero no en sus estructuras de base.**

del gobierno para hacer posible la gobernabilidad del país. Más que por la propia fuerza, el PSI obtiene la presidencia del gobierno por la debilidad de los otros

partidos y, en primer lugar, de la DC, y por los defectos del sistema institucional que los socialistas han sido los primeros en denunciar. La DC acepta la pérdida de la presidencia del Consejo como un «estado de necesidad» y con muchas reservas mentales, y está decidida a hacer difícil la navegación del gobierno Craxi, el primer gobierno conducido por socialistas en la historia de Italia.

El programa con el que nace el gobierno Craxi es el ritual en este período en Europa y no presenta nada comprometedor. Dos son los puntos definitorios: 1) abrir una nueva fase constituyente para una revisión de la Constitución republicana. Pero esta tarea es confiada al Parlamento, con el nombramiento de una Comisión bicameral, en la que están representados todos los partidos que han suscrito el pacto constitucional de 1948; 2) saneamiento de la economía y lucha contra la inflación, a través de una contextual política de rentas y de contención del déficit público. Con este propósito se fijan algunos «techos»: la inflación deberá ser contenida dentro del «techo» del 10 % y esto requiere una intervención en el costo del trabajo (escala móvil), que es uno de los factores de amplificación de la espiral inflacionaria. El déficit del Estado deberá ser contenido dentro del techo de los 90 billones de liras, lo que implica fuertes cortes al gasto público y cierta revisión del sistema previsional y a los gastos sanitarios, que son factores estructurales de producción del déficit. El fin es poner de nuevo en marcha el desarrollo y enganchar la *recovery* que mientras tanto se perfila en los Estados Unidos.

Los primeros seis meses de navegación del gobierno Craxi son tranquilos y sin tumbos. La nave de la coalición avanza



en un mar relativamente calmo y el gobierno puede apuntar algunos resultados positivos. Sobre todo en política exterior: la gestión equilibrada, reconocida por todos, de la presencia de un contingente militar italiano en Líbano y su ordenada retirada sin siquiera una pérdida; la reconfirmación de la instalación de los misiles Cruise en Sicilia y de la alianza con los Estados Unidos (testimoniada por el viaje de Craxi a América), pero acompañada por el pedido de explotar todos los caminos para reabrir el diálogo con Moscú (visita de Craxi a Hungría y de Andreotti a la URSS); la firma de un nuevo concordato con el Vaticano; el empeño incansable por superar los contrastes en el interior de la CEE. Pero también en política interior el gobierno Craxi logra algunos éxitos: por primera vez en muchos años se aprueba la ley financiera en los términos previstos por la Constitución; se realizan cortes en los

gastos sanitarios y en los previsionales para mantener el déficit de balance entre los términos fijados; se envían al Parlamento numerosos proyectos de ley (entre

los cuales hay uno que reduce los períodos, escandalosamente largos, de la encarcelación preventiva) que, empero, quedan atascados en las comisiones parlamentarias, a causa de los largos plazos y de lo farragoso del proceso decisorio.

Pero, ya a fines de enero, la nave gubernativa encalla en los bajíos de la conflictividad interna de la coalición y afloran de nuevo los contrastes y las desconfianzas. El gobierno es sometido a acusación por haber intervenido en los nombramientos para la renovación del Consejo de administración de la RAI, el ente radio-televisivo del Estado. En realidad, se trata de una maniobra montada «en frío» para poner en dificultades a Craxi, que sólo se ha limitado a hacer respetar una regla no escrita, pero vigente y aceptada por todos los partidos, según la cual la RAI debe ser administrada por los

partidos del arco constitucional según las relaciones de fuerza parlamentarias, que Craxi ha resumido en una especie de número telefónico —643111—: es decir, seis consejeros para la DC, cuatro para el PCI, tres para el PSI y uno para el PRI (republicanos), PSDI (socialdemócratas) y PLI (liberales). La polémica es abierta por el diario *La Repubblica*, pero la recogen de inmediato, además del PCI, la DC y los republicanos, los cuales, después de haber participado en el «reparto» de la RAI, se muestran ahora escandalizados y acusan a Craxi de haber promovido un «loteo salvaje» de los entes públicos.

Pero éste es sólo el preludeo de lo que ocurrirá en los meses siguientes, cuando el gobierno, como aplicación de su maniobra económica, lanza el famoso decreto que «corta» tres puntos de escala móvil (una reducción del salario nominal

de 180.000 liras anuales por cada trabajador). Por el decreto se desencadena una batalla campal que tiene un alcance mucho mayor que los tres puntos que le

sirven de pretexto. Tratemos de resumir brevemente los hechos para analizar, después, su significado.

Sobre el tema de la escala móvil (un sistema automático de aumento de los salarios que se dispara cada tres meses) se ha debatido en Italia durante años. La gran mayoría de los economistas se encuentra de acuerdo en considerar este sistema una de las causas (no la única, naturalmente) del diferencial inflacionario italiano que, además, no protege enteramente el salario real y es un poderoso factor de comprensión de los salarios (siendo el único punto igual para todos, ha anulado con el tiempo las diferencias retributivas, lo que ha afectado a la profesionalidad). También los sindicatos, después de muchas vacilaciones, se han convencido de que es necesario modificar este mecanismo inadecuado a través de una

---

**La cesión de la presidencia  
de gobierno a un socialista supone  
la comprobación  
de un cambio en las relaciones  
de fuerza.**

---



«reforma del salario» que, empero, se ha quedado en las buenas intenciones. Entre las fuerzas políticas, los más tenaces defensores de una intervención sobre la escala móvil son la DC de De Mita y el PRI de Spadolini, los cuales dicen estar de acuerdo, en el curso de la campaña electoral, en que donde no sea posible lograr un pacto entre las «partes sociales» el gobierno debe reapropiarse del asunto y debe intervenir con autoridad. Los socialistas son más tibios y sostienen que el «rigor» debe estar acompañado por la «equidad».

El gobierno Craxi, a pocos meses de su instalación, hace saber a las «partes sociales» (sindicatos y empresarios, a quienes se solicita por costumbre la contratación del salario) que, para el logro de la maniobra económica, es esencial que se encuentren de acuerdo para reducir el costo del trabajo. Las negociaciones se prolongan durante meses, con la mediación también del ministro de Trabajo De Michelis, pero no conducen a nada. El mismo Craxi interviene para desbloquear el *impasse*. Se llega a una hipotética solución en la que están de acuerdo los empresarios, la CISL, la UIL y los miembros socialistas de la CGIL, en la práctica la mayoría del movimiento sindical, con excepción de los comunistas de la CGIL, que hacen uso del derecho de veto. El gobierno decide, el 14 de febrero de 1984, intervenir con un decreto que, además del recorte de la escala móvil, prevé el bloqueo de las tarifas públicas, medidas fiscales y de otro tipo, que son de estrecha competencia del gobierno. En este punto se desencadena la *hagarre*. El Partido Comunista y la parte comunista de la CGIL se movilizan contra el «recorte» en el costo del trabajo con huelgas, concentraciones, manifestaciones, ocupaciones de estaciones ferroviarias, no obstante la firme oposición del resto del movimiento sindical. La unidad sindical que, con altibajos, había resistido durante doce años,

**Entre las muchas anomalías italianas está la de no existir una clara distinción entre mayoría y oposición.**

se fragmenta, y la misma unidad interna de la CGIL se pone en peligro.

Berlinguer acusa a Craxi de llevar al país al desgarramiento social, a la disgregación económica, a una crisis institucional de proporciones imprevisibles. En su informe al Comité Central del PCI (20 de febrero) Berlinguer pronuncia una condena sin apelación contra el gobierno encabezado por el socialismo. Dice que la maniobra económica, además de ser injusta, es también ineficaz y aparece sólo «como una maniobra política entre cuyos fines está el de debilitar y marginar a la GGIL y al PCI». Afirma que el gobierno Craxi es peligroso para todos porque, interviniendo en una materia reservada a la libre contratación de las «partes sociales», ha violado la Constitución y ha cometido «un atentado contra una de las libertades irrenunciables del orden democrático de la República». Finalmente, el líder del PCI, dirigiéndose a los partidos de la mayoría, los invita a reflexionar, porque «si se dejan andar así las cosas no se debilita a un gobierno, se debilita al país», y «nosotros queremos evitar que se llegue a una crisis político-institucional de la República, que podría ser de proporciones imprevisibles». Berlinguer les ofrece la oportunidad de un «gobierno diferente», no mejor especificado, pero que sin embargo debería dejar de lado a los socialistas. Así pues, la alternativa democrática del PCI no se esgrime frente a la DC sino frente al Partido Socialista.

Después de esta dura respuesta de Berlinguer el conflicto se desplaza al Parlamento, primero al Senado y después a la Cámara. El objetivo del PCI es impedir la conversión del decreto en ley. Así como la Constitución italiana establece que si un decreto del gobierno no se transforma en ley en 60 días se pierde, el juego de los comunistas es simple. Sirviéndose de los reglamentos parlamentarios



rios, hechos a medida para garantizar los derechos de la oposición, el PCI realiza un intransigente obstruccionismo presentando miles de enmiendas y haciendo

intervenir a todos sus parlamentarios. De este modo, aunque el decreto haya sido aprobado por el Senado (23 de marzo), y aunque el gobierno haya obtenido dos votos de confianza, aquél se pierde en cuanto la Cámara no llega a pronunciarse y a votar dentro del término de los 60 días. El primer tiempo de la partida termina, pues, con una victoria de los comunistas.

En el curso de esta batalla frontal, en la que las relaciones entre socialistas y comunistas están al borde de la ruptura, la cohesión y la solidez de la mayoría manifiestan evidentes signos de resquebrajamiento. De Mita critica a Craxi por haber extremado el conflicto con los comunistas, y acusa al gobierno de «forzamientos» y de excesiva «desenvoltura». En una entrevista, el líder de la DC declara: «No ceo que un demócrata responsable pueda desear que caigamos en un conflicto sin salida. Hace falta fantasía por parte de todos. Aun permaneciendo firmes en los objetivos, las estructuras pueden cambiar»<sup>9</sup>. A las críticas de De Mita se adhieren de inmediato los republicanos de Spadolini, que atacan el «decisionismo» de Craxi, la irritación exhibida por el gobierno frente a la oposición y al mismo tiempo la modestia de los objetivos económicos que con el decreto se pueden alcanzar. En esencia, el llamamiento de Berlinguer no ha sido desatendido: una parte de la DC y los republicanos se muestran cada vez más intolerantes con respecto a Craxi, y trabajan para debilitar e ilegítimar al gobierno con conducción socialista, en el que los dos partidos están presentes como fuerzas. Como apunta el politólogo Giovanni Sartori, en un sistema multipolar con competición centrífuga, como el italiano, cualquier coalición se bloquea o se

**Los socialistas defienden  
la concepción  
de la «democracia gobernante»  
en la que se restablezcan los límites  
entre mayoría y oposición.**

disgrega en cuanto toca los nudos de la crisis.

Después de la pérdida del decreto, el gobierno lo vuelve a presentar con ligeras

modificaciones para ir al encuentro de los insistentes requerimientos de la mayoría de evitar el conflicto frontal con la oposición. Pero esto no les basta a los comunistas, quienes vuelven a proponer el obstruccionismo. Pero esta vez el gobierno se sale con la suya y después de 115 días el decreto es definitivamente aprobado (9 de junio). La larga guerra por el decreto concluye así con la victoria de Craxi. Pero es una victoria a medias porque, en el ínterin, con el resurgimiento del caso de la logia masónica P-2, el clima en el interior de la mayoría se hace pesadísimo y la coalición está ya al borde de la crisis. Después de la publicación del informe previo de la Comisión parlamentaria especial de investigación sobre las actividades especulativas y ruinosas de la logia de Licio Gelli —que continúa desestabilizando e infectando la vida política italiana—, los partidos del gobierno intercambian acusaciones feroces y la lucha política decae al nivel de pelea «de todos contra todos», en la que la búsqueda de la verdad sobre este inquietante *affaire* está subordinada a maniobras políticas instrumentales para hacer caer al gobierno o a indescifrables mensajes de complicidad o de advertencia. En una palabra, en vista de las elecciones europeas del 17 de junio, la mayoría se disuelve; entre los partidos que la componen se desencadena una conflictividad exasperada con todas las ventajas para la oposición comunista, que espera recoger los frutos de tal situación.

Sin embargo, es posible rescatar de tanta confusión algunos significados que, al menos por lo que respecta a la «guerra del decreto», son bastante claros. Se ha tratado ante todo del conflicto entre dos concepciones diferentes de la democracia. Entre las muchas anomalías italianas



está la de no existir una clara distinción entre mayoría y oposición. Desde hace más de diez años, antes aún de que naciesen los gobiernos de «solidaridad nacional», el Partido Comunista ha comenzado a formar parte del *área decisoria*, dado que, aun no habiendo participado en ningún gobierno, ha compartido con los otros partidos el 1,85 % de la producción legislativa, imponiendo pactos, acuerdos, compromisos, a todas las mayorías. El axioma «sin el PCI no se gobierna» se ha vuelto un dato esencial de lo que los comunistas llaman la «constitución material», pero que resulta anómalo y paralizante con respecto a los modelos de democracia europeos y fuente no única de confusión y de bloqueo del sistema político italiano. En efecto, el «cambio político» en Italia consiste en el no-gobierno a cambio de la no-oposición, con la consecuencia de que el PCI no gobierna pero legisla y que otros gobiernan pero no pueden legislar sin el consenso del PCI.

A esta concepción de la democracia fundada sobre los «amplios pactos», sobre las transacciones, los convenios, las mediaciones a toda costa, los socialistas oponen la concepción de la «democracia gobernante» en la que se restablezcan los límites entre mayoría y oposición y cada uno pueda cumplir su función; en la que la mediación sea sustituida por la decisión y al gobierno se le den los instrumentos para gobernar y dirimir los conflictos. Lanzando el decreto sobre la escala móvil y asumiendo sus responsabilidades, Craxi ha intentado romper el sistema de una democracia parlamentaria. Pero esto no podría gustarle al PCI, que estaba privado de un rédito fortísimo, el que le ha permitido participar en las decisiones de gobierno e influir en su rumbo aún permaneciendo en la oposición. Y así el PCI ha desencadenado la oposición contra Craxi acusándolo de ser «decisionista», «autoritario», «peligroso»,

ya no socialista y ni siquiera socialdemocrático, sino «thatcheriano».

Por haber conducido una batalla con el emblema de un gobierno que finalmente gobierna y decide, superando los tiempos muertos de las mediaciones y de los compromisos, Craxi es acusado de haber atentado contra la Constitución, de querer llevar a Italia hacia un sistema autoritario y, además, de querer dejar de lado el Parlamento. Pero la campaña del PCI contra Craxi tiene objetivos diferentes: se dirige a defender *no* la democracia entendida en sentido europeo y occidental (democracia como alternancia, democracia como sistema regulado de los conflictos), sino la posición y el papel que el PCI ha conquistado en el interior de la «democracia asociativa», la cual nace de la comprobación de que en Italia no hay otro camino para realizar un gobierno eficiente sino el de encontrar una mayoría que abrace, con varios recursos y con varias concesiones, la parte más relevante de las fuerzas políticas e, *in primis*, los dos grandes partidos populares: la DC y el PCI. Craxi debe ser derrotado porque ha roto el encanto de la asociación y ha pretendido gobernar sin el PCI.

Los socialistas, en cambio, están convencidos de que es posible cambiar el sistema político y desbloquearlo a través de una reforma de la Constitución. Desde 1978 y 1979 han propuesto el tema de una «gran reforma» de las instituciones que, así como son, no pueden ya servir al país. Creadas en una fase precisa, después de la caída del fascismo y la segunda guerra mundial, en una sociedad que exigía representación política y tutela amplia de las minorías, las actuales instituciones no permiten la formación de

**Los socialistas están convencidos de que es posible cambiar el sistema político y desbloquearlo a través de una reforma de la Constitución.**

mayorías que decidan y de oposiciones que controlen, pero favorecen todo tipo de mezclas y, por último, no hacen posible un límpido proceso decisorio. El sistema



italiano, en efecto, es el único en el mundo que asume los defectos de un sistema electoral proporcional, que favorece la fragmentación de los partidos, de un sistema parlamentario de tipo asambleísta, que hace lenta y confusa la producción legislativa, y de un ejecutivo débil y con pocos poderes que termina por estar a merced de las mayorías parlamentarias y no puede garantizar ni la estabilidad ni la gobernabilidad. Por estas razones los socialistas sostienen que a esta situación de ingobernabilidad no es posible darle una respuesta sólo en términos de cambio de las relaciones de fuerzas políticas, sino que es indispensable pensar también en cambiar los mecanismos institucionales y en revisar las reglas del juego. Piensan ellos en una reforma en profundidad de la Constitución que toque, sobre todo, las relaciones ejecutivo-legislativo, con un reforzamiento de las prerrogativas del gobierno; y la relación partidos-electores, con una reforma de la ley electoral. Una vez realizadas estas reformas será posible —sostienen los socialistas— la alternancia de los partidos con la guía del gobierno, y el sistema político italiano, bloqueado desde hace 40 años, podrá funcionar con menos impedimentos y anomalías.

La «democracia gobernante», auspiciada por Craxi y por los socialistas, se ha enfrentado, empero, con la intransigente oposición de fuerzas poderosas. La reforma de la Constitución, aunque haya sido nombrada una comisión parlamentaria especial, no avanza y será limitada al máximo en algunos retoques marginales que no cambian la sustancia del problema. La mayoría de las fuerzas políticas, comenzando por los comunistas y los democristianos, están convencidos de la irreductibilidad del «caso italiano» a los modelos políticos de la Europa occidental. Italia es un caso aparte, donde las dificultades de gobierno pueden ser superadas sólo con el más amplio enten-

dimiento y colaboración entre las fuerzas políticas. Más que las diversidades, las diferencias, los momentos de ruptura, una acción de gobierno debe hacer resaltar los momentos de acuerdo, de consenso, de unanimidad. Incluso la última propuesta de Berlinguer de un «gobierno diverso» no es más que el replanteamiento del «compromiso histórico» o de una variante suya (en la práctica, una coalición DC-republicanos apoyada por los comunistas). Y se ha visto cómo, en los últimos meses, esta propuesta ha encontrado oídos atentos y disponibles en amplios sectores de la Democracia Cristiana, fastidiados por la iniciativa craxiana y temerosos de que los socialistas puedan recortarse un espacio en el centro, en los mismos feudos tradicionales de la DC. Ahora, la imprevista y trágica muerte de Enrico Berlinguer hace más problemática e incierta la posibilidad de que este proyecto puede realizarse, pero en Italia

---

**El sistema político italiano  
es el único en el mundo  
que asume los defectos  
de un sistema  
electoral proporcional.**

---

los nostálgicos del compromiso histórico son muchos, anidados en todos los rincones de la sociedad italiana. Por lo tanto, no es difícil conjeturar que —aunque no sea en un plazo inmediato, y salvo que se produzcan vuelcos improbables de estrategia por parte de la nueva dirección del PCI— el debilitamiento del gobierno Craxi, las maniobras que se han tramado en estos meses para despotenciar y vaciar el contenido innovador de la presidencia socialista, preludien un relanzamiento de la colaboración entre democristianos y comunistas, con el aval de los republicanos, también ellos atemorizados por la posibilidad de que los socialistas lleguen a arar en su propio campo <sup>10</sup>.

Por otra parte, los resultados de las elecciones europeas del 17 de junio, con el «salto» dado finalmente por los comunistas, y la capacidad de la Democracia Cristiana que parece haber tenido su *trend* electoral negativo, han reconfirmado la bipolarización de la vida política italiana. Las fuerzas intermedias han sido penaliza-



das y el Partido Socialista ha sufrido una significativa derrota. Su desafío no ha sido recogido por los electores quienes, frente a lo nuevo y a lo imprevisto, han preferido confiarse en certezas más tranquilizadoras. Ahora, los partidos de la mayoría se preparan para una «verificación» que debería confirmar la actual coalición,

aunque con una recomposición del gobierno, pero sería un error fatal si el Partido Socialista y Craxi se dejasen enredar en una gestión inmovilista del poder, a la espera de que maduren otras soluciones y otras fórmulas políticas.

Traducción: Mario Merlino

<sup>1</sup> Sobre el compromiso histórico véase el número especial de la revista *Laboratorio politico*, núm. 2-3, marzo-junio 1982, dedicada enteramente a este asunto.

<sup>2</sup> Sobre estos aspectos véase: Alberto Ronchey, *Accadde in Italia*, Garzanti, Milano, 1977.

<sup>3</sup> Para la relación entre el movimiento del 68 y el terrorismo, véase Nando Dalla Chiesa, «Del Sessantotto e del terrorismo: cultura politica tra continuità e rottura», en la revista *Il Mulino*, núm. 273, enero-febrero 1981.

<sup>4</sup> Luciano Pellicani, «Il reformismo alla prova dei fatti», in *Mondoperaio*, núm. 4, aprile 1984.

<sup>5</sup> Véase el número especial del *Mulino*, con el título «Un partito che si cerca», núm. 281, mayo-junio 1982 y en especial los ensayos de Gianfranco Pasquino, «Centralità non significa governabilità», y de Giuseppe Carbone, «Il difficile modello di un partito secondo».

<sup>6</sup> Con este término («lottizzazione») se entiende en Italia la tendencia de los partidos de gobierno (y no) a dividirse y a ocupar los entes públicos y estatales, desde los mayores como los grandes *holdings* (como el IRI, el ENI, el ENEL) hasta los grandes bancos, los institutos previsionales y asistenciales, la RAI, hasta las sociedades municipalizadas y las unidades de servicios que administran determinados servicios públicos en el territorio.

<sup>7</sup> Salvatore Sechi, «Un partito vecchio per una politica nuova», in *Mondoperaio*, núm. 1, 1984.

<sup>8</sup> Gianfranco Pasquino, «La strategia del PSI tra vecchie e nuove forme di rappresentanza politica», in *Critica marxista*, núm. 1, 1983.

<sup>9</sup> Del diario *La Repubblica*, del 5-6 abril de 1984.

<sup>10</sup> Esto es lo que escribe el politólogo Giovanni Sartori a propósito del compromiso histórico: «El compromiso histórico propuesto por Berlinguer no es una gran coalición, no es un frente popular, no es siquiera una democracia asociativa. El compromiso histórico es una alianza o coalición entre un gran partido católico y un gran partido comunista y, por tanto, una fórmula de gobierno distinguida por dos características: ser una diarquía dominada por dos

socios sobrantes, los cuales constituyen, a todos los efectos, dos puntos de coagulación alternativos y contrarios de la distribución de las fuerzas políticas. Dos consecuencias están implícitas en esta caracterización. La primera es que los partidos menores (comprendido el PSI) se vuelven totalmente innecesarios, ampliamente irrelevantes y desprovistos de una fuerza de reclutamiento. Esto no quiere decir que no sean halagados con ofertas de gobierno y de subgobierno, pero todos saben que el papel de los partidos menores es un papel de comparsa, de cobertura, de legitimación a través de un refuerzo de la unanimidad. La esencia es que un gobierno católico-comunista aplastaría a los otros, los cuales, si se someten al juego, serán mantenidos con vida y recompensados; de otro modo, se verán apartados y en liquidación.

La segunda implicación concierne a la naturaleza de la diarquía y más precisamente de una coalición hegemonizada por dos socios que se definen, ideológicamente, por exclusión recíproca. Una coalición de este tipo, de hecho, representa la menos compacta y la más conflictiva de las coaliciones imaginables. Lo que pone a una mayoría de gobierno en condiciones de gobernar es la afinidad ideológica. Por el contrario, cuanto mayor es la distancia ideológica, tanto mayor es la conflictividad interna y la parálisis decisoria. El compromiso histórico se propone como una coalición diárquica que es, al mismo tiempo, una diarquía polarizada. Polarizada, porque la DC y el PCI son partidos de verdad «heterogéneos» y con muy baja amalgabilidad. Se reaniman con opuestas visiones del mundo, a las cuales son altamente sensibles los respectivos militantes y también electores. Es impensable que el PCI se exponga a la acusación de dejarse domesticar. Si la DC resiste, será una parálisis aún mayor que la que ha vuelto inoperante al centro-izquierda; si cede, se deja fagocitar, la diarquía termina, y el sistema se transforma en una monocracia. En todo caso, una diarquía polarizada resulta una fórmula del todo disfuncional y, como tal, nacida para morir». La cita procede del volumen *Partiti e caso italiano*, Sugarco, Milano, 1982.



---

**SIGLO XXI DE ESPAÑA EDITORES, S. A.**

---

**PERRY ANDERSON EN SIGLO XXI**

**ANDERSON, P.: Transiciones de la Antigüedad al feudalismo.**  
320 págs. 850 ptas.

**ANDERSON, P.: El Estado absolutista.** 600 págs. 1.650 ptas.

**ANDERSON, P.: Consideraciones sobre el marxismo occidental.**  
160 págs. 400 ptas.

Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 44: A. Pizzorno, P. Anderson, S. Mallet y F. Momigliano. **Economía y política en la acción sindical.** 146 págs. 325 ptas.

**ANDERSON, P.: Teoría, política e historia. Un debate con Edward Thompson** (en preparación).

---

**C/. PLAZA, 5 (CANILLAS) - 28043-MADRID - TELS.: 759 48 09, 759 49 18 y 759 45 57**

---



---

# MODERNIDAD Y REVOLUCIÓN

Perry Anderson

---

*análisis y debate*

---



El tema de nuestra sesión de hoy ha sido un foco de debate intelectual y pasión política durante, al menos, las seis o siete últimas décadas \*. En otras palabras, tiene ya una larga historia. Sin embargo, en el último año ha aparecido un libro que reabre el debate con una pasión tan renovada y una fuerza tan innegable que ninguna reflexión contemporánea sobre estas dos ideas, «modernidad» y «revolución», podría dejar de ocuparse de él. El libro al que me refiero es *All that is solid melts into air* («Todo lo que es sólido se evapora en el aire»), de Marshall Berman. Mis observaciones hoy tratarán —muy brevemente— de analizar la estructura del argumento de Berman y considerar hasta qué punto nos ofrece una teoría convincente capaz de conjugar las nociones de modernidad y revolución. Empezaré reconstruyendo, de forma resumida, las líneas generales del libro, y luego procederé a hacer algunos comentarios sobre su validez. Una reconstrucción como ésta debe sacrificar el vuelo de la imaginación, la amplitud de la resonancia cultural, la fuerza de la inteligencia textual que dan su esplendor a *All that is solid melts into air*. Estas cualidades haran sin duda de él, con el tiempo, un clásico en su género. Una co-



recta valoración de las mismas está hoy fuera de nuestras posibilidades, pero hay que decir desde un principio que un análisis sucinto del argumento general del libro no es en modo alguno el equivalente de una correcta evaluación de la importancia y el atractivo de la obra en su conjunto.

### *Modernismo, modernidad, modernización*

El argumento esencial de Berman empieza así: «Existe un modo de experiencia vital —la experiencia del tiempo y el espacio, de uno mismo y de los demás, de las posibilidades y peligros de la vida— que es compartido hoy por hombres y mujeres de todo el mundo. Llamaré a este conjunto de experiencias “modernidad”. Ser moderno es encontrarse en un ambiente que promete aventuras, poder, alegría, desarrollo, transformación de uno mismo y del mundo, y que, al mismo tiempo, amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que conocemos, todo lo que somos. Los ambientes y las experiencias modernas traspasan todas las fronteras de la geografía y las etnias, de las clases y las nacionalidades, de las religiones y las ideologías: en este sentido se puede decir que la modernidad une a toda la humanidad. Pero se trata de una unidad paradójica, una unidad de desunión: nos introduce a todos en un remolino de desintegración y renovación, de lucha y contradicción, de ambigüedad y angustia perpétuas. Ser moderno es formar parte de un universo en el que, como dijo Marx, “todo lo que es sólido se evapora en el aire”<sup>1</sup>.

¿Qué es lo que genera ese remolino? Para Berman, es una multitud de procesos sociales —enumera los descubrimientos científicos, los conflictos laborales, las transformaciones demográficas, la expansión urbana, los Estados nacionales, los movimientos de masas—, impulsados todos ellos, en última instancia, por el *mercado mundial* capitalista «siempre en expansión y sujeto a drásticas fluctuaciones». A esos procesos los llama, para abreviar, *modernización* socioeconómica. De la experiencia nacida de la modernización surge a su vez lo que Berman describe como «la asombrosa variedad de visiones e ideas que se proponen hacer de los hombres y las mujeres tanto los sujetos como los objetos de la modernización, darles la capacidad de cambiar el mundo que les está cambiando, salir del remolino y apropiarse de él»: son «unas visiones y unos valores que han pasado a ser agrupados bajo el nombre de “modernismo”». La ambición de su libro es, pues, revelar la «dialéctica de la modernización y del modernismo»<sup>2</sup>.

Entre una y otro se encuentra, como hemos visto, el término medio de la propia modernidad, que no es ni un proceso económico ni una visión cultural sino la *experiencia histórica* que media entre uno y otra. ¿Qué es lo que constituye la naturaleza del vínculo entre ambos? Para Berman es esencialmente el *desarrollo*. Este es realmente el concepto central de su libro y la fuente de la mayoría de sus paradojas, algunas de ellas lúcidas y convincentemente explotadas en sus páginas, otras menos. En *All that is solid melts into air* «desarrollo» significa dos cosas al mismo tiempo. Por una parte, se refiere a las gigantescas transformaciones objetivas de la sociedad desencadenadas por el advenimiento del mercado mundial capitalista: es decir, esencial aunque no exclusivamente, el desarrollo *económico*. Por otra parte, se refiere a las enormes transformaciones subjetivas de la vida y la personalidad individuales que se producen bajo el impacto: todo lo que encierra la noción de *autodesarrollo* como reforzamiento de la capacidad humana y ampliación de la experiencia humana. Para Berman la combinación de ambos, bajo la presión del mercado mundial, provoca necesariamente una tensión dramática dentro de los individuos que sufren el desarrollo en ambos sentidos. Por un lado el capitalismo —en la inolvidable frase de Marx en el *Manifiesto*, que constituye el *leitmotiv* del libro de Berman— hace trizas toda limitación ancestral y toda restricción feudal, toda inmovilidad social y toda tradición claustral, en una inmensa operación de limpieza de los escom-



bros culturales y consuetudinarios en todo el mundo. A este proceso corresponde una tremenda emancipación de las posibilidades y la sensibilidad del individuo, ahora cada vez más liberado del *status* social fijo y de la rígida jerarquía de papeles del pasado pre-capitalista, con su moral estrecha y su imaginación limitada. Por otro lado, como subrayaba Marx, la misma embestida del desarrollo económico capitalista genera también una sociedad brutalmente alienada y atomizada, desgarrada por una insensible explotación económica y una fría indiferencia social, que destruye todos los valores culturales o políticos que ella misma ha hecho posible. De igual modo, en el plano psicológico, el autodesarrollo en estas condiciones sólo podría significar una profunda desorientación e inseguridad, frustración y desesperación, que son *concomitantes* —y en realidad inseparables— de la sensación de ensanchamiento y alborozo, de las nuevas capacidades y sentimientos liberados al mismo tiempo. «Esta atmósfera —escribe Berman— de agitación y turbulencia, de vértigo y embriaguez psíquica, de expansión de las posibilidades experimentales y de destrucción de las fronteras morales y de los lazos personales, de autoensanchamiento y autodescomposición, fantasmas de la calle y del alma, es la atmósfera en la que nace la sensibilidad moderna»<sup>3</sup>.

Esta sensibilidad data, en sus manifestaciones iniciales, del advenimiento del propio mercado mundial hacia el año 1500. Pero en su primera fase, que para Berman dura hasta 1790, carece aún de un vocabulario común. Una segunda fase se extiende a lo largo del siglo XIX, y es aquí donde la experiencia de la modernidad se traduce en las diversas visiones clásicas del *modernismo*, que Berman define esencialmente por su gran capacidad de captar las dos caras de las contradicciones del desarrollo capitalista, celebrando y denunciando al mismo tiempo su transformación sin precedentes del mundo material y espiritual sin convertir jamás estas actitudes en antítesis estáticas o inmutables. Goethe es el prototipo de esta nueva visión en su *Fausto*, que Berman analiza en un magnífico capítulo como una tragedia del individuo que se desarrolla en este doble sentido. Marx en el *Manifiesto* y Baudelaire en sus poemas en prosa sobre París son presentados como emparentados por el mismo descubrimiento de la modernidad, una modernidad prolongada, en las peculiares condiciones de una modernización impuesta desde arriba a una sociedad atrasada, en la larga tradición literaria de San Petersburgo que va desde Pushkin y Gogol hasta Dostoievski y Mandelstam. Una condición de la sensibilidad así creada, afirma Berman, era la existencia de un público más o menos unificado que conservara todavía el recuerdo de lo que era vivir en un mundo premoderno.

En el siglo XX, sin embargo, este público se amplió al tiempo que se fragmentaba en segmentos inconmensurables. Con ello la tensión dialéctica de la experiencia clásica de la modernidad sufrió una transformación crítica. Aunque el *arte* modernista cosechó más triunfos que ninguno antes —el siglo XX, dice Berman en una frase imprudente, «puede muy bien ser el más brillante y creativo de la historia del mundo»<sup>4</sup>—, este arte ha dejado de influir en la vida del hombre de la calle o de conectar con ella: como dice Berman, «no sabemos cómo usar nuestro modernismo»<sup>5</sup>. El resultado ha sido una drástica polarización del *pensamiento* moderno acerca de la propia experiencia de la modernidad que ha hecho desaparecer su carácter esencialmente ambiguo o dialéctico. Por una parte, la modernidad del siglo XX, desde Weber a Ortega, desde Eliot a Tate, desde Leavis a Marcuse, ha sido implacablemente condenada como jaula de hierro de conformismo y mediocridad, como erial espiritual de poblaciones privadas de toda comunidad orgánica o autonomía vital. Por otra parte, frente a estas visiones de desesperación cultural, en otra tradición que va desde Marinetti a Le Corbusier, desde Buckminster Fuller a Marshall McLuhan, por no hablar de los apologistas incondicionales de la «teoría de la modernización» capitalista, la modernidad ha sido obsequiosamente descrita como la última palabra en excitación sensorial y satisfacción universal, en la que una civilización mecanizada garantiza emociones estéticas y felicidades sociales. Lo que estos dos enfoques tienen en común es una identificación simplista de la modernidad con la propia tecnolo-



gía, que excluye radicalmente a la gente que produce y es producida por ella. Como dice Berman: «Nuestros pensadores del siglo XIX fueron a la vez entusiastas y enemigos de la vida moderna y lucharon incansablemente con sus ambigüedades y contradicciones; sus ironías y sus tensiones internas fueron una fuente esencial de fuerza creadora. Sus sucesores del siglo XX se han inclinado mucho más por una rígida polarización y una simplista totalización. La modernidad o bien es aceptada con un entusiasmo ciego y acrítico o bien es condenada con un desprecio y un distanciamiento olímpicos; en cualquier caso es concebida como un monolito cerrado, incapaz de ser modelado o cambiado por los hombres modernos. Las visiones abiertas de la vida han sido reemplazadas por visiones cerradas, el “y” ha sido reemplazado por el “o”»<sup>6</sup>. El propósito del libro de Berman es contribuir a restablecer nuestro sentido de la modernidad reapropiándose de las visiones clásicas de aquélla. «Puede pues resultar que retroceder sea una forma de avanzar, que recordar los modernismos del siglo XIX pueda darnos la visión y el valor necesarios para crear los modernismos del siglo XXI. Este acto de recordar puede ayudarnos a llevar al modernismo de nuevo a sus raíces a fin de que pueda nutrirse y renovarse, enfrentarse a las aventuras y los peligros que tiene por delante»<sup>7</sup>.

Esta es la tesis general de *All that is solid melts into air*. El libro contiene, sin embargo, un subtexto muy importante que hay que señalar. Tanto el título de Berman como el tema organizador proceden del *Manifiesto comunista*, y su capítulo sobre Marx es uno de los más interesantes del libro. Sin embargo, termina sugiriendo que el análisis marxista de la dinámica de la modernidad mina la perspectiva misma del futuro comunista al que Marx pensaba que llevaría. Pues si la esencia de la liberación con respecto a la sociedad burguesa fuera por primera vez un desarrollo verdaderamente limitado del individuo —al ser ahora traspasados los límites del capital, con todas sus deformidades—, ¿qué garantizaría la armonía de los individuos así emancipados o la estabilidad de cualquier sociedad formada por ellos? «Aún cuando los trabajadores construyeran realmente un movimiento comunista triunfante y aun cuando este movimiento generara una revolución triunfante», se pregunta Berman, «¿cómo, en medio de la marea de la vida moderna, se las arreglarían para construir una sólida sociedad comunista? ¿Qué puede impedir a las fuerzas sociales que han disuelto el capitalismo disolver también el comunismo? Si todas las nuevas relaciones se hacen añejas antes de haber podido osificarse, ¿cómo es posible mantener vivas la solidaridad, la fraternidad y la ayuda mutua? Un gobierno comunista podría tratar de contener la marea imponiendo restricciones radicales no solamente a la actividad y a la iniciativa económica (cosa que han hecho tanto los gobiernos socialistas como todos los Estados del bienestar capitalista), sino también a la expresión personal, cultural y política. Pero en la medida en que triunfara tal política, ¿no sería una traición al objetivo marxista del libre desarrollo de todos y cada uno?»<sup>8</sup>. No obstante —cito de nuevo— «si un comunismo triunfante afluyera algún día por las compuertas que abre el libre cambio, ¿quién sabe qué horribles impulsos podrían afluir con él, siguiendo su estela o inmersos dentro de él? Es fácil imaginar cómo podría desarrollar una sociedad partidaria del libre desarrollo de todos y cada uno de sus propias variedades distintivas de nihilismo. De hecho, un nihilismo comunista podría resultar mucho más explosivo y desintegrador que su precursor, el nihilismo burgués —aunque también más atrevido y original—, porque mientras que el capitalismo encierra las infinitas posibilidades de la vida moderna dentro de unos límites, el comunismo de Marx podría lanzar al individuo liberado a espacios humanos inmensos y desconocidos sin límite alguno». Berman concluye: «Así pues, irónicamente, podemos ver cómo la dialéctica de la modernidad de Marx reconstruye el destino de la sociedad que describe, generando energías e ideas que luego se esfuman»<sup>9</sup>.



## Necesidad de una periodización

El argumento de Berman, como ya he dicho, es original y llamativo. Está presentado con gran habilidad literaria y rigor. A una generosa postura política une un cálido entusiasmo intelectual por su tema: se podría decir que tanto la noción de moderno como la de revolucionario salen moralmente redimidas de sus páginas. De hecho el *modernismo* es para Berman, por definición, profundamente revolucionario. En la cubierta de su libro proclama: «Contrariamente a la creencia convencional, la revolución modernista *no* ha acabado».

El libro, escrito desde la izquierda, merece la más amplia discusión por parte de la izquierda. Esta discusión debería iniciarse por el análisis de los términos clave de Berman, «modernización» y «modernismo», y luego por el vínculo entre ambos mediante la noción bivalente de «desarrollo». Si hacemos esto, lo primero que llama nuestra atención es que, si bien Berman ha captado con inigualable fuerza de imaginación una dimensión crítica de la visión de la historia de Marx en el *Manifiesto comunista*, omite o pasa por alto otra dimensión no menos crítica para Marx y complementaria de aquélla. La acumulación de capital es para Marx, junto con la incesante expansión de la forma de mercancía a través del mercado, un disolvente universal del viejo mundo social, y puede ser legítimamente presentada como un proceso en el que se da «una revolución continua de la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales y una inquietud y un movimiento constantes», en palabras de Marx. Obsérvense los tres adjetivos: continuo, incesante y constante. Denotan un tiempo histórico *homogéneo*, en el que cada momento es perpétuamente diferente de los demás por el hecho de estar *próximo*, pero —por la misma razón— es eternamente *igual* como unidad intercambiable en un proceso que se repite hasta el infinito. Este hincapié, extrapolado de la totalidad de la teoría marxista del desarrollo capitalista, da lugar rápida y fácilmente al paradigma de la modernización propiamente dicho, teoría por supuesto antimarxista desde el punto de vista político. Sin embargo, para nuestros propósitos lo importante es que la idea de modernización implica una concepción de desarrollo fundamentalmente *rectilíneo*: un proceso de flujo continuo en el que no hay una auténtica diferenciación entre una coyuntura o época y otra, a no ser en términos de una mera sucesión cronológica de lo viejo y lo nuevo, lo anterior y lo posterior, categorías sujetas a una incesante permutación de posiciones en una dirección, a medida que pasa el tiempo y lo posterior se convierte en lo anterior y lo nuevo en lo viejo. Esta es, por supuesto, una descripción correcta de la temporalidad del mercado y de las mercancías que circulan por él.

Pero la concepción que tenía Marx del tiempo histórico del modo de producción capitalista en su conjunto era muy distinta de ésta: se trataba de una temporalidad compleja y *diferencial*, en la que los episodios o épocas eran discontinuos entre sí y heterogéneos en sí. La forma más obvia en la que esta temporalidad diferencial entra en la construcción misma del modelo de capitalismo de Marx es, por supuesto, el nivel del *orden clasista* generado por ella. En general, se puede decir que las clases como tales apenas figuran en la explicación de Berman. La única excepción significativa es un excelente análisis del grado en que la burguesía no se ha ajustado nunca al absolutismo librecambista postulado por Marx en el *Manifiesto*: pero esto tiene pocas repercusiones en la arquitectura de su libro, en el que hay poco espacio entre la *economía*, por un lado, y la *psicología*, por otro, salvo para la *cultura* del modernismo que une a ambas. En efecto, se echa de menos a la sociedad como tal. Pero si consideramos la descripción que hace de esta sociedad, lo que encontramos es algo muy diferente de un proceso de desarrollo rectilíneo. Más bien la trayectoria del orden burgués es curvilínea. No sigue una línea recta que avance incesantemente, ni un círculo que se expanda infinitamente, sino una acusada parábola. La sociedad burguesa conoce un ascenso, una estabilización y un descenso. En los pasajes de los *grundrisse* que contienen las afirmaciones más líricas e incondicionales acerca de



la unidad del desarrollo económico y el desarrollo individual que sirve de eje al argumento de Berman, cuando Marx define la «floración» de la base del modo de producción capitalista como «el punto en el cual es compatible con el más alto desarrollo de las fuerzas productivas, y por tanto, también con el más alto desarrollo de los individuos», afirma también expresamente: «Pero siempre es, no obstante, esta base, esta planta como floración; de ahí el marchitamiento tras la floración y como consecuencia de la floración». «Una vez alcanzado este punto», prosigue Marx, «el desarrollo posterior se presenta como decadencia»<sup>10</sup>. En otras palabras, la historia del capitalismo debe ser *periodizada* y su *trayectoria* reconstruida si se quiere tener una idea exacta de lo que significa realmente el «desarrollo» capitalista. El concepto de modernización impide que exista siquiera tal posibilidad.

### *Multiplicidad de modernismos*

Volvamos al término complementario de Berman, «modernismo». Aunque es posterior a la modernización, en el sentido de que marca la llegada de un vocabulario coherente para una experiencia de modernidad anterior a él, una vez instalado el modernismo no conoce tampoco ningún principio interno de variación. Simplemente sigue reproduciéndose. Es muy significativo que Berman tenga que afirmar que el *arte* del modernismo ha florecido, está floreciendo como nunca en el siglo XX, al tiempo que protesta de las tendencias del *pensamiento* que nos impiden incorporar debidamente este arte a nuestra vida. Esta postura presenta una serie de dificultades obvias. La primera es que el modernismo, como conjunto específico de formas estéticas, es por lo general fechado precisamente *a partir* del siglo XX: de hecho es habitualmente concebido por contraste con las formas realistas y clásicas de los siglos XIX, XVIII y anteriores. Prácticamente todos los textos literarios tan bien analizados por Berman —ya sea de Goethe, Baudelaire, Pushkin o Dostoievski— son anteriores al modernismo propiamente dicho, en el sentido usual de la palabra: las únicas excepciones son las ficciones de Bely y Mandelstam, que son precisamente productos del siglo XX. En otras palabras, por criterios más convencionales el modernismo también necesita ser colocado en el marco de una concepción más diferencial del tiempo histórico. Un segundo punto, relacionado con el anterior, es que una vez considerado en esta perspectiva es asombroso comprobar lo desigual que es su distribución geográfica. Aun dentro del mundo europeo o del mundo occidental en general hay importantes regiones que apenas han generado impulsos modernistas. Mi propio país, Inglaterra, pionera de la industrialización capitalista y dueña del mercado mundial durante un siglo, es un caso significativo: cabeza de playa para Eliot o Pound, orilla opuesta para Joyce, no produjo prácticamente ningún movimiento nativo de tipo modernista en las primeras décadas de este siglo, a diferencia de Alemania o Italia, Francia o Rusia, Holanda o Norteamérica. No es casual que sea la gran ausente del panorama que presenta Berman en *All that is solid melts into air*. El espacio del modernismo es también, pues, diferencial.

Una tercera objeción a la lectura que hace Berman del modernismo es que no establece distinciones entre tendencias estéticas muy contrastadas o dentro del campo de las prácticas estéticas que incluyen a las propias artes. Pero de hecho lo más notable en el amplio grupo de movimientos habitualmente reunidos bajo la rúbrica común del modernismo es la variedad protéica de las relaciones con la modernidad capitalista. El simbolismo, el expresionismo, el futurismo, el constructivismo, el surrealismo: hubo quizá cinco o seis corrientes *decisivas* de «modernismo» en las primeras décadas del siglo, de las cuales prácticamente todo lo que vino después fue una derivación o mutación. La naturaleza antitética de las doctrinas y prácticas peculiares de éstas sería por sí misma suficiente, podría pensarse, para impedir la posibilidad de que pudiera haber una *Stimmung* característica que definiera la actitud modernista clásica hacia la modernidad. Buena



parte del arte producido dentro de esta gama de posiciones contenía ya las cualidades de esas mismas polaridades criticadas por Berman en teorizaciones contemporáneas o posteriores de la cultura moderna en general. El expresionismo alemán y el futurismo italiano, con sus tonalidades respectivamente contrastadas, constituyen un ejemplo notable.

Una última dificultad de la argumentación de Berman es que es incapaz de proporcionar, a partir de sus propios términos de referencia, una explicación de la divergencia que deplora entre el arte y el pensamiento, entre la práctica y la teoría de la modernidad en el siglo XX. De hecho, el tiempo se divide en su argumentación de forma significativa: se ha producido una especie de *declive* intelectual que su libro trata de *invertir* mediante un retorno al espíritu clásico del modernismo en su conjunto que inspire, por igual, al arte y al pensamiento. Pero este declive sigue siendo ininteligible dentro de su esquema, toda vez que la propia modernización es concebida como un proceso lineal de prolongación y expansión que necesariamente lleva consigo una constante renovación de las fuentes de arte modernista.

### *La coyuntura socio-política*

Una forma alternativa de comprender los orígenes y aventuras del modernismo es considerar más detenidamente la temporalidad histórica diferencial en la que se inscribe. Hay una famosa forma de hacerlo dentro de la tradición marxista. Es la escogida por Lukács, quien encontró una relación directa entre el cambio de postura política del capital europeo tras las revoluciones de 1848 y el destino de las formas culturales producidas por la burguesía como clase social o dentro del ámbito de ésta. A partir de mediados del siglo XIX, para Lukács la burguesía se vuelve abiertamente reaccionaria, abandonando su enfrentamiento con la nobleza para entablar una lucha a muerte contra el proletariado. Con ello entra en una fase de decadencia ideológica, cuya expresión estética inicial es predominantemente naturalista, pero termina desembocando en el modernismo de comienzos del siglo XX. Este esquema es generalmente criticado por la izquierda hoy en día. De hecho, en la obra de Lukács dio lugar a menudo a análisis parciales bastante agudos en el campo de la filosofía propiamente dicha: *El asalto a la razón* está lejos de ser una obra despreciable, por desfigurada que quede tras su advertencia final. Por el contrario, en el campo de la literatura —la otra área general a que lo aplicó Lukács— el esquema resultó relativamente estéril. Es curioso que no haya ninguna exploración lukácsiana de ninguna obra de arte modernista comparable en detalle o profundidad a su tratamiento de la estructura de las ideas de Schelling o Schopenhauer, Kierkegaard o Nietzsche; en cambio Joyce o Kafka —por tomar a dos de sus *bêtes noires* literarias— apenas son evocados y jamás son estudiados por derecho propio. El error básico de la óptica de Lukács aquí es su *evolucionismo*: el tiempo difiere de una época a otra, pero *dentro* de cada época todos los sectores de la realidad social se mueven de forma sincrónica, de modo que el declive a un nivel debe reflejarse en un descenso a todos los demás niveles. El resultado es una noción de «decadencia» generalizada en exceso, noción por supuesto enormemente influenciada, podría decirse como atenuante, por el espectáculo del hundimiento de la sociedad alemana y de la mayor parte de su cultura oficial en la que el propio Lukács se había formado, en el nazismo.

Pero si ni el perennismo de Berman ni el evolucionismo de Lukács proporcionan una descripción satisfactoria del modernismo, ¿cuál es la alternativa? La hipótesis que esbozaré brevemente aquí es que más bien deberíamos buscar una explicación *coyuntural* del conjunto de prácticas y doctrinas estéticas posteriormente agrupadas como «modernistas». Esta explicación implicaría la intersección de diferentes temporalidades históricas para componer una configuración típicamente sobredeterminada. ¿Cuáles fueron esas



temporalidades? En mi opinión, el «modernismo» ha de ser entendido ante todo como un campo cultural de fuerzas *triangulado* por tres coordenadas decisivas. La primera de éstas está quizá insinuada por Berman en un pasaje de su libro, pero la sitúa demasiado lejos en el tiempo por lo que no la capta con la suficiente precisión. Se trata de la codificación de un *academicismo*, sumamente formalizado en las artes visuales y de otro tipo, a su vez institucionalizado dentro de los regímenes oficiales de unos Estados y una sociedad todavía masivamente influidos, y a menudo dominados, por unas clases aristocráticas o terratenientes: unas clases que en cierto sentido estaban económicamente «superadas», sin duda, pero que en otro seguía marcando la pauta política y cultural en todos los países de la Europa anterior a la primera guerra mundial. Las conexiones entre estos dos fenómenos son gráficamente descritas en la reciente y fundamental obra de Arno Mayer, *The persistence of the Old Regime*<sup>11</sup>, cuyo tema central es la medida en que la sociedad europea estuvo dominada hasta 1914 por unas clases dominantes agrarias o aristocráticas (no necesariamente idénticas, como deja bien claro el caso de Francia), en unas economías en las que la industria pesada moderna constituía todavía un sector sorprendentemente reducido de la mano de obra o del modelo de producción.

La segunda coordenada es pues un complemento lógico de la primera: la aparición todavía incipiente, y por tanto esencialmente *novedosa*, dentro de esas sociedades, de las tecnologías o invenciones claves de la segunda revolución industrial: el teléfono, la radio, el automóvil, la aviación, etc. Las industrias de consumo de masas basadas en las nuevas tecnologías todavía no se habían implantado en Europa, donde el sector textil, el de la alimentación y el del mueble seguían siendo con mucho los principales en cuanto a empleo y volumen de ventas en 1914.

La tercera coordenada de la coyuntura modernista, diría yo, fue la proximidad imaginativa de la revolución social. El grado de esperanza o aprensión suscitados por la perspectiva de tal revolución fue muy variable, pero en la mayor parte de Europa estuvo «en el aire» durante la *Belle Époque*. La razón, una vez más, es bastante sencilla: persistían las formas del *Ancien Régime* dinástico como las llama Mayer: monarquías imperiales en Rusia, Alemania y Austria, un precario orden real en Italia; incluso en Gran Bretaña, el Reino Unido se vio amenazado con la desintegración regional y la guerra civil en los años anteriores a la primera guerra mundial. En ningún Estado europeo era la democracia burguesa una forma acabada o el movimiento obrero una fuerza integrada o cooptada. Los posibles resultados revolucionarios de un derrumbamiento del viejo orden eran pues todavía profundamente ambiguos. ¿Sería el nuevo orden más pura y radicalmente capitalista, o bien sería socialista? La revolución rusa de 1905-1907, que centró la atención de toda Europa, fue emblemática de esta ambigüedad: una revuelta, a la vez e inseparablemente, burguesa y proletaria.

¿Cuál fue la contribución de cada una de estas coordenadas a la aparición del campo de fuerzas que define el modernismo? En pocas palabras, creo que la siguiente: la persistencia de los *Anciens Régimes*, y el academicismo concomitante, proporcionó una serie crítica de valores culturales *con los cuales* podían medirse las formas de arte insurgentes, pero también *en término de los cuales* podían en parte articularse. Sin el común adversario del academicismo oficial, el amplio abanico de las nuevas prácticas estéticas tiene escasa o nula unidad: es su tensión con los cánones establecidos o consagrados frente a ellas lo que constituye su definición como tales. Al mismo tiempo, sin embargo, el viejo orden, precisamente por su carácter todavía parcialmente aristocrático, permitía una serie de códigos y recursos con los cuales se podía hacer frente a los estragos del mercado como principio organizador de la cultura y la sociedad, uniformemente detestado por todos los tipos de modernismo. Los ejemplos clásicos de alta cultura que todavía perduraban —aunque deformados y desvirtuados— en el academicismo de finales del siglo XIX,



podían ser redimidos y utilizados contra él y también contra el espíritu comercial de la época tal como lo veían muchos de estos movimientos. La relación de imaginistas, como Pound con las convenciones eduardianas y la poesía lírica romana, o la del Eliot de los últimos tiempos con Dante y la metafísica, es típica de una de las caras de esta situación; la proximidad irónica de Proust o Musil a las aristocracias francesa o austriaca es típica de la otra.

Al mismo tiempo, para un tipo diferente de sensibilidad «modernista», las energías y los atractivos de una nueva era de la máquina eran un poderoso estímulo a la imaginación, reflejado, de forma bastante patente, en el cubismo parisino, el futurismo italiano o el constructivismo ruso. La condición de este interés, sin embargo, era la abstracción de las técnicas y artefactos con respecto a las relaciones sociales de producción que los generaban. En ningún caso fue el capitalismo como tal exaltado por cualquiera de las ramas del «modernismo». Pero esta extrapolación fue hecha posible precisamente por el carácter incipiente del modelo socio-económico aún imprevisible que más tarde se consolidaría en torno a aquéllas. No se veía muy claro a dónde conducirían los nuevos ingenios e inventos. De aquí la celebración ambidextra —por así decirlo— de tales inventos desde la derecha y desde la izquierda: Marinetti o Maiakovski. Finalmente, la bruma que se cernía sobre el horizonte de esta época dio mucha de su luz apocalíptica a aquellas corrientes del modernismo más decidida y violentamente radicales en su rechazo del orden social, la más significativa de las cuales fue sin duda el expresionismo alemán. El modernismo europeo de los primeros años de este siglo floreció pues en el espacio comprendido entre un pasado clásico todavía usable, un presente técnico todavía indeterminado y un futuro político todavía imprevisible. O, dicho de otra manera, surgió en la intersección entre un orden dominante semiaristocrático, una economía capitalista semi-industrializada y un movimiento obrero semiemergente o semi-insurgente.

La llegada de la primera guerra mundial alteró todas estas coordenadas pero no eliminó ninguna de ellas. Durante otros veinte años vivieron una especie de posteridad enfermiza. Desde un punto de vista político, los Estados dinásticos de Europa oriental y central desaparecieron. Pero la clase de los *Junker* conservó un gran poder en la Alemania de la posguerra; el Partido Radical, de base agraria, continuó dominando la III República en Francia sin grandes rupturas; en Gran Bretaña, el más aristocrático de los dos partidos tradicionales, el conservador, barrió prácticamente a sus rivales más burgueses, los liberales, y pasó a dominar todo el periodo de entreguerras. Desde un punto de vista social, hasta el final de los años 30 persistió un modo de vida típico de la clase alta, cuyo sello distintivo —que lo diferencia por completo de la existencia de los ricos tras la segunda guerra mundial— era el normal empleo de sirvientes.

Fue la última clase verdaderamente ociosa de la historia metropolitana. Inglaterra, donde esta continuidad fue más fuerte, iba a producir la más importante ficción sobre este mundo en *Dance to the music of time*, de Anthony Powell, rememoración no modernista de la época posterior. Desde el punto de vista económico, las industrias de producción en serie basadas en los nuevos inventos tecnológicos de comienzos del siglo XX sólo consiguieron un cierto arraigo en dos países: Alemania en el periodo de Weimar e Inglaterra a finales de la década de 1930. Pero en ningún caso hubo una implantación general o muy amplia de lo que Gramsci llamaría el «fordismo», a ejemplo de lo que por aquel entonces hacía dos décadas que existía en Estados Unidos. Europa estaba todavía una generación por detrás de Norteamérica en la estructura de su industria civil y de su modelo de consumo en vísperas de la segunda guerra mundial. Por último, la perspectiva de una revolución era ahora más cercana y tangible de lo que había sido nunca, perspectiva que se había materializado de forma triunfal en Rusia, había rozado con sus alas a Hungría, Italia y Alemania justo después de la primera guerra mundial, y asumiría una nueva y dramática urgencia en España al final de este periodo. Fue en este espacio, pro-



longando a su modo una base anterior, donde las formas de arte genéricamente «modernistas» continuaron mostrando una gran vitalidad. Además de las obras maestras de la literatura publicadas en estos años pero esencialmente concebidas en años anteriores, el teatro brechtiano fue un producto memorable de la coyuntura de entreguerras en Alemania. Otro producto fue la primera aparición real del modernismo arquitectónico como movimiento con el *Bauhaus*. Un tercero fue la aparición de lo que sería de hecho la última de las grandes doctrinas de la vanguardia europea, el surrealismo, en Francia.

### *Fin de temporada en Occidente*

Fue la segunda guerra mundial —y no la primera— la que destruyó estas tres coordenadas históricas que he analizado, y con ella concluyó la vitalidad del modernismo. A partir de 1945 el antiguo orden semiaristocrático o agrario, con todo lo que le rodeaba, llegó a su término en todos los países. Al fin se universalizó la democracia burguesa. Con ella se rompieron ciertos lazos críticos con un pasado precapitalista. Al mismo tiempo, el «fordismo» hizo su irrupción. La producción y el consumo de masas transformaron las economías de Europa occidental a semejanza de la americana. Ya no podía haber la menor duda acerca del tipo de sociedad que consolidaría esta tecnología: ahora se había instalado una civilización capitalista opresivamente estable y monolíticamente industrial. En un magnífico pasaje de su libro *Marxism and form*, Fredric Jameson ha captado admirablemente lo que esto significó para las tradiciones de vanguardia que en otros tiempos habían apreciado las novedades de los años 20 y 30 por su potencial onírico y desestabilizador: «La imagen surrealista», observa, «fue un esfuerzo convulsivo por romper con las formas de mercancía del universo objetivo golpeándolas unas contra otras con fuerza»<sup>12</sup>. Pero la condición de su éxito fue que «estos objetos —escenarios de una oportunidad objetiva o de una revelación preternatural— son inmediatamente identificables como productos de una economía aún no plenamente industrializada y sistematizada. Es decir, que los orígenes humanos de los productos de este período —su relación con el trabajo del que procedían— no había sido todavía plenamente ocultado; en su producción aún mostraban las huellas de una organización artesanal del trabajo, mientras que su distribución estaba todavía asegurada por una red de pequeños tenderos... Lo que prepara a estos productos para recibir la carga de energía psíquica característica de su uso por el surrealismo es precisamente la marca semiesbozada, no borrada, del trabajo humano; son aún un gesto congelado, todavía no despojado por completo de la subjetividad, y son por consiguiente tan misteriosos y expresivos potencialmente como el propio cuerpo humano»<sup>13</sup>. Jameson prosigue: «No tenemos más que cambiar este ambiente de pequeños talleres y mostradores de tiendas de mercados y puestos callejeros por las gasolineras de las autopistas, las brillantes fotografías de las revistas o el paraíso de celofán de un *drugstore* americano, para darnos cuenta de que los objetos del surrealismo han desaparecido sin dejar huella. Ahora, en lo que podemos llamar el capitalismo posindustrial, los productos que se nos suministran carecen de toda profundidad: su contenido de plástico es totalmente incapaz de servir de conductor de la energía psíquica. Toda inversión libidinal en tales objetos está excluida desde el principio, y podemos muy bien preguntarnos, si es cierto que nuestro universo objetivo es desde ahora incapaz de producir cualquier “símbolo susceptible de excitar la sensibilidad humana”, si no estamos en presencia de una transformación cultural de proporciones gigantescas, de una ruptura histórica de un tipo insospechadamente radical»<sup>14</sup>.

Finalmente, la imagen o la esperanza de una revolución se desvaneció en Occidente. El comienzo de la guerra fría y la soviétización de Europa oriental anularon cualquier perspectiva realista de un derrocamiento socialista del capitalismo avanzado durante todo un período histórico. La ambigüedad de la aristocracia, el absurdo del academicismo,



la alegría de los primeros coches o películas, la tangibilidad de una alternativa socialista habían desaparecido. En su lugar reinaba ahora una economía rutinaria y burocratizada de producción universal de mercancías, en la que consumo y cultura de masas se habían convertido en términos prácticamente intercambiables. Las vanguardias de posguerra serían esencialmente definidas por este telón de fondo totalmente nuevo. No es necesario juzgarlas por un tribunal luckácsiano para advertir lo evidente: poca de la literatura, la pintura, la música o la arquitectura de este período puede resistir una comparación con las de la época anterior. Reflexionando sobre lo que él llama «la extraordinaria concentración de obras maestras en torno a la primera guerra mundial», Franco Moretti, en su reciente libro *Signs taken for wonders*, escribe: «Extraordinarias por su cantidad, como muestra la lista más somera (Joyce y Valéry, Rielke y Kafka, Svevo y Proust, Hofmannsthal y Musil, Apollinaire, Maiakovski), pero todavía más por su abundancia (como está ahora claro, tras más de medio siglo), estas obras constituyeron la última *temporada literaria* de la cultura occidental. En unos pocos años la literatura europea dio todo lo que pudo, y parecía estar a punto de abrir nuevos e infinitos horizontes: en lugar de esto, murió. Unos cuantos *icebergs* aislados y muchos imitadores, pero nada comparable al pasado»<sup>15</sup>. Sería un tanto exagerado, pero —desgraciadamente— no excesivo, generalizar este juicio a las otras artes. Hubo por supuesto escritores o pintores, arquitectos o músicos, que realizaron una obra significativa después de la segunda guerra mundial. Pero no sólo nunca (o rara vez) se alcanzaron las cimas de las dos o tres primeras décadas del siglo, sino que tampoco surgieron nuevos movimientos estéticos de importancia colectiva, aplicables a más de una forma de arte, después del surrealismo. Sólo en la pintura y en la escultura se sucedieron unas a otras cada vez con mayor rapidez las escuelas especializadas y las consignas: pero tras el momento del expresionismo abstracto —la última vanguardia genuina de Occidente— fueron en buena medida el producto de un sistema de galerías que precisaban la aparición regular de nuevos estilos como materiales para una exhibición comercial de temporada, al estilo de la alta costura: un modelo económico que correspondía al carácter no reproducible de las obras «originales» en estos campos concretos.

Sin embargo fue entonces, cuando todo lo que había creado el arte clásico de comienzos del siglo XX había muerto, cuando nacieron la ideología y el culto del *modernismo*. El mismo concepto no es muy anterior a la década de 1950 como moneda corriente. Lo que denotaba era el fin generalizado de la tensión entre las instituciones y mecanismos del capitalismo avanzado, por una parte, y las prácticas y programas del arte avanzado por otra, en la medida en que los primeros se habían anexionado a los segundos como decoración o diversión ocasionales, o como *point d'honneur* filantrópico. Las pocas excepciones del período sugieren la fuerza de la regla. El cine de Jean-Luc Godard, en la década de 1960, es quizá el caso más destacado. A medida que la IV República se convertía tardíamente en la V República y que una Francia rural y provinciana se transformaba repentinamente por obra de una industrialización gaullista que se apropiaba de las últimas tecnologías internacionales, se encendía de nuevo una especie de breve llamarada de la coyuntura anterior que había producido el innovador arte clásico del siglo. El cine de Godard se caracterizó por las tres coordenadas antes descritas. Repleto de citas y alusiones a un rico pasado cultural, al estilo de Eliot; celebrante equívoco del automóvil y el aeropuerto, la cámara y la carabina, al estilo de Léger; expectante ante tempestades revolucionarias procedentes del Este, al estilo de Nizan. La revuelta de mayo-junio de 1968 en Francia fue el término histórico que convalidó esta forma de arte. Régis Debray describiría sarcásticamente la experiencia de este año, después de los sucesos, como un viaje a China que —al igual que el de Colón— sólo descubrió América, y más concretamente California<sup>16</sup>. Es decir, una turbulencia social y cultural que creyó ser una versión francesa de la Revolución Cultural cuando de hecho no significó más que la llegada de un consumismo permisivo esperado desde hacía tiempo en Francia. Pero era precisamente esta



ambigüedad —una *apertura* de horizontes donde las figuras del futuro podían alternativamente asumir las formas cambiantes de un nuevo tipo de capitalismo o de una erupción de socialismo— la que constituía en gran medida la sensibilidad original de lo que se había dado en llamar modernismo. No es de extrañar que no sobreviviera a la consolidación posterior de Pompidou ni en el cine de Godard ni en ninguna otra parte. Lo que caracteriza a la situación típica del artista contemporáneo en Occidente es, por el contrario, el cierre de los horizontes: sin un pasado apropiable, o un futuro imaginable, en un presente interminablemente repetido.

Esto no es aplicable, evidentemente, al Tercer Mundo. Es significativo que muchos de los ejemplos de Berman sobre lo que él considera los mayores logros modernistas de nuestro tiempo hayan de ser tomados de la literatura latinoamericana. Pues en el Tercer Mundo en general existe hoy una especie de configuración similar a la que en otros tiempos prevaleció en el Primer Mundo. Abundan las oligarquías precapitalistas de diversos tipos, principalmente de carácter terrateniente; el desarrollo capitalista es normalmente mucho más rápido y dinámico, allí donde se da, en estas regiones que en las zonas metropolitanas, pero por otra parte está infinitamente menos estabilizado o consolidado; la revolución socialista se cierne sobre estas sociedades como una posibilidad permanente, posibilidad de hecho realizada ya en países cercanos: Cuba o Nicaragua, Angola o Vietnam. Estas son las condiciones que han producido las auténticas obras maestras de los últimos años que se ajustan a las categorías de Berman: novelas como *Cien años de soledad*, del colombiano Gabriel García Márquez, o *Hijos de la medianoche*, del indio Salman Rushdie, o películas como *Yol*, del turco Yilmiz Güney. Sin embargo, obras como éstas no son expresiones intemporales de un proceso de modernización siempre en expansión, sino que surgen en constelaciones muy delimitadas, en sociedades que se encuentran todavía en una determinada encrucijada histórica. El Tercer Mundo no ofrece al modernismo la fuente de la eterna juventud.

### *Los límites del autodesarrollo*

Hasta ahora hemos considerado dos de los conceptos fundamentales de Berman: el de modernización y el de modernismo. Consideremos ahora el término mediador que los une, la modernidad. La modernidad, como recordaremos, se define como la *experiencia* sufrida dentro de la modernización que da lugar al modernismo. ¿En qué consiste esta experiencia? Para Berman es esencialmente un proceso subjetivo de autodesarrollo ilimitado, a medida que se desintegran las barreras tradicionales de la costumbre o rol: una experiencia necesariamente vivida a la vez como emancipación y ordalías, júbilo y desesperación, temor y regocijo. Es el impulso de esa marcha siempre adelante hacia las fronteras inexploradas de la psique el que asegura la continuidad histórica del modernismo a escala mundial, pero es también este impulso el que parece obstaculizar de antemano cualquier perspectiva de estabilización moral o institucional bajo el comunismo, y quizá incluso de impedir la cohesión cultural necesarias para que exista el comunismo, haciendo de él una especie de contradicción en los términos. ¿Qué debemos pensar de este argumento?

Para comprenderlo, tenemos que preguntarnos: ¿de dónde viene la visión de Berman de una dinámica de autodesarrollo totalmente ilimitada? Su primer libro, *The politics of authenticity* —que contiene dos estudios, uno sobre Montesquieu y otro sobre Rousseau—, ofrece la respuesta. Su idea procede de lo que el subtítulo del libro designa correctamente como el «individualismo radical» del concepto de humanidad de Rousseau. El análisis que hace Berman de la trayectoria lógica del pensamiento de Rousseau, como si tratara de luchar con las consecuencias contradictorias de esta concepción en obras su-



cesivas, es un *tour de force*. Pero para nuestros propósitos el punto crucial es el siguiente. Berman demuestra la presencia en Rousseau de la misma paradoja que atribuye a Marx: si el objetivo de todos es el autodesarrollo ilimitado, ¿cómo puede ser posible la comunidad? Para Rousseau la respuesta, en palabras que cita Berman, es que «el amor al hombre deriva del amor a uno mismo». «Extended a los demás el amor a vosotros mismos y se transformará en virtud»<sup>17</sup>. Berman comenta: «Era la vía de la autoexpansión, y no la de la autorrepresión, la que conducía al palacio de la virtud... A medida que el hombre aprendía a expresarse y desenvolverse, su capacidad para identificarse con los otros hombres aumentaba, y su simpatía y empatía hacia ellos se profundizaba»<sup>18</sup>. El esquema está aquí bastante claro: *primero*, el individuo desarrolla su yo, y *luego* su yo puede entrar en relaciones mutuamente satisfactorias con los otros, relaciones basadas en la identificación *con* el yo. Las dificultades con que tropieza este presupuesto una vez que Rousseau trata de pasar —en su lenguaje— del «hombre» al «ciudadano», con vistas a la construcción de una comunidad libre, son brillantemente explotadas por Berman. Lo que llama la atención, sin embargo, es que Berman no desautoriza en ningún lugar el punto de partida de los dilemas que demuestra. Por el contrario, acaba afirmando: «Los programas del socialismo y el anarquismo del siglo XIX, del Estado del bienestar y de la Nueva Izquierda contemporánea del siglo XX, pueden ser considerados todos ellos como un desarrollo posterior de la estructura mental cuyos cimientos sentaron Montesquieu y Rousseau. Lo que tienen en común estos movimientos tan diferentes es su forma de definir la tarea política esencial: hacer que la sociedad liberal moderna cumpla las promesas que ha hecho, reformarla —o revolucionarla— para realizar los ideales del liberalismo moderno. El orden del día del liberalismo radical que Montesquieu y Rousseau elaboraron hace dos siglos está aún pendiente»<sup>19</sup>. Al igual que en *All that is solid melts into air*, Berman puede referirse a «la profundidad del individualismo que subyace al comunismo de Marx»<sup>20</sup>, profundidad que, sigue señalando consecuentemente, debe incluir formalmente la posibilidad de un nihilismo radical.

Sin embargo, si volvemos la vista atrás, a los propios textos de Marx, encontramos en ellos una concepción muy diferente de la realidad humana. Para Marx el individuo no es *previo* a las relaciones con los otros, sino que está *constituido por* ellas desde el principio: hombres y mujeres son individuos *sociales*, cuya socialidad no es posterior sino contemporánea a su individualidad. Después de todo, Marx escribió que «sólo dentro de la comunidad con otros tiene todo individuo los medios necesarios para desarrollar sus dotes en todos los sentidos; solamente dentro de la comunidad es posible, por tanto, la libertad personal»<sup>21</sup>. Berman cita la frase, pero sin comprender aparentemente sus consecuencias. Si el desarrollo del individuo está inherentemente imbricado en las relaciones con los otros, su desarrollo no puede jamás ser una dinámica *ilimitada* en el sentido monadológico evocado por Berman: la existencia de los otros *sería siempre ese límite* sin el cual *no podría producirse el propio desarrollo*. El desarrollo de Berman es pues, para Marx, una contradicción en los términos.

Otra forma de decir esto es afirmar que Berman no ha comprendido —como muchos otros, por supuesto— que Marx posee una concepción de la *naturaleza humana* que descarta el tipo de plasticidad ontológica infinita que él supone. Esto puede parecer una afirmación escandalosa dado el carácter reaccionario de tantas ideas habituales sobre lo que es la naturaleza humana. Pero es la pura verdad filológica, como pone de manifiesto la inspección más somera de la obra de Marx y como muestra, de forma irrefutable, el reciente libro de Norman Geras, *Marx and human nature. Refutation of a legend*<sup>22</sup>. Esta naturaleza, para Marx, incluye un conjunto de necesidades primarias, capacidades y disposiciones —lo que en los *Grundrisse*, en los famosos pasajes sobre las posibilidades humanas bajo el feudalismo, el capitalismo y el comunismo, llama *Bedürfnisse, Fähigkeiten, Kräfte, Anlagen*—, todas ellas susceptibles de ampliación y desarrollo pero no de supresión o sustitución. La visión de una tendencia nihilista y desordenada hacia un desa-



rrollo completamente ilimitado es por tanto una quimera. Más bien, el auténtico «libre desarrollo de cada uno» *sólo puede* realizarse si respeta el «libre desarrollo de todos», dada la naturaleza común de lo que constituye el ser humano. En las primeras páginas de los *Grundrisse* en las que se apoya Berman, Marx habla sin la menor ambigüedad del «desarrollo pleno del dominio humano sobre las fuerzas naturales, tanto sobre las de la así llamada como sobre su propia naturaleza», de la «elaboración (*Herausarbeiten*) absoluta de sus disposiciones creadoras», en las que «la universalidad del individuo... (es la) universalidad de sus relaciones reales e ideales»<sup>23</sup>. La cohesión y estabilidad que Berman se pregunta si podría desplegar alguna vez el comunismo estriban para Marx en la naturaleza humana a la que finalmente emanciparía, naturaleza muy lejos de una mera catarata de deseos informes. A pesar de su exuberancia, la versión de Marx que ofrece Berman, con su énfasis prácticamente exclusivo en la liberación del individuo, está inquietantemente próxima —por radical y razonable que sea su acento— a los supuestos de la cultura del narcisismo.

### *El actual callejón sin salida*

Para concluir: ¿a dónde lleva pues esta revolución? Berman es muy consecuente en este punto. Para él, como para muchos otros socialistas hoy, la noción de revolución tiene una duración dilatada. En efecto, el capitalismo produce constantes trastornos en nuestras condiciones de vida y en este sentido está inmerso —como él dice— en una «revolución permanente» que obliga a los «hombres y mujeres modernos» a «aprender a anhelar el cambio: no sólo a estar abiertos a los cambios en su vida personal y social, sino a exigirlos positivamente, a buscarlos activamente y a provocarlos. Deben aprender a no añorar nostálgicamente a las “relaciones fijas y congeladas” de un pasado real o imaginado, sino a deleitarse con la movilidad, a esforzarse por la renovación, a buscar futuros desarrollos en sus condiciones de vida y en sus relaciones con sus semejantes»<sup>24</sup>. El advenimiento del socialismo no detendría ni frenaría este proceso, sino que por el contrario lo aceleraría y generalizaría inmensamente. Los ecos del radicalismo de los años 60 se dejan oír aquí de forma inconfundible. El atractivo de tales nociones ha demostrado ser muy amplio. Pero, de hecho, no son compatibles ni con la teoría del materialismo histórico estrictamente comprendida ni con lo que dice la historia, cualquiera que sea su teorización.

La revolución es un término con un significado preciso: el derrocamiento político desde abajo de un orden estatal y su sustitución por otro. No hay nada que ganar con diluirla en el tiempo o con extenderla a cada porción del espacio social. En el primer caso, resulta imposible de distinguir de las meras reformas, es un simple cambio, por gradual o fragmentario que sea, como en la ideología del eurocomunismo moderno o en las versiones afines de la socialdemocracia; en el segundo, se queda en una simple metáfora que puede ser reducida a supuestas conversiones psicológicas o morales, como en la ideología del maoísmo con su proclamación de una «Revolución Cultural». Frente a estas devaluaciones del término, con todas sus consecuencias políticas, es necesario insistir en que la revolución es un proceso *puntual* y no un proceso permanente. Es decir: una revolución es un episodio de transformación política convulsiva, comprimida en el tiempo y concentrada en sus objetivos, que tiene un comienzo determinado (cuando el viejo aparato del Estado está todavía intacto) y un término preciso (cuando este aparato es roto definitivamente y en su lugar se erige uno nuevo). Lo distintivo de una revolución socialista que creara una auténtica democracia poscapitalista sería que el nuevo Estado tendría un carácter de auténtica transición hacia los límites practicables de su propia autodisolución en la vida de la sociedad en general.



En el mundo capitalista avanzado de hoy, es la aparente ausencia de cualquier perspectiva de este tipo en un horizonte próximo o incluso lejano —la falta, al parecer, de cualquier alternativa concebible al *status quo* imperial de un capitalismo de consumo— lo que obstaculiza la posibilidad de cualquier renovación cultural profunda comparable a la gran Era de los Descubrimientos Estéticos del primer tercio de este siglo. Las palabras de Gramsci siguen siendo válidas: «La crisis consiste», escribía, «precisamente en el hecho de que lo viejo está muriendo y lo nuevo no puede nacer; en este *interregno* aparecen una gran variedad de síntomas de enfermedad»<sup>25</sup>. Es lícito preguntarse, sin embargo: ¿Se puede decir de antemano algo sobre cómo podría ser lo nuevo? Cero que sí se puede predecir una cosa. El *modernismo*, como noción, es la más amplia de todas las categorías culturales. A diferencia de los términos gótico, renacimiento, barroco, manierismo, romanticismo o neoclasicismo, no designa en modo alguno un objeto describable: carece por completo de contenido positivo. De hecho, como hemos visto, lo que se oculta tras esa etiqueta es una amplia variedad de muy diversas —y de hecho incompatibles— prácticas estéticas: el simbolismo, el constructivismo, el expresionismo, el surrealismo. Todas estas prácticas, que poseen programas específicos, fueron unificadas *post hoc* en un concepto global cuyo único referente es el mero paso del tiempo. No hay ningún otro concepto estético tan vacío o tan viciado. Porque lo que en un tiempo fue moderno pronto se vuelve obsoleto. La futilidad del término y de su correspondiente ideología puede verse con toda claridad en los actuales intentos de aferrarse a los restos de su naufragio y sin embargo nadar con la marea más lejos aún de él, mediante la acuñación del término «posmodernismo»: un vacío que esconde otro vacío que esconde otro vacío, en una regresión serial de cronología autocongratulatoria. Si nos preguntamos qué haría la revolución (entendida como ruptura puntual e irreparable con el orden del capital) con el modernismo (entendido como este flujo de vanidades temporales), la respuesta es, sin duda, que le pondría término. Porque una auténtica cultura socialista sería una cultura que no buscaría insaciablemente lo nuevo, definido simplemente como lo que viene *después*, destinado a ser rápidamente arrinconado con el *destritus* de lo viejo, sino más bien una cultura que multiplicaría lo diferente, en una *variedad* de estilos y prácticas concurrentes mucho mayor de la que jamás ha existido antes: una diversidad basada en una pluralidad y complejidad de posibles formas de vida mucho mayores que las de cualquier libre comunidad de iguales, que no estaría dividida ya por clases, razas o géneros. Los ejes de la vida estética serían, en otras palabras, horizontales y no verticales. El calendario dejaría de tiranizar u organizar la conciencia del arte. La vocación de una revolución socialista, en este sentido, no sería prolongar ni servir a la modernidad, sino abolirla.

Traducción: Pilar López  
© New Left Review

(\*) Contribución a la Conferencia sobre Marxismo e Interpretación de la Cultura, celebrada en la Universidad de Illinois en julio de 1983, en la sesión que llevaba por título «Modernidad y revolución».

<sup>1</sup> *All that is solid melts into air*, pág. 15.

<sup>2</sup> *Ibid.*, pág. 16.

<sup>3</sup> *Ibid.*, pág. 18.

<sup>4</sup> *Ibid.*, pág. 24.

<sup>5</sup> *Ibid.*, pág. 24.

<sup>6</sup> *Ibid.*, pág. 24.

<sup>7</sup> *Ibid.*, pág. 36.

<sup>8</sup> *Ibid.*, pág. 104.

<sup>9</sup> *Ibid.*, pág. 114.

<sup>10</sup> *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie*, Francfort, 1967, pág. 439. (= *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, Madrid, Siglo XXI, 1976, vol. 2, pág. 32).



- 11 Arno Mayer, *The persistence of the Old Regime*, Nueva York, 1981, págs. 189-273.
  - 12 *Marxism and form*, Princeton, 1971, pág. 96.
  - 13 *Ibid.*, págs. 103-104.
  - 14 *Ibid.*, pág. 105.
  - 15 *Signs taken for wonders*, Londres, 1983, pág. 209.
  - 16 Régis Debray, «A modest contribution to the rites and ceremonies of the tenth anniversary», *New Left Review*, 115, mayo-junio de 1979, págs.
  - 17 *The politics of authenticity*, Nueva York, 1970, pág. 181.
  - 18 *Ibid.*, pág. 181.
  - 19 *Ibid.*, pág. 317.
  - 20 *All that is solid melts into air*, pág. 128.
  - 21 *The German ideology*, Londres, 1970, pág. 83. (*La ideología alemana*, Barcelona, Grijalbo, 1974, págs. 86-87); citado por Berman en *ibid.*, pág. 97.
  - 22 Norman Geras, *Marx and human nature. Refutation of a legend*, Londres, 1983.
  - 23 *Grundrisse*, págs. 387, 440 (*op. cit.*, vol. 1, págs. 447-448; vol. 2, pág. 33).
  - 24 *All that is solid melts into air*, págs. 95-96.
  - 25 Antonio Gramsci, *Selections from the prison notebooks*, comp. por Quintin Hoare y Geoffrey Nowell-Smith, Londres, 1972, pág. 276.
-



---

# LAS SEÑALES EN LA CALLE

RESPUESTA A PERRY ANDERSON

Marshall Berman

---

*análisis y debate*

---



2

La crítica que hace Perry Anderson de mi libro *All that is Solid Melts into Air* (Todo lo que es sólido se evapora en el aire), es bienvenida pero induce a la perplejidad. Anderson es tan apreciativo y generoso al comienzo, y tan recusatorio y desdenoso al final de su exposición —no sólo hacia mi libro, sino hacia la propia vida contemporánea— que, ¿qué es lo que sucede entremedias? No lo comprendo. Realiza un interesante análisis histórico, basado en la obra de Arno Mayer, de las condiciones políticas y sociales que subyacen a los grandes avances modernistas de 1890 a 1920. Este análisis resulta fascinante, pero Anderson sobrecarga a la historia con mucho más peso de lo que puede soportar. Sostiene que la intersección entre un orden dominante semi-aristocrático, una economía capitalista semi-industrializada y un movimiento obrero semi-emergente o insurgente nutrieron los triunfos creadores del cubismo, la relatividad, el psicoanálisis, *La Consagración de la Primavera*, *Ulises*, etc. Esto es perfectamente plausible, si bien es cierto que existen otras numerosas maneras de contar esta historia, todas igualmente plausibles (la mía pondría más énfasis en



fasis sobre la experiencia de grupos marginales, tales como los judíos y los homosexuales). A continuación, Anderson da un salto extraño: parece afirmar que la ausencia de *estas* condiciones desde el fin de la segunda guerra mundial ha de llevar a la ausencia de cualquier tipo de triunfos creadores. Pero, ¿por qué unas condiciones distintas no han de poder inspirar otros triunfos hoy, mañana o en cualquier otro momento?

Esta lógica de la pescadilla que se muerde la cola recibe otro giro perverso al final del artículo, donde Anderson pretende que el actual desengaño de nuestras esperanzas en una revolución socialista en Occidente significa el fin de toda vida espiritual y cultural occidental: «Lo que caracteriza a la situación del artista contemporáneo occidental es... el cierre de los horizontes: sin un pasado apropiable o un futuro imaginable, en un presente interminablemente repetido». ¿No se da cuenta de la importancia que tiene, y siempre ha tenido, el desengaño para el crecimiento de la creatividad humana? La desilusión con la Atenas democrática llevó a las *Mujeres Troyanas* y la *República* de Platón; el desencanto con Jesús de Nazaret (quien, recuérdese, se suponía iba a llevar a cabo el fin del mundo) llevó a la mayor parte de lo moralmente creador dentro del Cristianismo —concretamente, la revalorización de los valores que glorificaban el sufrimiento, la sumisión y la derrota; la decepción con la Revolución Francesa llevó a las conquistas creadoras del Romanticismo, el cual nutrió (y sigue nutriendo) una legión de nuevas revoluciones. Y así sucede. Cuando las personas nos encontramos frente a la desaparición de horizontes conocidos abrimos nuevos horizontes, cuando perdemos la ilusión en ciertas de nuestras esperanzas descubrimos o creamos nuevas visiones que inspiran nuevas esperanzas. Es así como nuestra especie ha sobrevivido a tanta tristeza y ruindad a lo largo de los tiempos. Si la humanidad hubiera aceptado desahucios *a priori* de la Historia, hace tiempo que nuestra historia se habría acabado.

¿Realmente cree Anderson en el veredicto de «¡No hay futuro!» lanzado por los *Sex Pistols*? (Hasta el propio Johnny Rotten, mientras lo vociferaba, estaba intentando cambiarlo a su manera.) Si el horizonte de Anderson parece en realidad cerrado, acaso debería ver esto como un problema más que como condición humana. Puede ser que su entorno teórico le haya metido en un callejón sin salida y que necesite dar la vuelta y mirar en otra dirección, donde quizá haya muchos problemas pero al menos luz y espacio.

*All that is Solid Melts into Air* desarrolla una dialéctica de la modernización y del modernismo. Ser moderno, tal y como yo lo defino al comienzo y final del libro, es experimentar la vida personal y social como un torbellino, es encontrar al mundo de uno en perpétua desintegración y renovación; penas y angustias, ambigüedad y contradicción; es ser parte de un universo en el que todo lo que es sólido se evapora en el aire. Ser moderno es hacerse de alguna forma un lugar en este torbellino... captar y confrontar el mundo producido por la modernización y esforzarse por hacerlo nuestro. El modernismo pretende dar a las mujeres y hombres modernos el poder de cambiar el mundo, que les está cambiando a ellos, y hacerles además de objetos, sujetos de la modernización. Anderson está dispuesto a aceptar esto como una visión de la cultura y la política del siglo XIX, pero cree que es irrelevante para nuestro siglo, y no digamos nuestra propia época. Cuando critica mi ausencia de «periodización», lo que quiere decir es que la fuerza liberadora del modernismo está restringida a un período anterior. No está claro cuándo se acabó dicho período (¿la primera guerra mundial?, ¿o quizá la segunda?), pero la cuestión principal es que terminó hace mucho tiempo. La esperanza de acomodarnos al torbellino, de volvernos sujetos además de objetos, de convertir en algo nuestro el mundo moderno, estas esperanzas se han difuminado para siempre, al menos para Anderson, y cree que es inútil que yo intente recrearlas.



Podría atacar de muchas maneras la lectura que hace Anderson de la historia moderna y contemporánea, mas ello no avanzaría un ápice nuestro común entendimiento. Quiero probar algo bien distinto. La visión de Anderson acerca del horizonte actual es que está vacío, cerrado; la mía es que está abierto y cargado de posibilidades creativas. Acaso la mejor manera de defender mi punto de vista sea mostrar qué aspecto tiene este horizonte, qué es lo que realmente existe por ahí, tal y como yo lo veo. A lo largo de las páginas siguientes, pues, quisiera presentar unas pocas escenas de la vida cotidiana, y de un arte y una cultura que forman parte de esta vida, tal y como va transcurriendo en este momento. Estas escenas no están ligadas de forma lógica entre sí; no obstante, están relacionadas, como las figuras en un *collage*. Mi objetivo al introducirlas es mostrar cómo sigue produciéndose el modernismo, tanto en nuestras calles como en nuestra alma, y cómo todavía posee el poder imaginativo para ayudarnos a convertir este mundo en algo nuestro.

El modernismo tiene sus tradiciones y están ahí para ser utilizadas y desarrolladas. Baudelaire nos cuenta cómo ver el presente: «Todos los siglos y todas las gentes poseen su propia belleza, y así, inevitablemente, nosotros tenemos la nuestra. Así es el orden de las cosas... La vida de nuestra ciudad es rica en sujetos poéticos y maravillosos. Lo maravilloso nos envuelve y empapa como una atmósfera, sólo que nosotros no lo vemos... Tan sólo necesitamos abrir nuestros ojos para reconocer nuestro heroísmo». Esto lo escribió en 1846 en un ensayo titulado *El Heroísmo de la Vida Moderna*.

### *Rostros en la multitud*

Un estudiante de posgrado de la Universidad de Nueva York me visita para hablarme acerca de su tesis y su vida: Larry, un pelirrojo grande y musculoso, por lo general jovial, a veces amenazante, con un aspecto cercano al hombre salvaje del arte medieval. Proviene de un pueblo de los altos hornos cerca de Pittsburgh. Después de una infancia horrorosa, abandonado por padres alcoholizados, criado por una serie de parientes indiferentes y empobrecidos, se escapó a una gran universidad estatal gracias a una beca por su talento en el *rugby* americano. Por casualidad, tal y como él lo cuenta, descubrió que le entusiasmaba leer, pensar, soñar. Actualmente sueña vastas visiones épicas, neo-idealistas, comulgando con Fichte, Schelling y Hegel, mientras conduce un taxi por la noche para pagar el alquiler. Yo le pregunto qué quiere hacer con su vida; me responde que quiere ser un pensador para que pueda buscar la verdad última, y, si la encuentra, proclamarla al mundo entero.

Me conmueve su ambición, que yo compartía a su edad —y todavía comparto—, aunque seguramente no la expondría tan directa y honradamente como lo hace él. Pero yo le digo que parte de la verdad sobre la vida en la América de Reagan es que no ofrece empleos libres para un pensamiento humanista independiente. Le digo que si quiere perseguir la verdad va a tener que emplear toda su inteligencia para aprender a mentir, a disfrazar su empresa como otra cosa, cuyo desempeño le permitirá conseguir un empleo. La cuestión, pues, deviene en cuál es el mejor disfraz. Me siento muy fastidiado al decirlo, pero no veo otra salida.

Le sugiero que haga un estudio etnográfico y político de su propio pueblo acerero. Reacciona con horror y me dice que aquel mundo se está derrumbando. Se están cerrando los altos hornos; más de la mitad de los empleos en su pueblo han desaparecido recientemente y los demás pueden irse a pique en cualquier momento; los hombres huyen y las familias se están rompiendo; complejas redes sociales se están desgarrando



por las costuras. Larry visita los viejos bares locales, y los hombres que solían burlarse de él por amar los libros y juntarse con judíos, negros, homosexuales y comunistas en Nueva York, ahora le envidian por disponer de un cordón de seguridad con respecto al mundo exterior. Larry se crió odiando este pueblo y el odio le ayudó a aprender quién era. Ahora le da lástima y de nuevo tiene que aprender acerca de sí mismo.

Mientras escribo esto tocan en la radio una canción que procede directamente del mundo de Larry. «Making Thunderbirds», de Bob Seger, un rockero duro de Detroit. Tiene un ataque agresivo de guitarra, un temple impulsivo, y lo cantan con una intensidad que rara vez se escucha en la radio hoy en día. El narrador es un obrero de la industria del automóvil, de edad madura y en paro (o a punto de estarlo), el cual echa de menos su juventud: «Allá en los años 50 fabricábamos los Thunderbirds». «Fabricábamos los Thunderbirds, fabricábamos los Thunderbirds. Eran largos y bajos, elegantes y rápidos, y todo lo que hayas oído de ellos. Eramos jóvenes y fuertes, fabricábamos los Thunderbirds».

El Thunderbird, un espléndido coche de los años cincuenta, es un símbolo del mundo que hemos perdido: cuando un trabajador podía identificar su juventud y su energía sexual con aquello que producía; «cuando se movía la gran línea de producción» y provocaba emoción formar parte de su ímpetu; cuando los jóvenes obreros de Detroit podían sentirse la vanguardia de América y América podía sentirse como el Número Uno del mundo. El poder simbólico descansa tanto sobre la música como sobre el texto; el ritmo y el tempo y la guitarra hacen eco de la música de 1955, cuando el *Rock and roll* era joven y la vida entera estaba por delante. «Los Thunderbird» se relaciona especialmente con Chuck Berry, cuyo «Maybelline» definió un rito americano clásico —a saber, que el obrero realmente podría ser varonil, más varonil que sus superiores sociales, en y por medio de su coche— e intentó crear una canción que fuese el equivalente moral de ese coche.

Seger nos arrastra hacia atrás con aquellas canciones y aquellos coches para hacernos sentir la profundidad de lo que hemos perdido. Pues el mundo que aquellos trabajadores construían, o creían estar construyendo, se ha ido con el viento; ya no jóvenes, ni fuertes, ni orgullosos, ni siquiera empleados, son abandonados, junto con sus coches, junto con Detroit —acaso junto con la propia América. El texto de la canción parece decir «no hay futuro», pero la música lucha con el texto con una urgencia desesperada. Puede que el narrador sienta que ya no le queda nada; el cantautor, en cambio, sabe y muestra que posee más de lo que piensa. Lo que tiene ante todo es su pasión, la profundidad y el coraje para cantar y enfurecerse ante la muerte de la luz.

Es una tarde helada de sábado justo antes de Navidades. Estoy cruzando a pie la calle Houston en el barrio Lower East Side de Manhattan, cegado por el sol bajo que me da en la cara. Es éste un barrio pobre, lleno de humildes viviendas abandonadas, pequeños talleres, serrerías, talleres de carrocería y repuestos de automóviles, desguaces y chatarrerías. Cerca de East River, congregados en torno a pequeñas hogueras, los alcohólicos y los *yonkis* son casi las únicas personas que se ven en la calle; ni siquiera hay niños, hace demasiado frío para jugar afuera. A medida que voy avanzando más hacia el Oeste aparecen unas pocas familias jóvenes —hispanos, bohemios, blancos, interraciales— yendo hacia el otro lado de la ciudad y en expediciones de compra de fin de semana.

En un bloque especialmente desolado, entre una fábrica abandonada y una gasolinera, aparece una escena chocante. Delante de un jardín lleno de muebles rotos,



viejos frigoríficos y fregaderos, apoyadas en una valla, se encuentran diez figuras encadenadas en fila. Ya de cerca veo que son esculturas en escayola o cartón-piedra, pero sus proporciones son alarmantemente reales. Las figuras están tapadas con bolsas de plástico para la basura; las bolsas están cortadas o rotas aquí y allá y empiezan a salirse trapos, peladuras de naranja, periódicos viejos, envolturas para alimentos, bebidas, pañales y aparatos electrodomésticos. Aunque los rostros están cubiertos, las figuras son sutilmente detalladas, diferenciadas y asombrosamente vivas, y resulta espantoso verles frente a frente, a unos pocos centímetros de distancia, hundiéndose o desmoronándose, apretadas contra sus cuerdas mientras se pudren.

¿Qué demonios es esto? Es una obra de arte ambiental, creada para este particular lugar y momento, para este solar y este barrio y este público, por un joven escultor de nombre David Finn, quien vive a unas manzanas de aquí. Dentro de pocos días lo dismantelará y se lo llevará algún amante o enemigo del arte. Posee una especial resonancia para este barrio y su gente, cuyo destino acaso simbolice. (Una de sus referencias más fuertes es una amarga meditación acerca del significado de «chatarra».) Les pregunto a un par de vagabundos locales que rondan por allí qué es lo que les parece, y uno meneaba la cabeza tristemente diciendo: «Alguien tiene que pagar el pato. Ya lo sabemos». Pero también tiene repercusiones más amplias. Hemos visto estas figuras ya en otros lugares. ¿Fue El Salvador, o Líbano, o...? Esta pieza satisface de modo brillante uno de los principales objetivos de la Izquierda durante la era del Vietnam: *¡Trae la guerra a casa!* Sólo que, ¿qué guerra es ésta, tan cerca de casa? El artista no nos lo dice; lo hemos de descubrir por nuestros propios medios. Pero sea el que sea el significado que le demos, esta obra de arte nos ha puesto a nosotros, los espectadores, dentro del cuadro, nos ha implicado de forma mucho más profunda de lo que quizá nos guste. Las figuras desaparecerán de nuestra calle pero no serán tan fáciles de expulsar de nuestras mentes. Nos perseguirán como fantasmas, al menos hasta que las reconozcamos como *nuestros* fantasmas y nos enfrentemos a ellos cara a cara.

Viene a verme otra estudiante: Lena, de 17 años, con un tipo como Marilyn Horne. Lena se crió en la bodega familiar en Puerto Rico, la adorable chica única en un hogar predominantemente masculino, y en la iglesia Pentecostés, instalada en una tienda, donde cantaba desde temprana edad. Dice que su existencia era tranquila hasta que llegó a la universidad, donde despertó a la vida su mente y su mundo se amplió bruscamente. De repente se encontró reaccionando a la poesía, la filosofía, la psicología, la política, la sexualidad, el romance, el feminismo, el movimiento por la paz, el socialismo. Impulsos, intenciones, ideas, todo le fue surgiendo de forma torrencial; al principio su familia creyó que estaba embrujada. No obstante, al cabo de poco tiempo fue excomulgada por la iglesia por sus ideas acerca del aborto, la sexualidad y la igualdad de derechos para las mujeres. Después de aquello, su familia se encontraba entre la espada y la pared debido a la postura de los demás creyentes de su iglesia, que eran gran parte de sus clientes. ¿Hasta cuándo iban a tolerar en su hogar y tienda la presencia de un alma maldita que llevaba puesta la señal de la bestia? Su familia resistió a las presiones y valientemente la secundaron: estaban dispuestos a morir por ella —pero ni siquiera empezaban a comprenderla. En medio de esta crisis su padre fue tiroteado y casi muerto por ladrones. La familia ha tenido que unirse más que nunca en torno a la tienda, y puede que Lena tenga que pedir la baja en la universidad, al menos durante unos meses para ponerse a trabajar allí el día entero. Estará dispuesta a morir antes que abandonar a su familia en un apuro. Sin embargo, sabe que cuando la vida vuelva a su curso normal, si es que alguna vez lo hace, por el bien de su familia tanto como por el suyo propio va a tener que marcharse. Pero, ¿marcharse a dónde? En el mundo de hispanos emigrantes de clase



obrero, que es el único mundo que conoce y ama —un mundo que le dio gran parte de la fortaleza que posee, si bien se volvió contra ella en cuanto intentó utilizarla— la única alternativa a la familia es «la cuneta». Hay gran cantidad de «disidentes» en ese mundo, pero pocos rebeldes y poquísimas chicas que sean intelectuales rebeldes. Es más, ella se da cuenta de que en muchos aspectos es todavía una niña, mucho más débil y vulnerable de lo que parece, empieza ahora a descubrir qué es lo que quiere de la vida. Yo intento decirle que su lucha por la libertad y la autonomía tiene una larga y honrosa historia, que puede encontrar multitud de espíritus afines y compañeros en los libros, y mucho más por toda la ciudad y el país, probablemente más cerca de casa de lo que ella piensa, librando batallas como la suya, creando y sosteniendo instituciones de mutuo apoyo. Ella me cree, pero dice que todavía no está preparada para conocerlos: tiene que cruzar ese solitario valle por sí misma, que llegar al otro lado antes de unir sus manos con alguien más.

Carolee Schneeman es pintora, escultora, bailarina, creadora de *collages*, productora de cine y artista de teatro de variedades en Nueva York; ha sido una mujer activa e innovadora en muchos campos desde el auge del *Judson Dance Group* hace veinte años. Se le conoce mejor por su «arte corporal» y sus actuaciones teatrales, las cuales han mostrado su cuerpo, su sexualidad y su vida interior en formas atrevidas y fructíferas, transformando autobiografía en iconografía. Hubo un momento, hacia el final de los años sesenta, en que su tipo de imaginación radical se consideraba «chic»; ella es un espíritu tan libre como siempre, pero en la era Reagan uno se siente más solitario y vulnerable que antes. En la primavera de 1982 Schneeman empezó una serie de *collages* *sexy* e íntimos que habría de llamarse «Souvenirs domésticos». La obra evolucionaba tranquilamente cuando de repente, aquel mes de junio, Israel invadió el Líbano y, como luego lo describió ella, «el Líbano me invadió a mí». La obra que eventualmente produjo aquel verano y otoño, y que exhibió en Nueva York un año más tarde, parece radicalmente distinta de todo lo que había hecho con anterioridad. En estos *collages*, las imágenes de sexualidad en un ambiente de tranquilidad doméstica y dulce comunión se encuentran entrecortadas por espantosas visiones expresionistas de los desastres de la guerra. El «Líbano» de Schneeman incorpora muchas de las imágenes que ha ido elaborando a lo largo de años, pero les da un significado más profundo y negro. Como siempre, hay gran cantidad de carne desnuda, pero ahora muchos de los brazos, piernas, pechos, etc., parecen hallarse contorsionados por el terror, o retorcidos y mutilados. La desnudez, antaño (y aún hoy) un símbolo del gozo y la energía sexual y la autenticidad personal, ahora expresa la debilidad y vulnerabilidad humanas —¿no es el hombre más que esto?—, en escenas donde cuerpos sexualmente en tensión o en estado de relajación poscoito se mezclan con cuerpos tensos por el miedo o poseídos por la tranquilidad de la muerte. La sangre, cuyo flujo menstrual solía emplear Schneeman para expresar tanto la fertilidad de la mujer como las profundidades interiores del yo, ahora sugiere el estallido de cuerpo y alma por igual. Las vestimentas diáfnas, antes imágenes del juego erótico, aquí evocan harapos y mortajas. Un motivo central obsesivo es un cuadro en triángulo de una mujer corriendo hacia adelante al tiempo que dos hombres la siguen y la sujetan por detrás: reproducido en muchas texturas y tonalidades diferentes, sugiere tanto un sueño erótico romántico como una pesadilla política de heridas, terror y huida desesperada. En todas estas obras, los dos modos de significado se penetran y profundizan mutuamente. En medio de nuestra felicidad doméstica sus hogares están siendo arrasados. Por otra parte, las mutilaciones y asesinatos que se dan allí son tan horrorosos precisamente porque sus víctimas son hombres y mujeres cuyos cuerpos están hechos para abrazarse, y cuyas imaginaciones están hechas para el amor, al igual que los nuestros.



En «Libano», de Schneeman, la política invade los espacios más íntimos del ser, envuelve nuestros cuerpos e irrumpe en nuestros sueños. De esta unión nace una terrible belleza. La artista empezó hablando de forma personal, no política; terminó demostrando que lo político es personal y es por eso que importa tanto la política. Por desgracia, su público no parece querer ver lo que quiere mostrar; hasta la fecha, esta exhibición no ha atraído ninguna crítica ni se ha hecho ninguna venta. Resulta irónico el que un público bastante amplio (como público de las artes), a lo largo de años, haya sido feliz mirando en sus espacios más privados; pero que en cuanto su visión se abrió y derramó en el espacio público, en el momento en que su arte penetró en un espacio político compartido por todos, buena parte de este público volvió la cabeza. Uno de los romances perennes de los tiempos modernos es la fusión de la vida personal con la vida política. Todo el mundo sueña con esto, al menos de vez en cuando; pero cuando realmente sucede, como le pasó a Schneeman el verano pasado, acaso sea demasiado difícil de aguantar para muchas personas, demasiado siquiera para contemplarlo, algo así como mirar directamente al sol. De modo que precisamente entonces —probablemente debido, justamente, a ello—, cuando ella ha trabajado más duro que nunca para entablar diálogo, se encuentra hablando sola. No obstante, ahí están las obras, y ella y nosotros podemos esperar que se renueve el diálogo.

Cada uno o dos años vuelvo a la zona del *Bronx* donde nací. No es un viaje fácil a pesar de que sólo dista unas cinco millas al noroeste de donde vivo actualmente. El *South Bronx* de mi juventud, un *ghetto* para inmigrantes de segunda generación con aire limpio y árboles, celebrado como un ambiente ultramoderno durante los años veinte y treinta, fue dejado de lado por el capital en los sesenta como algo obsoleto. Abandonado por los bancos, las empresas de seguros, la industria de compraventa de terrenos, el gobierno federal, y encima devastado y surcado por una enorme autopista que le penetra hasta el mismísimo corazón, el *Bronx* rápidamente se fue desmoronando. (Hablo de esto en el último capítulo de *All that is Solid Melts into Air*; la experiencia de haberlo vivido fue precisamente una de las cosas que me llevaron a pensar en las ambigüedades de la modernidad.) Durante la década de los 70 su industria principal probablemente fueron los incendios premeditados con fines lucrativos; durante algún tiempo parecía que la propia palabra «Bronx» se había convertido en símbolo cultural de muerte y destrucción urbanas. Cada vez que oía hablar de, o leía acerca de la destrucción de algún edificio que había conocido, o lo veía quemarse en el informativo local, sentía que se me arrancaba un trozo de mi propio ser.

Siempre he dado la vuelta a la vieja esquina con temor: ¿Qué pasa si cuando llegue a la casa donde crecí ya no queda nada? No sería de sorprender: tantísimos edificios en este barrio han sido precintados o demolidos; calles que eran bulliciosas y ruidosas y demasiado estrechas para las multitudes de hace veinte años, hoy en día están abiertas y tan vacías como los desiertos. Pero no ha sucedido, al menos todavía no; sorprendentemente el edificio parece estar en buenas condiciones, una pequeña joya del *Art Deco* en medio de la ruina. Un encargado heroico y unos inquilinos organizados lo han mantenido en su sitio; y su actual propietario parece mostrar cierto interés en conservarlo en vez de demolerlo. Experimento una sensación de alivio metafísico. A medida que sigo explorando veo que algunos de los edificios que hacía unos años eran unos cascarones quemados han sido o están siendo hoy cuidadosamente rehabilitados. Es un proceso muy lento y frágil; bajo la administración de Carter había poco dinero para rehabilitación, y bajo la de Reagan aún menos, y en cuanto al capital privado, éste dio por perdido al *Bronx* hace más de veinte años. No obstante, un poco aquí, un poco allá, el ritmo y pulso de la vida está empezando de nuevo.

Subo la empinada cuesta de la calle *East 170*, nuestro viejo centro comercial. El primer cuarto de milla al lado de nuestro bloque carece totalmente de vida, pero el trecho si-



guiente ha sido conservado y parcialmente rehabilitado, y aunque sucio y polvoriento está pletórico de vida. La calle está hasta los topes de familias negras e hispanas —y ahora también algunos orientales (¿de dónde vienen?, ¿cuándo llegaron aquí?, ¿a quién se lo puedo preguntar?)— cargándose hasta arriba de comida, ropa, electrodomésticos, telas, juguetes y todo lo que puedan llevarse de las rebajas posnavideñas.

Monto en un autobús en dirección sur, hacia Manhattan. Justo detrás de mí se sube una enorme mujer negra, cargada de bultos, le cedo mi asiento. Detrás de ella viene su hija de unos quince años, meneándose por el pasillo, radiante, deslumbrante en el apretadísimo pantalón de color rosa que acaba de comprarse. La madre no la quiere mirar, hunde su cabeza en las bolsas de la compra. Reemprenden las dos una discusión que evidentemente ha seguido su curso desde que salieron de la tienda. La hija dice que, después de todo, compró esto con su propio dinero que ganó en el trabajo; la madre responde que si esto es todo lo que se le ocurre comprar, no está lo bastante madura para que se le confíe su propio dinero, o siquiera para trabajar. «Anda mamá», dice la chica dándose la vuelta y haciendo girar la cabeza de todos los pasajeros del autobús, «mira ese color rosa, ¿a que es precioso?, ¿no estará estupendo para primavera?». Es enero y todavía falta mucho para la primavera. La madre se niega a mirar, pero al cabo de un rato levanta lentamente los ojos, luego meneando la cabeza, «con ese culo», dice, «nunca saldrás de la escuela secundaria sin un bebé. Y yo ya no pienso cuidar más bebés. Tú eres mi último bebé». La chica le aprieta el brazo: «No te preocupes, mamá. Somos modernos. Sabemos cuidarnos». La madre da un suspiro y se dirige a sus paquetes: «¿Moderna?, más te vale que no me traigas ningún bebé moderno». Pronto me bajo, sintiéndome tan feliz y entero como la chica del autobús. Es dura la vida en *South Bronx* pero la gente no se rinde: la modernidad está «vivita y coleando».

### *La pérdida de un halo*

Estas son algunas de las personas que se encuentran dentro de mi horizonte. Es más amplio y abierto que el que percibe Perry Anderson, y está lleno de pasión humana, inteligencia, aspiración, imaginación, complejidad y profundidad espirituales. También está plagado de opresión, miseria, brutalidad cotidiana y una amenaza de aniquilación total. A pesar de ello, las personas en la multitud están empleando y estirando sus poderes vitales, su visión, cerebro y coraje, para enfrentarse con, y combatir, los horrores; muchas de las cosas que hacen, sencillamente para sobrevivir de un día al siguiente, revelan lo que Baudelaire llamó «el heroísmo de la vida moderna». Los rostros en la multitud pueden ser distintos de aquello de tiempos de Baudelaire; no obstante, las fuerzas que les impulsan no han cambiado desde que empezaron los tiempos modernos.

Algunas de estas personas, en mi libro y en los párrafos anteriores, son artistas. Están atrapados en el mismo caos que el resto de nosotros; son especiales en su capacidad para darle forma expresiva, para iluminarlo, para ayudarnos a navegar y reponernos y encontrarnos, de modo que podamos sobrevivir y a veces hasta florecer en medio del torbellino. Estos artistas son como el poeta del poema en prosa de Baudelaire, «La pérdida de un halo»:

«Amigo mío, ¿usted sabe lo que aterrorizan los caballos y vehículos? / Pues, justo ahora que estaba cruzando el bulevar con mucha prisa, salpicado por el barro, en medio de un caos en movimiento con / la muerte acercándose a galope por todos lados, hice un movimiento brusco, / y se me escurrió el halo por la cabeza, cayéndose en el lodo de la / calzada. Estaba demasiado asustado para recogerlo. Pensé que era / mejor perder mi insignia que conseguir unos huesos rotos. Además, me dije, toda nube tiene un forro



de plata. Ahora puedo pasearme de incógnito, hacer cosas bajas, lanzarme dentro de toda clase de inmundicias, al igual que los mortales normales. Así que, heme aquí, tal y como usted me ve, igual que usted...»

Para los artistas y escritores de hoy, tanto como para Baudelaire, esta pérdida de aureola puede ser un paso adelante en la liberación del arte; la reducción del artista moderno a un mortal normal puede abrir nuevas líneas de vida y campos de fuerza por los que tanto el artista como su público pueden madurar.

Le agradezco a Perry Anderson por acordarse de *The politics of Authenticity* («La política de la autenticidad»), y por señalar las continuidades entre aquella obra y lo que estoy haciendo actualmente. Entonces como ahora he estado intentando desarrollar una visión teórica de las fuerzas unificadoras de la vida moderna. Todavía creo que es posible que los hombres y mujeres modernos que comparten el deseo de «ser ellos mismos» se unan, primero para luchar contra las formas de opresión clasista, sexual y racial, que obligan a las identidades de todo el mundo a conformarse en moldes rígidos e impiden el desenvolvimiento del ser de todos; y después para crear la «asociación en la que el libre desarrollo de cada uno es la condición para el libre desarrollo de todos», anhelada por Marx. No obstante, *All that is Solid...*, y lo que he escrito aquí, poseen una densidad mucho mayor y un ambiente más rico que mis trabajos anteriores. Ello es debido a que he intentado, progresivamente, situar mi exploración del Yo moderno dentro de los contextos sociales en los que devienen todos los seres modernos. Escribo más acerca de los ambientes y espacios públicos de los que dispone la gente moderna, y los que ellos van creando, así como los modos por los que ellos actúan e interaccionan en dichos espacios en el intento que hacen de acomodarse. Estoy subrayando aquellos modos de modernismo que buscan tomar o rehacer el espacio público. Es por esto que *All that is Solid...* trata tan ampliamente de luchas y encuentros públicos, diálogos y confrontaciones en las calles; y es por ello que he llegado a ver en la calle y las manifestaciones símbolos primordiales de la vida moderna.

Otra razón por la que he escrito tanto acerca de las personas normales y la vida cotidiana en la calle, dentro del contexto de esta controversia, es que la visión de Anderson está muy alejada de ellos. Sólo tiene ojos para revoluciones internacionales e históricas y obras maestras de nivel mundial en la cultura; reclama las alturas de la perfección metafísica y no se digna en fijarse en algo de menos categoría. Esto estaría bien, supongo, salvo que se encuentra muy desdichado por la falta de compañía allá en las alturas. Pudiera ser más fructífero si, en vez de preguntarnos si la modernidad es todavía capaz de producir obras maestras y revoluciones, preguntásemos si puede generar fuentes y espacios de significado, de libertad, dignidad, belleza, gozo, solidaridad. Entonces tendríamos que confrontar la desordenada actualidad en la que viven los hombres, mujeres y niños modernos. El aire acaso sería menos puro, pero el ambiente será mucho más nutritivo; nos encontraríamos con que, siguiendo la frase de Gertrude Stein, existe mayor realidad allí. Quién sabe —es imposible saberlo de antemano—, a lo mejor hasta encontraríamos algunas obras maestras o revoluciones en vías de desarrollo.

Esto no es tan sólo un problema de Anderson. Creo que es un riesgo ocupacional para los intelectuales, con independencia de su política personal, la pérdida del contacto con la sustancia y el flujo de la vida cotidiana. Pero esto es un problema más grave para los intelectuales de la Izquierda, puesto que nosotros, entre todos los movimientos políticos, tenemos por motivo especial de orgullo el que nos fijemos en las personas, en respetarlas y escuchar sus voces, en preocuparnos por sus necesidades, en unirlos, en luchar por su libertad y felicidad. (Esto es, cómo nos diferenciamos —o intentamos diferenciarlos— de las diversas clases dirigentes del mundo y sus ideólogos, los cuales tratan



a las personas a las que mandan como animales o máquinas o piezas en un tablero de ajedrez, o que hacen caso omiso por completo de su existencia, o que las dominan a todas enfrentándolas entre sí, enseñándoles que pueden ser libres y felices sólo a expensas de los demás.) Los intelectuales pueden hacer una contribución especial a este proyecto continuo. Si nuestros años de estudio nos han enseñado algo deberíamos ser capaces de extendernos más allá, de observar y escuchar más atentamente, de ver y percibir por debajo de la superficie, de hacer comparaciones a lo largo de una gama más amplia del espacio y el tiempo, de captar configuraciones, fuerzas y relaciones ocultas, con el fin de mostrar a las personas que parecen y hablan y piensan y sienten de modos diferentes —que se ignoran o temen mutuamente— la realidad de que poseen más cosas en común de lo que ellos creen. Podemos contribuir con visiones e ideas que provoquen en la gente un sobresalto de reconocimiento, reconocimiento de ellos mismos y de los demás, lo que unirá sus vidas. Esto es lo que podemos hacer para la solidaridad y la conciencia de clase. Pero no podemos hacerlo, no podemos generar ideas que acerquen las vidas de las gentes si es que perdemos el contacto con la realidad de esas vidas. A menos que sepamos reconocer a las personas, tal y como parecen y sienten y experimentan el mundo, jamás podremos ayudarles a reconocerse ni a cambiar este mundo. La lectura de *El Capital* no nos ayudará si no sabemos, además, leer las señales en la calle.

Traducción: J. C. Navascués  
© New Left Review

---



---

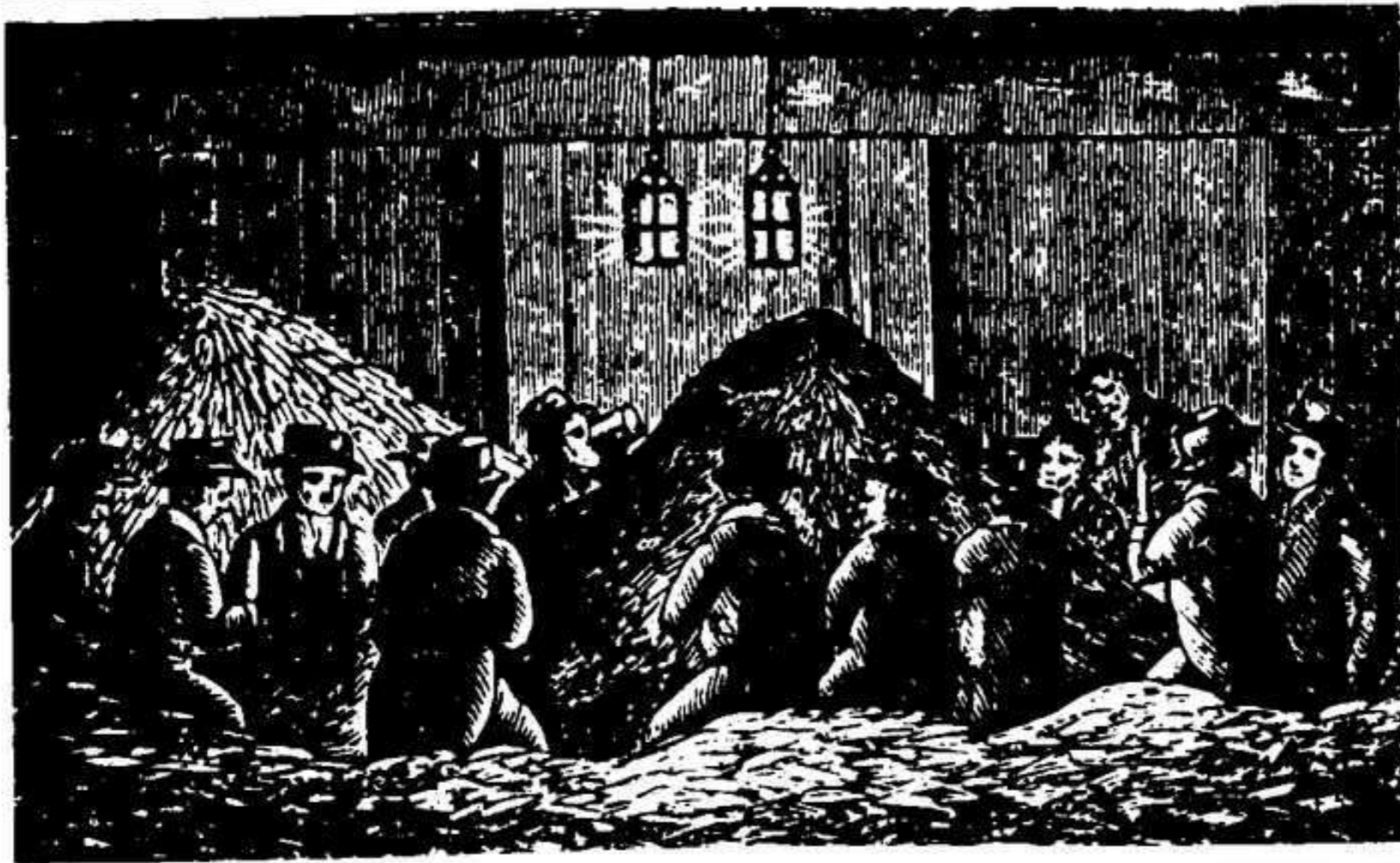
# LA IZQUIERDA Y LA CRISIS ECONÓMICA

## Ludolfo Paramio

---

*análisis y debate*

---



# 3

El socialismo europeo atraviesa hoy una evidente crisis de identidad. Era bastante previsible, pese a que a todos nos sorprendiera, que la crisis de los años 70 viniera a echar por tierra las identidades ideológicas que antes habían cohesionado a las bases sociales de los partidos de izquierda. Al fin y al cabo, la *gran depresión* de 1873-1890 había dado origen a la crisis del revisionismo, y la depresión de entreguerras había provocado la escisión del movimiento obrero que tanto facilitó el ascenso del fascismo. Pero, aun así, la crisis de los 70 golpeó duramente las seguridades hasta entonces adquiridas, y a la hora de la verdad nadie tuvo respuestas a punto.

Para entendernos podemos diferenciar tres grandes áreas en el mapa de la izquierda europea al comienzo de los años 70. Por una parte, el área socialista, incluyendo los partidos socialdemócratas y laboristas del norte de Europa y lo que entonces se comenzó a llamar socialismo mediterráneo o socialismo del sur de Europa. Por otra parte, el área comunista, que precisamente a comienzos de los años 70 inició un com-



plejo proceso de transformación con el nacimiento del llamado eurocomunismo. Por último, la izquierda revolucionaria, mayoritariamente alineada sobre propuestas tercermundistas, siguiendo el viejo esquema de Lin Biao —el cerco de las ciudades por el campo—: la revolución comenzaría en el Tercer Mundo y desde allí llegaría a las metrópolis imperialistas.

La crisis fue devastadora para estas tres áreas de la izquierda. Sus respectivas referencias se vinieron abajo. La izquierda revolucionaria, más preparada para denunciar el imperialismo que para ofrecer alternativas políticas *en el centro*, no supo qué hacer frente al ascenso del desempleo y la emigración de capitales hacia la periferia. Eso no estaba previsto en *El capital monopolista*, menos aún en las obras de Mao o Lin Biao. El trotsquismo, que creía haber encontrado su Comuna de París en el Mayo de 1968, también se vio defraudado por la impotencia del movimiento obrero ante la crisis del capital.

El eurocomunismo nació, como se sabe, bajo el influjo de la derrota de la Unidad Popular chilena. Las reflexiones de Enrico Berlinguer sobre los hechos de Chile fueron el origen de su propuesta de *compromiso histórico* con la democracia cristiana, y también el punto de arranque de una transformación de la tradicional identidad comunista que afectaría a todos los países del sur de Europa y también a otros mercados por la hegemonía de la socialdemocracia dentro de la izquierda (Finlandia, Suecia o Inglaterra).

Pero ni el comunismo tradicional ni el eurocomunismo fueron capaces tampoco de diseñar una estrategia de respuesta a la crisis. Esto fue singularmente grave para su propia imagen, pues tradicionalmente se había criticado a la socialdemocracia, desde el área comunista, por limitarse a gestionar la prosperidad. Llegado el tiempo de las vacas flacas, entonces, también debería haber sonado la hora de los partidos comunistas. Y no sólo no fue así, sino que su desgaste fue mayor que el de los partidos tradicionales. La propuesta de austeridad con contrapartidas, tal y como la presentaron los eurocomunistas más consecuentes, no llegó a diferenciarse a los ojos del electorado de las propuestas socialdemócratas. Y el ejemplo del PCF parece mostrar que tampoco la demagogia populista —pobres contra ricos— es rentable en las sociedades avanzadas, incluso en medio de una muy grave crisis económica.

De esta forma, los partidos socialistas o socialdemócratas han mantenido dentro de la izquierda la hegemonía de la que ya gozaban en el norte de Europa, y parecen haberla ganado en Grecia, Francia, España y Portugal. Incluso en Italia, donde el PSI mantiene su carácter minoritario, la política de Craxi le ha dado un desproporcionado protagonismo dentro de la vida política, hasta llegar el propio Craxi a presidir el gabinete.

Cabría pensar, entonces, que la crisis se ha limitado a reforzar las tendencias anteriormente existentes. Sin embargo, en muy importantes sentidos no es así. Si los partidos socialistas han resistido mejor el impacto de la crisis, se debe en buena medida a su mayor peso social e institucional —en el norte de Europa— o al deseo mayoritario de un cambio de régimen —en el sur de Europa—, pero eso no implica que estos partidos posean hoy un modelo de sociedad claro, capaz de arrastrar o de movilizar a una mayoría. En Francia y España, en particular, parece evidente que la abrumadora mayoría que se agrupó tras los gobiernos del PSF y del PSOE respondía a circunstancias coyunturales que difícilmente volverán a reproducirse.



En otras palabras; incluso si los partidos socialistas mantienen en Europa la hegemonía dentro de la izquierda, y en bastantes casos la hegemonía social a secas, al mismo tiempo atraviesan una crisis de identidad sin precedentes, orientando su política más en base a cálculos puramente pragmáticos que en función de una estrategia de largo plazo, con un modelo de sociedad definido y unos principios éticos claros. No resulta difícil comprender que la clave de esta crisis de identidad es la pérdida de una imagen de lo que pueda ser una sociedad socialista y de cómo avanzar hacia ella. Pero en vez de analizar este problema en abstracto, o por referencia a lo que los clásicos del socialismo escribieron sobre tales cuestiones, puede ser mejor estudiarlo en el contexto, muy definido, de la política económica.

La ideología del socialismo europeo durante la onda larga de crecimiento de la postguerra estaba enraizada en una idea keynesiana de control del ciclo y de redistribución de la riqueza. No se apostaba a corto plazo por la modificación de las relaciones de producción, con escasas excepciones tales como el plan Meidner en Suecia. En principio la idea era que una mayor equidad en la educación, la sanidad y los servicios sociales, unida a un crecimiento sostenido, sin bruscas y dramáticas recesiones, crearía una sociedad de igualdad de oportunidades. Que esta sociedad representara una alternativa al socialismo de los clásicos o simplemente su antesala era algo por discutir, y algo que, de hecho, la mayor parte de los autores socialistas no llegaba a discutir.

La crisis de los años 70 marca los límites históricos de las posibilidades de control del ciclo económico a través de la creación de demanda solvente. Y desde ese momento ya no es posible dar por hecho ningún progreso irreversible hacia la igualdad de oportunidades. De hecho, los ideólogos de Thatcher o Reagan afirman que el Estado de bienestar, la educación gratuita y el servicio nacional de salud (en Inglaterra; en Estados Unidos nunca ha existido tal cosa) han contribuido decisivamente a crear la crisis al premiar a los incompetentes. Según esta tardía versión del darwinismo social, las economías industriales avanzadas estarían perdiendo la carrera de la productividad por subvencionar a los vagos mediante el seguro de desempleo, no por el conservadurismo de los administradores del capital al tomar las decisiones de inversión con riesgo.

Pero para la izquierda el problema no es que la derecha critique el principio de igualdad de oportunidades, sino que con la crisis se viene abajo el punto de partida de una estrategia centrada en tal principio. A finales de los años 70 ya no es posible pensar en una redistribución progresiva de los ingresos, ni en una mejora de los servicios sociales, porque el principal problema de las economías avanzadas es un déficit presupuestario incontrolable. Keynes ya no ofrece ni soluciones a la crisis ni medios para legitimar el modelo de sociedad mediante la redistribución de los recursos y la creación de una mayor igualdad de oportunidades.

No toda la izquierda europea admitió estos hechos, sin embargo, el gobierno socialista en Francia puso en marcha una política económica de *refacción en un solo país* que, en resumidas cuentas, constituía una negativa a aceptar los límites del keynesianismo que la crisis mundial había puesto de relieve. El fracaso de esta estrategia, *en un solo año*, provocaría un decisivo pero tardío cambio de rumbo en la política del gobierno de Mitterrand. La experiencia francesa podría resumirse así: si se aumenta por decisión política el nivel de vida de los trabajadores en un país que está perdiendo competitividad internacional, la demanda añadida provoca un aumento de las importaciones de bienes de consumo, sin tener repercusiones positivas sobre la inversión interior y desequilibrando en cambio la balanza comercial.



Tras el fracaso francés todos los gobiernos en manos de la izquierda aceptan en Europa la necesidad de una política de austeridad, y de controlar el déficit y la inflación. (De hecho, el único país industrial avanzado que no se propone hasta ahora controlar el déficit presupuestario es Estados Unidos.) Esto, lógicamente, crea problemas de imagen: ¿no se está aceptando la lógica conservadora en el terreno económico?

Para responder a esta pregunta hay que aceptar que la relación entre medios y fines condiciona el proyecto socialista. Dicho de otra forma, hay que aceptar que una medida de gobierno debe valorarse no sólo por sus repercusiones inmediatas sino también por sus consecuencias a medio y largo plazo. Y estas consecuencias, a su vez, implican aceptar la existencia de una lógica económica que en cierto sentido está por encima de la política o de la voluntad de clase.

No se trata de que las decisiones económicas sean puramente técnicas. Nunca lo han sido y nunca lo serán mientras exista una sociedad escindida en clases. Pero las decisiones económicas tienen que aceptar una lógica técnica: si entran en conflicto con ella fracasan, simplemente.

De hecho, lo que sucede es que la izquierda europea vive entre dos lógicas, la del capital, que rige la inversión *privada*, y la lógica social con la que se intenta orientar la política económica del sector público hacia la mejora de las condiciones colectivas. En la medida en que la segunda depende de la primera, como aún sucede en todos los países capitalistas avanzados, un gobierno de izquierda está atrapado en una antinomia difícilmente salvable.

¿Existen alternativas? Hasta hoy, *no*. Si los regímenes post-revolucionarios, en la URSS o en cualquier otro lugar, hubieran logrado mejores resultados que el capitalismo, éste no habría sobrevivido en parte alguna. Pero la realidad es que han creado una nueva minoría privilegiada —lo que se ha dado en llamar la *nomenklatura*— y no han superado los niveles de productividad ni de bienestar social del Occidente avanzado.

Son demasiadas las objeciones que se acumulan contra el modelo soviético de sociedad. En primer lugar, el mantenimiento de dramáticas desigualdades entre los *apparatchiki* —la élite, la *nomenklatura*— y el pueblo trabajador; en segundo lugar, la evidente independencia de la élite política, a la hora de tomar decisiones, respecto a la opinión popular, lo que a su vez es manifestación del vicio radical de estas sociedades, su carácter *no* democrático; en tercer lugar, los propios límites de su modelo de crecimiento, que se traducen a partir de cierto momento en notables retrocesos del nivel de vida, patentes por ejemplo en la Unión Soviética, durante los años 70, en el deterioro de la asistencia sanitaria y el retorno hasta niveles tercermundistas de la mortalidad infantil.

Se ha creado así una situación paradójica. Los trabajadores de Europa Occidental desconfían de las políticas económicas de sus gobiernos, los castigan frecuentemente mediante la abstención o votando a la oposición política, pero *no* parece creer en la existencia de alternativas. (Esta es, en concreto, la realidad en España, según detalladas encuestas realizadas durante la etapa de transición a la democracia bajo los gobiernos centristas de Adolfo Suárez.)

¿Quiere decir eso que es inevitable aceptar la lógica conservadora? En absoluto: lo único que quiere decir es que debemos plantearnos de nuevo el contenido económico de una estrategia socialista, y dejar de pensarlo en términos heredados de la experiencia



soviética o del keynesianismo de postguerra en Occidente. El problema es que si abandonamos los modelos conocidos debemos pensar por aproximación, sumar intuiciones de diversos orígenes y tratar de ver a través de esa suma lo que podría llegar a ser una futura sociedad socialista. No es una tarea fácil, y en todo caso es extremadamente difícil hacer propuestas convincentes a una sociedad que exige, pura y simplemente, que se dé una solución al problema del paro, problema que ya tiene dimensiones catastróficas en la OCDE.

Pero tales propuestas pueden ensayarse. Sería necesario admitir, en primer lugar, que en la ofensiva ideológica de la derecha contra los límites del keynesianismo, en los años 70, juegan un papel importante hechos objetivos que deben reconocerse y replantearse en una perspectiva de izquierda. El primero de tales hechos es que la crisis actual es una crisis del lado de la oferta (*supply side*), lo que se puede retraducir a términos marxistas afirmando que el origen de la crisis es una reducción de la participación de las ganancias del capital en la renta (*profit squeeze*) a consecuencia de un crecimiento de los salarios superior al de la productividad en los países capitalistas centrales.

Eso significa que los intentos de superar la crisis no pueden limitarse a intentar reactivar la demanda interna como lo intentó en su primer año de gestión el gobierno socialista francés, sino que deben elevar la productividad, lo que tiene dos facetas: una, puramente negativa, de cierre de plantas no rentables y reducción del empleo, y otra, positiva a largo plazo —pero *no necesariamente* a corto plazo— de inversión en bienes de capital capaces de aumentar la productividad. El punto es que en una primera fase sólo son visibles los efectos de reducción del empleo: la reconversión industrial significa despidos, y las nuevas inversiones de capital vienen a sustituir puestos de trabajo existentes o a impedir su formación. Así, el único resultado inmediato para los trabajadores de las medidas de ajuste ante la crisis en los países centrales es el crecimiento del paro.

Peor aún: la caída de las ganancias impide que se realicen las inversiones necesarias para relanzar, *a medio plazo*, el empleo, por lo que la reactivación de la economía exige pactos sociales destinados a fijar límites a los crecimientos de los salarios respecto a la inflación. De esta forma el cuadro completo que se presenta a los trabajadores es una combinación de paro creciente y estancamiento o disminución de su nivel de vida.

Ahora bien, la cuestión está en saber si existen posibilidades distintas de respuesta a la crisis. Si el diagnóstico anterior es correcto, y se trata en efecto de una crisis *supply side*, la dura realidad es que no existen tales posibilidades si lo que se desea es dar una salida no catastrófica a la crisis. Esta es, sin duda, la paradoja: pérdida de la confianza en una alternativa radical e inmediata al capitalismo, tras el relativo fracaso de las economías post-revolucionarias, la izquierda europea ha debido apostar por la doble tarea de relanzar la economía capitalista y de tratar que el capitalismo que salga de la crisis se parezca más al ideal de una sociedad socialista que el capitalismo clásico o que el propio capitalismo de postguerra. Es en esa aproximación gradual al socialismo, evidentemente, donde está la clave para evaluar el significado progresista o no de las distintas políticas ante la crisis.

Supongamos entonces que aceptamos la inevitabilidad de una cierta combinación de paro más austeridad en la primera fase de respuesta a la crisis. ¿Y después? El PCI lanzó muy tempranamente la propuesta de una política económica de austeridad como componente de una estrategia de izquierda ante la crisis, pero haciendo hincapié en el control social de las inversiones, el mayor poder sindical y la democratización de la



organización productiva en la fábrica como contrapartidas de esa austeridad, apuntando a un modelo de sociedad en el que el consumo colectivo y la humanización del trabajo vendrían a sustituir el consumismo capitalista (privado) de los años 60 y las formas más alienantes y competitivas de la organización del trabajo.

El problema es que esas propuestas han seguido muy desigual fortuna hasta hoy. En el caso del PCI, y en general de los partidos eurocomunistas, la misma aceptación de la política de austeridad estaba condicionada al protagonismo político de los partidos eurocomunistas. Al no haberse logrado tal protagonismo, el conjunto de los partidos de este área han rechazado las medidas de austeridad —introducidas por gobiernos socialistas o de derecha— y han propuesto políticas de reindustrialización y protección del poder adquisitivo.

Estas, a su vez, son dos cuestiones distintas. La defensa del poder adquisitivo de los trabajadores parece una causa irrenunciable de cualquier gobierno de izquierda. El problema es que hay que distinguir entre el conjunto de los trabajadores y lo que podríamos llamar la clase obrera *empleada*. La defensa de los salarios de los trabajadores activos puede muy bien conducir a un aumento del paro, perjudicando al conjunto de los trabajadores (activos y *en paro*). Así, no parece posible plantearse el problema del poder adquisitivo de la clase obrera separándolo del problema del paro y de la creación de empleo.

Aquí entra en juego la segunda cuestión. Los partidos eurocomunistas y los grupos de izquierda extraparlamentaria acusan con frecuencia a las políticas de ajuste a la crisis de ser puras políticas de desindustrialización, sin crear nuevos puestos de trabajo ni nuevas empresas industriales. La acusación tiene, sin duda, un punto de verdad. A corto plazo, el saldo de las medidas de reconversión industrial es una pérdida absoluta de puestos de trabajo. Pero la crítica es demagógica: la alternativa sería crear o mantener puestos de trabajo no rentables, no competitivos —lo que parece imposible precisamente en el apogeo de la crisis—, o bien efectuar masivas inversiones públicas en aquellos sectores que se prevé que pueden ser rentables a medio plazo. Pero para efectuar estas inversiones es preciso liberar fondos para la inversión, lo que implica reducir el déficit público. En otro caso, el crecimiento de la inversión pública supone inflación —lo que implica una pérdida de competitividad para la economía nacional— o bien encarecimiento del crédito —si se opta por controlar la masa monetaria—, lo que a su vez lleva a la quiebra de las pequeñas empresas y aumenta el paro. Esta última posibilidad ha sido la más frecuente en Europa, y nadie ignora que el factor más importante en el crecimiento del paro no es la reconversión de las empresas públicas, sino el cierre de empresas privadas, pequeñas y medianas sobre todo.

Dicho en otros términos: en una primera fase del ajuste a la crisis, mientras no se llega a controlar el déficit público, el Estado tiene las manos atadas para crear nuevos puestos de trabajo en cifras significativas: sólo puede tratar de crear las condiciones más favorables para la recuperación de la economía privada, contando con que esta recuperación lleve a su vez a la creación de empleo. Pero éste es, por su parte, un proceso lento y vacilante, pues exige confianza empresarial, es decir, expectativas claras de ganancia y garantías de estabilidad política y social. Factores, estos últimos, nada fáciles de lograr por un gobierno democrático, de izquierda o de derecha, en tiempos de crisis económica y social.

Tenemos así que la izquierda presenta dos frentes ante la crisis. Los partidos eurocomunistas, que fueron los que introdujeron en el debate político la idea de austeridad con contrapartidas, la han abandonado ante la imposibilidad de hegemonizar política-



mente el proceso de respuesta a la crisis, y critican a las políticas de ajuste seguidas por los partidos socialistas por una supuesta falta de radicalidad que, según he intentado argumentar, no es tal, sino puro y simple realismo. Pero esto dificulta la creación de una imagen de oferta de izquierda ante la crisis: la división entre eurocomunistas y socialistas en su política económica refuerza la vieja caricatura estalinista de unos partidos socialistas traidores a los intereses de la clase obrera —y sin embargo, misteriosamente hegemónicos entre los trabajadores—, y unos partidos comunistas o de extrema izquierda fieles a los principios e intereses de la clase —pero siempre minoritarios e incapaces de ofrecer alternativas reales a los problemas sociales y nacionales.

Si se acepta todo el razonamiento hecho hasta aquí, por el contrario, parece evidente la necesidad de ofrecer una imagen no demagógica de la crisis y de las posibles salidas ante ella. Hacer creer a los trabajadores que existen otras posibilidades que la política de ajuste, pretender que ésta es fruto del carácter conservador y antiobrero de los gobiernos, y no de los propios condicionamientos que introduce la naturaleza misma de la crisis, puede dar un puñado de votos a los partidos que opten por la demagogia, pero si tales partidos llegan al gobierno tendrán que pagar un alto precio de descrédito (caso de la izquierda francesa), y si no llegan difícilmente conservarán sus ganancias electorales a largo plazo, una vez que los trabajadores comiencen a palpar los efectos *positivos* de las actuales políticas de ajuste y austeridad.

La cuestión es que la llegada de esos efectos positivos se alarga en el tiempo, llevando la desesperanza a amplios colectivos sociales, en especial los jóvenes. Y las dificultades son muy grandes. Si el problema más obvio en los países capitalistas centrales es el del paro, a escala mundial es más grave el desequilibrio Norte/Sur, bien patente en estos momentos en el gigantesco volumen de la deuda externa latinoamericana. Pero también sería un error caer en el pesimismo absoluto.

A medida que las economías centrales vayan definiendo sus nuevos sectores de punta y de alta productividad, a medida en suma que se vaya asentando la nueva división internacional del trabajo que comenzó a nacer en los años 70, el comercio mundial se reactivará de forma estable, con lo que desaparecerá el peor obstáculo actual en las relaciones Norte/Sur. Al mismo tiempo, la reactivación en el centro, junto con los factores demográficos, forzarán una solución al paro que implicará un mejor reparto del trabajo: menos horas semanales para todos y muy probablemente una prolongación de la vida laboral activa (la actual tendencia a una entrada cada vez más tardía de los jóvenes en el mercado de trabajo y a una jubilación cada vez más temprana es incompatible con la evolución demográfica de los países avanzados).

En esta perspectiva, con la creciente intervención en la producción de los robots y los microprocesadores, y con el paso a primer plano de la información por delante de la producción material, algunos autores, sobre todo franceses, han comenzado a vislumbrar un futuro en el que el socialismo perdería todo su sentido, quedando como un simple recuerdo de la ideología del movimiento obrero en el primer capitalismo industrial. Esos análisis tienen la ventaja de hacer hincapié en las novedades históricas que probablemente mostrará el capitalismo que surja de la crisis actual, pero corren el riesgo de olvidar que una jornada laboral más corta no significa el final de la explotación, del trabajo sin sentido y de la irracionalidad capitalista.


Es en este punto donde el socialismo europeo debe redefinir su identidad, planteándose de cara a ese futuro que ya se vislumbra los viejos problemas del control social de la economía, los viejos problemas, en suma, del socialismo. El control de los trabajadores sobre el proceso de producción inmediato, el control de los trabajadores sobre el volumen y el destino de las inversiones, el control de toda la sociedad sobre el sector público de la economía, y también, a través de la intervención del Estado,



sobre las grandes decisiones económicas del sector privado. Todas estas son las líneas por las que sería preciso avanzar en la fase inmediata de esa larga transición hacia una economía socializada que parece haber comenzado en nuestro siglo pero que nadie sabe bien cuánto durará.

En este sentido, la izquierda europea no sólo corre el riesgo de dejarse llevar por la demagogia, proponiendo políticas contra la crisis que no pueden llegar a funcionar. También corre el riesgo de perder de vista los objetivos a medio plazo, dejándose cegar por la gravedad de los problemas inmediatos. La reforma y mejora de los servicios sociales, por ejemplo, pasa a menudo a segundo plano ante la simple negociación salarial, y lo mismo se puede decir de las grandes decisiones de inversión pública, terreno en el que con frecuencia las propuestas sindicales siguen una línea profundamente conservadora de mantenimiento de los puestos de trabajo existentes, dejando de lado o sobrestimando su viabilidad y sus posibilidades de futuro.

Forzados por la crisis a la austeridad, los gobiernos y partidos de izquierda en Europa pueden tomar la necesidad por virtud y ser demasiado conservadores en su política. Pero un peligro parecido acecha a quienes les critican desde los sindicatos o desde otras posiciones políticas. Dar salida a la crisis, desde la izquierda, significa no sólo hacer frente a los problemas inmediatos, sino hacerlo en una perspectiva de futuro, y de un futuro cada vez más próximo al ideal socialista. La tentación de permanecer anclados en el pasado es muy fuerte, pero mientras tal tentación no se supere el socialismo europeo seguirá atravesando una crisis de identidad.



## La poesía y el cuento en la Escuela

MIGUEL MUÑOZ LOPEZ

La fresca, imaginación y aproximación a la palabra que nos ofrece el libro, mediante poesías y cuentos jugados y realizados por los niños, nos hace olvidar la petrificación de la palabra convencional.

Las orientaciones metodológicas, sugerencias, pautas elementales de instrucción e instrumentación y demás elementos varios que aporta, servirán de gran apoyo para todos los maestros que están en el empeño de hacer, a través del trabajo del aula, un recinto de creatividad e imaginación.



CONSEJERIA DE EDUCACION Y JUVENTUD  
COMUNIDAD AUTONOMA DE MADRID



---

# "LEVIATÁN"

## LA BÚSQUEDA DE UNA TEORÍA

Ángel Merino

---

*análisis y debate*

---



4

La medida histórica del tiempo y la medida cronológica no siempre coinciden. Este ya pasado 1.º de Mayo de 1984, junto con la efemérides, hubiéramos podido celebrar el cincuentenario de la publicación del primer número de *Leviatán*, la conocida, polémica y silenciada revista que creó y dirigió don Luis Araquistain durante los años más convulsos que se han vivido en España en lo que va de siglo. Pero la asociación de ambas conmemoraciones habría quizá parecido en exceso forzada, una paradoja. No hay ninguna relación histórica entre la *Leviatán* que apareció aquel 1.º de mayo de 1934 y las circunstancias en que se ha celebrado el 1.º de Mayo de este año. Hace siete años todavía era posible, para las generaciones actuales, encontrar algún hilo conductor que les permitiera establecer una conexión con la revista, algo que les ayudara a comprender su significado en el período de su publicación, desde mayo de 1934 a julio de 1936. Hoy se contempla *Leviatán* mucho más distante en el tiempo histórico que, por ejemplo, las concepciones del Partido Socialista como el partido nacional, frecuentes entre los intelectuales de los años diez y aún de los años veinte.



Lo cual no debe interpretarse como el alejamiento definitivo de *Leviatán*, siempre en el tiempo histórico, porque tal vez la evolución del acontecer nos acerque de nuevo a la revista.

Es probable que *Leviatán* ejerciera alguna influencia en el curso de los acontecimientos de aquellos años. Al menos, en el pensamiento de los que buscaban con mayor ahínco una salida a la situación revolucionaria que estaba planteada y que más contribuyeron a encauzar hacia tal salida los comportamientos de las masas. Sin embargo, no creo que el desarrollo de los acontecimientos se hubiera alterado un ápice, aunque *Leviatán* no se publicara. Más bien la revista constituyó un intento de aprehender teóricamente lo que estaba sucediendo y una búsqueda de soluciones en la perspectiva revolucionaria. Sin remontarnos más allá del 14 de abril de 1931, es preciso anotar que ni en el momento de la proclamación de la República ni en el desenvolvimiento posterior, incluso hasta después de desatada la guerra civil, hubo en el movimiento socialista una concepción clara del proceso histórico en que se encontraba inmerso y en el que actuaba como principal protagonista político. Las mismas referencias de Araquistain, en agosto de 1934, a la democracia parlamentaria que «no conduce, en el régimen capitalista, al socialismo, ni siquiera a la consolidación de ese reformismo social que torpemente muchos consideraban y consideran aún como socialista y cuyo progreso se creía constante sin estancamientos ni retrocesos, hasta que un día apareciera mágicamente completo en el socialismo integral» (*Leviatán*, n.º 4, I época), demuestran hasta qué punto la ilusión democrática del 14 de abril había anegado la capacidad de observación y de análisis de la realidad histórica, si es que alguna vez se tuvo. Lo curioso es que una vez desvanecidas las ilusiones democráticas, aunque persistiera, como era lógico en la circunstancia, el respeto y defensa de sus formas, este respeto llevara a actitudes como la mantenida por Largo Caballero la noche del 18 al 19 de julio de 1936, limitándose a respaldar un gobierno que entregara las armas al pueblo, en lugar de hacerse él cargo del gobierno, respondiendo así a las aclamaciones de la masas en las calles de Madrid y a las necesidades del momento revolucionario. Si el esfuerzo realizado por *Leviatán* de proporcionar una formación teórica que sirviera de fundamento a las actitudes precisas que habrían de adoptarse en las situaciones que ya se preveían hubiera logrado inculcar en los principales actores la noción del momento histórico, de su carácter revolucionario, el respeto por las formas democráticas se habría disipado como la ilusión del 14 de abril, y muy probablemente el movimiento socialista no hubiera actuado a remolque de los acontecimientos.

Con la proclamación de la República el pueblo español desembocó en un proceso revolucionario para el cual no estaban preparadas las organizaciones obreras ni, por supuesto, sus dirigentes. Los primeros meses de euforia por el cambio de régimen político, que se había producido pacíficamente —lo que llenaba de orgullo a socialistas y republicanos— transcurrieron sin conflictos importantes. La crisis económica apenas afectaba todavía a España. Renacía la esperanza en el regeneracionismo conducido desde el poder político, aunque el poder real permanecía en manos de los estamentos tradicionales, con su red caciquil que había constituido el instrumento más sólido de dominio desde la Restauración. El problema esencial, económico y social, la situación del campo, no podía siquiera abordarse sin quebrar previamente las estructuras del poder real. Pero la República en que pensaban sus intelectuales, más juristas que economistas, no contemplaba sino el establecimiento de un sistema constitucional que garantizara las libertades formales. Como mucho, la aspiración a realizar algunas reformas que paliaran los desequilibrios sociales más candentes. Había mayor preocupación por imponer el laicismo del Estado que por el sistema de la propiedad agrícola y el régimen de producción.



La tesis tantas veces repetida, entonces y ahora, de que lo primero es establecer el ordenamiento jurídico no es, en rigor, sino el subterfugio para eludir las transformaciones económicas y sociales, cuyos tenor y carácter son precisamente los que determinan la forma política, ese ordenamiento jurídico. Aun sin darse cuenta de ello lo reconocían las palabras de Indalecio Prieto, en el Congreso del Partido Socialista celebrado en 1932, cuando, en respuesta a las protestas por la presencia de ministros socialistas en el Gobierno y la ausencia de las esperadas transformaciones económicas y sociales, dijo que los socialistas habían tenido que dedicarse a apuntalar el régimen en lugar de ocuparse de la misión propia como representantes de la clase trabajadora. De nuevo la idea del partido nacional, del partido que carga sobre sus hombres la responsabilidad de conservar un sistema contra el que ha combatido y que rechazan las masas que representa, para mantener unas formas políticas cuya perduración no estaba garantizada, puesto que el nuevo régimen no disponía de los poderes reales, en manos, como hemos apuntado antes, de las oligarquías del antiguo. Habría que esperar a la salida de Largo Caballero del Gobierno, en mayo de 1937, para que en un artículo de Araquistain (citado por Marta Bizcarrondo) se reconociera, refiriéndose a la guerra, considerada como guerra revolucionaria, la correspondencia entre las estructuras socio-económicas y las formas políticas, en este caso entre la consolidación de la revolución y la conducción de la guerra. (Aparte del artículo citado, estos conceptos fueron recogidos por el autor de este trabajo en conversaciones mantenidas en el curso del año 1938 con Araquistain, Caballero y Baráibar.) Así ahora la tesis, defendida por el Partido Comunista, de «primero ganar la guerra», que en la conciencia de las masas equivalía a despojar al esfuerzo bélico de su razón de ser, introducía la división y encaminaba a la derrota, correspondía a la tesis «primero el ordenamiento jurídico», que había preparado las condiciones adecuadas para la destrucción del régimen democrático.

La esperanza en las posibilidades reformistas que ofrecía el régimen no tardaron en disiparse ante la ofensiva patronal, principalmente en las zonas rurales, donde nada se hacía —ni se hizo— para desmontar la red caciquil, que en todos los lugares disponía del aparato coactivo. Mientras se discutía la Constitución se impacientaban los jornaleros del campo y los obreros de las ciudades, incluso los afiliados a la UGT, más inclinados, a pesar de los discursos de sus dirigentes, a secundar las acciones emprendidas por la CNT. Un ejemplo significativo del ascenso revolucionario de las masas y de la situación contradictoria en que se hallaba sumido el Partido Socialista se puso de manifiesto en el mes de noviembre de 1931, cuando Trifón Gómez logró evitar la huelga de ferroviarios que costó varios miles de afiliados al sindicato ugetista. Con razón anotaba Azaña en su diario los primeros días de noviembre: «Si la presencia de los ministros socialistas no sirve para evitar el conflicto, ¿para qué sirve?». No se puede expresar más claramente la función que los representantes del ordenamiento jurídico burgués asignaban al Partido Socialista. La réplica, desde la clase trabajadora, era: «si la presencia de los ministros socialistas no sirve para realizar las transformaciones sociales y económicas, ¿para qué sirve?». No hacía falta esperar a las elecciones de 1933 para percatarse de la revolución que se estaba fraguando. Ni a las crisis políticas de ese año para advertir que la presencia de los socialistas en el Gobierno había dejado de ser útil desde el momento en que ya no servían para contener los movimientos de las masas. Es decir, desde que se comprendió que la radicalización de las masas de trabajadores rebasaba a sus dirigentes y los obligaba a radicalizarse a su vez.

Ante la creciente marea revolucionaria, el grupo más conservador del Partido Socialista —no es muy adecuado el calificativo de reformista, puesto que reformistas eran todos los dirigentes<sup>1</sup>—, encabezado por Besteiro, a pesar de que era visible la



imposibilidad de frenar los impulsos de las masas obreras, intentó, vanamente como es sabido, impedir que las organizaciones se radicalizaran siguiendo el movimiento de las masas. Hay que anotar que este movimiento de las masas de trabajadores, más que adelantarse se había gestado como respuesta al movimiento de signo reaccionario, y no menos difícil de frenar, que se producía entre las masas que se alineaban con las formaciones derechistas. (La imposibilidad de contener el impulso de las masas reaccionarias se reveló durante el «bienio negro», cuando el mismo Gil Robles se encontró rebasado por sus huestes.) En esta situación, la tendencia radical del Partido Socialista —las posiciones de Largo Caballero— no tenía que realizar grandes esfuerzos para contrarrestar las tesis de Besteiro. Fueran o no teóricamente acertados sus argumentos, los caballeristas, al incorporarse a la corriente de las masas, no sólo desplazaron fácilmente a los conservadores del partido sino que dejaron al descubierto la ambigüedad y contradicciones de Prieto, antes impulsado por reacciones temperamentales frente a la circunstancia que por una concepción clara de la evolución de los acontecimientos y una línea de conducta consecuente. Pero, al mismo tiempo, los caballeristas asumían la responsabilidad de encauzar la acción revolucionaria, de proporcionarle un contenido y definir sus objetivos.

A partir de la derrota de la izquierda en las elecciones de noviembre de 1933, y más concretamente desde enero de 1934, tras la fracasada insurrección cenetista del mes de diciembre, *El Socialista* emprende la tarea de preparar a las organizaciones, el partido y la UGT, y a las masas para una acción más bien de carácter defensivo ante la prevista total ocupación del poder por parte de las derechas monárquicas acaudilladas por Gil Robles. La tarea, como se observa en los textos que a la sazón publicaba *El Socialista*, estaba orientada en tres direcciones; se trataba, por un lado, de estimular el espíritu revolucionario de las masas y de inculcarles la confianza en las organizaciones; por otro, se intentaba contener su impaciencia y evitar el estallido de acciones aisladas; y, por último, se tendía a poner en guardia a los gobernantes republicanos y al presidente de la República principalmente sobre las consecuencias a que podía llegarse si cedían a las presiones de la derecha monárquica, o fascista, según la terminología que se había adoptado. Cuando aparece *Leviatán*, en mayo del mismo año, la misión que le correspondía consistía en formular la doctrina revolucionaria que fundamentara teóricamente la acción que estaba desarrollando, es decir, que expusiera qué se debía hacer, cómo y para qué, pero no como una respuesta política a la circunstancia, sino como la línea de conducta que debía seguir la clase trabajadora en consonancia con el proceso revolucionario que estaba en curso. Sobre todo, definir y dar contenido a los instrumentos revolucionarios que se necesitaban.

*Leviatán* sigue, con algunos matices apenas diferenciadores, la orientación de *El Socialista*. En el número de septiembre de 1934, Araquistain escribe en sus «Glosas del mes», refiriéndose a los conflictos del País Vasco y Cataluña: «Gil Robles, o quien quiera emplear una política de violencia con Cataluña, representa la guerra civil. Una guerra civil que traería nuevas y aún más grandes complicaciones, porque la guerra civil en esas circunstancias no se desarrollaría sólo horizontalmente, en la superficie del territorio nacional, sino también verticalmente, en la dimensión profunda de la sociedad española. La guerra civil se complicaría con la guerra social. No lo olviden los que deben saberlo». A juzgar por lo que encierra de advertencia el párrafo, dirigida principalmente al presidente de la República, todavía se confiaba en la voluntad, si no en la capacidad de la más alta institución para contener el empuje, con características de asalto «legal» al Poder, que venían ejecutando las fuerzas políticas reaccionarias. La misma idea se repite en el primer párrafo de las «Glosas» del número siguiente, el que se publica días antes de la insurrección de octubre: «Quien no se percate de que España está entrando en la fase aguda de la guerra civil entre el fascismo



de Estado —al servicio de las oligarquías capitalistas y muy señaladamente de la territorial, aliada predilecta de la Iglesia— y la clase obrera organizada, entenderá difícilmente los sucesos, tan típicos y sintomáticos, del pasado mes de septiembre. La noción de que estamos en las primeras escaramuzas de la guerra civil nos da la clave de esos sucesos». La descripción de la situación, junto con la advertencia que contiene, en la que se insiste en párrafos siguientes revela que la iniciativa estaba en manos de las derechas, que no se hacían ilusiones sobre la posibilidad de asegurarse el dominio del poder político sin antes desarticular a la clase obrera organizada por los medios que fueren precisos, como se demostraría dos años después. La noción de defensa se reproduce en la misma «Glosa»: «Si la clase trabajadora está armada, no sólo con armas materiales, sino con lo que vale más, con el arma de una voluntad indestructible de tener lo que le corresponde por derecho propio, sin que nadie sea ya capaz de desarmarla, es porque no quiere perecer, por puro instinto de conservación, por un imperativo de legítima defensa que nadie puede discutirle ni arrebatarse».

Aunque en las frases reproducidas sobresale el carácter defensivo con que se había preparado la insurrección de octubre, podría deducirse también el propósito de pasar a la fase bélica del proceso revolucionario, desencadenante en consecuencia de la guerra civil con que se amenaza. Ni en *El Socialista* ni en esos seis primeros números de *Leviatán* se encuentra ningún análisis que permita afianzar dicha deducción. Cuando, libre ya de la censura, en el núm. 21 de *Leviatán*, correspondiente al mes de febrero de 1936, Araquistain estudia la que denomina «revolución de octubre», anota significativamente: «En rigor, ha habido revolución antes de que la dictadura se haya manifestado con toda firmeza, antes de que arraigase en el poder. Ha sido una revolución preventiva, inspirada sobre todo en los fatales ejemplos del socialismo alemán, vencido sin lucha, y del socialismo austríaco, vencido en una lucha tardía. ¿Ha habido precipitación en la revolución española? Sofocada de momento, ¿habrá sido baldía? El tiempo lo dirá». Pero la realidad se descubre en otra frase del mismo texto: «La tensión revolucionaria había llegado a tal extremo que, si no estalla, el proletariado de tendencia socialista hubiera roto sus cuadros sindicales y se hubiera incorporado a los de carácter comunista o anarco-sindicalista». La meridiana claridad de esta frase resume las sucesivas actitudes que fue adoptando Largo Caballero a partir del verano de 1933, las consiguientes posiciones del Partido Socialista y de la UGT, y el papel desempeñado por *Leviatán* hasta su último número publicado. ¿Quién inspiraba a quién? Igualmente se infiere de esa frase, que tan bien reflejaba la realidad, el temor que la marea revolucionaria causaba a buen número de los viejos dirigentes sindicales y políticos, como Prieto, que empeñaron sus esfuerzos en frenar la radicalización, pero con la confusión propia de quienes sólo conjeturaban los riesgos que entrañaba el proceso y carecían de la capacidad para comprender que el torrente que lo arrastraba podía ser encauzado pero que ya no se podía contener. Y no sólo en relación con las masas de trabajadores, sino también con las masas de la reacción.

El análisis de los acontecimientos que se estaban desarrollando, incluso la concepción dialéctica e histórica de todo el proceso, no equivalían por sí solos a una formulación teórica de la acción revolucionaria. Constituían la base indispensable para formular la teoría revolucionaria. ¿Llegó a concebirse tal teoría antes o después de octubre de 1936? Antes, desde luego, no. Así se desprende del artículo citado de Araquistain en el núm. 21 de *Leviatán*. Pero con mayor contundencia lo revela otro artículo de Javier Bueno, publicado en el mismo número y titulado «Qué fue la revolución de Asturias», con un subtítulo elocuente: «Será lo que se quiera que sea». Refiriéndose a la revolución, escribe: «Mantenerla viva es, sencillamente, no cortar el cordón umbilical con la madre que la ha parido. De sobra sabemos qué madre es esa: la unión proletaria, la alianza obrera. Y bien: la alianza es la que comprometen



viejos resabios reformistas, de una parte, y, de otra, nuevas urgencias de justificar desairadas inhibiciones colectivas en el momento preciso. Lo que la clase trabajadora asturiana puede, en rigor, tirar a la cara de otras regiones es que fraguó la alianza obrera auténtica y a punto revolucionario. En tanta polémica agria ha faltado, en verdad, lo más agrio». Fraguaron el instrumento para la acción revolucionaria, de cuya organización, vista con recelos por los dirigentes sindicales y el Partido Socialista y, en principio, rechazada por el Partido Comunista, pendiente como siempre de las órdenes de Moscú, había informado *El Socialista* unos meses antes. Forjaron el instrumento pero no la teoría, como demuestra Javier Bueno en otro párrafo de su artículo: «Esa era la situación de Asturias, y esa en Madrid y en otras partes. Gil Robles en el Gobierno, ¿podía obrar el prodigio de disponer ánimos y anudar voluntades del día a la noche? Pues en la noche del 4 llegó a Asturias el telegrama que fue lumbre a la mecha. Empezó la sangría de Asturias (...). La tierra, ante todo la tierra, se pensó. Pero en ningún bolsillo estaba lo que la previsión parecía natural que hubiese tenido a punto: la fórmula, quizá el decreto ya redactado. En el azoramiento y la perplejidad puede pergeñarse calcando conceptos —es de suponer que generalidades aplicables a cualquier campo— sobre un libro de Lenin. ¿Es simbólico el incidente de que en una revolución social encargada por telégrafo se precisaran improvisaciones sobre el más fundamental de los problemas? Cuando sea posible dar respuestas a preguntas de esta clase, será que ya se sabe mucho». El programa, sin embargo, existía desde el mes de enero cuando, contra la opinión de Besteiro, la Ejecutiva del Partido Socialista tomó la decisión de organizar un movimiento revolucionario. Lo había redactado Prieto, al que se agregaron cinco puntos al parecer elaborados por Caballero, que contenían el plan de actuación, el cual se reducía a la decisión de organizar el movimiento, desencadenarlo en el momento adecuado y, en el caso de triunfar, tomar el poder por parte del Partido Socialista y la UGT. Pero lo más significativo es el comentario de Largo Caballero sobre la exigencia de Besteiro de redactar un programa: «Mi respuesta fue que no tenía inconveniente en acceder, en aras de la importancia del problema que teníamos planteado, aunque la experiencia me había demostrado la inutilidad de programas en esos casos porque las circunstancias eran las que imponían cómo debía procederse» (*Mis Recuerdos*, pág. 135). La revolución, pues, se contemplaba más como una conspiración, que requería lógicamente la declaración de la huelga general, que como una movilización escalonada de las masas, dirigidas por los instrumentos revolucionarios —las alianzas obreras, en este caso— y aprovechando las circunstancias favorables, tal como se deduce de las frases reproducidas de Javier Bueno. En rigor, la primera posición corresponde a la estrategia defensiva adoptada; la segunda surge de la comprensión del proceso revolucionario que había abierto la proclamación de la República, su carácter histórico, y su consciente desenvolvimiento hasta sus últimas consecuencias.

Podría juzgarse a la sazón, tras los resultados de las elecciones del 16 de febrero de 1936, que ya no podía haber dudas ni en cuanto a las perspectivas que se abrían, ni en cuanto a la caracterización de la situación, ni, por consiguiente, en cuanto a la actuación de las organizaciones obreras. Tal enjuiciamiento se deduce también de los análisis de Araquistain. En el trabajo citado sobre la «Revolución de octubre...», expone: «La guerra civil sigue en pie. Todos lo dicen: la deposición de las armas es sólo una tregua (...). Las derechas no han querido que en España hubiera una moderada República liberal y democrática; la réplica ha sido la revolución de octubre. Una revolución que ha empezado, pero que no se sabe cómo ni cuándo terminará. Para una solución media, para una restauración de la República, probablemente es ya demasiado tarde». Más significativo que el texto anterior, escrito en el mes de octubre, son los comentarios sobre las recientes elecciones de febrero: «Hemos citado como efemérides separadas en el tiempo octubre de 1934 y febrero de 1936; pero históricamente son inseparables. La una nace de la otra. Son dos instantes de un movi-



miento social orgánico, dos manifestaciones de un mismo proceso revolucionario. Sin la insurrección de octubre no existiría la victoria del 16 de febrero. Esto es lo que no debemos olvidar nadie, y menos que nadie los republicanos de izquierda. No se hagan engañosas ilusiones sobre los fundamentos del poder que les ha venido a las manos. No hay más que un fundamento: una revolución proletaria, la de octubre. No se figuren que los electores del frente popular han sido una masa republicana que sólo pensaba alegremente en la restauración de la República del 14 de abril de 1931» (L. Araquistain, «Glosas», *Leviatán*, núm. 22, marzo de 1936).

Por supuesto, no bastaba con el reconocimiento de que había un proceso revolucionario en curso. Era lógico que se diera también una respuesta a la pregunta, ¿qué hacer? —parafraseando a Lenin—, que la situación planteaba. La respuesta no era precisamente el frente popular, orientación que obedecía antes a las conveniencias momentáneas de la política exterior soviética que a las necesidades de la situación revolucionaria de España. De aquí la ambigua posición del Partido Comunista y su actuación, dirigida exclusivamente a utilizar el frente popular, en el interior, es decir, en España, para atraerse al sector caballerista del Partido Socialista y alcanzar el dominio de todo el movimiento obrero. El PC intentaba ahora conseguir, mediante el acuerdo con la dirección de las Juventudes Socialistas y, si era posible —que no lo fue—, con los más destacados caballeristas del partido, comenzando por Largo Caballero, lo que no había podido obtener antes con sus campañas de unidad por la base. En rigor, no sólo porque los comunistas tenían poco que aportar a las masas socialistas, ya suficientemente radicalizadas, sino porque no había comunistas en la proporción necesaria, como revelaban las respuestas de los jóvenes socialistas en tantos lugares de España cuando se les hablaba de la unificación de las Juventudes: «¿con quiénes nos vamos a unificar, si aquí no hay comunistas?».

Tal vez, a pesar del costo que había representado para los trabajadores la insurrección de octubre, no se sabía todavía bastante —véase frase de Javier Bueno, más arriba—, o no se habían extraído las enseñanzas ni siquiera de las elecciones de noviembre de 1933. Respecto a éstas dice Araquistain en el texto últimamente citado: «El desastre de 1933 no lo trajo la desunión de republicanos y socialistas, como pretenden algunos ingenuos y otros que se pasan de listos, sino el fracaso revolucionario de los dos primeros años de la República. El pueblo esperaba, por lo menos, una modesta revolución social (...). Si en 1931 los campesinos hubieran empezado por apoderarse de los grandes latifundios feudales, la Reforma agraria no hubiera sido un vergonzoso fracaso. Pero se estuvieron quietos, impregnados también de juridicidad, y en 1933, desilusionados de tanta ineptia parlamentaria, volvieron la espalda a los partidos que gobernaron y legislaron en el primer bienio. Lo mismo hubiera ocurrido si socialistas y republicanos hubieran ido juntos a aquellas elecciones». Encierran una cierta actualidad estas frases. Las situaciones nunca se repiten, es ocioso advertirlo, pero en algunas ocasiones y en algunos aspectos suelen parecerse.

Siguiendo con *Leviatán*, sorprende los elogios que, en sus «Glosas» del número correspondiente al mes de junio, dedica Araquistain al jefe del Gobierno, Casares Quiroga, por haber sofocado con rapidez el pronunciamiento que se produjo en Alcalá de Henares en la madrugada del 18 de mayo. Algunos impacientes oficiales de la guarnición de Alcalá de Henares se habían adelantado en casi un mes a la fecha prevista para la sublevación, aunque luego se retrasara. Es curioso el comentario que al respecto hace Araquistain, ¡y en el número del 1.º de junio!: «Las esperanzas que los no retóricos pusieron en el nombre de acción que es el señor Casares Quiroga están justificadas hasta la fecha. Durante meses se nos ha estado amenazando con el rayo de un pronunciamiento militar. Rara era la noche que no se esperaba su explosión



en las calles de Madrid. Al fin estalló, pero fue en Alcalá...». Araquistain termina aconsejando a Casares Quiroga que «no pierda de vista» al sector del fascismo integrado por los patronos que están provocando las huelgas para crear un clima favorable para «un golpe de mano de las derechas».

Por un lado, las derechas sí habían extraído las enseñanzas de las elecciones de 1933 y de la insurrección de octubre y, sobre todo, de las elecciones del pasado 16 de febrero. Ellas sí estaban convencidas de que no tenían a su disposición más medios que la sublevación militar para recobrar definitivamente el poder político, aniquilar las organizaciones obreras y frustrar la revolución. Sin retóricas. Les había convencido la propia experiencia de Gil Robles, la comprobación de que su respeto por la legalidad constitucional de la República no sería para conquistar y conservar el poder. Los rumores sobre «el pronunciamiento militar» que se esperaba «en las calles de Madrid» no carecían de fundamento sólido. No habían faltado las advertencias basadas en informes seguros. No en meros indicios; en informaciones rigurosas.

Pero no se necesitaban los informes de la actividad conspirativa, que contenían incluso las fechas previstas para la sublevación, para comprender no sólo que la única salida posible a la situación era el enfrentamiento, sino que la confrontación era inmediata. Para las derechas había dos razones decisivas: una era que el retraso de la sublevación daba lugar al fortalecimiento de las organizaciones obreras, que tan maltruchas habían quedado después de la insurrección de octubre, y a la consolidación de su unidad; la otra, que el impulso revolucionario de las masas, que ya rebasaba a sus dirigentes, no tardaría en obligarlos a desplazar a los republicanos del poder, es decir, a hacer la revolución. Si Gil Robles, por los procedimientos legales, no había logrado asegurar la posesión del poder político, era evidente que los republicanos de izquierda no podían ofrecer a las derechas ninguna garantía para contener el avance de las fuerzas obreras. En rigor, no había nadie, ni Prieto, capaz de proporcionar esa garantía. Por lo que respecta a las organizaciones obreras, si se consideran en conjunto hay que advertir que, aunque en algunos textos, como los de Araquistain, dan la impresión de que se habían percatado del significado de las elecciones del 16 de febrero, en la práctica parecían desconcertadas por la situación, perplejas en medio del torbellino que día a día acrecía su fuerza. Contempladas por separado, el Partido Comunista, fiel a la consigna del Frente Popular, sólo pensaba en consolidarlo, en contra de la izquierda socialista que no había dejado de considerarlo como una alianza circunstancial para las elecciones y en sacar la mayor ventaja posible de los impulsos unitarios. En el Partido Socialista si Prieto, por un lado, se esforzaba en vano por frenar la marea revolucionaria, el ala caballerista, por otro, no acertaba a deducir consecuencias prácticas de sus análisis teóricos y de sus estudios sobre el paralelismo supuesto entre la revolución rusa y la española. Los acontecimientos, entre tanto, se precipitaban sin que nadie tomara la iniciativa de adelantarse a la sublevación inminente. Se confiaba en que la huelga general era suficiente para frustrar cualquier intentona militar. En el número de *Leviatán* del 1.º de julio de 1936, un artículo de Ilya Eremburg sustituye a la habitual «Glosa» de Araquistain. La estrategia de lucha de clases, que cabía esperar se pusiera en obra como consecuencia directa de las elecciones del 16 de febrero, ni siquiera expuesta teóricamente aparece en los últimos números de *Leviatán*.

En esta primera etapa, *Leviatán* constituye un valioso, aunque incompleto, testimonio del acontecer nacional e internacional y un intento fallido de elaborar una teoría del proceso revolucionario que se estaba desarrollando en España. Sin embargo, para la generación de 1936, sus páginas representaron unas puertas abiertas hacia un mundo del pensamiento, y de la acción, en el que sólo unos pocos de aquellos jóvenes se habían adentrado con anterioridad a su publicación.



Si nos situamos de un modo imaginario —¿y por qué no?— a una distancia semejante a la que hemos podido adoptar para enjuiciar la primera etapa de *Leviatán*, y desde ese punto —que no es preciso que esté en el futuro ni en el pasado, sino simplemente alejado en el espacio— observamos la etapa presente y la comparamos con aquélla, lo primero que advertimos es que así como la *Leviatán* de los años treinta correspondía a una orientación de pensamiento, mejor o peor precisada, pero que se mantuvo constante, la revista de nuestros días se caracteriza por la dispersión ideológica —lo que no debe confundirse con el manido «pluralismo», ni tampoco con las divergencias críticas—. No se trata de asentar un juicio de valor, que, en rigor, solamente tendría sentido si tuviera un punto de referencia, es decir, si los textos publicados pudieran enjuiciarse con relación a un cuerpo de doctrina dominante, intención que parecía implícita en los primeros números de la revista. Tal dispersión ideológica —anotada sencillamente como un hecho que está ahí— puede representar, quizá, el mayor atractivo de esta segunda etapa de *Leviatán*, singularmente si diera lugar a la respuesta polémica, tan necesaria en un momento en que la vorágine del pragmatismo ha enterrado la teorías.

---

<sup>1</sup> Utilizo la terminología de la época. Los estudios efectuados en la actualidad han revelado la complejidad de una clasificación del pensamiento de los más destacados socialistas hasta el momento de la guerra civil. Salvo las posiciones siempre incoherentes de Prieto, las de Besteiro, citado como paradigma, o las de Fernando de los Ríos, no sólo no tenían relación con las de Berstein ni, en otro aspecto, con las de Kautski, sino que parecían radicales comparadas con las mantenidas por los socialistas de hoy.



# tecnoS

## EDITORIAL TECNOS

O'Donnell, 27 - 28009 Madrid  
Teléf. 431 64 00

### ¡HAY ALTERNATIVAS!

#### Cuatro caminos hacia la paz y la seguridad

Johan Galtung  
384 págs., 950 ptas.

#### DE HIROSHIMA A LOS EUROMISILES

Mariano Aguirre  
256 págs., 585 ptas.

#### ESTRATEGIA Y POLITICA EN LA ERA NUCLEAR

Aníbal Romero  
304 págs., 1.260 ptas.

#### ESTATUTO DE FUERZAS ARMADAS OTAN y España

J. Duret y J.M. Allendesalazar  
318 págs., 990 ptas.

#### EL MUNDO EN EL AÑO 2000

##### En los albores del siglo XXI Informe técnico

G.O. Barney y otros  
992 págs., tela, 2.500 ptas.

#### MAS ALLA DE LA SUPERVIVENCIA

##### El debate ecológico

Andrew Feenberg  
96 págs., 290 ptas.

#### ECOLOGIA HUMANA (3.<sup>a</sup> ed.)

Amos H. Hawley  
434 págs., 1.150 ptas.

#### PROYECCION INTERNACIONAL DE ESPAÑA

Sergio Vilar  
176 págs., 470 ptas.

#### PARA CONOCER A NUESTROS MILITARES

Jesús M. Paricio  
168 págs., 430 ptas.

Pedidos a:

**GRUPO DISTRIBUIDOR  
EDITORIAL, S.A.**

D. Ramón de la Cruz, 67  
28001 Madrid - Teléf. 401 12 00/04



# NUEVA SOCIEDAD

MARZO/ABRIL 1984

Nº 71

### ANALISIS DE COYUNTURA

**Susana Pezzano:** Integración Regional: Un Paso Adelante, Dos Atrás; **Omar Davies:** Jamaica: Elecciones sin Opción.

### TEMA CENTRAL: COMUNICACION: ¿DOMINACION O DEMOCRACIA?

**Héctor Malavé Mata:** Economía Política del Orden Internacional de la Información; **Máximo Simpson Grinberg:** Comunicación Alternativa y Democracia. Entre la "Vanguardia" y la Teoría de la Dependencia; **Oswaldo Capriles:** Comunicación y Cultura en el Reino de Big Brothers; **Diego Portales C.:** Comunicación: ¿Imitación o Identidad? Respuestas a la Crisis; **Fernando Reyes Matta:** Búsqueda de una Comunicación Democrática. Nuevo Orden Informativo: 1973-1983; **Néstor García Canclini:** Gramsci con Bourdieu. Hegemonía, Consumo y Nuevas Formas de Organización Popular; **Augusto Góngora:** La Mirada Impertinente. El Video Alternativo; **Francisco Gutiérrez:** Las Radios Comunitarias. Una Experiencia de Comunicación Alternativa.

### POLITICA-ECONOMIA-CULTURA

**Carlos Andrés Pérez:** Centroamérica y el Caribe: Una Propuesta Socialdemócrata; **Rita Giacalone de Romero:** El Clientelismo Político en el Caribe Anglófono; **Julieta Kirkwood:** El Feminismo como Negación del Autoritarismo; **Ana María Foxley:** Inquietud y Vitalidad en el Teatro Chileno; **Raquel Ruiz:** UNESCO: Itinerario de un Conflicto.

### NOTICIAS-INFORMES-RECENSIONES

#### SUSCRIPCIONES (incluido flete aéreo)

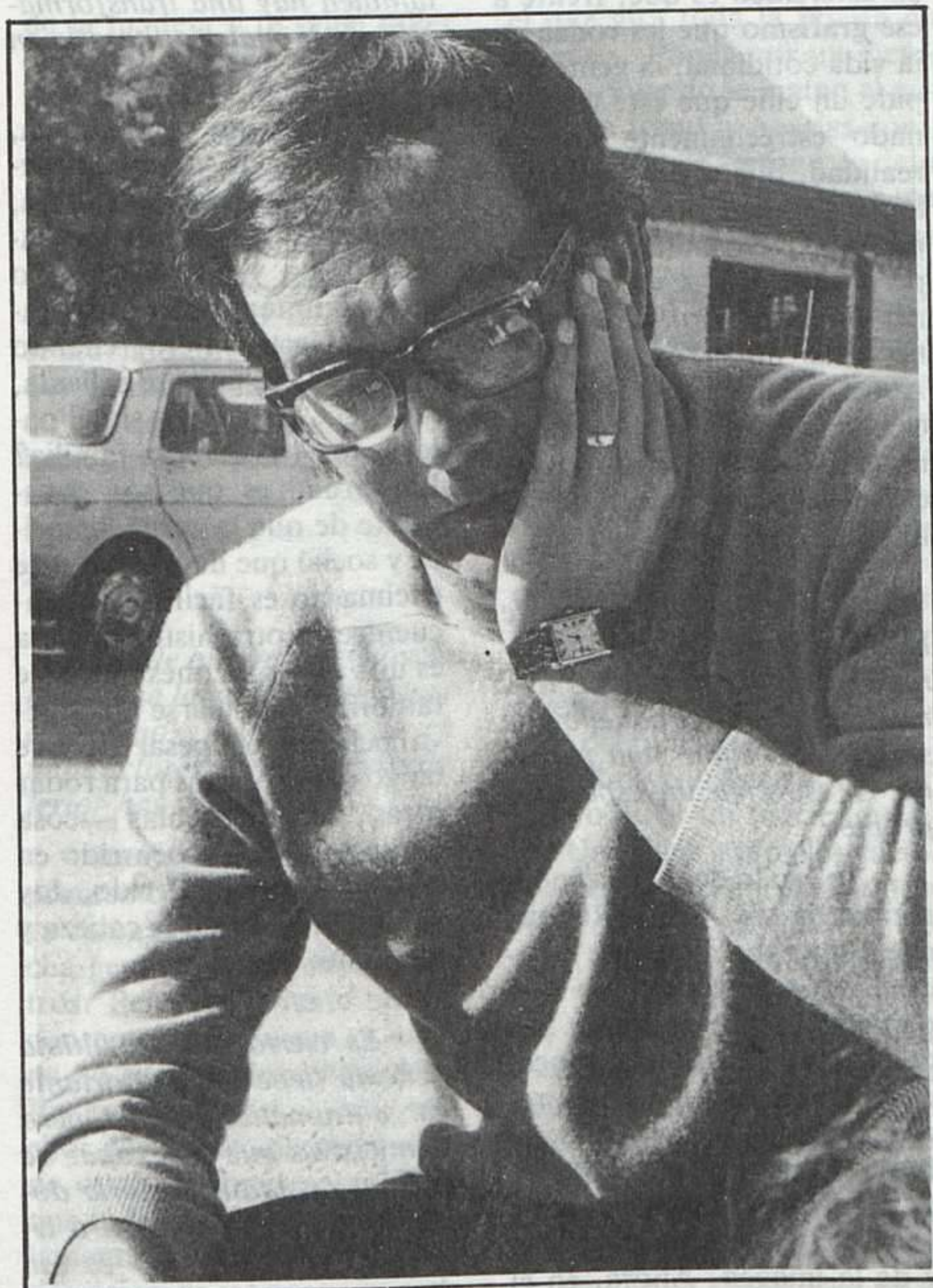
|  | ANUAL<br>(6 números) | BIENAL<br>(12 números) |
|--|----------------------|------------------------|
| América del Norte  |                      |                        |
| Asia / Europa  | US\$ 25,00           | US\$ 45,00             |
| Argent./Brasil/Colom./<br>Ecuador/México/<br>Puerto Rico | US\$ 20,00           | US\$ 35,00             |
| Venezuela  | Bs. 110,00           | Bs. 200,00             |
| Resto del mundo  | US\$ 15,00           | US\$ 25,00             |

**PAGOS:** Cheques en dólares a nombre de NUEVA SOCIEDAD.

Dirección: Apartado 61712 - Chacao - Caracas 1060-A, Venezuela.

Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones.





## MARIO CAMUS

Mario Camus ha conseguido en los últimos tiempos un reconocimiento público que no había tenido antes, a pesar de una filmografía que posee mayor interés de lo que la mayoría de la crítica ha destaca-

do. Probablemente, este tardío reconocimiento de su obra se deba al haber realizado una carrera profesional en el estricto sentido de la palabra. Camus ha realizado una serie de películas de encargo que

han empañado la visión de los críticos. Sin embargo, algunos de estos encargos —películas con Raphael, Sara Montiel, Ornella Muti y otras estrellas— le han servido para aprender el oficio y poder alcanzar un dominio de la forma que resplandece ahora con tres películas que han atraído la atención de todo el mundo. Estas tres películas son *Los días del pasado*, *La colmena* y *Los santos inocentes*. Las dos últimas han obtenido el Oso de Oro de Berlín y el premio de interpretación masculina de Cannes. A estas tres obras habría que añadir los éxitos de su versión televisiva de *Fortunata y Jacinta* y *Los desastres de la guerra*. Pero anteriormente, una serie de películas interesantes jalonan su filmografía: *Los farsantes*, *Young Sánchez*, *Con el viento solano*, *La cólera del viento*, *La leyenda del alcalde de Zalamea*, *Los pájaros de Baden-Baden*... Hoy ha conseguido una madurez expresiva, un dominio de la narración y un sentido de la puesta en escena que le sitúan en uno de los puestos fundamentales entre nuestros hombres de cine. *Los santos inocentes*, adaptación de la novela del mismo título de Miguel Delibes, es una de las obras más maduras, completas y redondas del cine español actual. Indagación sobre nuestras raíces sociales, poema sobre la naturaleza y la opresión de los terratenientes sobre los campesinos, es un ejemplo de lo que debe ser una adaptación de una obra literaria, además de un film de una rara coherencia interior...

—¿Qué diferencias encuentras entre nuestra generación y la actual?

—La generación actual, en



mi opinión, no lee tanto como la nuestra, pero está muy interesada por las cosas visuales, saben mucho de películas, tienen una gran cultura hecha en cine-clubs, en la filmoteca, aunque no se apasionan tanto como nosotros sobre hombres, escuelas, tendencias. Fundamentalmente, creo que se interesan por lo que ven. Quizá se deba a la enorme expansión que han sufrido las artes visuales, dirigidas por la televisión. Pero lo que me llama la atención es que se interesan también por el contenido, por lo que significan las películas. No hacen como nosotros, que queríamos olvidar el aspecto filosófico, poético, literario, sociológico... Ellos admiten que eso también tiene sentido y que forma parte del cine, porque la parte gráfica, exclusivamente plástica, la han dejado para la televisión, que les ofrece ese aspecto puramente visual. En el cine, en cambio, buscan otras cosas. Nosotros decíamos: «La sociología, la literatura, la filosofía, tienen otros medios de expresarse, no son cine. El cine es el movimiento, el cine es *movies*». Creo que ellos han vuelto a un sentido más ecléctico del cine. Y, por mi parte, les doy la razón: el cine es cine, es cierto, pero debe envolverlo todo, es un arte total. Desde luego, antes que nada, debe ser cine, pero no hay por qué restarle nada. Y es que ahora la gente está más visualizada, mantiene muchas más relaciones con las imágenes que cuando nosotros empezamos. Ahí están todos esos medios que ofrecen las revistas ilustradas, además de la pequeña pantalla, las fotografías, los dibujos, las tiras cómicas, los *comics*, e incluso la enorme presencia de las artes plásticas en nuestro ámbito cultural. Y el fenómeno más

característico es que, frente a ese grafismo que les rodea en la vida cotidiana, la gente nos pide un cine que esté relacionado estrechamente con la realidad, que refleje la sociología del país, que presente personas verosímiles y reales, pero que además sea buen cine; porque, naturalmente, si no lo es no sirve para nada. Antes creíamos demasiado en el cine puro, y dedicábamos mucho tiempo a definir lo que era cine puro y lo que no lo era.

—*Bueno, los discípulos de Bazin siempre hemos considerado, de acuerdo con sus teorías, que el cine es aquello que se proyecta sobre una pantalla. Y eso crea un específico propio.*

—Yo eso lo descubría en las memorias de Jean Renoir, que empezaba diciendo: «Todo lo que se expone en una pantalla de cine es cine». Sea como sea, en nuestra época, en busca de un cine puro, rechazábamos todo lo que no fuese el mero movimiento; en una palabra, que todo estuviera dicho a través del sonido y de la imagen. Ahora, en el momento en que los géneros pasaron a la cuneta de la televisión, el cine —y ahí están los ejemplos de *La colmena* y de *Los santos inocentes*— debe estar relacionado con la realidad, con una forma de cultura que consiste en el conocimiento del país... Y además de eso, cuenta mucho el verismo, el naturalismo, que el decorado deje de serlo como tal, que la casa sea como tiene que ser, que se ruede en los lugares donde sucede la acción, que todo esté impregnado de la realidad que subyace en el relato...

—*Eso es lo que pasa con Los santos inocentes. Pero*

*también hay una transformación de la materia literaria en cine...*

—Sí, porque en esencia, ¿qué eran *Los santos inocentes*? Dos retrasados mentales, una familia de pobres, un pájaro negro y un paisaje. Yo me pregunté: ¿qué puedo hacer con esto? Pero, cuando pienso en la siguiente película, me digo: ¿qué hago sin el pájaro, los árboles y la familia? La verdad es que soy consciente de que la carga histórica y social que lleva esta gente encima no es fácil que la encuentre en otra historia, y esa es una de las razones que hace tan difícil plantearse una nueva película. A pesar de que tengo cinco ofertas para rodar otras tantas películas —cosa que no me había ocurrido en mi vida— no me decido, doy vueltas y vueltas a la cabeza y me siento como vacío.

—*Es cierto que tu última película tiene una importante carga dramática y social, pero demuestras que eres capaz de recrear cualquier historia dotándola de una envoltura cinematográfica, y eso es tan importante como lo otro.*

—Eso es evidente. Ya lo decía John Ford, que todo debe ser claro y simple dentro de la complejidad. Por muy importante que sea la historia, por muy compleja que se plantee, lo difícil es convertirla en espectáculo y que tenga una determinada sencillez, por lo menos en su primera apariencia. Pero para ello hay que encontrar un vehículo que se preste a esta forma de entender el cine, y eso es más difícil de lo que parece, y yo soy de los que creen que todo puede ser adaptado al cine. Pienso que *Los santos inocentes* tienen una primera apariencia simple, pero que vas tirando



de la madeja y te salen miles de cosas. Y eso siempre lo agradece el público. Porque desde esa sencillez puede comprender todas las cosas que se van engranando. Mas la sencillez y la claridad de que habla Ford me parecen esenciales, y ello es algo que se aprende con el tiempo, algo que te da el oficio. Con esto quiero decir que soy capaz de hacer un cine que aparente ser muy sencillo, pero que esté lleno de una gran complejidad.

—Desde que leíste la novela hasta que la visualizaste sobre el terreno y la encarnaste en unos actores, ¿qué proceso interior has vivido?

—Inevitablemente hay un proceso que es el de la puesta en escena, que se inventó mucha gente, y entre ellos vosotros. Pero es evidente que el concepto de la puesta en escena ha sufrido una alteración. En ese concepto entran muchos elementos que dependen de otras personas a pesar de que tú las dirijas. Ya no es solamente el hecho de elegir dónde va la cámara, es una suma de cosas que incluyen hasta la redacción del guión, porque es una permanente toma de posiciones. El concepto de puesta en escena hay que revisarlo ampliamente desde aquellos tiempos en que Miguel escribía aquellos largos artículos para *Griffith*. Empieza con la libertad del director para trabajar, con la elección del productor, con la elección de los actores, con la elección del escenario, con la elección de los objetos que destacas en éste, con la elección del movimiento de los actores en el escenario, con la elección del color o el tono de luz, con el ángulo de cámara, que es el gozne sobre

el que gira toda la puesta en escena... Pongamos un ejemplo. Si cuando le matan el pájaro yo tomo a Azarías completamente de frente y le dejo que desahogue toda su pena ahí mismo, la película se me pincharía como un globo. Por eso le tomo siempre de espaldas. Esto lo digo porque estoy de acuerdo con Ford, y trato en todo momento de hacerlo lo más sencillo posible. No quiero, en ese momento, gastar de pronto toda mi munición... Y por eso la escena está en plano medio. Y eso mismo pasa también con los *travellings*. Si deseo impresionar a la gente con un *travelling*, sé que debo hacer pocos en la película y utilizarlo cuando quiero crear un fuerte impacto. Uno elige todos los factores técnicos, el encadenado, el fundido o el fundido en negro, según un criterio personal. En *El Sur*, de Víctor Erice, hay toda una teoría, una estética que está conformada como puesta en escena, pero que no es la que se produce en el momento en que se está rodando. Víctor Erice tiene la película en la cabeza, sabe cada detalle de lo que va a suceder y lo realiza luego en el rodaje. Es una manera admirable de concebir la puesta en escena, que lo acerca más a Hitchcock, que también conocía el mínimo detalle de la imagen antes de filmarla. Y eso presupone una concepción estética distinta, es muy difícil. A mí a veces me maravilla que Víctor sea capaz de hacer determinadas cosas, que la luz alcance cierta densidad unos segundos o que sea capaz de rodar directamente con la cámara los fundidos encadenados. Yo procedo de otra manera, pertenezco, por decirlo así, a los fordianos. Espero en todo momento a que ocurra algo, aprovecho

todo lo que surja improvisadamente, y con ello hago la película. Por otra parte, mi concepción, como la de Víctor, es algo que está basado en un montón de cosas, incluidas las cosas que uno destaca en la narración y también las que suprime.

—La novela de *Delibes* era un original literario muy difícil de plantearlo en términos cinematográficos, precisamente por su carácter profundamente literario. ¿Cómo te planteas la adaptación cinematográfica?

—En mi opinión, cuando estás escribiendo el guión es como si estuvieras haciendo un traje y lo estuvieras hilvanando. Y lo vas colocando para tu mentalidad, llevándolo a tu terreno, junto con los guionistas. Lo vas hilvanando, hilvanando, y lo haces grande, que quepa todo, que no se salga de tus posibilidades. Y a medida que vas rodando vas encajándolo poco a poco, y con el montaje terminas por encajarlo definitivamente. Te haces un esquema de los personajes, de sus conflictos, de sus relaciones con la naturaleza, que en esta película es la clave de todo... Lo que conviene es hacer, al principio, un esquema muy amplio donde uno pueda sentirse lo más a gusto posible y pueda dar uno de sí mismo cuanto más mejor. Y cuando uno va madurando deja más tiempo luego para tomar las decisiones finales. Cuando hice la primera película, quince días antes, tenía los dibujos preparados de los planos por temor a que ese día no tuviera la autoridad suficiente o diera una orden equivocada y se burlara el equipo de mí. Al fin y al cabo, las órdenes de un director involucran a sesenta o setenta personas, y si uno



no dice nada nadie trabaja, o hacen demasiadas cosas y cada cual tira por su lado. A la tercera película dejas la decisión para la mañana del día siguiente. A los doce años de profesión la dejas para el mediodía, para ver si el sol entra como te conviene. Y a los veinte años de profesión la dejas para el segundo anterior a rodar, porque hasta ese momento tienes la cabeza abierta para nuevas ideas.

Como cierras la cabeza la noche anterior te has caído con todo el tipo. Pero el problema, entonces, es que tienes que estar siempre en forma. Y la forma en un director consiste en tener la cabeza abierta en todo momento. No tiene que sorprenderte ningún cambio ni ninguna idea que te aporten los demás. Debes estar siempre abierto y, si de pronto se levanta el viento o llueve, debes ser capaz de aprovecharlo, ¿por qué no? Ahora bien, todo ello sin titubeos, dejando bien presente ante el equipo que sabes lo que quieres. Y lo mismo ocurre con los actores, hay que darles confianza, que se sientan a gusto, que colaboren. Cada uno tiene su manera de dirigir a los actores, pero la mía consiste en eso. Por consiguiente, esa puesta en escena que yo practico está cogida con alfileres y uno la concreta en el último momento y la ajusta definitivamente en el montaje.

—Hay también cuestiones de estética. Por ejemplo, los encadenados que se acercan en planos sucesivos a los personajes con los que se inician los flashbacks. Esa elección, ¿estaba en el guión o fue pensada después?

—Naturalmente. Existe el propio gusto, o las ideas que

uno tiene sobre el estilo, incluso ciertas nociones, algunos rechazos, manías. Por ejemplo, yo odio el *zoom*, o no me preocupo porque las cosas sean modernas, no tengo el sentido de la modernidad. Me gusta jugar con figuras retóricas del pasado, volverlas a utilizar de otra manera. Así, para dar un *flashback* lo normal sería hacer un movimiento de aproximación al personaje; pero yo pensé, para ganar tiempo, o para hacerlo distinto, hacer una serie de encadenados sobre el rostro de los personajes que iban a recordar la historia. Hay cosas como los encadenados, los cierres en negro y determinadas cuestiones estéticas que están basadas en las ideas de uno y fundamentalmente en la narración, que tiene también sus propias necesidades.

—¿Se ha suprimido alguna escena en la fase de montaje?

—Sí, algunas cosas. Sobre todo, una escena en que un señorito enseñaba las letras a los hijos de los campesinos en una cuadra de ovejas, una nave enorme e inhóspita. Era en ese primer recuerdo, el *flashback* del hijo, donde el tema de la relación entre madre e hijo y la preocupación por la educación estaban muy presentes. Pero la eliminé porque siempre tengo la sensación de que mi películas empiezan demasiado lentas y que el ritmo se hacía demasiado premioso al comienzo. Otro momento suprimido era una broma, cuando Azarías sube con presteza a un árbol y el señorito le pregunta: «¿Pero qué edad tienes tú?». Con el tiempo me ajusto más a lo que quiero. O dicho de otra manera, que cada vez sé mejor lo que quiero hacer y tengo menos dudas. Recuerdo que Ford decía que rodaba las pe-

lículas de tal manera que no había manera de cortar nada y de montarlas de otra forma, porque no quedaba otra alternativa de montaje. Yo trato de seguir ese ejemplo. Esta película no podía ser más larga de lo que es. Y gasto muchos metros, pero casi siempre la primera toma es válida porque no me gusta ensayar y repetir por repetir.

—¿Cómo has conseguido esa homogeneidad de interpretación con actores tan dispares y que no están acostumbrados a trabajar juntos?

—Primero, yo creo que los actores españoles son excelentes pero necesitan tener un papel que corresponda a sus cualidades. Lo fundamental es la elección del actor. Pero hay que tener con ellos una relación muy directa, precisan que seas afectivo, porque, en el fondo, el actor siempre es un ser muy frágil, lleno de miedos y de historias. La ventaja que teníamos en *Los santos inocentes* es que allí estábamos concentrados, como un equipo de fútbol. Había el cuidado de unos por otros. Existían una serie de amores y correspondencias que yo creo que se notan en la película. Además, los actores pasaban el día en el campo y eso se nota siempre. Todo cuenta mucho. El actor que se viste como su personaje y pasa frío o calor, y ensaya con la escopeta y se siente integrado en un medio físico, todo eso se traduce en la verosimilitud que luego dan las imágenes. Además, en este país en pocos años se ha llegado a unos límites de profesionalidad y de honestidad admirables. Julipi, el gran maquillador, y a quien va dedicada la película, inició esta tendencia. Si una persona no necesitaba maquillaje te lo decía honradamente



en vez de tratar de dar un tono de falsedad. «Este tipo tiene una cara espléndida y no necesita nada». A veces pedía a una actriz que se maquillase ella misma porque nadie sabe mejor ciertos detalles de su propio rostro. Hace cinco años los actores salían con la camisa manchada por el maquillaje. Ahora existe una mayor profesionalidad y una mayor valentía para esas y otras cosas.

—¿Cómo habéis logrado esa calidad tan especial de la luz? ¿Habéis rodado a determinadas horas del día para lograr esas tonalidades?

—Bueno, en un principio debo decir que yo prefiero trabajar por la mañana porque me encuentro mucho más despierto. Y, además, no me gusta rodar después de comer porque todos estamos somnolientos. A las nueve de la mañana estábamos listos. Entre las diez y las doce, que son horas mágicas de luz, se rinde mucho más que en toda la tarde. Por la mañana todo el mundo está vivo, los actores están despiertos. Por la tarde, después de comer, todo va mucho peor, los actores están cansados, los técnicos tienen modorra... A veces hemos tenido que esperar por cuestiones de luz, sobre todo porque estaba el cielo muy cubierto y lleno de nieblas, y me daba miedo que pareciera un escenario demasiado extraño. Pero una vez que se abrían las nieblas, como el lugar donde rodamos era muy alto, había una luz espléndida. Pasaban las nubes y dejaban esa luz de invierno que es maravillosa. Las nieblas nos hicieron rodar más tarde. Por otra parte, este invierno ha llovido mucho en Extremadura, y el paisaje tiene un aspecto que no es normal en esta tierra, húme-

do, neblinoso, la tierra mojada, etc. Y Delibes ha destacado una cosa y es que los personajes tienen como un fondo que les da una apariencia de fábula. Y esto saca un poco a la película de época. Es como un fresco pintado. Le quita la localización precisa y exacta de Extremadura, que tendría un paisaje más árido, y ello le presta un tono fantástico. El paisaje ayuda a fabular la historia. Lo que contribuye a aportar a esta película un equivalente de lo que en el libro es la lírica. En la novela hay una poemización de todo esto. Y la luz, la lluvia, la humedad, las nieblas, todo contribuye a otorgar a la película ese carácter poético del texto original, sin el cual no sería lo que es.

Hay quien se ha quejado de que he sido ahistórico, que esas cosas ya no ocurren en Extremadura, pero creo que no es cierto. *Los santos inocentes* trata de opresores y oprimidos, de humillados y ofendidos, de dominados y dominadores, y creo que eso se da en cualquier lugar y que, además, se dará siempre. Sólo puede cambiar con una revolución que invierta totalmente las cosas.

—Es curioso que, junto al realismo y a la adecuación a la realidad, las obras de los escritores que has llevado al cine —Aldecoa, Cela, Delibes— también tienen añadido ese sentido de lo fantástico.

—Yo creo que la generación de los 50 es extraordinaria, aunque ha sido muy denostada. Una generación que nace con Cela, sigue con Delibes y con Ana María Matute, con Ignacio Aldecoa y con Sánchez Ferlosio, con Jesús Fernández Santos y Rafael

Azcona... es una generación maltratada por el tiempo en que nació y se dio a conocer. Pero, ¿quién como ellos conoció España de cabo a rabo? ¿Quién tuvo su oído para captar el lenguaje del pueblo y de los tipos particulares que trataron en su propio medio ambiente? Ellos recogieron un castellano de gentes que no estaban contaminadas por ese lenguaje sintético que domina hoy a la ciudad, y que está favorecido por la unificación que crean los actuales medios de comunicación. Toda esa gente merece un gran homenaje de todos nosotros. Vivieron en una mala época, pero se espabilaron y trataron de conocer la realidad, lo que pasaba a su alrededor. Ahí están los libros de viajes, *El viaje a la Alcarria*, *Viaje al Pirineo de Lérida*, o leyendo *Pascual Duarte* se ve que Cela conocía profundamente Extremadura, como Ignacio Aldecoa convivió con los pescadores del Gran Sol, con los que viajó y compartió sus horas de trabajo, como Delibes ha recorrido los paisajes de Castilla y León y ha intimado con sus gentes... Y todo ello con una preocupación social verdadera. Ignacio Aldecoa decía que él se consideraba un escritor social y se preguntaba cuál era la misión del escritor. ¿Qué se contestaba? «No es sólo una, sino muchas, desde el testimonio a la protesta». Yo creo que esto sirve para entender mi película y ahí está la clave de toda esa literatura. Por el contrario, ahora están de moda los esteticistas que rechazan el realismo y la preocupación social, y que sostienen que lo único importante es escribir bien. Bueno, pues esa generación de los 50 escribía divinamente. En el caso de la novela de Delibes, tenemos la poemización de unas vidas y



de unos lugares que él conoce muy bien, y, además, tiene ese oído de su generación para los diálogos reales, veraces, coloristas...

—*En ellos se da una influencia de la literatura española —todos se sienten herederos de Galdós, Baroja, Valle-Inclán— y también de la literatura norteamericana. En tu caso, además, existe una clara influencia del cine americano...*

—Es evidente que la generación de los 50, según los casos, se sintió muy influida por Hemingway y Faulkner, aunque de una manera muy sencilla y directa. Yo creo que, sobre todo, en la forma. Se concretan mucho más, no dan tantos rodeos y tratan de hacer una literatura a base de frases cortas, captando las formas de hablar coloquiales de la gente y huyendo de las frases largas y complicadas. Existe esa influencia de los americanos, pero también es verdad que conocían muy bien la literatura española y que una serie de maestros les influyeron. En cuanto al cine, qué os voy a decir. Me gustaría saber, hoy en día, qué director no tiene influencias del cine americano. Creo que las tiene hasta Bergman. Lo que pasa es que hay gentes que quieren llegar a lo mismo que los que nos declaramos directamente herederos del cine norteamericano, pero lo hacen de otra manera, dando más rodeos. Y eso se da mucho en el cine español. Unos quieren que el espectador vaya a ellos, haga un esfuerzo por entenderlos, mientras que otros, como yo, pretendemos llegar al espectador más directamente. Hay los que quieren meter al espectador en la película e interesarle por los problemas de un país, por una

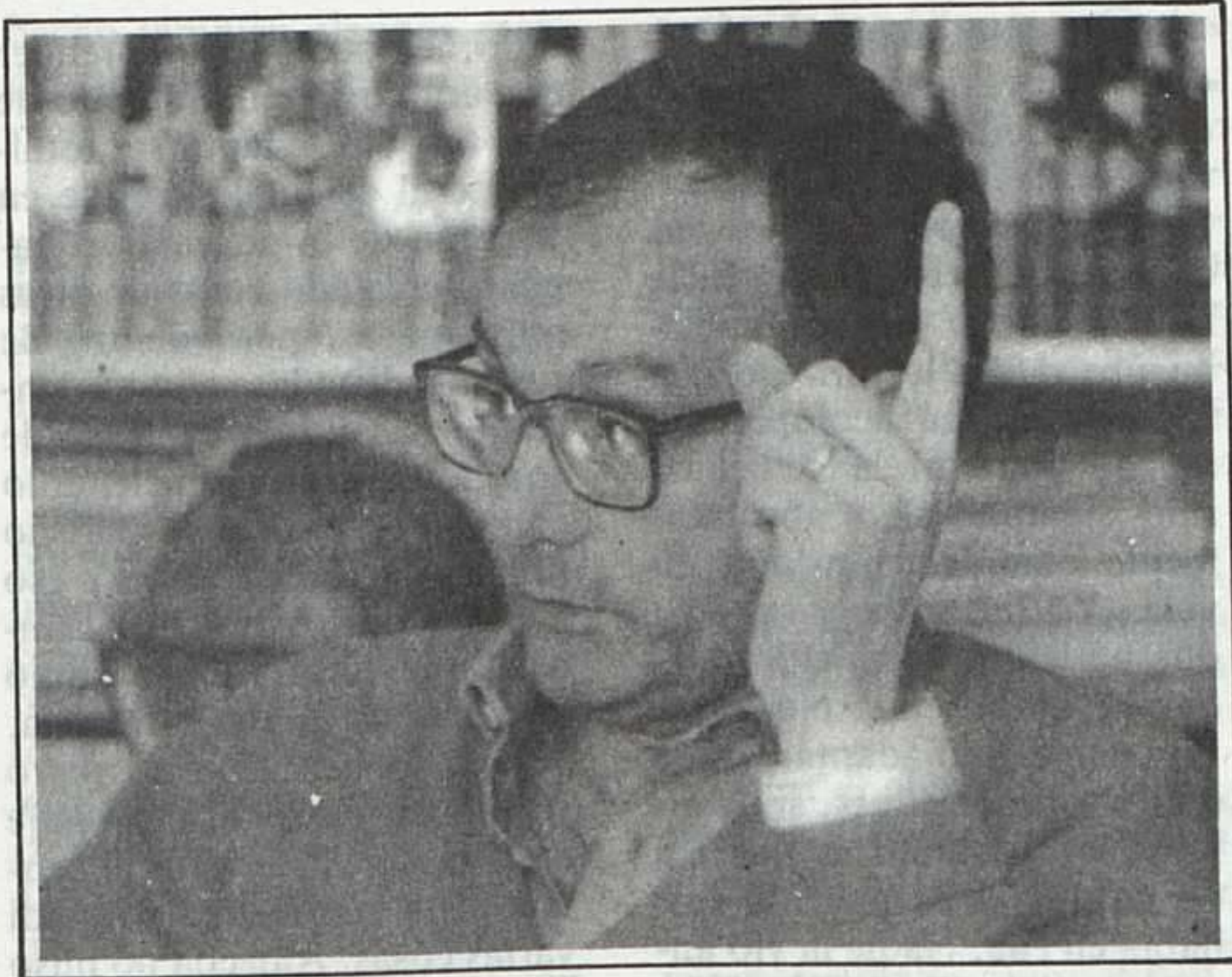
cultura, por un paisaje, por un personaje, pero quizá exigiéndole un esfuerzo. Por mi parte, yo pretendo simplificar las cosas, pero no haciéndolas simples, sino que parto de lo sencillo para conseguir una mayor densidad. Es el caso de Hemingway, que a mí me sigue pareciendo un escritor fantástico, empezó a escribir como contaban las historias los abuelos ante la chimenea: «Erase una vez un viejo que tenía una barca, pescaba todos los días en la corriente del Golfo...». A ese lenguaje y a esa manera sencilla de relatar llegó después de muchas historias y mucho trabajo. Ese es el sueño de todo escritor. Pienso que es el sueño de todo director de cine. Pero cuando se tiene esa historia y la relatas de esa manera te sientes muy bien. No hay nada oscuro, críptico, simbólico —o todo es simbólico—. Yo me encuadro en esa dirección: siempre he odiado los guiños y las historias dirigidas a una determinada élite. En este sentido, es evidente que *La colmena* y *Los santos inocentes* —sobre todo esta última— son películas complicadas, aunque no de entender pues son muy sencillas, sino de llegar a sus últimas consecuencias. Y creo que si tiras de un hilo te sale otro y otro. Y en ese aspecto *Los santos inocentes* es una película más compleja de lo que parece. En ella hay muchas más cosas de las que se ven. Pero todas en un camino lineal. En la forma ocurre lo mismo, he buscado una transparencia formal que no sé si he conseguido, pero la técnica es más complicada de lo que aparenta.

—*Esa afinidad que sientes por la generación de los 50, ¿se debe a que en cierta manera perteneces a ella y que gen-*

*te más joven no podría entender las mismas cosas que tú?*

—Eso es, todos hemos tenido unas vivencias comunes, pertenecemos a una misma clase social, hemos tenido la misma educación, hemos viajado en los mismo trenes y conocido a las mismas gentes, hasta hemos tomado los mismos filetes empanados y las mismas tortillas en las excursiones. Hay un mundo entero de pequeñas cosas sociológicas que influyen mucho. Y entonces todo adquiere un significado, un aire familiar y reconocible. Estuvimos muy influidos por el realismo y para nosotros todo es realista. Además están las lecturas, las películas y las experiencias vitales que han sido compartidas por todos. Aquella generación y la nuestra tuvo una gran raíz en una visión realista de la vida, que se basaba no tanto en las ideas de contestación a lo que nos rodeaba, que eso es esencial, sino en que existían ciertas modas que a todos nos han influido. Por ejemplo, el cine neorrealista italiano, los libros de Zavattini y Flaiano, las muchas veces que hemos visto *Ladrón de bicicletas*, pero también ciertas películas norteamericanas y el descubrimiento que hicimos todos en un momento dado de la gran literatura norteamericana. Todo ello estaba más próximo a nosotros y a nuestras circunstancias vitales de lo que pueden estar para los jóvenes actuales. Curiosamente las películas americanas que ahora permanecen más vivas son las que eran un poco más complejas en aquella época. *El Buscavidas*, pongo por caso, algunas películas de Nicholas Ray. Hace unas semanas proyectaron en TVE *En un lugar solitario*, que, a mi juicio, no es una





manera un poco papanatas, pero no cabe duda de que en los años 40 hasta bien entrados los 60 son ellos los que están diciendo cómo hay que hacer cine. Ellos y algunos que andan sueltos por Italia, Francia, Japón... Son ellos los que están enseñando el lenguaje del cine.

—¿Tú crees que para ser un buen director hay que tener las cualidades de un buen lector y, en cierta manera, también de actor?

—Hay una cosa que Ignacio Aldecoa dijo una vez en broma y que tenía mucha razón. Yo creo que casi todos enmascaramos una especie de complejo; en realidad, a todos nos hubiera gustado ser actores. Recuerdo que en la entrevista que le hicisteis en *Griffith* se le preguntaba si le hubiera gustado ser director de cine y él contestaba: «No. Lo que a mí me hubiera gustado ser es un buen actor de cine». Yo pienso que los personajes de este mundo se dividen entre gentes que quieren ser actores y lo son, admitiéndolo, y gentes que son actores y se avergüenzan y no quieren serlo o no tienen cualidades para ello. En definitiva, interpretar la vida es el trabajo de un actor. El director se dedica a interpretar una parcela un poco más grande, y todos juntos intentan el absurdo de crear algo de la nada. Quieren ser dioses.

En cuanto a las cualidades de buen lector de un director de cine, yo creo que eso es fundamental. En realidad, lo primero que hace un director es leer un texto, encontrar una versión, interpretarlo y, finalmente, recrearlo en imágenes.

—En *Los Santos Inocentes*, en cuanto entra el muchacho

gran película pero que tiene momentos absolutamente maravillosos.

—Los americanos hacían algo fundamental: que, adaptándose al género, todos los buenos directores intentaban ampliarlo, destruirlo o romperlo... Eso se nota especialmente en el western...

—Además, poseían una visión mercantilista del cine que no era bastarda sino que estaba basada en el interés que tenían por llegar al público. Cuando todos estos grandes han muerto o se han retirado, el cine americano ha quedado reducido a territorio apache, ya no hay nada. Ahora, cuando quieren hacerlo, cuando tratan de imitarles, lo hacen de una manera muy barroca y muy complicada porque están poseídos de una impresionante ansia de trascendencia; pero los grandes clásicos actuaban de otra manera. No aceptaban totalmente los convencionalismos del género, trataban de ir contra ellos, pero sin creerse que estaban haciendo una revolución. Manteniendo el contacto con los gustos del

público atacaban, sin embargo, los prejuicios sociales de la época. Cuando Ford se plantea su episodio de *La Conquista del Oeste* con aquellos dos hermanos que se sientan a hablar, tenemos la sensación clara de que realmente vienen de la guerra, y lo importante es que pueden venir de cualquier guerra, en cualquier tiempo, en cualquier lugar del mundo. Esa idea del cine se ha perdido.

—Se diga lo que se diga, Ford nunca ha hecho un western en el sentido que se entiende el género, siempre lo ha trascendido y lo ha tratado como una crónica...

—Eso está muy claro. Y además de eso, como en una complicada jugada de billar, pretendían servir para otras cosas. Este era el talento de aquella gente: su capacidad de interesar a diversas capas sociales y de decir cosas que podían ser interpretadas según el punto de vista de cada uno. Pasa un poco como con la generación de los 50. Es cierto que el cine americano es aceptado en la actualidad de una



en la estación de Zafra ya se ve que aquello tiene una modulación especial y que va a adquirir su propio ritmo. También desde el principio hay una espléndida utilización de objetivos en cada escena.

—Es una cosa de estilo. Es como el que escribe algo, hasta un artículo que, aunque no lo firme, si le has leído sabes quién es. Eso, tener estilo, es lo que ambicionamos todos. No tener que firmar. Es el caso de Víctor Erice. Juraría que si me presentaran una selección de 25 spots publicitarios yo sabría decir los que ha hecho Víctor. Con toda seguridad los acertaría todos. Y es también el caso de Bardem o de Berlanga, que tienen unas características de estilo muy acusadas. Como se puede decir que una película es de Ferrari sin que aparezca su nombre. Y esto que digo, lo digo para bien y para mal. Por el contrario, en el cine español actual a la mayoría de la gente se les ve buscar desesperadamente un estilo propio.

—Conocemos poca gente a la que le guste leer tanto como a ti. Algunas veces nos has confesado que te gusta más leer que hacer cine.

—Yo siempre he pensado que los cincuenta años es una edad fantástica para trabajar en serio, después de haber tenido una experiencia. Y eso en cualquier terreno. Cervantes escribe *Don Quijote* a los cincuenta y tantos años y te das cuenta que otras cosas anteriores suyas estaban llenas de defectos y que, de pronto, entra en una fase en la que acierta siempre. ¿Pérdida de vitalidad? No, porque después hace *El Persiles* y es una cosa como un juego fantástico, lleno de imaginación, de viveza y de ansia juvenil.

En mi caso, lo que más miedo me da es que el cine mejor que he podido hacer estaba todo él en función de mis lecturas. Pero con los años vas dejando de leer, y me produce mucho miedo este distanciamiento de la lectura porque siempre me ha acompañado mucho. Para mí, la lectura ha sido siempre algo absolutamente complementario a mi vida. Yo he hecho cine porque he leído, o he leído porque he hecho cine. No lo sé. En cuanto a la adaptación de esta obra de Delibes, si de algo estoy contento es que fui capaz de ver la película que había en ella. Nadie la vio antes que yo.

Soy un lector empedernido. Siento gran admiración por la gente que sabe escribir bien, que te cuenta una historia y empiezas a leerla y no la puedes dejar. Y te hace imaginar mil cosas, mundos fantásticos, relaciones insospechadas entre las cosas, situaciones insólitas, imágenes sorprendentes...

—Esa capacidad de la lectura se nota especialmente en tus adaptaciones: *Fortunata y Jacinta*, *La Colmena*, *La Leyenda del Alcalde de Zalamea*, *Los Pájaros de Baden-Baden*...

—Ignacio Aldecoa me enseñó una cosa importante —bueno, nos ha enseñado a todos nosotros muchas cosas, entre otras yo diría que a vivir de una cierta manera— y a través de los libros, nos lo sigue enseñando, y es, más o menos, cómo tratar la realidad española. Cuando yo hice *Young Sánchez* no respeté el texto, bueno, respeté los personajes y cambié algunas cosas, pero cuando Aldecoa vio la película y me dijo que le había gus-

tado, empecé a comprender que era posible un método de ser fiel sin adaptarse totalmente al original. Porque en el guión de la película yo había intercalado cosas de otras obras suyas, pero dentro de sus coordenadas, con su lenguaje, sacando una frase de aquí, otra de allá y haciéndolo coherente. Y a él le pareció una traslación notable. Y eso a pesar de los muchos cambios que haya hecho, como llevar la historia a Barcelona. Y cuando hice *Con el viento solano* introduje el personaje de la mujer, hice venir al protagonista a Madrid y añadí varias cosas. Aldecoa no puso ninguna pega porque reconocía, como Cela y Delibes, que el cine es otro medio narrativo. Muchas veces tienes que dar un giro completo a la historia original para serle fiel. Si te limitas a ilustrarla, a decir simplemente lo que dice, te encuentras muchas veces con que la estás traicionando por exceso de fidelidad.

Estudiando algunas películas americanas basadas en textos literarios siempre me ha sorprendido la tremenda capacidad que ellos tienen para cambiar el texto, forzándole muchas veces, y sin embargo terminan por ser fieles al original. Por ejemplo, en el caso de Galdós —*Fortunata y Jacinta*— en muchas ocasiones tuve que enfrentarme con reducir varias páginas a unas cuantas frases. Eso es muy difícil, saber entresacar las dos o tres frases claves de una conversación que ocupa en la novela cinco páginas.

Es inevitable en mi caso que me pregunten si estoy decidido a pasarme toda la vida llevando libros al cine, y mi respuesta es que no me importaría. Eso que hago yo lo han



hecho también algunos grandes maestros del cine.

—*¿Cómo es ese momento que va desde que lees el libro hasta que ves la película? ¿Tienes momentos de dudas? ¿Hay un largo período de maduración?*

Bueno, hay una cosa importante y es que con un texto impreso, que ha tenido ya una confrontación con el público, te sientes mucho más tranquilo, aunque sea muy complejo y difícil o tenga elementos poco usuales, como en el caso de *Los Santos Inocentes*. Es natural que te sientas pisando terreno más firme que si vas con un texto original tuyo. Lo que ocurre es que nosotros somos una generación de lectores, de lectores y de espectadores de cine, pero más de lectores. Leer en aquel tiempo nos daba en muchos casos una sensación de gozo especial por su carácter clandestino. Libros como *Manhattan Transfer* o *Trópico de Cáncer* los hemos leído forrados para que no viesen lo que leíamos. Por tanto, el leer para nosotros era un fenómeno especial. Y si nosotros inventamos un argumento, si desarrollamos una historia nuestra, resulta que también es literatura.

En España, con el cierre de la Escuela de Cine, se produjo una ruptura muy violenta y ha habido momentos en que no sabemos dónde se han metido los cineastas. Cada uno sale por su lado y me da la impresión que ahora les cuesta más trabajo. Digamos que no hay tanta unión generacional, hacen cortos rarísimos que yo no suelo ver, pero tengo la impresión de que ellos mantienen unas relaciones muy distintas con la literatura, no van al corazón de ella, van al co-

razón de las últimas películas que han visto en el cine. Son, por tanto, modos y costumbres completamente diferentes a las nuestras. Y ello se debe a que ahora no existe esa morbosidad y esa pasión por la lectura que nosotros hemos sentido en los viejos tiempos de penuria.

—*También leíamos e íbamos al cine para evadirnos de una realidad que era muy terrible.*

—Era el cine por la tarde, cuando se podía, y la lectura nocturna, metidos horas y horas con un texto que muchas veces resultaba muy difícil, pero que comprendías que no tenías más remedio que leer puesto que algo te decía, que ahí estaba la clave de todo, puesto que estaba prohibido, puesto que a «ellos» no les gustaba que lo hicieras... Eso es muy claro cuando recordamos nuestras visitas a «Visor», en la calle Preciados, o a la Librería Castillo, que siempre tenía un lugar trasero donde guardaban los libros prohibidos. La mayoría de los libros estaban editados en Buenos Aires. Y siempre pensamos que deberíamos hacerles un homenaje a los editores argentinos puesto que nos alimentaron durante años y años. Luego, las cosas han sido un poco al revés. Pero durante años nuestros editores eran aquellos españoles exiliados como Santiago Rueda, Losada, M.C... ¡Anda que no les tenemos que agradecer cosas! De esta manera hemos hecho muchos descubrimientos por nuestra propia cuenta, arriesgándonos, rebuscando, experimentando. Un día cogías un libro policiaco y lo encontrabas maravilloso: habías descubierto, nada más o nada menos, que a Hammett o

Chandler. En los primeros años 40, cuando Ignacio estudiaba en Salamanca, ya leía literatura policiaca. Murió en el 69 pero conocía maravillosamente a los grandes escritores de la literatura negra. Y saltando a otro tipo de literatura, conocía a Conrad de arriba abajo, cuando nadie lo leía. Y a todos los escritores americanos e ingleses; cosas que ahora parece que son la gran novedad. Quiero decir con esto que parece que ahora eso irrumpe de una manera nueva, como una moda, y no lo es.

—*Muchas veces este aspecto literario de nuestra educación nos ha creado problemas porque en la duración de una película queríamos decir demasiadas cosas, como en nuestros libros favoritos.*

—El cine tiene una subordinación y una esclavitud que no se ha quitado de encima todavía, y es el tiempo. La necesidad de contar una historia en hora y media. Es esta una convención que nadie ha roto. La rompieron, y eso les costó la vida, el pobre Stroheim, y Welles en algunos momentos y también le ha costado la carrera. La duración *standard* de una película sigue siendo una medida convencional. Por eso, las historias que se pueden hacer en cine son determinadas. Y por lo mismo yo pienso que la televisión ofrece la manera de hacer películas evolucionadas en el sentido de que pueden durar seis, ocho, diez horas. Pero no dejan de ser películas. Bergman se ha saltado esto a la torera en *Fanny y Alexander* pero también gracias a la televisión. Son raras las películas que han logrado tener la duración de tres o cuatro horas, que es lo que puede nece-



sitar normalmente la adaptación de una novela.

—*Ahora has adaptado, por encargo, Luces de Bohemia. ¿Qué problemas te ha planteado?*

—A propósito, ¿os sigue gustando tanto Orson Welles? Yo me he sentido poco interesado por las últimas revisiones de su obra. Me gusta mucho esa historia conradiana, *Una Historia Inmortal*, de Isak Denissen. Y también *Campanadas a Medianoche*. Welles es uno de los pocos barrocos que se mantienen en el cine. Y la adaptación que estoy haciendo de la obra de Valle-Inclán no la veo de otra manera sino a la de Welles. Sobre todo, partiendo de *Campanadas a Medianoche*, porque es una historia con una gran sencillez a partir de un gran barroquismo. Cuenta una historia muy simple, la historia de una amistad no correspondida, y un desengaño, y todo ello lo envuelve en unas formas barrocas.

—*También es una profunda reflexión sobre el poder.*

—Bueno, todas las buenas películas son muchas cosas; pero fundamentalmente *Campanadas a Medianoche* es una historia contada de una manera alucinante, partiendo de una historia de amistad y desengaño. Pero lo que me choca es la forma que utiliza. ¿Por qué ese barroquismo y no la sencillez?

—*Antes nos hacías un elogio de la adaptación de las obras de la literatura española al cine, y de que la mayoría de esas adaptaciones habían tenido gran éxito de público, y ello a pesar de la gran desconfianza de las gentes del cine español que siempre han sos-*

*tenido que nuestra literatura era poco cinematográfica...*

—Yo creo que todo está por hacer. Y además considero que todo es adaptable. Ignacio Aldecoa, al que siempre hay que volver, decía que las influencias eran muy importantes entre unas literaturas y otras. Siempre, decía, hay unas corrientes subterráneas, que unen a unos escritores con otros. Como existe, por ejemplo, entre Tolstoi, Baroja y Hemingway. Cada literatura tiene su tradición y su forma particular de ver las cosas.

Quevedo no es lo mismo que Cervantes, ni éste que el autor de *El Lazarillo de Tormes*, ni éstos en relación con los escritores de los 50. Son gentes diferentes que van buscando cosas diferentes. La literatura que tiene el pueblo español es una literatura realista, y yo creo que ésta es una de las razones por las que al público español le gusta *Los Santos Inocentes*. Y es una literatura que siempre tiene un punto de dependencia sociológica, siempre estamos intentando contar la historia de nuestro país y de nuestra gente a través de unos argumentos que suelen ser bastante simples. Siempre incidimos en las costumbres, incluso bárbaras, y siempre estamos tratando el tema de la dignidad, del orgullo y del honor, y todo ello visto de una manera absolutamente peculiar.

De esta manera la picaresca no es lo mismo que el hedonismo italiano, siempre hay una burla constante, una posición ante la muerte, que es distinta a la de los otros pueblos. Y, querámoslo o no, todos los españoles partimos de la misma visión de las cosas,

aunque las influencias pueden ser múltiples.

Por eso fracasa cualquier intento de hacer un producto cosmopolita, un cine cosmopolita, como a veces se ha intentado, que sirva para todo. Es una equivocación. Ese cine no gustará ni aquí ni allá. Por eso yo pienso que hay que partir de la porción para llegar a la universalidad. Desde luego, hay autores que son universales, pero todos partiendo de su propia tradición. Antes se hablaba mucho de abrir mercados fuera, pero no se tenía en cuenta el propio. Primero, hay que ganar nuestro mercado, y después se pueden buscar los demás. Es inútil que intentemos vender nuestros productos a Alemania si antes no hemos sabido venderlos en nuestro propio país. De esa manera, lo único posible era hacer *pastiches*. Y han pasado muchos años con una política equivocada en el intento de abrirse, sin considerar seriamente que antes había que interesar a nuestro público, y para ello era necesario hacer las cosas de una determinada manera, como hacen los grandes escritores que poseen, además de una visión personal, una visión basada en la tradición del pueblo. La manera de abrirse es tratar temas españoles, como *Plácido*, *Calle Mayor*, *Furtivos*, *El espíritu de la colmena*... Lo que no se dieron cuenta es que nuestro cine ha conseguido siempre grandes éxitos cuando ha tratado temas españoles o cuando ha adaptado las obras de la literatura española. Hasta Ardevín consiguió un gran éxito con una versión dulcificada de *El Lazarillo de Tormes*. O ahí están los éxitos de *La busca* y de *Emilia, parada y fonda*, de Angelino Fons, cuyos



éxitos no ha vuelto a repetir. O *La Tía Tula*, de Picazo. O *Los tarantos*, de Rovira Beleta. O *Tormento*, de Pedro Olea. Y no quiero hablar de los grandes éxitos clásicos del cine español anterior con las versiones de Palacio Valdés, Pérez Lugín, Pedro Antonio de Alarcón... Siempre que se ha adaptado una obra de la literatura española al cine el público la ha aceptado muy bien. Y todavía quedan muchas obras por adaptar. Yo mismo he trabajado con Lope, Calderón, Galdós, Baroja, Aldecoa, Cela y Delibes. Nunca ha parecido tan universal y personal el propio Buñuel como cuando ha tratado temas españoles, como *Viridiana*, *Tristana* y *Nazarín*. Las dos últimas basadas directamente en Galdós, y, la segunda, indirectamente.

—*Hay que tener en cuenta, además, que hoy se puede trabajar mejor. No hay censura que te coarte y puedes emprender sin temor cualquier adaptación...*

—Eso es evidente. El tiempo ha cambiado, desde luego, y no es lo mismo vivir en un tiempo de libertad que en un régimen autoritario. De todas las maneras son tiempos que hemos vivido y a los que no podemos renunciar. Es difícil imaginarnos distintos a como somos si hubiéramos tenido libertad, si hubiéramos podido elegir otra vida... Sea como sea, no podemos renunciar a esos años, y esas experiencias en la clandestinidad (y me refiero tanto a la lectura de los libros como a la política) nos han conformado de una manera determinada. Y quizá todo eso nos da una manera particular de humor, o cierta relajación, o como una especie de antídoto terrible contra la frustración, la deses-

peración, la melancolía o la depresión. Nosotros estamos ya muy curtidos por las vivencias del pasado y no podemos ir hacia el humor, hacia la protesta o hacia el descaro. Y todo ello hace que nos sintamos cómodos ante las cosas. Tampoco hemos hecho grandes explosiones de denuncia, pero se han hecho películas absolutamente interesantes y contrarias al sistema, y se habla dentro de un comedimiento, aunque creo que, a través de la visualización, hemos podido contar cosas que decían mucho sobre nuestra condición. Y eso se halla cada vez más presente en las películas actuales, donde aparecen imágenes y situaciones que antes no podíamos expresar y que ahora están cargadas de esa violencia contenida que nos ha agredido en los años oscuros que nos han conformado.

Quizá sea esta la razón de que nuestro cine pueda ser más interesante que el de los otros países. Las cosas cuando se viven, y uno está deseando expresarse, o estás en situación de trabajar, surgen de pronto, aunque sea inconscientemente. El bagaje de experiencias que hemos vivido, la forma en que nos hemos hecho una cultura, con tantas carencias y trabas, pasándonos los libros prohibidos unos a otros, viendo muchas películas en sesiones secretas, nos ha dado como una sensibilidad especial para captar las cosas, y nos ha hecho muy agradecidos para determinadas cosas como la libertad, la cultura, la solidaridad... Y también tenemos una conciencia: que esa forma de vivir, ese sistema de interdicciones que hemos padecido, esa inseguridad social y política, la hemos compartido con todo un pueblo. Nosotros, es

verdad, la vivíamos de otra manera, como intelectuales o como gentes que trabajaban en el arte, para nosotros era quizá más fundamental, pero todo el pueblo español resentía todo eso, y es algo que nos une inconscientemente con nuestro público. Mantener el puente con él es nuestra primera obligación.

—*Si uno contempla esa fotografía donde se ve a la familia de Paco «el Bajo», uno piensa que ese mundo correspondería más con la visión del Sur de la novelística de Faulkner, que ha tratado ese tipo de familias descompuestas. La tentación hubiera sido hacer Faulkner, pero tú pareces haber ido más por el camino de Hemingway...*

—En el libro de Delibes hay una mezcla de Hemingway y de Poe, quizá de Whitman, y, aunque parecen contradictorios, es que Delibes hace un intento de poematizar, de introducir en esta historia tan absolutamente brutal un fuerte elemento lírico. Incluso, si me apuráis, hasta comportamientos extraños e incluso una cierta épica. En la novela hay un mundo formal que es una especie de poema muy largo, aunque terrible, pero siempre conservando una especie de organización poemática. Hubiera sido una equivocación seguir en este caso el estilo de Faulkner porque él intenta contar un mundo más complejo que el castellano. También el *Big South* es un mundo de dominantes y dominados, pero dentro de la tradición anglosajona. Y esa tradición es más complicada que la nuestra.

—*Dicho de otra manera, esa historia se podría haber contado a la manera de Valle-*



*Inclán, pero has optado por una manera barojiana.*

—Sí, podría haberse hecho una versión valle-inclanesca, pero la novela tiene un lado muy barojiano, tiene esa parte de sencillez, y de contar muchas cosas pero de no contarlas a fondo, dejando un montón de hallazgos sin explotar totalmente. Esa riqueza que tiene Baroja, que en una página presenta veinte hallazgos y, después, a lo mejor, no sigue ninguno. Y luego encuentra otros veinte. Es el gusto de escribir por escribir.

Berlanga lo decía hace mucho tiempo: en toda película hay un techo casual, una serie de coincidencias, una serie de líneas que van a parar al mismo centro. Y eso se da cuando todo el mundo cree en una película. Uno cree que la puede dominar, pero tiene que controlarla a través del control del detalle, partiendo siempre de lo pequeño. Hay un momento, en las siete semanas de rodaje, en que soy incapaz de tenerla toda en la cabeza, eso es prácticamente imposible. Entonces lo que tienes que hacer es saber lo que no corresponde a esa película y atajarlo inmediatamente. Pero nunca sabes con exactitud las piezas que sí corresponden. Vas acumulando planos, y datos, y cosas, y naturalmente siempre los cuentas en relación con lo pequeño. De esta manera, la película se hace como una bola de nieve que va rodando. Uno interviene lo menos posible. Y, de pronto, la película se va haciendo a sí misma. Es algo mágico, es la película la que quiere ser así, de una determinada forma. Por las noches, a uno se le pasa en la cabeza una y otra vez, pero la película tiene una vida propia.

Y muchas veces piensas que el actor tiene que enfatizar algo y resulta que no lo hace. Y es porque la película no lo pide. Y hasta el día del estreno no se termina por hacer totalmente, porque entra el público, que también participa, y la conforma a su manera y aplaude cuando tú crees que no va a aplaudir, y al revés. La película toma vida propia, y eso ha pasado especialmente en *Los santos inocentes*, que es, en mi opinión, una película redonda, con un montón de resúmenes, de explicaciones, de personajes que más o menos tienen vida fuera de la película, de personajes reconocibles, y una historia que va muy unida entre hombres y naturaleza, y al mismo tiempo es muy fácil y muy horrorosa de ver, y tiene también unos personajes pobres, penosos y reconocibles como para que la gente se enamore de ellos, que es una de las primeras nociones que nos enseñan los americanos, alguien por quien interesarse, y en este caso te interesas y te preocupas por casi todos, cosa que no ocurre con otras películas. Y no te interesas por la belleza, ni por las relaciones amorosas, ni por nada en especial. Te interesas por la cara y por la forma de comportarse de esos personajes. Todo eso ocurre a veces, y a partir de la segunda semana la película se hace sola.

—*La película tiene como cuatro planos fundamentales: las tres clases sociales representadas por los pobres, los burgueses y los terratenientes, y la naturaleza, sin la cual no tendrían sentido las relaciones entre las primeras...*

—Durante la adaptación hice muchos esquemas, y tengo varios cuadernos ahí, llenos de estos esquemas. Pero

siempre hay un esquema que es el evidente. Y es ése que decís vosotros. Está la tierra, la naturaleza y la gente que está apegada a ella, que vive de acuerdo con ella, y que la conocen perfectamente, todos sus resortes, que viven en armonía con el tiempo, las estaciones, los árboles, los animales... Están los burgueses que intentan acercarse al mundo de los señores, que están más distanciados del campo, que viven en la gran casa, representados por el administrador que interpreta Agustín González y su mujer, Agata Lys. Y, luego, está la gente que viene de Madrid y que, más o menos, utilizan la naturaleza para depredarla, y que pertenecen a la aristocracia. Están las tres clases. Otra lectura de la película es que el señorito es un depredador, que incluso busca cómplices en los pobres que conocen bien el campo, y que depreda también al burgués porque le roba la mujer. Pero todo ello está basado en una visión de la naturaleza, que es el gran escenario donde todo adquiere su sentido.

—*A pesar de que el film está visto desde el punto de vista de los pobres, hay un tratamiento ambiguo de los ricos, y se podría decir que los más frágiles, desdichados y ateridos son ellos..*

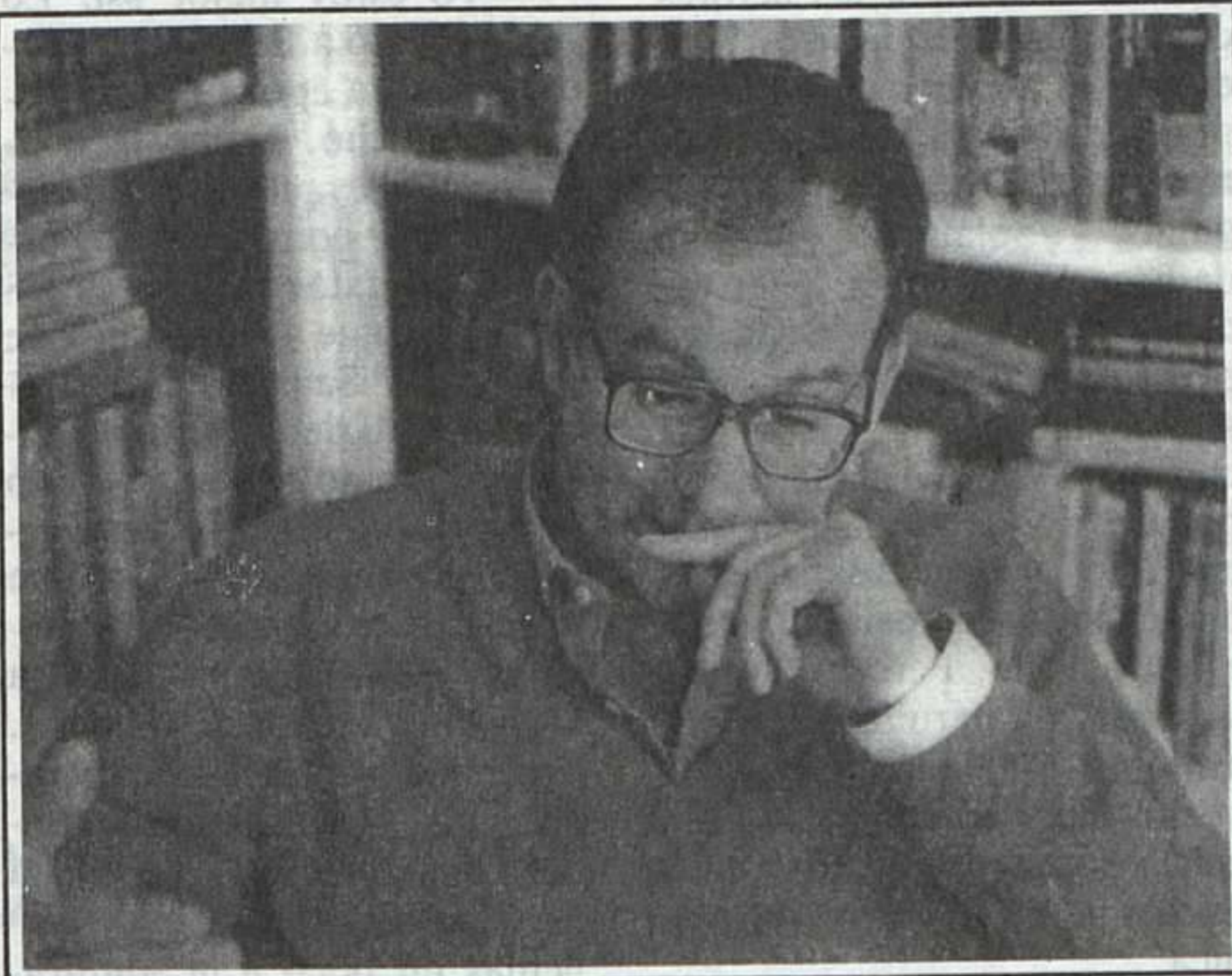
—Julián Mateos, el productor de la película, dice que los Inocentes son todos, incluidos los señoritos. Borges dice que hay tres cosas que son el resumen del descalabro de este siglo: el hecho de que la gente ve la televisión y que cuando llegan los anuncios nunca piensa que el que ha hecho los anuncios es el propio dueño del producto —síntoma de estupidez absoluta—, el pensar que la gente



que más sale en las revistas es la más lista y, tercero, pensar que el dinero da la felicidad. En *Los Santos Inocentes* lo que hay, que se agradece bastante, es que los más alegres son los pobres, son seres vitales. Cuando el hombre va a correr el cárabo o cuando el otro tío hace una broma de esto o de lo otro, gritan, se expresan, se mueven de una manera más vital que la otra gente, que está más atenazada porque hay un obispo delante y entonces no hablan delante del obispo o porque están sujetos a unas convenciones rígidas. El pobre se manifiesta de una manera mucho más espontánea... Esto es una cosa que está muy clara, porque los que disfrutan de la naturaleza, o del paso de los pájaros, son estos pobres que no tienen más que ese mundo.

—Hablemos del tema de los dominantes y de los dominados, de los amos y de los esclavos...

—Ese era otro tema que me interesaba del libro. Hay que reflexionar sobre el hecho de que unos manden sobre otros. Pero, además, aquí hay algo más, y es la manera tradicional española de tratar a la gente con esa cordialidad estúpida que tienen los dominadores, y de ser caritativos y de perdonarles la vida y de tratarles con cierto compañerismo en determinados momentos, y de darles en alguna ocasión la sensación de que están hermanados y todo eso. Lo que me pregunto yo, y eso quería expresarlo alguna vez, es: ¿qué autoridad cultural o de cualquier tipo tiene esta gente para ejercer ese dominio sobre las gentes? ¿De dónde viene ese poder? No es lo mismo que te llegue un superdotado, un tipo —bueno,



tampoco sería justo—, pero alguien que tiene méritos de algún tipo, desde humanos hasta guerreros... Pero, ¿qué autoridad tiene el personaje del marqués que interpreta Juan Diego para ejercer ese dominio? ¿Por qué razones de herencia? ¿Por qué extraños motivos ese tío es el dueño de la tierra?

—Esta película trata, como en todas tus otras películas, de los perdedores...

—Es la vieja historia. La estética está ahí. ¿A quién le interesa la estética de los triunfadores, la estética del Ejército del Norte en la Guerra Civil americana? La estética está en el Sur, hasta en Quantrill, hasta en los más villanos. La estética está en los perdedores. ¿A quién le interesa la vida del presidente del Banesto? Es más interesante la vida de un boxeador derrotado en el *ring* y que termina su vida de mala manera. El que interesa es el pobre «Kid Chocolate» que está por las calles de La Habana vendiendo pirulís después de haber sido uno de los más maravillo-

sos estilistas del boxeo. Es un hombre que ha llevado la vida hasta sus últimas consecuencias y ha fracasado. ¿Qué interés tiene como estética un caso como el de Julio Iglesias? La persona de un cantante que se deshace cantando por los pueblos, ahí sí hay una película.

—También los personajes de Berlanga son perdedores natos, por ejemplo, el que interpreta Nino Manfredi en *El Verdugo*, que termina por hacer lo que más le repugna en la vida...

—En Berlanga hay algo más importante que todo eso. Yo creo que su cine está por encima de él mismo. Tiene una gran facilidad para extraer la pequeña historia de España que cada uno puede contar. Cuando las gentes de *Plácido* hablan todas al mismo tiempo, y ninguno escucha al otro, está haciendo, en realidad, una paráfrasis del pueblo español. Todo el mundo habla al mismo tiempo. Para hacer eso en cine hay que saber poner el objetivo adecuado y, sobre todo, hay



que saber decir a los actores cómo tienen que decirlo. Y yo eso no lo he visto conseguido por nadie, ni siquiera por Ferreri, que lo ha intentado alguna vez. Solamente es capaz de hacerlo Berlanga. Esas escenas ruidosas de todos los personajes pisándose las frases, hablando a la vez, sin escucharse, es una manera hispánica de producirse y de moverse y de intentarse ayudar cuando en realidad todo es un barullo. Pero es, curiosamente, un barullo que tiene armonía, que está muy bien hecho. Hay una puesta en escena supercomplicada que Berlanga sabe hacer armónica.

—*Porque es un gran técnico que sabe aplicar la técnica a su visión del mundo...*

—Sí, él dice que no, pero yo creo que en la técnica es un fuera de serie. Yo creo que posee una vista absolutamente amplia. Lo trinca todo, y ves una y otra vez sus películas y ni siquiera el personaje que está en último término, al fondo de la escena, se encuentra fuera de situación. Están todos perfectamente integrados en la escena y todos hablan a la vez, pero sin esperar a que los demás terminen. A mí me parece que eso es difícilísimo de rodar. Y él domina ese tipo de situaciones. *El Verdugo* es la culminación de todo eso.

—*Cuando se estrenó Los pájaros de Baden-Baden poca gente supo ver la belleza de la película, pero cuando la pasaron por televisión todo el mundo se quedó pasmado. ¿No te parece que son injustos al redescubrirte cada cierto tiempo?*

—Yo estoy mejor así. Lo que les pasó a Berlanga y Bardem en otra época llegó a pesarles mucho. Como le ocurrió a Welles, el hacer *Ciudadano Kane* como primera película fue fatal para su carrera. Creo que la presión que debe tener Saura debe ser inmensa. Eso de hacer una película y que no funcione como se esperaba y que siempre esperen de ti la gran obra que pegue en el mercado internacional y que deje pasmadas a las gentes en los festivales... Como de mí nadie ha esperado nada, salvo algunos amigos como vosotros, eso me ha permitido el lujo de hacer películas un poco a la sombra. Y, además, siempre parece como si no las hubiera hecho yo. Parece que *La colmena* la ha hecho Dibildos. Y me aconsejan que proteste. Pero yo digo lo de Baroja: «Aunque pudiera protestar, no protestaría». Como no hay presión sobre mí me siento más libre para seguir mi camino. Ahora me llaman de todas partes, me hacen entrevistas, y yo digo las cosas de siempre...

—*Pero ha habido momentos en que hubieras podido realizar ciertos proyectos que han quedado en el cajón por no prestarte la atención que merecías. Acuérdate de El largo adiós, de Carne de cañón, de tantos otros proyectos.*

—La conversación más apasionante que podríamos mantener nosotros tres es hablar de las películas hechas y de las no hechas... que son un montón. Antes de *Los santos inocentes* iba a hacer, incluso estuve en Argentina localizándola, *El camino de los barcos*, una obra que me gustaba mu-

cho, tenía muchas cosas que me interesaban... Yo creo que es una película que habría resuelto... Bueno, no habría resuelto nada... Pero todas las películas ayudan a vivir, para eso se hacen. Al espectador le sirven quizá de otra manera, probablemente para cambiar su mentalidad con respecto a una cosa.

Buñuel decía, y yo siempre lo he pensado, que no hay películas, lo que hay son momentos. Antes hablábamos de *En un lugar solitario*, de Nicholas Ray. La escena en que él se enfrenta con el hombrecito de gafas que es su representante, hay un momento maravilloso que no se ha visto en ninguna película del mundo: «Perdóname, si te he hecho daño», dice Bogart. Y el otro contesta: «No, no, si cambiaras yo no estaría contigo». A mí, por ejemplo, no me gustan todas las películas de Buñuel, me gustan trozos que son absolutamente geniales. Y hay películas tuyas que son más redondas que otras. En cambio, hay obras tuyas que se salvan por unos minutos, o por un plano determinado. Y así pasa con muchas películas y muchos autores, y yo creo que no hay tantas películas redondas sino momentos maravillosos dentro del cine. A mí me gustaría hacer esa antología de momentos... En mi caso, *Los santos inocentes*, como *La colmena*, son más redondas que las otras películas... Y todavía espero seguir trabajando, y, con mi experiencia, es fácil que haga alguna película tan redonda o más que éstas.

Juan COBOS  
Miguel RUBIO





# EL TEBEO, EL "COMIC" Y DIOS DIRÁ

Felipe Hernández Cava

## *Planteamiento con historia e histeria*

El mundo del tebeo español —por entonces se le llamaba así al soporte, e historieta al medio— tenía el aspecto de una pequeña familia. Marginados de los cenáculos de la cultura por dedicarse a menesteres tan poco serios y marginados también, en buena parte por voluntad propia, de las alternativas políticas de cambio, sus miembros reuníanse al calor de la nostalgia. Eran aquellas fechas en que los editores hacían valer una concepción empresarial con vestigios del extinto feudalismo, en que unos pocos intelectuales se dedicaban a interpretar con seriedad el fenómeno y en el que la mayoría de los autores, antes que cuestionarse lo que estaban sirviendo a los sentidos de los lectores, soñaban con aquellos países en que la historieta había llegado a ocupar un hueco en las universidades o en los museos y llevaban en la cartera la frase en que Picasso, vayan uste-

des a saber en qué contexto, lamentaba no haber hecho tebeos en su vida. Y en éstas llegó el «comic» que, en realidad, era lo mismo, pero que algunos avispados introdujeron a toque de sordina con la evidente intención de trazar una maniquea división entre el tebeo —lo que se había hecho por estos lares hasta entonces— y el «comic» —cosa más seria y para adultos, decían, aunque un servidor sea de los que prefieren unas páginas de Coll, Vázquez o Cifre a las megalomanías de Maroto o Fernando Fernández.

Los que ostentaban la condición de adultos, a tenor de la filiación de su D.N.I., empezaron en ese instante a dejarse ver en público con los «comics-books» bajo la axila y muchos jóvenes perdieron el respeto a los que se habían dejado la piel haciendo historietas en las galeras de Editorial Bruguera o Valenciana. Los editores, sintonizando con la crisis económica mundial, aflojaron los cinturones de

sus autores y, viendo venir los aires de democracia, adquirieron un corte más humano y, en ocasiones, hasta más progresista (se cuenta el caso de uno que llevó su delirio a empezar a referirse al castellano como lengua fascista, mientras posiblemente soñaba en catalán con los no lejanos días en que sólo le faltó hacer uso del derecho de pernada). Se esparcía la idea de que esto del «comic» era tan artístico como la cosa cinematográfica, aunque todavía pocos se esforzaban en hacer avanzar el medio hasta unos logros similares a los de su pariente. Y, como suele suceder cuando algo empieza a cobrar prestancia, gente que hasta la fecha habían vivido del título de expertos en gastronomía o publicidad compraron sus hábitos de especialistas en el medio y empezaron a pontificar con el descarado propósito de hacerse un hueco en cualquier caja de resonancia de la que sólo salir, solícitos y bajo palio, para declamar en cosos y esquinas unos nombres y fe-



chas que hilvanaban con algunos conceptos tomados de la lingüística moderna y a duras penas digeridos. Los autores, mientras, se dividían entre los que habían hecho profesión de fe de su condición de artistas y ejecutaban el triple salto de la línea tan sin red como sin contenido, los que intentaban que la etiqueta «sólo para adultos» de portada tuviese una correspondencia con lo que salía de sus manos y los que, a esto último, querían añadir un componente de experimentación que pudiese sacar al medio de su evidente estancamiento.

Y en éstas empezaron a proliferar los salones, las jornadas, los encuentros de «comic», y casi siempre las mismas caras —con su correspondiente dosis de rostros advenedizos— empezaron a recorrer la geografía española, llevando de mesa redonda en mesa redonda las interrogantes de cuál era la especificidad de este medio, de dónde venía y a dónde iba. Y al final, casi siempre, esa única y contundente sensación de vacío que produce el constatar que lo comercial puede más que lo cultural en cualquier evento que goze de hermandad con las industrias.

Para este momento, que es el momento presente, la singular familia había visto quebrada la aparente normalidad de tantos años: editores y autores, tras el final de los sindicatos verticales, se observaban con justo recelo de clase; los críticos se habían desgajado en banderías y, por debajo de sus diferencias de criterio, lo que latía era la sorda lucha entre los que no dudaron en afiliarse a la especialización cuando era inimaginable que en la prensa se pudiesen tener algunos espacios, aunque fuesen ridículos, y los que venían de vender otros productos (los había entre éstos, incluso, que venían de vender equipos de fútbol); la

lucha generacional entre creadores alcanzaba cotas de virulencia, y los veteranos parecían no comprender que el mejor modo de combatir no era aferrarse a lo caduco sino mantenerse en perpetua progresión —como don Alberto Breccia ha tenido siempre claro—; y los seguidores adolescentes —entre los que empezaba a ser frecuente la frase «yo, de mayor, quiero ser dibujante de comics»— perdían un poco el norte de saber discernir qué es lo mejor de cada tendencia y se incorporaban, con carácter militante, a la línea clásica, la «clara» o la «chungu», sin percibir que, en ocasiones, detrás de tales definiciones no había más que unos planteamientos de mercado. Un mercado, por otro lado, más decrepito de lo que pudiera deducirse por tanto festejo como se prodiga y por tanta oferta como cuelga de los kioscos. Y en el que lo peor, sin duda, es que el darwinismo selectivo no siempre favorece a las mejores especies. Pues, si bien es cierto que algunas publicaciones fracasaron de partida por la incompetencia de sus almas rectoras —*Calibre 34*, *Vértigo* o *Totem. Aventuras y viajes*, recientemente—, otras, como los tebeos de *Ken Parker*, contaban con la mejor de las combinaciones calidad/comercialidad para seguir apareciendo a estas alturas.

Poco contribuye, además, a clarificar esta oferta una crítica que no quiere ver peligrar sus lentejas estigmatizando lo que no es sino carne de estigma y que, paradojas de nuestra miseria, ha debido ser asumida en buena medida por algunos librereros especializados, en lo que pareciera una suicida práctica de sus intereses.

#### *Nudo con las líneas de marras*

Ya he dicho anteriormente que es un error creerse, a pies

juntillas, la tajante división entre unas escuelas y otras, porque con frecuencia se producen trasvases de un lado a otro que pueden provocar la neurosis de algunos pontífices de corto alcance —se me ocurre pensar en lo que debe padecer el muchacho de *La Luna* que, hace unos meses, se responsabilizaba de un decálogo de la línea «clara»—. Pero lo que sí existe es una línea editorial bien definida con arreglo a la cual trazar unas mínimas peculiaridades.

Se podría hablar, desde ese punto de vista, de la política de poco riesgo que siguen editores como Josep Toutain —*Comix International, Zona 84, Creepy y Thriller*— o Rocca —*Totem*—, vertebrando sus publicaciones en torno a reconocidos maestros internacionales y no menos renombrados autores españoles. En este contexto resulta de lo más sorprendente, aunque plausible, que se apoye a Das Pastoras —*Comix International*— y de lo más gratificante la inyección de buen hacer que insuflan casi siempre los autores argentinos —Juan Giménez, Altuna, Mandrafina, Trillo, Saccomano, los Breccia— en lo que constituye una de las alternativas de mayor madurez y profesionalidad del panorama internacional, singularmente acentuada en sus guionistas, y cuya labor beneficiosa en nuestras latitudes supongo que se quiso premiar durante el «IV Salón del Cómic y la Ilustración de Barcelona» al otorgar a Juan Giménez, que desde hace años reside en Madrid, el premio al mejor dibujante.

Qué no decir, si la anterior posición me parece acomodaticia, de *Metal Hurlant* que se dedica a vivir de las rentas de su homónima francesa y donde sólo recientemente Victorino Cantera, su director, empieza a vislumbrar la necesidad de apoyar a algunos autores españoles.



Mucho más valiente me parece, por el contrario, la posición de editores como García y Bea —*Rambla y Rampa*— y Metropol —*Metropol* y *K. O.*—, pese a las objeciones que puedan proponérseles. A los primeros porque, si bien es encomiable su decisión de apoyar sólo material español, sus laxos criterios de selectividad han decantado sus publicaciones hacia un peso excesivo de autores noveles no demasiado sobresalientes, con lo que la posibilidad de supervivencia reside únicamente en la capacidad de atracción que puedan ejercer sobre los lectores las pocas páginas de los profesionales —Bea/Sánchez Zamora, Hernández Palacios o el propio Luis García—. Y a los segundos —Metropol— porque, pese a insistir también en lo nacional, la mayoría de las propuestas de sus autores punteros —Leopoldo Sánchez, Sommer, Ortiz, Bernet, Segura, Hispano— remiten a unas fórmulas arcaizantes que dieran la sensación de ir contagiando a aquellos de entre ellos —es el caso de Manfred Sommer y su *Frank Cappa*— que, hace sólo cuatro años, nos hicieron concebir serias esperanzas a los que nos interrogábamos por los derroteros de nuestra historieta.

Y así llegamos al proyecto *Cimoc* (Norma Ediciones) como proyecto-puente con la vanguardia, de análisis imposible sin comprender el alcance de que sudirección descansase en una persona como Joan Navarro.

Navarro, crecido en las labores críticas a la sombra de Antonio Martín —editor de la desaparecida revista *Bang* y eje sobre el que gravita el avance hacia la madurez de nuestra crítica y de nuestra más reciente historieta—, ha jugado en esta publicación la doble baza de la más aceptable historieta comercial europea contemporánea —Linus/

Mezieres, Berardi/Milazzo, Didier Comes o Hermann— y, desaparecido el equipo de los Metropol, la de una joven generación de autores españoles enfrascada en abrir nuevas vías a lo que algunos califican como historieta de contenido —Pellejero, Garcés, Sempere o El Cubri.

La vanguardia —entendida como búsqueda de nuevas formulaciones, aunque el concepto levante pústulas— descansa, entonces, en cuatro publicaciones bien diferenciadas: *Cairo* (Norma Ediciones), *El Víbora* y *Makoki* (Ediciones La Cúpula) y *Madriz* (Concejalía de la Juventud del Ayuntamiento de Madrid).

De nuevo, con *Cairo*, es imposible dejar de referirse a la dirección de Joan Navarro, plenamente identificado con este proyecto que, pese a ser de los más atrayentes del mercado, no acaba de contar con la repercusión comercial que mereciera —esperamos, no obstante, que su editor comprenda el alcance del intento.

El neotebeo, como dieron en llamarlo desde sus inicios, nació para reivindicar las aventuras de nuestros días a través de un concepto de la narración que tenía muchos puntos de unión con el de la escuela franco-belga, y es esta explícita referencia la que quizá más han utilizado sus detractores.

La línea clara que propugna, en lo que no deja de ser una astuta definición de lanzamiento, no propone que el *Tintín* de Herge sea el decálogo por el que deban regirse sus autores, pero está bien que se les guarde cariño a unas historietas que son un encomiable modelo de narrativa, como lo está —y aquí enlace con lo que sobre la maniquea división entre tebeo y *comic* decía al principio— que ese mismo cariño alcance, por

extensión, a un Coll o un Benjam («La Familia Ulises»).

Al margen del peso específico de los representantes extranjeros de esa sensibilidad —Riviere, Floch, Tardi, Goffin, Chaland, Briel o Giardino—, lo apasionante de esta revista se sustenta en los autores españoles y, muy especialmente, en los de la denominada escuela valenciana.

La alternativa estética que los valencianos han supuesto en nuestro panorama es de las más claras —valga la paradoja— y de las de mayor proyección en aquellas publicaciones internacionales abiertas a la innovación. Difícilmente explicable sin la labor pionera y en solitario de Miguel Calatayud, que recogió en su momento lo más valioso del diseño «pop», tiene sus pilares actuales en éste y en Micharmut, Torres, Sento y Miguel Beltrán, apareciendo el segundo de ellos —Micharmut— como el poseedor de un universo más reflexionado y más en punta desde el aspecto lingüístico y, por tanto, de mayor complejidad y menor alcance comercial.

G. Cifre, Pere Joan, Gallardo, Roger, Montesol y el equipo Tha/Bigart componen el resto de una plantilla de élite que, a las acusaciones de inmadurez narrativa, puede oponer los resultados como guionistas de un Montesol, un Ramón de España o un Bigart —un guionista, este último, que ha sabido prolongar una tradición surrealista de la que el abanderado, en solitario, venía siendo el inigualable Nieto (de Ventura y Nieto).

*El Víbora*, por su parte, tiene también su mentor —Onliyú— y la revista ha llegado a ser lo que es por la labor catalizadora de este personaje. Recuperando lo más refrescante del «*underground*» español, nacieron sin revestimiento ideológico o moral al-



guno, a la caza y captura de un mundo donde sólo quedasen «los malos y unas cuantas niñas de doce a quince años sin granos». Y su lenguaje y su estética no tardaron en conectar con un público que en la única doctrina que tenía depositada su fe era en la de la supervivencia. Por primera vez, con *El Víbora*, la realidad de la calle llegaba al tebeo.

Etiquetados como la línea chungu, por la aparente y descuidada servidumbre de su grafismo para con su contenido, su incidencia ha sido de las más sobresalientes en el pacato panorama de nuestra historieta y no puede explicarse recurriendo al tópico de que sus parámetros han sido el sexo, la droga y el rock-and-roll.

Nazario, Gallardo, Mediavilla, Max, Pons, Martí, Cee-sepe y Calonge han sido las logradas aportaciones de una alternativa no tan chungu para el que sepa leer entre líneas —Pons es un guionista fuera de serie, el trabajo de Martí sólo se explica con muchas horas de saber ver cine a las espaldas, y la rápida progresión de Max tiene pocos parangones en el universo del tebeo— y, por lo tanto, creo que tienen posibilidades de remontar el momento de incipiente baja que atraviesan en la actualidad.

*Makoki*, hermana pequeña de *El Víbora*, sólo podrá proseguir, en cambio, si imprime un giro notable a su línea —cosa que parece intentarán en septiembre—, aunque muchos le estaremos eternamente agradecidos por devolvernos a aquel Vallés que fue refugio de tantas de nuestras esperanzas en los últimos años de la dictadura.

Está, por último, el tebeo *Madriz*, y no pienso cohibirme en enjuiciar su papel por mucho que peque del subjeti-

vismo que se puede desprender de mi condición de director artístico del mismo.

Alentado por un concejal y su más directo colaborador positivamente atípicos —Francisco Contreras y Chema de Mingo, respectivamente— y con un director titular, Carlos Otero, que ha venido practicando la no injerencia, *Madriz* ha podido permitirse, gracias a la subvención institucional que le posibilitaba el no tener que competir en igualdad de condiciones económicas con las restantes publicaciones, ser el más arriesgado de los proyectos de nuestro mercado.

Sin adscribirse a ninguna de las supuestas líneas en pugna, en función de la pluralidad de lectores a que se dirige, ha venido practicando un eclecticismo en el que tienen similares posibilidades de cabida corrientes narrativas más o menos ortodoxas —Carlos Giménez, Juan Giménez, El Cubri, Federico del Barrio, Raúl, Rubén o Clave— junto a ensayos eminentemente gráficos —Javier de Juan, Ana Juan, Fernando Vicente, Luis Serrano o Jorge Arranz.

Además, el tebeo de la Concejalía del Ayuntamiento de Madrid ha permitido: recuperar nombres sin el análisis de cuyas propuestas nos plantearíamos un futuro de vía estrecha para el avance gráfico español —OPS, LPO o Julio Cebrián—, apuntalar los de algunos profesionales más o menos limitados por las pautas comerciales del mercado —Federico del Barrio, Raúl o El Cubri—, y lanzar una nueva generación de autores que, por su nivel, pudieran parecer profesionales a los neófitos —Javier de Juan, Jesús Moreno, Ana Juan, Fernando Vicente, Rubén, José Manuel Nuevo, Víctor Aparicio, Guzmán el Bueno o Santiago Cueto.

Contestado desde algunos sectores como un fruto más de la moda posmodernista que nos asola y acusado de vaciedad de contenidos —lo que, referido a trabajos como los de LPO, evidenciaría la persistente pobreza de algunos hábitos de lectura—, creo que cabe esperar que, incluso de aquello que no intenta ocultar su carácter de ejercicios de estilo (Luis Serrano), nazcan infinidad de alternativas a un medio que sigue estando tan cerca de sus orígenes.

### *Desenlace con frase*

De las tensiones entre toda esta pluralidad, de los derroteros que tome la crítica y de la receptividad que los medios de comunicación en general tengan ante el tebeo —más por la incorporación de especialistas a ellos que por la información básica que pudiese administrarse a periodistas de plantilla en un cursillo—, del ineludible paso de los editores a la financiación directa de álbumes —como *Ikusager* o la gente de *Imposible* en la actualidad— y de la madurez con que asuman sus posiciones, y de lo que se frague en los «*fanzines*» como modelo de publicaciones absolutamente libres... de todo ello, y de más, dependerá el carácter de la historieta española de mañana.

Y dijo una vez OPS: «Me parece que el *comic* o el tebeo tiene unas posibilidades muy grandes que están aún por desarrollarse. Su lenguaje está en pañales, estamos empezando apenas a ver otras posibilidades. Tenemos que destruir la historia, volver a recomponerla, realizar muchas cosas que ya se han realizado en la pintura, abrírnos a nuevas experiencias a nivel de interconexiones. Pero no me preocupo: hay tiempo, el futuro se irá haciendo».



FUNDACION  
PABLO  
IGLESIAS

CAMINOS DE  
LA DEMOCRACIA  
EN AMERICA  
LATINA

EDITORIAL  
PABLO IGLESIAS

ANDRE  
GUNDER  
FRANK

EL DESAFIO  
EUROPEO

EDITORIAL  
PABLO IGLESIAS

**CAMINOS DE LA  
DEMOCRACIA  
EN AMERICA LATINA**

Seminario organizado  
por la Fundación Pablo Iglesias.  
324 págs.  
750 ptas.

**EL DESAFIO  
EUROPEO**

André Gunder Frank.  
124 págs.  
300 ptas.

EDITORIAL

PABLO IGLESIAS

Monte Esquinza, 30  
3.º dcha.  
28010-Madrid



# Fundación Pablo Iglesias

## PUBLICACIONES

**La izquierda ante la crisis económica mundial.**  
Textos de las Jornadas organizadas por la Fundación Pablo Iglesias los días 19 y 24 de mayo de 1980. Giovanni Arrighi, Jacques Attali, Enrique Barón, Fernando Claudín, André Granou, Stuart Holland, Serge-Cristophe Kolm, Ernest Mandel, José María Maravall, Juan Muñoz, Ludolfo Paramio, Santiago Roldán, Julio Segura, Bruno Trentin, Rainer Zoll.  
186 pp. 400 Ptas.

**El tema de las Nacionalidades.**  
La teoría de la nación en Otto Bauer, Manuel García Pelayo.  
68 pp. 200 Ptas.

**Vida y obra de Marx y Engels.**  
José Luis Aranguren, Fernando Claudín, Elías Díaz, Helmut Elsner, Carlos Paris, Ignacio Sotelo, Enrique Tierno Galván.  
101 pp. 200 Ptas.

**Homenaje a Pablo Iglesias.**  
(En el año del centenario de la fundación del PSOE, con 60 contribuciones de escritores, poetas y profesionales.)  
203 pp. 400 Ptas.

**100 años de socialismo en España.**  
Bibliografía del socialismo español, 1979.  
216 pp. 250 Ptas.

**100 años por el socialismo.**  
Historia Ilustrada del PSOE, 1979.  
225 Ptas.

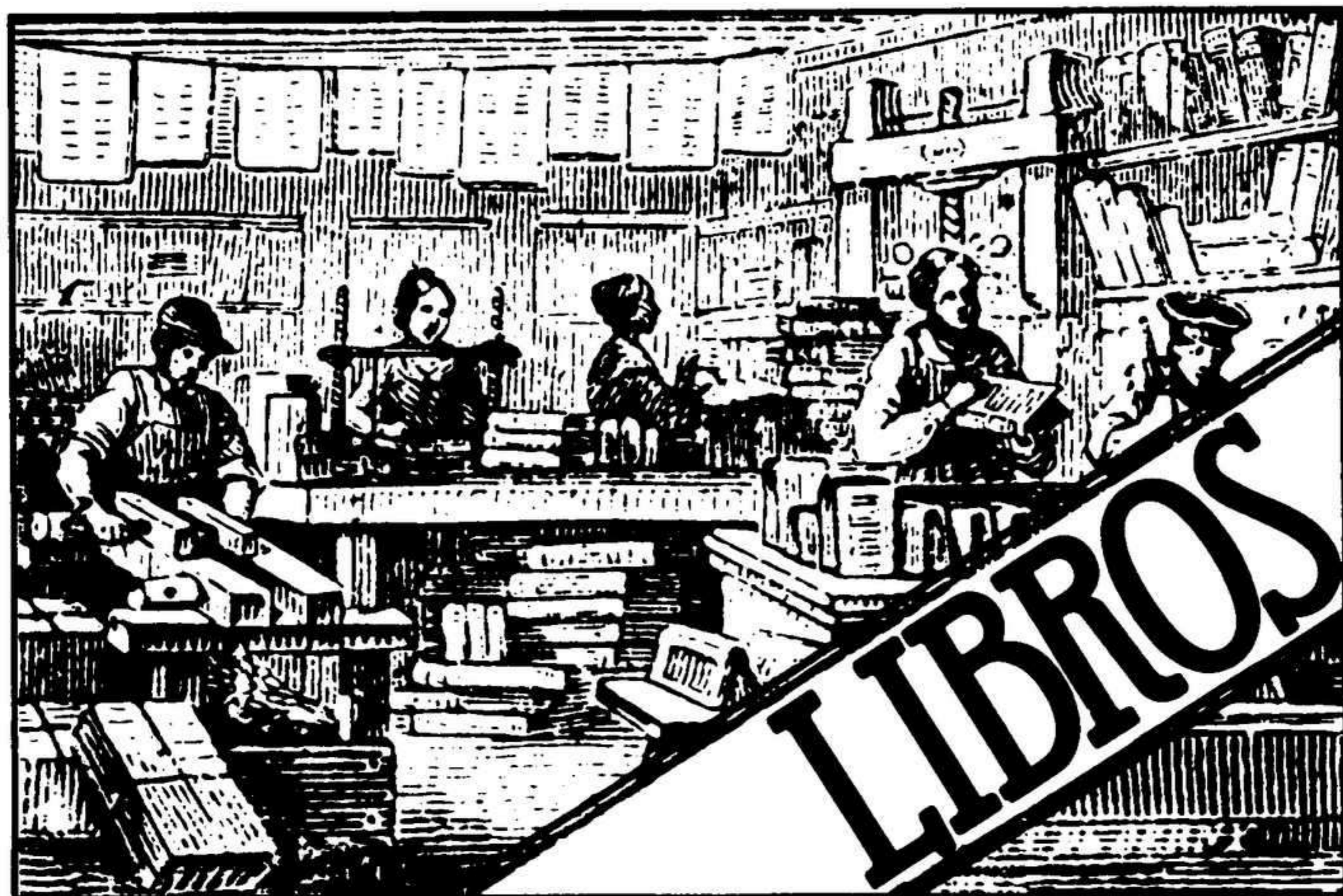
**Catálogo de Publicaciones Periódicas**  
**pertenecientes a la Hemeroteca**  
**de la Fundación Pablo Iglesias.** 82 pp. 50 Ptas.

## DISTRIBUCION A LIBRERIAS

**EN MADRID:**  
Visor Libros  
Roble, 22  
Madrid-20  
Teléf. 279 34 43

**CATALUNYA Y RESTO PAIS:**  
Les Puntxes, S.L.  
Escornalbou, 12  
Barcelona-26  
Teléfs. 235 22 08-235 61 08





## MADRID, 1931-1934

Mercedes Cabrera

Santos Juliá.

*Madrid, 1931-1934.*

*De la fiesta popular a la lucha de clases.*

Siglo XXI. Madrid, 1984.

Es evidente que mucho de lo que nos ofrece Santos Juliá en su último libro venía preocupándole ya desde que escribió los dos anteriores: *La izquierda del PSOE* y *Los orígenes del Frente Popular*. Esa preocupación nos la anunció

en un reciente artículo publicado en el núm. 12 de la *Revista de Derecho Político* bajo el título significativo de «Gobernar, ¿para qué? Debilidad de partidos y representación de intereses en la II República». Concluía en él que, desde octubre de 1934, las relaciones de clase carecieron de toda mediación institucional, fenómeno que explicaría la debilidad e irrelevancia del sistema de partidos, como se pondría dramáticamente de manifiesto en la primavera de 1936.

Si ésta puede ser también la conclusión de este libro, el por qué y, sobre todo, el cómo se llegó a ello se reconstruye sobre las transformaciones sociales, organizativas, ideológicas, de las clases sociales madrileñas, de obreros y patronos, entre abril de 1931 y la primavera de 1934. Este segundo corte cronológico

—tan poco usual en los estudios sobre la República— indica ya la novedad metodológica en el tratamiento del tema; novedad que, esta vez sí, no se queda en el descubrimiento de nuevos datos o en la mera acumulación de nuevas noticias, sino que obliga a replantear muchas ideas generalmente aceptadas sobre el proceso social y político republicano. Aunque el estudio se centre sobre una única ciudad, Madrid, sus conclusiones apuntan claramente a la generalidad.

El punto de partida y el punto de llegada vienen dados por el propio título: el *pueblo* madrileño, sujeto político como tal pueblo, de la celebración colectiva y festiva del advenimiento de la República, y la clase obrera y la burguesía, enfrentadas como tales, en la primavera de 1934. La explicación de esta transformación



fundamental se hace sobre un doble escenario: la ciudad de Madrid, su conformación urbanística, sus barrios, su población, sus negocios, sus comercios, sus industrias; un Madrid no industrial, sino un Madrid en el que coexistían los viejos oficios, los talleres medios y un número escaso, pero relevante por el papel que van a desempeñar en la toma de conciencia de obreros y patronos, de grandes empresas, de sociedades anónimas que surgen en sectores claves de la economía ciudadana: la construcción, el comercio... Y la crisis económica, poco transparente quizá en las estadísticas de consumo, pero determinante a la hora de analizar las prácticas de unos y otros; una crisis que no fue «un mero pretexto que adorna(ra) retóricamente un enfrentamiento político o partidista», sino el contexto imprescindible que hizo, por ejemplo, que el factor esencial de movilización obrera no fueran los aumentos salariales sino el reparto del trabajo escaso.

Sobre este telón de fondo, presentado con todo el rigor que las fuentes disponibles permiten, la República parece otra. La toma de conciencia sucesiva de los parados, los obreros, los patronos, no deriva tanto de sus posiciones ideológicas —aunque éstas no se olviden— como de la incidencia de la crisis, de las consecuencias de los nuevos mecanismos de regulación del mercado y de las relaciones de trabajo, así como de la evolución de los conflictos, de las huelgas... El análisis de éstas, no sólo —como es normal— de sus motivaciones sino de su desarrollo y de sus consecuencias para los implicados, se confronta con las diversas prácticas sindicales existentes: lo que Santos Juliá llama el

sindicalismo de gestión de la UGT, hegemónico en Madrid hasta ese momento, el sindicalismo de movilización de la CNT, que irrunpe con la República, y el sindicalismo de agitación de los comunistas. Esta tipificación, realizada esencialmente sobre el análisis de las prácticas sindicales más que sobre la ideología de los dirigentes, permite asentar afirmaciones como que: «la práctica cauta y comedida de la UGT madrileña hay que relacionarla más con la condición y la propia historia de los oficios que con la idiosincrasia de los dirigentes», o que fue el intento por parte del sindicato socialista de encerrar la práctica de movilización que se iniciaba en los viejos principios de la práctica gremial lo que condujo a la dislocación de la UGT, con anterioridad a las elecciones de fines de 1933, o, en resumen, que el proceso de radicalización socialista «no es tanto el resultado de una evolución ideológica autónoma de los dirigentes del partido y de la Unión, ni del nuevo influjo de los intelectuales y periodistas o de la presión cada vez más acuciante de los jóvenes, cuanto de la respuesta que se dio en el plano político a las nuevas condiciones en que se desarrolla el enfrentamiento obrero con los patronos, con el nuevo gobierno y con las derechas, y del nuevo tipo de relaciones que se establecen con los sindicatos en el propio desarrollo de las huelgas». La estrategia política de los dirigentes socialistas madrileños de cortar las huelgas de industria con objeto de no malgastar o perder las fuerzas para la anunciada huelga general revolucionaria no es, para Santos Juliá, sino la muestra de que los contenidos políticos de la lucha de clases no encontraron expresión en los partidos y movimientos tradicio-

nales de la clase obrera, precisamente porque eran tradicionales, hechos para conducir la representación política de la clase obrera por organismos corporativos o por «gestas y gestos insurreccionales».

Si la evolución de la crisis, de la conflictividad y las huelgas lleva a plantear todo esto, no menos importante es la inclusión de los patronos, no como un bloque uniforme, sino analizado también en su dispersión organizativa inicial, consecuencia tanto de la propia estructura industrial y mercantil de Madrid como del tipo de relaciones laborales impuesto por la Dictadura, y el camino que, como en el caso obrero, llevó a la toma de conciencia de clase y a la lucha por la unidad, siempre frustrada en el caso de los patronos, cuyas prácticas también se vieron sujetas a la evolución de la crisis, de la negociación de bases de trabajo, de cambios sustanciales en las relaciones de fuerza. Reducirlo todo a una presión conjunta de la patronal y la derecha contra la República es, apunta Santos Juliá, maniqueo. Lo que quiebra es el sistema corporativo de representación política de unos intereses que no son ya de oficio o de gremio, sino de clase. Lo confirmaría el hecho de que durante el primer año de gobierno radical las luchas se saldaron a favor de las reivindicaciones obreras contra la oposición patronal: «la tesis generalizada que afirma la existencia de una ofensiva gubernativa patronal a partir de las mismas elecciones no sirve en absoluto para el caso de Madrid». Las movilizaciones obreras del último trimestre de 1933 y del primero de 1934 no fueron la respuesta a una ofensiva patronal, ni encontraron a los patronos cobijados por la acción del gobierno; sí lograron,



sin embargo, romper la representación política de un amplio sector de intereses patronales que había asumido el partido radical. El resultado de todo ello fue «la definitiva liquidación del pueblo de Madrid en cuanto sujeto político».

He señalado las conclusiones «políticas» que se derivan del libro. Aunque importantes, no son sino la consecuencia de un planteamiento de partida que rompe, no ya con la historiografía tradicional, sino también con aquella otra, más reciente, pero que también comulga con la imagen de la bipolarización inquestionable de la sociedad española de la República. Santos Juliá anuncia la necesidad de llevar a cabo una reinterpretación de la conflictividad social de aquellos años a partir de «la múltiple determinación (de las huelgas) cuya jerarquía interna debe construirse a partir del crecimiento de las ciudades, de las tensiones debidas a su estructura protoindustrial, para tomar luego en consideración los procesos de toma de conciencia de clase por medio del estudio de los efectos sociales de la crisis y de las prácticas que esas conciencias determinan a través de las organizaciones de clase existentes», interpretación que debería sustituir a la «explicación por la pasión política, por la polarización o por la mística revolucionaria de la clase obrera ante la ofensiva de la patronal». Que esta afirmación no implica olvido o arrinconamiento de la función de las ideologías y de la política se desprende de la propia lectura del libro, tanto como de la relectura de los anteriores, por no mencionar las afirmaciones que el propio autor va desgranando a lo largo de las páginas. Lo que queda asumir de todo ello con

vistas a un replanteamiento de las interpretaciones vigentes sobre el período republicano depende ya del «gremio» de los historiadores (quizá habría que sumar también a los sociólogos) y de su capacidad de debatir.

## LA AGONIA DEL SUEÑO AMERICANO

Mariví Rodilla

Marvin Harris.

*La cultura norteamericana contemporánea. Una visión antropológica.*

Alianza Editorial.

Madrid, 1984.

Que Estados Unidos es un país complejo a casi nadie se le escapa. Que «los americanos están locos» es una frase tan comunmente utilizada en diferentes ambientes y frente a distintas situaciones que se ha convertido ya en una respuesta tópica que evita análisis más profundos. Y es que analizar los mecanismos y realidades de la sociedad norteamericana actual no resulta una tarea fácil. ¿Cuáles son las razones de la actual crisis cultural en EE.UU.? ¿A qué se debe el que «el sueño americano» haya desembocado en una sociedad dominada por la inflación y la burocracia, y en cuyo seno se han producido unos cambios de comportamiento y una crisis de los valores morales tradicionales

que desembocan en fenómenos sin una interconexión aparente, como son la incorporación de la mujer al mercado de trabajo, la mala calidad de los artículos de consumo, el aumento de los homosexuales, la alta tasa de delincuencia o la proliferación de nuevas sectas o cultos religiosos?

La intención de Marvin Harris con *La cultura norteamericana contemporánea* es la de dar una respuesta a estas preguntas. Harris es antropólogo y se mueve, dentro de la tradición holística de la antropología, siguiendo la hipótesis de que diferentes transformaciones sociales, aparentemente no relacionadas, guardan una profunda relación entre sí y pueden ser, además, consecuencias de un cambio profundo central. A partir de esta idea intenta demostrar que la inflación, los cambios en la calidad de bienes y servicios, la vida familiar, la sexualidad, la delincuencia y la religión están ampliamente relacionados con los cambios que se han producido en EE.UU. a partir de la segunda guerra mundial, en la organización y el tipo de trabajo y en la composición de la fuerza de trabajo.

Paralelamente a una ruptura ideológica con la ética del trabajo y el sentido de la disciplina tradicionales en el americano medio, la economía ha pasado de ser una economía descentralizada y orientada hacia la producción de bienes a ser una economía burocratizada y dominada por los oligopolios y que se ha centrado en la producción de servicios e información. Aunque la tendencia al oligopolio ya está bien asentada en los EE.UU. durante la primera mitad del siglo XX, en los años 50 el ritmo de adquisiciones y expan-



sión se aceleró, hasta que un grupo de grandes compañías, de las cuales la más importante no es sino el propio gobierno, obtuvo la preponderancia a todos los niveles de la producción.

Desde este momento, y simultáneamente a una expansión desmesurada de la administración pública, la concentración de la economía en manos de los oligopolios provocó la automatización de la producción de bienes y la detención de la creación de puestos de trabajo en el sector industrial. Era necesaria una respuesta ante el creciente número de personas que se incorporaban al mercado de trabajo y, sin que existiera un plan nacional de creación de empleo que pretendiera la creación de estos puestos de trabajo necesarios en el sector de los servicios y de la información, lo que parece evidente es que una gran cantidad de trabajadores quedó a disposición de las empresas de este sector que no habían sufrido todavía un proceso de automatización, y que el bajo coste de esta mano de obra fue un aliciente para que la empresa privada invirtiera en este campo. De la misma manera, el incremento de empleados gubernamentales no dejaba de ser una forma de afrontar el desempleo menos problemática que la de dejar a millones de personas en el paro y dependiendo de la caridad estatal.

Las consecuencias de esta transformación económica han sido desastrosas: por un lado, la mala calidad de los bienes de consumo; por otro, la mala calidad de los servicios y la información. Norteamérica se ha convertido en un país en el que todo se rompe al poco tiempo de haber sido adquirido, y en el que el proce-

blema de la calidad de los bienes ha alcanzado proporciones críticas. Este hecho no puede ser desligado de una economía basada en compañías que, a partir de un momento determinado, crecieron de forma desmesurada, desarrollaron enormes burocracias internas, se hicieron con el control de una proporción cada vez mayor de los mercados nacionales e internacionales y se lanzaron a una carrera desenfrenada de beneficios que no sólo pasaba por una despreocupación por la calidad de los productos, sino que se centraba en el desarrollo de una técnica de *marketing* conocida como «obsolencia planeada». Los productos se planeaban para su salida al mercado como productos de ciclo vital corto, lo cual permitía un aumento desmesurado de la producción y un no inminente peligro de sobreproducción. Tarde o temprano la desconfianza aparece entre los consumidores, pero los fabricantes tienden a no alarmarse si aquéllos sólo pueden elegir un determinado artículo entre los producidos por tres o cuatro compañías que tienen la misma política de degradación de la calidad y de precios elevados.

Por lo que respecta a la mala calidad de la información y los servicios, ésta no puede ser desligada de las características de los empleos de este sector —bajos sueldos, medias jornadas o empleos temporales, mala cualificación...—. En general, son empleos que requieren tareas sencillas, monótonas, rutinarias y repetitivas, que producen en el trabajador el mismo efecto que las tareas sencillas y rutinarias que se realizan en las fábricas, alienación del trabajador y desinterés con respecto a lo que produce. A esto hay que añadir lo que supuso el proce-

so de informatización de estos sectores, es decir, la conversión de los trabajadores en meros apéndices de los ordenadores y la disminución de su nivel de competencia, encerrándoles en una serie de rígidos procedimientos burocráticos que les incapacitaban para responder a situaciones nuevas o atípicas.

Es en este mismo período de cambio en la economía cuando EE.UU. se ve sacudido por la inflación más alta de toda su historia. Para entender el origen de esta tendencia inflacionaria es necesario retroceder a los años treinta, que fue cuando se sentaron las bases para el desarrollo de los oligopolios públicos y privados. En este momento, y tras la depresión del 29, el gobierno estadounidense aplicó a la economía la teoría keynesiana que propugnaba la alternancia de medidas de estímulo con un período posterior de reinversión de estas medidas. El problema fue que esta segunda fase no resultaba tan fácil de aplicar como pensaba Keynes, y cada una de las seis recesiones económicas posteriores a 1945 dejaron unas secuelas que dificultaron, cada vez más, el combate a la inflación.

A lo anterior hay que añadir el efecto inflacionista provocado por la forma de crecimiento de los sectores público y privado. En lo que respecta al sector público, no sólo su crecimiento se financió con fondos monetarios prestados —lo que contribuía a poner en circulación más dinero— en lugar de hacerlo con los generados por la recaudación de impuestos, sino que se fue convirtiendo en una macroempresa cada vez más despilfarradora. El resultado es una situación de inflación, ya que mientras los impuestos



aumentan la calidad de los servicios disminuye, con lo cual el contribuyente obtiene menos y peores servicios a cambio de más dinero.

En cuanto al sector privado, la situación es semejante. Dado el dominio de los oligopolios, los precios dejan de reflejar la existencia de una competencia entre firmas independientes y, en lugar de ello, debido a acuerdos entre las grandes empresas, son aumentados de forma descarada para asegurar la obtención del beneficio planeado. Por otra parte, también el sector privado ha ido recurriendo a préstamos monetarios, y en estos momentos su deuda es mucho mayor que la estatal. La respuesta para mantener la liquidez en un momento en que, dado su endeudamiento, el dinero en efectivo de que disponen los oligopolios privados es menor, es exactamente la misma: el aumento de los precios y la baja calidad de los productos. La inflación es la consecuencia inmediata, porque nuevamente el consumidor está pagando más dinero por unos productos que le van a durar mucho menos.

Sin embargo, para Harris, la inflación, la plaga de artículos defectuosos y los perjuicios causados por servicios deficientes, no son las únicas consecuencias de esta transformación económica sino que ha provocado, también, efectos que se trasladan incluso al nivel de la vida privada de los ciudadanos. La teoría de Harris es que el aumento de la economía inflacionista, oligopólica y burocrática de los servicios y la información ha alterado la composición sexual de la mano de obra y esto ha provocado, a su vez, cambios en las formas de sexualidad y matrimonio.

En lo referente al cambio de la composición sexual de la mano de obra y el movimiento paralelo de liberación de la mujer que se produjo en los años 60-70, Harris sostiene que no fue la liberación de la mujer la que creó a la mujer trabajadora, sino que fue más bien la incorporación de la mujer al trabajo lo que trajo como consecuencia el movimiento de liberación de la mujer. Según él, las décadas de 1940 y 1950 fueron más bien antifeministas y la actividad feminista organizada sufrió una fuerte disminución. La prueba estaría en el aumento del índice de natalidad que se produjo en estas dos décadas, lo que Harris denomina el fenómeno del «*baby-boom*» y considera producto de una economía en expansión que provocaba niveles de empleo relativamente altos y que permitía que cada vez más gente joven pudiera casarse y tener hijos. Todo ello apoyado, claro está, por una activa política estatal pro-natalista. Se produce, por tanto, en estos años una fuerte ideología de felicidad marital y procreadora que condicionaba a la sexualidad a limitarse a la institución matrimonial y a la función reproductora. El trabajo de las mujeres consistía, exclusivamente y salvo excepciones, en ocuparse del cuidado del hogar y de la familia. Sin embargo, hay un momento en que se produce una incorporación masiva de la mujer al mercado laboral activo. La motivación primaria de las mujeres no era otra que la de proporcionar un suplemento a los ingresos del marido, ya que con el aumento de la inflación a los matrimonios del *baby-boom* les resultaba difícil mantener, con sólo los ingresos del marido, el nivel de vida al que estaban acostumbrados, y fue así como el trabajo de la mujer empezó a te-

ner un peso real en las finanzas familiares.

Las mujeres se fueron incorporando a un tipo de trabajo que resultaba compatible con el ideal de la vida marital y que no suponía una competencia con el marido; es decir, ocuparon empleos en las categorías más bajas del sector de procesos de información y del sector de tratamiento de personas. Supusieron, en aquel momento, una fuerza de trabajo cómoda, trabajaban en jornadas reducidas, eventuales y mal remuneradas, no quitaban puestos de trabajo a los hombres blancos y parecían, en principio, dispuestas a aceptar, también fuera del hogar, la autoridad del varón. En este proceso es en el que se habría producido una toma de conciencia feminista de las mujeres en la medida en que empezaron a plantearse la explotación que suponía lo que de ellas se exigía: que trabajaran en dos sitios a la vez, en un empleo por el que recibían la mitad del salario de un hombre, y dentro del hogar sin cobrar nada y teniendo que continuar acatando la autoridad marital. Una consecuencia básica de esta toma de conciencia y de la incorporación al trabajo fue el cambio del modelo de familia predominante en años anteriores. No sólo disminuyen los índices de casamientos y de natalidad y aumenta el número de divorcios, sino que, además, se producen cambios en las pautas de comportamiento sexual que tienen un claro exponente en el movimiento de liberación homosexual.

Durante estos mismos años, los 60-70, el movimiento homosexual, oculto hasta entonces, se organizó y comenzó a salir a la luz luchando por sus reivindicaciones. El autor considera lógico que el movimiento gay acompañara



ra al movimiento de liberación de la mujer, porque ambos movimientos significaban facetas diferentes del derrumbamiento del imperativo marital y procreador y de la familia dominada por el varón proveedor; de la misma manera que resultaba lógico que en estos años se precipitaran al exterior todos los demás sentimientos y prácticas sexuales alejadas del fin de la procreación que habían permanecido ocultas y reprimidas durante mucho tiempo. Tanto la liberación de la mujer, como la liberación homosexual y la liberación sexual, representaron aspectos distintos de una misma desvalorización de la familia tradicional; y lo que todas atestiguan, cada una con sus matices, es la remodelación del modelo de reproducción norteamericano de acuerdo con las limitaciones y oportunidades de una economía cada vez más ineficiente en la que tanto los hombres como las mujeres deben trabajar fuera del hogar.

Existen otras dos dimensiones de la crisis cultural norteamericana que Harris considera estrechamente ligadas a la nueva economía y a la incorporación de las mujeres a la fuerza de trabajo: la delincuencia y el desbarajuste de los programas de ayuda social. En los Estados Unidos existe un alto índice de delincuencia y de violencia que se centra, sobre todo, en las comunidades negras e hispanas y que no puede analizarse separado del desempleo crónico que aquejan a estas comunidades, de la segregación racial ni de la degradación de los barrios en los que se hacen. Durante la segunda guerra mundial y en la posguerra inmediata tuvo lugar una inmigración negra sin precedentes, desde las granjas a las ciudades, en busca de trabajos de

fábrica retribuidos según lo pactado por los sindicatos. Este no fue un movimiento voluntario, sino que venía provocado por un nuevo período de acumulación de capital que hacía necesario un nuevo contingente de mano de obra en las ciudades. Posteriormente, tras la disminución del sector de producción de bienes, estos hombres pasarían directamente a engrosar las filas del paro, hacinándose al mismo tiempo en los núcleos más ruinosos de las principales ciudades del país. La única posibilidad de trabajo que se les planteaba era integrarse al proceso de creación de empleo provocado por el crecimiento de la economía de servicios; sin embargo, a las grandes compañías les interesó más integrar a la mano de obra femenina, con un nivel de cultura más amplio y, en principio, menos combativa y más dispuesta a acatar la autoridad de los varones blancos que, por supuesto, eran los patrones.

De esta manera, el mayor peso del desempleo estructural provocado por la automatización recae, fundamentalmente, sobre los varones de los barrios pobres. La respuesta de la mayoría blanca no ha sido un sistema racional de programas sociales o de creación de empleo, sino un sistema que recompensa con subsidios a las madres e hijos «sin padre» —familia matri-focal—, con lo cual a éstas les compensa más recibir ayuda estatal que tener un marido parado. Mientras tanto, a los padres de estos niños no se les facilita ningún tipo de prestación social ni de empleo, por lo que recurren a la delincuencia como una profesión alternativa.

Todos los aspectos tratados hasta el momento serían, para

Marvin Harris, los cambios más evidentes en el panorama cultural norteamericano. Y sería precisamente esta crisis cultural, y la inseguridad y el desconcierto que provoca entre los ciudadanos, la que explicaría el aumento de interés por cultos e iglesias expansionistas, fenómenos extraterrestres, brujería, exorcismo y otra serie de manifestaciones místicas y de culto que proliferan actualmente en los EE.UU. Este nuevo interés no significa que se haya abandonado el interés por alcanzar un beneficio material terrestre, sino únicamente que éste se pretende conseguir a través de medios mágicos y sobrenaturales. Lo que se ofrece al observador es el panorama de un país peligrosamente frustrado que se vuelve cada vez más receptivo a soluciones carismáticas y fanáticas como forma de resolver sus problemas materiales. El grave problema que plantearía esta proliferación de sectas y cultos es el del tiempo que puedan tardar, una vez consolidado su poder económico, en ponerse a «solucionar» los problemas terrenos en el campo del poder político y económico en lugar de a través de los milagros.

Tras esta visión general de la sociedad norteamericana, Harris afirma que los problemas existentes no están precisamente en vías de solución sino que, por el contrario, van a tender a profundizarse. Ya resulta evidente que el mismo proceso de automatización que se produjo en el sector de la producción industrial está a punto de repetirse en el sector de los servicios y de la información, pero con el agravante de que no existe actualmente ningún área concebible de empleo rentable que pueda acoger a los trabajadores —especialmente mujeres— que



pasarán a engrosar las filas del paro. Por tanto, Estados Unidos tendrá que resolver una contradicción ya existente pero que se ahondará aún más, y que es la que se produce entre ahorrar mano de obra y crear puestos de trabajo, entre aumentar la productividad de los trabajadores y despedirlos. Lo que a Harris le resulta del todo improbable es que una política de soluciones para frenar la inflación galopante que se produciría, basada en la reducción de impuestos, la disminución de la burocracia, la supresión de los programas sociales y la eliminación de la regulación del sector privado, pudiera mantenerse durante mucho tiempo.

El interés de este trabajo de Marvin Harris resulta evidente sobre todo por la lucidez y la falta de prejuicios con que el autor —a pesar de que en ocasiones no consiga desprenderse de la mística chauvinista que envuelve a la idea del «sueño americano»— analiza aspectos diferenciados y esenciales de la sociedad americana. Esto no significa que algunos de sus análisis no sean susceptibles de diferencias o que haya aspectos que el autor eluda. En algunos momentos parece pecar de cierto reduccionismo metodológico al intentar hacer remitir todas las causas de los nuevos fenómenos sociales a un cambio profundo en el planteamiento económico americano, olvidando o negándose a dar importancia a otros aspectos que podrían aportar explicaciones interesantes. De cualquier manera, *La cultura norteamericana contemporánea* resulta una obra de gran ayuda para quien tenga interés en conocer las causas y el desarrollo de los cambios más destacables en la actual sociedad estadounidense.

## PANGLOSSISMO TECNOLOGICO

Miguel Porta

Luis Racionero,  
*Del paro al ocio.*  
Anagrama. Barcelona. 1983.

Alvin Toffler,  
*Avances y Premisas.*  
Plaza y Janés. Barcelona. 1983.

Como, según parece, el futuro está ya a la vuelta de la esquina, varios son los autores que se ven en la obligación de reflexionar sobre lo que dicho futuro nos deparará. Pero no sólo eso, sino que, y apoyándose en las posibilidades ofrecidas por la tecnología, se lanzan al mercado propuestas alternativas que nos han de instalar, poco más o menos, en el mejor de los mundos posibles. Entre dichos autores los hay de éxito como Luis Racionero (a escala nacional) o Alvin Toffler (a escala internacional).

Luis Racionero es el autor de *Del paro al ocio* (XI Premio Anagrama de Ensayo), obra que aquí vamos a reseñar y que constituye el mayor éxito nacional por lo que al tema de un futuro alternativo se refiere. Racionero es, además, ingeniero, economista, urbanista, ensayista (*Ensayos sobre el apocalipsis*, 1972, y *Filosofías del underground*, 1976) y novelista (*Cercamon*, 1981).

Alvin Toffler, por su parte, es autor de auténticos *best sellers* internacionales como *El*

«*shock*» del futuro, *La tercera ola* y *Avances y premisas*, última de sus obras traducidas al castellano y a la que también vamos a referirnos. Por lo demás, Toffler, que al igual que Racionero es multidisciplinar (experto en psicología, economía, tecnología e historia), ha expuesto sus tesis ante varios presidentes (Estados Unidos, Gran Bretaña, Japón) y jefes de Estado, es conferenciante de fama y precio internacionales, ha colaborado en innumerables publicaciones que van desde la prensa obrera hasta *Fortune*, y muchas cosas más que no es el caso señalar aquí para no extender en demasía la singular biografía de tan polifacético personaje.

Las dos obras aquí comentadas tienen una factura similar: diagnóstico de la crisis y propuesta de un nuevo modo de producir, organizarse y vivir. Por lo que hace a la crisis que atraviesa el sistema capitalista, ambos autores la diagnostican como estructural (y no como simple recesión). Pero mientras para Toffler estamos frente a la crisis del industrialismo que ha de superarse mediante una reestructuración técnico-económica basada en las nuevas tecnologías (electrónica, aeroespacial, informática, biológica, etcétera), para Racionero la crisis lleva al sistema a su destrucción por mor de tres contradicciones generadas por el propio sistema y objetivamente insuperables (la búsqueda del pleno empleo en una sociedad cibernética que hace tal empresa imposible; el mantenimiento de la libre iniciativa en una economía dominada por los monopolios y, en fin, la obstinación en propugnar un «excedente puritano de represión, laborismo y militarismo» sobre una juventud que vive inmersa en la



«abundancia y el hedonismo»). Frente a la crisis, Racionero aboga por una economía en «nueva clave» basada en el crecimiento cero (económico y demográfico) que ponga énfasis en la calidad (de lo producido y de la vida) y en la descentralización. Toffler, por su parte, y haciendo hincapié en la reconversión de lo existente, propone una «nueva economía» vertebrada por la desmasificación (de la producción y de la distribución), la coproducción (grupos de ayuda mutua en la producción, «hermandades electrónicas» y «prosumo» o producción para el propio uso del productor) y el regionalismo (localismo de mercado).

Esta «nueva economía» o economía pensada en «nueva clave», posibilitada por las nuevas tecnologías, se traduce en primer lugar en la consideración del empleo (y especialmente del pleno empleo) como un anacronismo. En efecto, si para Racionero estamos abocados a un «ocio forzoso impuesto por la naturaleza, más sabia que políticos y economistas, en busca de su propio equilibrio», para Toffler «a medida que concluya la era industrial el concepto de empleo se irá difuminando». ¿Qué ocurrirá en una sociedad en la que el empleo va convirtiéndose paulatinamente en una pieza de museo? Para el autor español, el empleo será sustituido por un «*otium cum dignitate*» que perseguirá extender «el ideal de vida de la élite humanista a toda la sociedad». Este ocio que, según Racionero, nos espera necesita de una «economía de paz», del «altruismo» de los países ricos y de unos nuevos «valores, ideales y arquetipos» que han de buscarse en lo que nuestro autor, con evidente laxitud geográfica, llama los «tres mediterráneos» (China,

que aportaría la ética ecológica; India, con su trabajo interior; y la Europa mediterránea, de la que habría que recuperar la racionalidad griega y la fraternidad cristiana). Este batiburrillo de Lao-tse, Buda, Platón y Jesucristo dará lugar a una «economía humanística, descentralizada, a escala humana, ecológica, dirigida hacia el ocio creativo para fomentar el desarrollo de las potencialidades intelectuales, afectivas y sensuales del hombre». El resultado sería una sociedad cuya alta calidad de vida podría medirse mediante el concepto de BNB (Bienestar Nacional Bruto), que nos daría cuenta del estado de una serie de indicadores sociales entre los que destacan el urbanismo, las condiciones de trabajo y de vida, la calidad y estética de los productos, la creatividad personal, la comunicación y contacto social, la seguridad, etc.

La alternativa, para el norteamericano, está en una «democracia previsor» que planifique democrática y descentralizadamente. Esta nueva democracia, unida a la nueva economía ya señalada más arriba, y posibilitada por lo que Toffler denomina «tercera ola» (la revolución de las nuevas tecnologías), se ha de traducir en una serie de maravillas entre las que hay que destacar: la abolición de la «alineación fabril»; la eliminación del trabajo «rutinario, taylorizado, peligroso y estúpido»; la aparición de «obreros de la mente» dotados de «independencia, estilo, opinión, organización, flexibilidad y educación» que trabajarán en un «entorno limpio y silencioso» y serán fuertemente «individuales»; existencia de unos «ingresos mínimos garantizados»; la «eutanasia» o reconversión de las empresas de la segunda ola

(las de la revolución industrial); la «reconversión de las personas» (una de las mayores industrias de la tercera ola) para lograr que sean funcionales con los nuevos tiempos; la producción fuera mercado; la aparición de la «infopolítica» (la política basada en la información) que permitirá, desde la propia vivienda y con la ayuda de ordenadores personales, «redistribuir la carga de la decisión»; la sustitución de la propiedad privada por la «infopropiedad» (o propiedad de la información) que constituirá la propiedad esencial del futuro y ni será privada ni escasa y a la que todos tendrán acceso; un futuro en «tecnicolor» (desaparición de la dominación por parte de determinados países, razas, sexos y clases sociales), etc.

¿Y cómo nuestros autores —se preguntará mucha gente— llegan a la conclusión de que es éste el futuro que nos espera? Poco o casi nada hay que decir al respecto, pues los dos autores se mueven entre el iluminismo ingenuo y el utopismo literario. En efecto, por un lado Racionero basa toda su especulación en unas contradicciones supuestamente insuperables, en el altruismo de los países ricos, en una más que hipotética revolución en los EE.UU. y en la contestación de raíz «pasota». Toffler, por su cuenta —que se autocalifica como ni científico ni pseudocientífico—, se basa en el «olfato», la «intuición», determinadas «lecturas» y ciertos «encuentros con la vida real» como viajes, entrevistas, impresiones, etc. Conviene señalar, por aquello de la «precisión», que tan maravilloso futuro es para Racionero inevitable, ya que, en un alarde de mecanicismo y animismo, es la «sabia naturaleza» la que «impone» sus necesidades. Toffler, más



cauto, no descarta que son posibles varios futuros y que todo depende de la «superlucha» que han de entablar los agentes sociales. Uno no sabe exactamente si nos encontramos frente a un nuevo retorno de los brujos, frente a un nuevo tipo de prestidigitador o encantador de serpientes, o ante un aceptable ejercicio de preceptiva literaria.

Varias son las lagunas y los lugares oscuros de los trabajos aquí reseñados. Por lo que se refiere al análisis de la crisis —el ineludible punto de partida— hay que decir que es insuficiente cuando no inexistente. Y es que no se puede solventar el problema enumerando algunas de las contradicciones del sistema y aduciendo, acriticamente como hace Racionero, que éstas son objetivamente insuperables. Toffler va a la zaga del español y prácticamente no dice tampoco nada sobre la crisis salvo que ésta ni es de superproducción ni de baja productividad, sino «estructural» (y eso es todo). Por lo que hace al trabajo y a los nuevos procesos o modos de producir que nos aguardan, tanto Racionero como Toffler se mueven entre el exotismo y el panglossismo tecnológicos. En efecto, las nuevas tecnologías, con la telemática a la cabeza, tienen propiedades poco menos que salvíficas y nos han de instalar en el mejor de los mundos posibles. Pero, ¿quién garantiza que las nuevas tecnologías combaten la alienación, la rutina, la monotonía, el trabajo fatigante, etc., a la par que fomentan la creatividad, el ocio, la participación, etc.? ¿Por qué estas nuevas tecnologías no pueden estar diseñadas para obtener precisamente unos efectos contrarios y perfectamente funcionales con el sistema? ¿Quién nos inmuniza contra

un tecnofascismo de faz humana —en el dudoso supuesto que pueda hablarse así—? Por lo demás, y en una sociedad informatizada, ¿quién controla la información y para qué fines? No vaya a suceder que se nos condene a la subalternidad y encima nos sintamos habitantes de un feliz y tecnológico Eldorado.

Si consideramos los trabajos aquí comentados como lo que son, esto es, como panfletos (en el mejor sentido del término) cargados de buenas intenciones y utopismo, hay que concluir que el balance no ha de ser exclusivamente negativo. Unas virtudes —por así decirlo— se deslizan a lo largo de los trabajos en cuestión: la negación del productivismo a ultranza y la reivindicación de un nuevo modo de vivir, producir y consumir en el que una serie de necesidades humanas (salud, educación, paz, calidad de vida, ocio, etc.) ocupan el lugar dominante. El problema, claro está, reside en saber distinguir la realidad de la literatura, la fantasía y la utopía. En cualquier caso, unas gotas de utopía nunca sienta mal, siempre y cuando se sepan administrar. Y es que después de la borrachera utópica suele venir la dura resaca de la realidad.

## LAS ARQUITECTURAS DE LA MATERIA POETICA

Miguel Romero Esteo

Rafael Ballesteros.

*Jacinto.*

*(I versión de la primera parte).*

Ed. Godoy. 1983.

No soy propenso a ejercer la crítica literaria —más bien nada propenso— ni mucho menos a ejercer de crítico de poesía. Alguna vez, en años ya algo remotos, tuve que hacerlo en razón de oficio ganapán más o menos improvisado, y era un agobio. Entre otras cosas, porque la verdad es que todos los libros de poesía me parecían siempre más o menos un mismo libro repetido tranquilamente hasta la saciedad, y había que hacer juegos malabares de la mente para encontrarles algún asomo de diferenciación escrituraria. Con la obra *Jacinto*, de Rafael Ballesteros, que acabo de leérmela, sucede precisamente todo lo contrario. Abruma de diferenciación escrituraria, y de diferenciaciones cualesquiera, y parece rechazar la indiferencia y la indiferenciación. O dicho en otros términos, se trata de una escritura poética demasiado personal, y que va a ser un trago muy difícil de pasar en este país en el que las personalidades poéticas resultan ser en general más o menos impersonales, más o menos intercambiables a la menor oportunidad. Lo dicho, no me siento a escribir en plan de ejercer la crítica de poesía, para lo cual no me creo muy dotado. Por mi parte, se trata de no más que una modesta aproximación a esta peculiar obra poética de Rafael Ballesteros, que me parece una obra importante. Y que, publicada no hace mucho, parece dormir el sueño de los justos en los anaqueles libreros de las novedades poéticas o literarias. O, al menos, así a mí me lo parece aquí en esta ciudad tranquila y marinera.

Ignoro de qué pueda ir en otras ciudades y anaqueleras. Pero me sospecho que irá de lo mismo. Lo cual me parece lógico y normal. Desde sus



mismos comienzos, la obra poética de Rafael Ballesteros parece venir acompañada del silencio. Incluso de un elocuente silencio por parte de la crítica especializada. Casi de un clamoroso silencio, diría yo. O al menos así en estas tierras andaluzas. Con tal vez alguna breve reseña de oficio en el mejor de los casos. Pero me temo que ni tan siquiera. Lo dicho, me parece lógico y normal. Desde sus comienzos y con terquedad, la escritura poética de Rafael Ballesteros va de vía adelante por un muy personal camino nada transitado. Y ello en mayor o menor medida conlleva el silencio como acompañamiento y compañía. Tal vez su profesional conocimiento de todo tipo de poéticas y literaturas —largos años de catedrático de literatura, y preferentemente de poéticas— le diera pie a saber eludir como trampas los más o menos gregarios neoclasicismos o neovanguardismos que, más o menos epigonales de la generación del 27, vienen estando vigentes en los poetas andaluces de su misma generación coetánea, y no sé si igualmente vigentes en el resto de la mejor poesía española más o menos actual, me sospecho que sí. En suma, tal vez su profesional conocimiento. O tal vez su instinto de poeta nato. Lo cierto es que, en el ámbito de los poetas andaluces al menos, me parece que la obra poética de Rafael Ballesteros debe de originar un algo de desasosiego. Y en otros ámbitos tal vez ya irritación, lisa y llanamente. Pese a su más o menos buena voluntad de pasar desapercibida. Pero ni va de neoclásica, ni va de vanguardista, ni va de noblemente tradicional. Y entonces de qué va. Y dónde colocarla. De otro lado, Rafael Ballesteros es un político en activo al cien por cien, una especie de político

nato. Lo cual evidentemente desestimula bastante a los comentaristas y críticos de la poesía en general, y en particular.

O tal vez les pase lo que a mí. Y es que, hasta no hace mucho, los libros de poemas de Rafael Ballesteros —escasos libros, publicados muy de cuando en cuando, con bastantes años de por medio— me sumían en la perplejidad. Y es que todos tenemos un hábito —un mal hábito— de lectores de poesía más o menos dirigido a la facilonería lectora. Lo cual vale tanto como decir que, desde un sentir en profundidad, el poeta sintonice con nosotros en superficie, y rápidamente. No se nos ocurre que un gran poema lo que exige es precisamente lo contrario, que seamos nosotros los que tratemos de sintonizar con el poema en profundidad. O dicho en otros términos, el buen poema —y mucho más el poema en profundidad— elimina en el poeta la facilonería escrituraria. Y por lo mismo, elimina en el lector la facilonería lectora. O lo que es igual, elimina las facilonas mecánicas psíquicas de la identificación, la gratificación y conocimiento fácil, y demás juegos de espejos en los que en mayor o menor grado el lector ve gratamente y rápidamente reflejada —en lo que lee— su propia identidad, su propia sensibilidad, su propio horizonte de conocimientos e ideas. En realidad, la lectura de un poema facilón resulta un juego más o menos narcisista: cada lector se gusta a sí mismo en el poema, y lo degusta con toda tranquilidad. Lo dicho, psicomecánica simplista, el juego de los espejos. O de los espejos de espejos, en el mejor de los casos. En concreto, lo menos que se puede decir de la escritura poética de Rafael

Ballesteros —terca escritura— es que sabe de qué va la sensibilidad poética en profundidad. Y que él bien sabe de qué va la escritura poética en profundidad. Un gran poema hondo y sentido siempre es de escritura lenta y difícil, y de lectura no menos lenta y dificultosa, lo cual es lógico. Y por lo mismo el querer penetrarlo de una lectura rápida, y en cualquier momento más o menos banal y tontuelo, resulta prácticamente imposible. En fin, la verdad es que a la escritura poética de Rafael Ballesteros —siempre muy adulta, siempre hombruna y compacta— se le ha venido viendo como sólida e impecable. Y de ahí un no sé qué de respeto, por vía de silencio. Y lo dicho, la perplejidad. Que en el caso de esta obra titulada *Jacinto* muy bien pudiera ser ya casi el estupor. O, al menos, en mi caso de lector impenitente de libros de poemas. Pero me parece que la perplejidad es bien explicable: al entrar en un poema de Rafael Ballesteros —me refiero a sus largos poemas compactos— entramos en un universo de signos en el que han sido eliminados los usuales referentes y referenciales siempre más o menos tópicos de la poesía contemporánea. Porque no es que Rafael Ballesteros en cuanto que poeta venga cultivando precisamente el hermetismo, sino que el hermetismo se lo ponemos nosotros al no saber leer sin la ayuda de los tópicos y usuales referentes poéticos. O dicho en otros términos, hay en Rafael Ballesteros una terca voluntad de una muy personal estilística poética que ha ido generando desde su propio juego de escritura sus propios repertorios de estilemas, y sus propios y muy personales repertorios y juegos de referentes y referenciales. O dicho en pocas palabras: es ésta una escri-



tura poética sin concesiones al aplauso fácil ni a la galería. En suma, una escritura poética drásticamente consecuente. Y en definitiva, como aparte.

En concreto, un hilo de grave y silencioso pensamiento —un articulado de reflexiones meditabundas— abriéndose lentamente camino por mitad de imágenes superpuestas y sentimientos más o menos tangenciales, y simultáneamente en varios planos. Algo así como que pequeños universos metafóricos se arraigan en planos de parábola que a su vez se doblan en planos de alegoría. O dicho de otro modo, especie de poemas dialécticos en los que dialogan y se cruzan y entrecruzan voces profundas, voces retóricas, voces banales, voces impersonales, voces muy personales y sentidas. Y por mitad de todo ello, desovillándose el hilo del grave y silencioso pensamiento meditabundo, emergiendo en relámpagos de oscuras frases lapidarias, o no tan oscuras precisamente. Así al menos en sus largos, grandes poemas. Y así en este inusitado poema de gran aliento épico articulado en dramaturgia. Y que, en realidad, es un proyecto inusitado —y de no menos gran aliento— del cual tan sólo ahora se publica como avance y tanteo una pequeña parte de una larga, larguísima serie de cantos. O lo que es igual, se trata de un *work-in-progress* —un trabajo en gestación, inconcluso, no perfilado todavía al detalle ninguno de los cantos— del cual se publica en libro la primera parte bajo el título de *Jacinto*, y que le llevará años el acabarlo, y no precisamente sólo unos cuantos años. Tan sólo por esto del gran aliento demasiado, este libro-poema resulta francamente inusitado no sólo en el ámbito de la poesía española, sino

que también al menos en el ámbito de la gran poesía europea más o menos contemporánea. Así, al pronto, este libro-poema ingente de Rafael Ballesteros parece sugerir o abarcar una omnicompreensiva visión dialéctica de la modernidad —incluida la denominada postmodernidad— desde lo que llamamos la eterna condición humana. Por su ámbito poético parecen rodar como tangenciales los grandes temas de la poesía de todos los tiempos. Y parece querer abocar hacia preguntas nunca formuladas. En principio, y por lo del gran aliento y grande proyecto inusitado, parece no admitir parangón —y por más que los parangones sean odiosos— más que con los grandes poemas incuestionables. Me vienen a la mente el Dante con *La Divina Comedia*, Milton con *El Paraíso perdido*. Y en la poesía española, el largo poema *Espacio*, de Juan Ramón Jiménez. Y el *Cántico Espiritual*, de San Juan de la Cruz. Me acuerdo igualmente de *La tierra yermá*, de Eliot, y de los *Cantos Pisanos*, de Ezra Pound, en cuanto al siglo XX y allende fronteras. Todos ellos largos poemas-meditaciones en los que los sentimientos e imágenes son consecuencia del pensamiento reflexivo, y no precisamente motivadores del mismo, cosa ésta que suele ser lo usual en los demás poetas. Al igual que en los citados poetas de gran aliento, en este *work-in-progress* de Rafael Ballesteros o gran libro-poema en gestación, hay una ingente arquitectura compositiva. Y de otro lado, una voluntad férrea de tallar lapidariamente toda la escritura de los versos, de forma que en cuanto a estructuración y articulación y demás resulten fijados a perpetuidad, prácticamente pétreos e inamovibles.

Ignoro cuál será el acabado —al detalle— de este ingente libro-poema de Rafael Ballesteros. Pero, por lo publicado, me sospecho que infundirá un gran respeto —si es que ya no perplejidad— y que seguirá acompañándolo el silencio a modo de sigiloso homenaje. Y desde luego, al menos para los analistas vocacionales de la poesía grande, será un auténtico festín. Entre otras cosas, por la dialéctica complejidad medular de este largo libro-poema: de un complicado laberinto de micro-módulos nada clásicos —sino que más bien muy postvanguardistas y bastante postmodernos— se va elevando lentamente una gran arquitectura de factura clásica, es decir, armónica y equilibrada de líneas y volumen. Pero no precisamente neoclásica, es decir, no imitativa de viejos moldes greco-latinos ya muy trajinados. O dicho de otro modo, desde un complicado laberinto de irregularidades muy calculadas —en tejido de heterogeneidades escriturales y semánticas, arcaísmos incluidos— el poema va generando su propia clasicidad de arquitectura, su propio y personal equilibrio y armonía de líneas y volúmenes. Me sospecho que al analista interesado su instrumental de análisis le pudiera resultar algo obsoleto, prácticamente anticuado y *demodé*. O puede que no. De alguna forma, este largo y dialéctico libro-poema de Rafael Ballesteros me parece venir centrado en el canto a la materia de los cuerpos, a la materia tal cual, y apoyado en la heterogénea y proliferante materialidad de la misma escritura y del lenguaje.

Y de algún modo, por entre el bosque de la materia lingüística y escrituraria, por entre los bosques de la materia pensante, parece venir moti-



vado de una meditación cívica doblada de meditación política, la cual —a su vez— doblada de reflexión ética, la cual —a su vez— elevada o descendida al oscuro reino del pensamiento puro y duro. Desde luego, la cosa resulta lógica, tengo para mí que en Rafael Ballesteros el poeta y el político no son compartimentos estancos sino que conviven más o menos dialécticamente. Algo así como que su cerebro de político le abre las alas a su sensibilidad de poeta —la ahonda— y que su cerebro de poeta le abre las alas a su perspicacia de político. O dicho de otro modo, no se trata de un político metido a poeta ni, mucho menos, de un poeta metido a político. Tengo la impresión de que se trata de un político nato y de un poeta nato. Lo cual muy bien puede poner los pelos de punta en el dulce ámbito de los críticos literarios y los poetas sentimentales. Desde luego, no es cosa muy usual esto de un político nato y poeta nato en una misma persona. Pero a lo largo de la historia es cosa que ha sucedido bastantes veces. Séneca, Lucano, Dante, Goethe y un largo etcétera. En general, la cosa romántica de un poeta sólo y exclusivamente poeta suele dar poetas pintorescos, o mediocres en el mejor de los casos. Desde luego, en el caso de la meditación poesía de ideas —la de Rafael Ballesteros lo es, por más que arropada de parábolas e imágenes— hay cosas que los poetas del sentimiento no pueden penetrar hasta el fondo y trasfondo, y si un político en activo penetrarlas puede con mucho fundamento y mucho conocimiento de causa. Desde luego, a lo que parece, y salvo verificación en contrario, Rafael Ballesteros no es precisamente un poeta de sentimientos sino que un cerebro muy bien puesto y

equilibrado. Me parece que, a juzgar por sus muy cerebrales arquitecturas poéticas, siempre ha tenido bien claro que con meramente bellos sentimientos —o con meramente buenos y nobles sentimentalismos— no se puede hacer ni buena política ni buena poesía.

**EL  
TESTIMONIO  
DE UN  
ESCRITOR:  
ARTURO BAREA**

Jesús Menéndez  
y Benicia Reyes

El libro publicado en España por Gabriel Jackson, *España, entre la reforma y la revolución. 1931-1939*<sup>1</sup>, que recoge amplia documentación de la época, nos obliga a hacer algunas aclaraciones en lo que respecta al capítulo que entresaca de las memorias de Arturo Barea, cuya vida y obra estudiamos.

Los tres libros que componen *La forja de un rebelde* son de desigual factura y ninguno se sujeta fácilmente a una etiquetación genérica. A caballo entre la novela, la autobiografía y el libro de memorias, la obra de Barea mezcla el testimonio vivo con la invención novelesca, aunque montada está casi siempre sobre una experiencia de lo real; siendo irregular, por otra parte, la proporción en que aparecen ambos ingredientes en cada una de las partes de la trilogía.

Uno de los episodios más novelados es precisamente el que aparece como documento en el libro de Jackson: el que se refiere al pueblo de Novés (capítulo III de *La LLama*). Los sucesos que tienen lugar en este pequeño pueblo toledano tienen una importancia capital en el libro porque a través de ellos Barea va a intentar explicar (y no olvidemos que escribe, en primer lugar, para un público extranjero) las terribles tensiones que vive el pueblo español, alineado ya en posturas irreconciliables y consumido por el odio de clases que vendrán a desembocar en el conflicto civil. El autor ha concentrado en Novés todas las plagas que tradicionalmente han pesado sobre las zonas rurales de España: pobreza, ignorancia y caciquismo; esta última como causa de las anteriores. Para lo cual ha tenido que someter la vida de Novés, más compleja y variada en la realidad, a una tarea de transformación y simplificación. El deslinde que Barea ha efectuado entre los habitantes del lugar obedece al viejo recurso narrativo de alinear a los malos frente a los buenos, oposición elemental que aquí se convierte en explotadores frente a explotados. Por otra parte, Novés constituye una etapa importante en la biografía del propio Barea (si seguimos el libro) porque allí se va a decidir su adhesión personal y comprometida, lograda no sin algunas vacilaciones, a la causa de los trabajadores.

Vamos a resumir, aunque sea brevemente, algunos capítulos (sucesos y personajes) para cotejarlos después con la realidad histórica del Novés de 1935.

En el verano de ese año Barea traslada a su familia de Madrid a Novés y se instalan



allí para pasar una larga temporada, aunque él solo visitará el pueblo los fines de semana; el tiempo restante atiende su trabajo en Madrid. Al llegar al pueblo contrata los servicios de una mujer para que ayude en las tareas domésticas, y el marido de ésta, que no tiene trabajo, se queda también para «echar una mano». A través de Mariano Barea va conociendo la situación socio-política de Novés, se entera que antes de la República sólo unos cuantos se habían atrevido a afiliarse con los socialistas o los anarquistas y que después, con la República, el número de ellos aumentó notablemente; pero a pesar de eso la vida en el pueblo no había cambiado porque Heliodoro, el cacique, seguía dominando al pueblo, incluidos alcalde y secretario. El hecho de que haya una militancia socialista y anarquista hace pensar a Barea en la existencia de ambos sindicatos, pero Mariano se encarga de desengañarlo: «No hay sindicato ni nada. Los mozos se reúnen en casa de Eliseo...».

Por la tarde, acompañado de nuevo por Mariano, visita el bar de Eliseo, el casino de los pobres, con su mesa de billar. Allí Barea se presenta como afiliado a UGT, causando con ello gran alegría entre los obreros de Novés.

A la noche siguiente se trasladada al casino de los ricos y describe a sus contertulios: Heliodoro, el cacique, que es propietario de la casa que ha alquilado; los médicos, don Anselmo y don Julián y, junto a otros personajes, José el dueño del café-casino. El cabo de la guardia civil advierte a Barea que no quiere allí señoritos comunistas.

Otro personaje, el tío Juan el molinero, le acompaña de

vuelta del casino y termina de pintarle la situación del pueblo, de cómo Heliodoro, aliado con los intermediarios madrileños, impide que los pequeños propietarios puedan vender sus productos directamente en la capital logrando así que todos dependan de él.

Hasta aquí el testimonio que recoge Jackson del libro de Arturo Barea. Pero creemos oportuno terminar de reseñar lo que Barea escribió sobre Novés en las siguientes páginas. En ellas completa la lista de las fuerzas vivas del pueblo: el alcalde Teodomiro, totalmente vendido a Heliodoro; el cura, don Lucas, partidariamente unido a los ricos, y el boticario don Alberto de Fonseca y Ontiveros, para quien la salvación del país sólo puede llegar de manos de «el Jefe» (Gil-Robles). El boticario, además, plantea un problema de litigio a propósito de una mina de bauxita que ha descubierto en sus tierras y que una firma alemana le pretende arrebatar; tema éste que no guarda relación alguna con el de Novés, pero sí con el del capítulo VI del mismo libro.

La estancia de Barea en Novés va a terminar después de las elecciones del 36 en las que, según él mismo jugó un papel decisivo. Veamos que nos narra: Eliseo y sus parroquianos, le piden que organice el comité electoral («aquella gente necesitaba alguien que no se dejara intimidar por el cabo de la guardia civil o a quien no se pudiera entrapillar en maniobras sucias, alguien que les salvara de cometer tonterías o ilegalidades, dando así una ocasión a los contrarios»). Barea se pone en contacto con sus amigos de Madrid, uno de ellos el socialista Carlos Rubiera, que le envían cuatro oradores, uno de izquierda republicana, un

socialista de la Federación de Trabajadores de la Tierra (FTT), un comunista y un anarquista. «Con la excepción del republicano, que era un hombre maduro, todos los otros eran jovencillos completamente desconocidos en política». Nos relata a continuación sus problemas para conseguir el salón de baile para el mitin y los intentos del alcalde Teodomiro para impedir su celebración. La argucia del viejo republicano logra salvar el acto electoral, y «el mitin de Novés se hizo famoso en la región, y en todos los pueblos de alrededor se celebraron mítines similares».

Hasta aquí lo que Barea inventó sobre Novés; decimos inventó, pues sobre un escaso fondo de verdad todo ha sido novelado.

Presenta Barea un Novés sin un movimiento obrero organizado, cuando la realidad era bien distinta. En el pueblo toledano ya existía en el año 1932 la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra de UGT, donde había hablado uno de sus máximos dirigentes: Fermín Blázquez. En la *Memoria* de la FTT de 1932 se señala que ha habido una huelga de cuatro días de duración, resultando atendidas las reivindicaciones: aumento de salario y disminución de jornada. El número de afiliados a esta central sindical eran de unos 500 aproximadamente. La incidencia cenetista era nula.

Si bien en el libro de Barea hay una gran mayoría de personajes reales y presentados con sus verdaderos nombres, en lo que respecta a esta parte no ocurre así. Tan sólo algunos como Eliseo, el del bar, corresponde exactamente en su descripción física (una úlcera en la nariz es un detalle



bien señalado), a quien en el pueblo conocían por el «billarista», por la mesa de billar que había en la taberna. También José, el dueño del café-casino de los ricos, corresponde a un habitante del pueblo fallecido hace pocos años. Asimismo, hemos de señalar que Eliseo debió estar poco comprometido en política cuando al terminar la guerra no se le exigieron responsabilidades.

El cacique Heliodoro no existió como tal, la familia más rica del pueblo no parece haber ejercido nunca poderes caciquiles, en cuanto el nombre de Heliodoro puede estar inspirado en un secretario de Ayuntamiento que ejerció en los años de guerra. El cabo de la guardia civil parece corresponder a la actuación que le asigna Barea, aunque esta identificación es fácil de hacer, pero en esos años era ya sargento y en la guerra ascendió a brigada. Murió en Zocodover al salir del Alcázar. El cura de Novés en esas fechas era don Juan, y no se le podía acusar de partidismo por un bando u otro; de hecho, nada le ocurrió en los momentos más duros del conflicto civil. El alcalde, Mariano Díaz, precisamente era socialista y en nada parecido al personaje de Barea. Tampoco los médicos don José Alfonso y don Lorenzo Bordoy, simpatizantes de la clase trabajadora hasta tal punto que el último fue desterrado a las Islas Canarias por el régimen de Franco, tienen mucho que ver con los que en el libro colaboran con el cacique imponiendo sus igualas.

Y siguiendo con la galería de personajes, el farmacéutico real, don Esteban San Miguel, hombre católico y probablemente conservador, difería también del estrambóti-

co personaje que aborda a Barea después de descender de su caballo para hablarle de la bauxita en sus tierras, de cuya propiedad una casa alemana le va a despojar enteramente. Ni don Esteban montó nunca a caballos, ni hubo nunca rastro de bauxita por esas tierras. Pensamos que a través de este personaje Barea plantea un tema no estudiado en profundidad y en el que volvió a insistir posteriormente. Se trata de ciertos proyectos que el gobierno alemán comenzó a gestionar acerca de la explotación del suelo minero español y que él, por su trabajo en patentes de una casa alemana, pudo llegar a conocer.

La visión que nos ofrece Barea al relatarnos el mitin de las elecciones de febrero puede hacernos pensar en un pueblo despolitizado, pero ya hemos visto el grado de participación sindical; pues bien, la participación política no era menos notable: sólo en las JJ.SS. había 163 afiliados. La preparación y celebración de mítines no era tampoco nada nuevo en Novés. A raíz de la crisis de Casas Viejas se organizó un mitin en el que habló Luis Rupilanchas, amigo de don Manuel Azaña y figura importante dentro del socialismo. Este acto sí que estuvo a punto de ser impedido por el Delegado gubernativo, Gumersindo Castaño, pero Rupilanchas consiguió su celebración, que tuvo lugar en el salón de baile de Segundo. Probablemente fueron las circunstancias de este acto las que Barea extrapoló al otro posterior que protagonizaba el Frente Popular. Este último no fue obstaculizado en absoluto. El entonces alcalde socialista, Mariano Díaz, debía lógicamente tener interés en su celebración. En el acto hablaron, entre otros, de nuevo Rupilanchas y Cartón por los

comunistas. Naturalmente no fue el único acto político celebrado con motivo de las elecciones: la derecha también celebró sus mítines. Y desde el balcón del Ayuntamiento habló Juan José Benayas, que se presentó como hombre de izquierdas y que fue Ministro de Agricultura con Lerroux.

La existencia de un Novés despolitizado era necesario para que Barea justificara su colaboración y protagonismo en las elecciones, colaboración que no se produjo nunca. El testimonio de los viejos socialistas que aún viven en Novés no deja lugar a dudas. Por otra parte, existió siempre en el PSOE una infraestructura para organizar mítines y actos electorales que el autor, siendo como dice militante ugetista, no debía haber olvidado. Es dudoso que Barea viviese en Novés, pero sin duda conoció este pueblo lo suficiente como para hacer una descripción casi fidedigna y haber retratado a alguno de sus habitantes. Dada la proximidad en que se encuentra este lugar, con Métrida, Navalcarnero y Brunete, pueblos éstos en que vivían sus familiares y en los que Barea pasó algunas temporadas, no es nada extraño que lo hubiera visitado alguna vez. Nos quedará siempre un interrogante: ¿Por qué eligió este pueblo y no otro que se hubiera parecido más a la situación que trataba de reflejar? ¿Por qué no dejó sin nombre al pueblo?

Porque en verdad, aunque no pasó en Novés, el texto de Barea puede seguir siendo válido como testimonio de situaciones que total o parcialmente se han repetido en muchos pueblos de España, y el partidismo del autor queda contestado con la presencia de lo verosímil que viene a ser la expresión literaria de lo real.

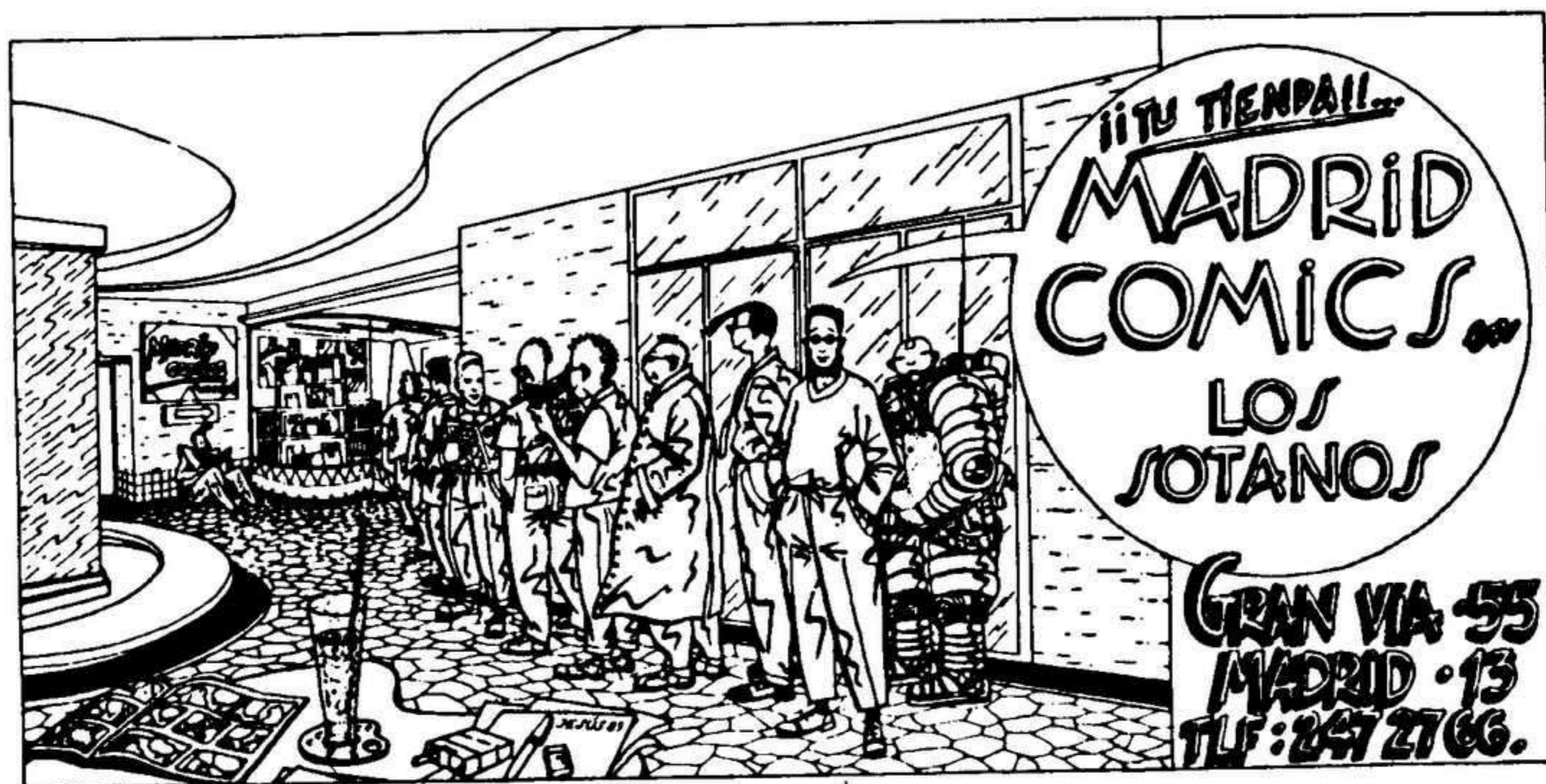


Corrijamos finalmente algunos errores que comete Jackson en la reseña inicial con que presenta a Arturo Barea; son los errores que devienen siempre que se toma el libro por estricta autobiografía. Barea no compró una casa en Novés (esto ni siquiera lo justifica la lectura del libro, donde sólo se dice que la al-

quiló), ni siquiera convivió con los habitantes de allí. Respecto a que llegó a ser economista y especialista en patentes, Barea debió aprender mucho de la vida pero no disfrutó de ninguna titulación académica con la que pudiera sobresalir en ella. Tuvo que interrumpir sus estudios de bachiller apenas comenzados

para ponerse a trabajar; en su trabajo estuvo bien considerado pero no llegó siquiera a estar colegiado. Ha corrido demasiado Jackson al escribir esta nota, pues no se pueden cometer más errores en tan pocas líneas.

<sup>1</sup> Ed. Crítica. Barcelona, 1980.







JOSE CARRERAS.  
ANTONIO BACIERO.  
SERAPIONS THEATER - AUSTRIA.  
BALLET ESPAÑOL DE MADRID.  
AMANCIO PRADA.  
ORQUESTA DE LA PRESIDENCIA  
REPUBLICA DE TURQUIA.  
ONE MO' TIME - EE.UU.  
PHILIP GLASS ENSEMBLE - EE.UU.  
NEW LONDON CONSORT.  
HOMBRES AZULES DE MARRUE-  
COS «GRITO DEL DESIERTO».  
I ENCUENTRO DE BANDAS DE  
MUSICA.  
MARATON DE PIANO PARA JO-  
VENES.  
BALLET DU GRAND THEATRE DE  
GENEVE.  
WOLFGANG ZERER.  
BALLET TEATRE ANANDA DANSA.  
RUGGERO RAIMONDI.  
COMPAÑIA DE ACCION TEATRAL.  
ANDRE ISOIR.  
BALLET NACIONAL DE ESPAÑA  
CLASICO.  
LE PLAN K - BELGICA.  
MONTSERRAT TORRENT.  
PHILIP JONES BRASS ENSEMBLE.  
ORQUESTA DE LAUDES ESPAÑO-  
LES «ROBERTO GRANDIO».  
MUSICAS TRADICIONALES DE  
JAPON.  
CRISTINA GARCIA BANEGAS.  
CINCO GRUPOS DE TEATRO DE  
BILBAO.  
GRUPO KOAN - ESPAÑA.  
PEQUEÑO TEATRO DE MADRID.

SCOTTISH CHAMBER ORCHESTRA.  
TETE MONTOLIU.  
TEATRO DE DANZA ESPAÑOLA.  
PRO MUSICA ANTIGUA DE MA-  
DRID.  
GRUPO UNIVERSITARIO DE CA-  
MARA DE COMPOSTELA.  
CHENE NOIR - FRANCIA.  
JOSE RADA.  
CLEMENCIC CONSORT - AUSTRIA.  
DANZAS DEL SUR DE LA INDIA,  
«BHARATANATYAM».  
ORQUESTA DE CAMARA DE HAM-  
BURGO Y CORO MONTEVERDI.  
RAFAEL RAMOS, JOSEP M.<sup>a</sup> COLOM.  
ESCOLANIA NUESTRA SEÑORA  
DEL RECUERDO.  
JOSE VAZQUEZ.  
ESPERANZA ABAD.  
EDELMIRO ARNALTES.  
TRISHA BROWN COMPANY - EE.UU.  
CORAL SAMANIEGO DE VITORIA.  
CORO DE LOS NIÑOS CANTORES  
DE HUNGRIA.  
IL GRUPPO DELLA ROCCA - ITALIA.  
HOMENAJE A LAS BANDAS DE  
MUSICA.  
COMPAÑIA DRAMATICA ES-  
PAÑOLA.  
ORQUESTA NACIONAL DE ESPA-  
ÑA Y ORFEON DONOSTIARRA.  
BALLET DE STUTTGART.  
LIONEL ROGG.  
MEREDITH MONK AND VOCAL  
ENSEMBLE - EE.UU.  
ORQUESTA FILARMONICA DE  
VIENA.



# FESTIVAL DE OTOÑO

19 Sep

Comunidad de Madrid

30 Oct



*Ignacio Abete Circo*



Consejería de Cultura



# CONOZCAMOS MADRID



Es un programa minuciosamente preparado para hacer partícipe al ciudadano de una completa información acerca de sus elementos urbanos, humanos y ambientales, con un enfoque histórico-artístico y anecdótico, tratando así de interesarle por su ciudad, de manera que la sienta como algo propio que hay que cuidar y mejorar.

**Fechas:** Octubre y Noviembre 84  
**Inscripciones:** Juntas Municipales de  
- Arganzuela - Retiro - Hortaleza - Tetuán

**PLAZO DE INSCRIPCION  
HASTA EL 8 DE OCTUBRE**

## VIAJES Y EXCURSIONES

Una nueva serie de originales e interesantes itinerarios, a realizar en sábados, domingos, fines de semana y puentes, finalizando la temporada con un gran viaje a Israel.

**Fechas:** Octubre-Noviembre y Diciembre 84  
**Inscripciones:** Oficina Municipal de Turismo  
para todos - Señores de Luzón, 10.  
Madrid.

**INSCRIPCIONES A PARTIR  
DEL 4 DE SEPTIEMBRE**

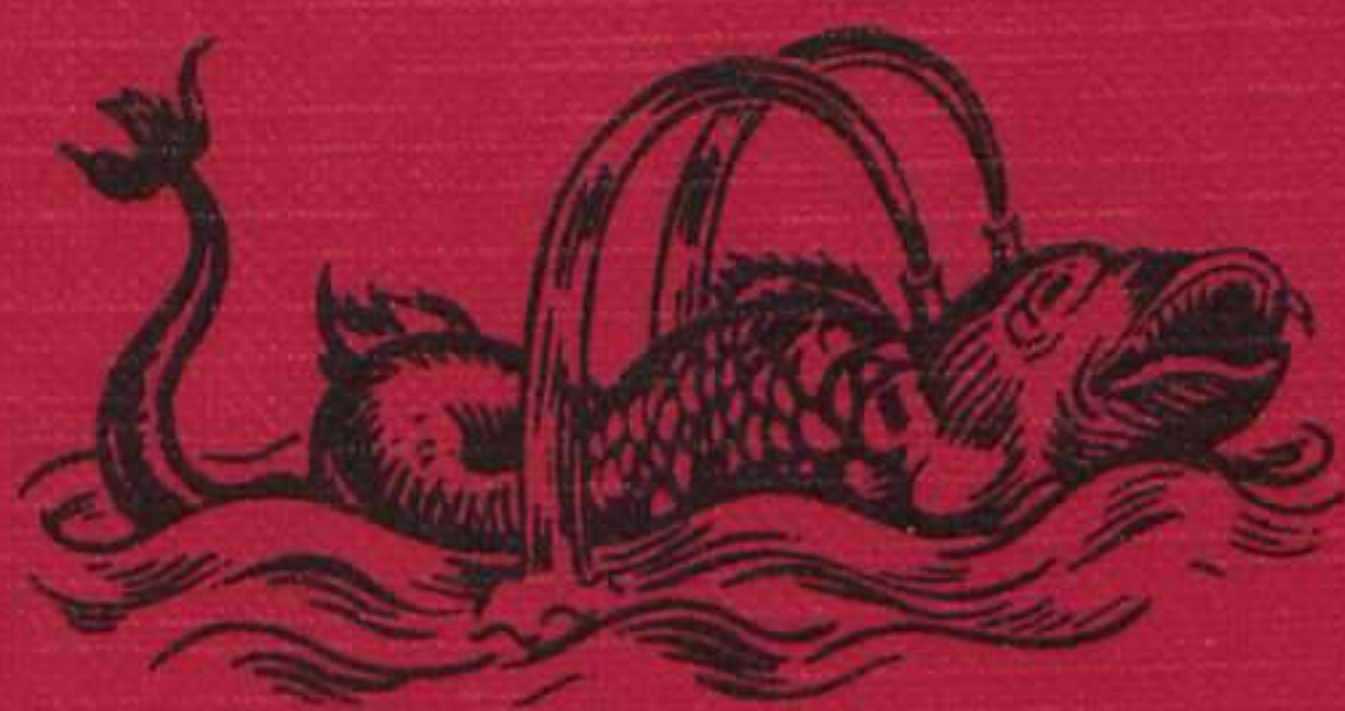


**CONCEJALIA DE  
RELACIONES INSTITUCIONALES Y COMUNICACION**  
Oficina Municipal de Turismo Para Todos  
**AYUNTAMIENTO DE MADRID**









**PRECIO DE ESTE EJEMPLAR: 300 PTAS.**